

# DON BOSCO

## CIEN AÑOS DESPUES

POR

ANTONIO MARTINEZ AZCONA

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MCMLXXXI

*Don Bosco, cien años después*



*Fotografía de Don Bosco con bonete español, obtenida en Barcelona en abril de 1886.*

© Biblioteca de Autores Cristianos, de La Editorial Católica, S. A.  
Madrid 1981. Mateo Inurria, 15. Madrid-16  
Depósito legal M-9895-1981  
ISBN 84-220-0992-7  
Impreso en España. Printed in Spain

*A los que, enviados por Don Bosco, el  
16 de febrero de 1881 fundaron el  
primer colegio salesiano de España en  
Utrera.*

Barcelona-Horta, noviembre de 1980.



# INDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO .....	XIII
NOTA BIBLIOGRÁFICA .....	XV
I	
<b>Don Bosco, niño (1815-1829)</b> .....	3
Para empezar, dos anécdotas, 3.—El año de Waterloo, 4.—Los primeros recuerdos, 5.—Cuando la sublevación de Riego, 6.—Hasta los quince años, 7.	
<b>Ascendencia paterna. Mamá Margarita</b> .....	10
La ascendencia paterna, 11.—Mamá Margarita, 12.	
II	
<b>Don Bosco, joven (1829-1835)</b> .....	15
Don Calosso, 15.—El curso de Castelnuovo, 16.—Empieza el reinado de Carlos Alberto, 18.—¡A Chieri!, 19.—Las leyes de Carlos Félix, 21.—Patas arriba..., 22.—Los años de Chieri..., 24.	
<b>La «Autobiografía» de Don Bosco</b> .....	24
III	
<b>Don Bosco, seminarista (1835-1841)</b> .....	29
IV	
<b>Don Bosco, en Valdocco (1841-1848)</b> .....	35
En el Colegio Eclesiástico, 35.—La revolución industrial, 36.—8 de diciembre de 1841, 37.—En el Refugio Barolo, 38.—En los Molinos Dora, en San Pedro ad Vincula y en la Casa Moretta, 41.—Cavour padre le llama al orden, 42.—Otras clases de disgustos, 43.—Rompe con la marquesa Barolo, 44.—En el Prado Filippi. La «tarde triste» de Don Bosco, 45.	
<b>Los oratorios festivos</b> .....	47
Otros apostolados del joven cura Don Bosco, 47.—El oratorio festivo, 48.—Entre la Pascua de 1846 y la revolución de 1848, 50.	

<b>Don Bosco y los chicos</b> .....	52
Don Bosco y los chicos, 52.—Los chicos y Don Bosco, 53.	

## V

<b>Don Bosco y Turín (1848-1859)</b> .....	57
Turín, 57.—La revolución del 48, 58.—Don Bosco y la política, 59.—Los «curas patriotas», 61.—Tres oratorios en Turín, 63.—Anticlericalismo, 64.—Don Bosco y los protestantes. Las «Lecturas Católicas», 65.—Brevemente: algunos acontecimientos de interés entre 1849 y 1859, 67.	
<b>La Casa Madre</b> .....	68
Ampliaciones sucesivas, 68.—Se va creando al primer internado, 70.—Las compañías, 73.	
<b>Don Bosco y los obreros</b> .....	74
Las escuelas profesionales, 74.—El coadjutor salesiano, 77.—Don Bosco y la «cuestión social», 78.	

## VI

<b>Don Bosco y Piamonte (1859-1870)</b> .....	81
Piamonte, 81.—La época de los registros, 83.—Las grandes excursiones de Don Bosco, 85.—El decenio heroico, 87.	
<b>Don Bosco y María Auxiliadora</b> .....	88
<b>Don Bosco, educador</b> .....	92
La alegría en la pedagogía de Don Bosco, 92.—La pedagogía de Don Bosco, 94.—La «Fiesta del Director». Los Antiguos Alumnos, 100.	
<b>Don Bosco, escritor</b> .....	103
Don Bosco, escritor, 103.—Don Bosco, impresor, 106.—Don Bosco, editor, 107.	

## VII

<b>Don Bosco e Italia (1870-1875)</b> .....	109
Los «colegios» salesianos, 109.—Los grandes acontecimientos de 1870, 112.—Don Bosco, entre Italia y el Vaticano, 113.—Entre tanto, 119.	
<b>Las «Memorias biográficas» de Don Bosco</b> .....	120
<b>Don Bosco, fundador</b> .....	124
Don Bosco, fundador, esquemáticamente, 124.—Fundación de la Sociedad de San Francisco de Sales (Salesianos),	

126.—Características del salesiano ideal, 133.—Las Hijas de María Auxiliadora (Salesianas), 136.—La tercera rama de la familia salesiana: los Cooperadores, 139.

## VIII

<b>Completando</b> .....	143
Don Bosco tenía humor, 143.—Carta al tribunal calificador, 144.—Las fotografías de Don Bosco, 145.—Un trabajador terrible, 147.—De algunos personajes de nuestro libro y dos anécdotas históricas importantes, 148.—Más sobre el primer grupo de salesianos, 151.—El «piamontismo» de Don Bosco, 153.—«Bonario», «furbo» y hábil, 154.—Por si no se aclara el lector..., 156.—Las «palabritas al oído» y las «buenas noches», 156.—Don Bosco y los periódicos, 158.—Don Bosco y el dinero, 159.—Las «limitaciones» de Don Bosco, 161.—Para terminar este capítulo, 165.—La grafología y Don Bosco, 170.	

## IX

<b>Don Bosco, universal (1875-1883)</b> .....	173
Se aplican las Constituciones, 173.—Los Salesianos, a misiones, 174.—Otras fundaciones y otros trabajos de Don Bosco, 177.—Los viajes de Don Bosco, 178.—Don Bosco, universal, 180.—Ambiente religioso y sociopolítico en los últimos años de Don Bosco, 181.	
<b>Don Bosco y lo sobrenatural</b> .....	183
<b>Don Bosco, apóstol</b> .....	188
<b>Don Bosco, santo</b> .....	195
Si le canonizaron, es que Don Bosco fue santo, 195.—Don Bosco y el arzobispo Gastaldi, 196.—La santidad de Don Bosco, la mayor originalidad de Don Bosco, 201.	

## X

<b>Don Bosco en París y Barcelona</b> .....	209
Don Bosco en París, 209.—Don Bosco en Barcelona, 215	
<b>Los últimos veintiún meses de Don Bosco según las «Memorias biográficas»</b> .....	220
1. Don Bosco, de Barcelona a Turín (del 6 al 16 de mayo de 1886), 220.—2. Del 16 de mayo de 1886 a enero de 1887, 223.—3. 1887: vigésimo y último viaje a Roma. Consagración del templo al Sagrado Corazón, 228.—4. 1887: del 20 de mayo al 20 de diciembre, 231.—5. El fin, 234.	



## PROLOGO

**T**IENE el lector en sus manos el libro DON BOSCO, CIENTO AÑOS DESPUÉS, de la colección BAC Popular.

*Hemos intentado responder al título y su circunstancia.*

*Por ser Don Bosco, es Don Bosco el que domina a lo largo de las páginas que siguen, y para redactarlas se ha tenido muy en cuenta lo que sobre Don Bosco escribieron sus mejores biógrafos y lo que él escribió de sí mismo en su Autobiografía.*

*Por ser cien años después, si no sistemáticamente, pues no era del caso, sí de cuando en cuando se ha echado una ojeada a las obras que él fundó, y que tras su muerte siguieron desarrollándose.*

*Por ser para la BAC, se ha hecho una obra bien fundamentada y, hasta cierto punto, profunda. Obsérvese la Nota bibliográfica que va a continuación: hemos tenido en cuenta los mejores y más recientes estudios sobre el Santo.*

*Finalmente, por ser para la BAC Popular, de una parte no se ha creído necesario ofrecer aparato crítico alguno (las notas y llamadas se quedaron en el borrador), y, de otra, se ha adoptado un plan a propósito y un estilo rápido y fácil de leer.*

*Al acabar, el lector dirá si lo que hemos intentado lo hemos, al menos en parte, conseguido.*

*Resumir la vida de Don Bosco en 250 folios (los editores han insistido que tenían que ser unos 250 folios) es absolutamente imposible; con dos docenas de anécdotas casi se llenaría ese espacio. De ahí que, contra lo acostumbrado en vidas de nuestro Santo, nos hayamos dejado normalmente de anécdotas y hayamos ido en seguida al grano. Y no tiene que dolerse de ello el lector: el Don Bosco de las anécdotas es mucho más interesante que las anécdotas de Don Bosco.*

*Preguntará alguien que por qué cien años precisamente después. Pues porque los años ochenta, por lo que toca a Don*

*Bosco y a nosotros los españoles, constituyen una década de centenarios: 1981, centenario de la venida de los Salesianos a España; 1984, centenario de la venida de los Salesianos a Barcelona-Sarriá; 1986, centenario de la visita de Don Bosco a la capital de Cataluña; 1988, centenario de la muerte de Don Bosco.*

*Este libro es, por lo menos, un homenaje del autor al gran santo del siglo XIX. Que lo sea también del lector.*

# NOTA BIBLIOGRAFICA

- I. *Obras particularmente tenidas en cuenta en la redacción de la totalidad de esta biografía: DON BOSCO, CIEN AÑOS DESPUÉS.*
- P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica. I: Vita e opere* (Roma 2<sup>a</sup>1979). II. *Mentalità religiosa e spiritualità* (Zürich 1969). III: *Don Bosco nella Storia economica e sociale (1815-1870)* (Roma 1980).
- G. B. LEMOYNE, *Vita de San Giovanni Bosco*. A cura de A. Amadei (Turín 1935) 2 vols. La primera edición, en 1911-1913. Es la base de la *Vida de San Juan Bosco* de Lemoyne-Fierro (Madrid 1955).
- A. AMADEI, *Don Bosco e il suo apostolato* (Turín 1940) 2 vols.
- A. CAVILGIA, *Don Bosco. Profilo storico* (Turín 1934).
- M. WIRTH, *Don Bosco y los salesianos. Ciento cincuenta años de historia* (Barcelona 1971).
- J. CANALS PUJOL-A. MARTÍNEZ AZCONA, *San Juan Bosco. Obras fundamentales* (Madrid 1978, n.402 de la BAC).
- TERESIO BOSCO, *Don Bosco. Una biografía nueva* (Madrid 1979).
- Don Bosco en el mundo* (Turín 1965). Anuario estadístico con varios estudios divulgativos.
- II. *Obra fundamental de consulta*
- G. B. LEMOYNE-E. CERIA-A. AMADEI, *Memorie biografiche di San Giovanni Bosco* (San Benigno Canavese 1898; Turín 1939) 19 vols.
- III. *Obras tenidas en cuenta al redactar determinados temas*
- S. CASELLE, *Cascinali e Contadini in Monferrato. I Bosco di Chieri nel seccolo XVIII* (Roma 1974).
- F. GIRAUDI, *L'Oratorio di Don Bosco. Inizio e progressivo sviluppo eddilizio della Casa Madre dei Salesiani in Torino* (Turín 1935).
- L. DEAMBROGIO, *Le passeggiate autunnali di Don Bosco* (Castelnuovo Don Bosco 1975).

- P. BROCARDO, *Il sistema educativo di Don Bosco* (Turín <sup>3</sup>1962).  
G. MORETTI, *I santi dalla loro scrittura* (Edizioni Paoline <sup>2</sup>1975).  
VARIOS, *Spiritualità dell'azione* (Roma 1977). En las páginas 177-206 se encuentra el artículo «Don Bosco, profeta di santità per la nuova cultura», de P. BROCARDO. Hemos utilizado también sus apuntes de clase, mucho más extensos; en ellos dice inspirarse, en la parte teológica, en las obras de P. Ch. Bernard, de la Universidad Gregoriana.  
E. CERIA, *Don Bosco con Dios* (Barcelona <sup>2</sup>1956).  
R. ALBERDI, *Una ciudad para un santo* (Barcelona 1966).

#### IV. *Otras obras consultadas*

- R. SCHNERB, *Historia general de las civilizaciones* (El siglo XIX, Barcelona 1960).  
H. H. HOFSTÄTTER, *Historia universal comparada* t.6 (Barcelona 1971).

*DON BOSCO, CIEN AÑOS DESPUES*



I. DON BOSCO, NIÑO (1815-1829).  
ASCENDENCIA PATERNA. MAMA  
MARGARITA

DON BOSCO, NIÑO (1815-1829)

**Para empezar, dos anécdotas**

Por más que no midiese cuatro palmos ni hubiese cumplido seis años todavía, ya era capaz de hacerse cargo de la vaca y de llevarla a pastar temprano al prado que les dejó su padre. Allí encontraba, casi infaliblemente, a Segundo Matta, no más mozo que él. En cuanto el sol se elevaba un poco sobre el horizonte, sin tener paciencia para esperar más tiempo, sacaba cada uno su pedazo de pan y almorzaban a conciencia. El de Segundo era un pan áspero y negro; el de Juanito, sabrosísimo y blanco, como amasado por mamá Margarita. Un día, Juanito, sin más, propuso el cambio. Se lo estuvieron cambiando dos primaveras. Segundo Matta estaba extrañadísimo de que a *Gioanin, el Boschetto*, le gustase tanto el pan prieto y renegrido...

Como casi todos los jueves del año, mamá Margarita dejó el caserío y bajó al pueblo. Como casi todos los jueves del año, se había llevado en la cesta quesos, verduras, huevos, etc., y alguna gallina o algún conejo quizás. De vuelta, mamá Margarita traerá en la cesta lo que casi todos los jueves del año: tela, sal, aceite, alpargatas, etc., y quizás alguna caja de clavos y alguna medicina.

En la larga espera, Juanito —ocho años— se puso a jugar en la cocina. Jugaría a la «galla» seguramente: a lanzar o chutar una pelota de madera. Ocurrió una vez que chutó más fuerte de la cuenta y la bola se fue a lo

alto de un armario. Buen trepador, arrimó una silla, y lo que le faltaba de altura lo suplió su agilidad; pero con tan mala suerte, que, al caer la bola, cayó también un vaso de aceite que estaba allí arriba, y, estrellándose el vaso contra el suelo, la mancha se dilató pavorosamente sobre los ladrillos del pavimento.

Hizo el rapaz lo imposible por borrar el manchón comprometedor: agua, tierra, rasparlo con un cuchillo...; de todo echó mano, el pobre. Mas como viese que aquello no tenía solución y que quedaba mucho tiempo por delante, fuese al huerto, cortó una vara, trabajóla primorosamente con la punta de su navajita y, saliendo a la hora justa un buen trecho al encuentro de su madre, se la puso en las manos. «¿Qué me habrás hecho tú hoy?», exclamó ella. Y al verlo con aquella sonrisa humilde y pícara, no tuvo más remedio que perdonarlo...

De todas las bellísimas anécdotas que se cuentan de la niñez de Don Bosco, estas dos, de signo contrario, puede que sean de las más sintomáticas.

## El año de Waterloo

Napoleón, el general usufructuario de la Revolución francesa, que en 1812 decía tener bajo su dominio a Portugal, España, Italia, Holanda y a gran parte de Alemania y que había obligado a Prusia y a Austria a aliarse con él para lanzar su *Grande Armée* contra Rusia, a partir de septiembre de este año 1812 declina decididamente. Los errores cometidos con España, el Papado y Rusia le llevaron a su ruina total.

En el subsiguiente Congreso de Viena (septiembre de 1814-junio de 1815), las grandes potencias decidieron que sólo las monarquías de tradición histórica fuesen reconocidas y que se procediese al restablecimiento de las suprimidas por la Revolución francesa y Napoleón.

A este período de la historia se le llamará la Restauración.

En consecuencia, Italia vuelve a ser una simple *expresión geográfica*, un mosaico de pequeñas naciones. Junto a la frontera de Austria, el Véneto; capital,

Venecia. Junto a la frontera de Suiza, Lombardía; capital, Milán. Junto a la frontera francesa, Piamonte y Saboya; capital, Turín. En casi toda la mitad sur de la península y en Sicilia, el reino de las Dos Sicilias; capital, Nápoles. Al centro, en una zona de mar a mar, alargándose mucho por arriba entre los Apeninos y el Adriático hasta el Véneto, los Estados pontificios; capital, Roma, y, finalmente, situadas entre los Estados pontificios y el Véneto y Lombardía y Piamonte, una serie de ciudades-Estados, como Florencia, Parma, Módena y Piacenza.

El Piamonte, que en tiempo de Napoleón había sido pura y simplemente incorporado a Francia, extrañamente salió engrandecido en el Congreso de Viena, pues que se le concedió toda la Liguria (capital, Génova) y la isla de Cerdeña. La Austria de Metternich aceptó ser la nación-policía que mantuviese el nuevo *status* político en la península italiana; si fuese del caso, intervendría militarmente; además, Lombardía (Milán) y el Véneto quedaron prácticamente en su poder.

El 1 de marzo de 1815 escapaba Napoleón de la isla de Elba —donde estaba desterrado— y desembarcaba en la Costa Azul, y, según avanzaba hacia París, se le fue incorporando Francia. Sería definitivamente derrotado el 18 de junio en Waterloo.

Pues bien: el año de la batalla de Waterloo, unos dos meses después, exactamente el 16 de agosto de 1815, venía al mundo el protagonista de nuestra historia. Sus padres: Francisco Bosco y Margarita Occhiena. Su nombre de pila: Juan Melchor.

## Los primeros recuerdos

Los primeros recuerdos de Don Bosco no fueron precisamente bellos: «Aún no contaba dos años cuando Dios, en su misericordia, permitió que me afligiera una gran desgracia», relata él mismo. Su padre, de treinta y tres años, volvía del campo y entró en la bodega sin tomar precauciones; a los pocos días fallecía. «No sé qué fue de mí en aquellas tristes circunstancias —añade—. Sólo recuerdo... que todos salían de la habitación del difunto y que yo quería permanecer en ella a toda

costa». Su madre, mamá Margarita, le tomó de la mano y le sacó de la habitación mientras le decía: «Pobre hijo mío; ya no tienes padre».

Al morir el padre quedaban en casa (además de Juanito) mamá Margarita, de veintinueve años; la abuela paterna, de sesenta y cinco; un hermano, José, de cuatro, y el hermanastro, Antonio, de nueve.

Las desgracias nunca vienen solas. Aquel año, «las cosechas se perdieron por causa de una terrible sequía». Se llegó, en la familia y en la región, a casos de extrema gravedad...

Don Bosco consigna minuciosamente estas y otras muchas noticias en lo que nosotros llamaremos su *Autobiografía*, es decir, en las *Memorias del Oratorio*. De los horrores del hambre debió de enterarse porque se lo contaron. En cambio, la visión del padre muerto y las correspondientes palabras de su madre fueron, dice, los primeros recuerdos de su memoria.

## **Cuando la sublevación de Riego**

En España, de acuerdo con los principios del Congreso de Viena, volvió al trono Fernando VII y restableció, sin más, el absolutismo. Encontró oposición y se produjeron algunas sublevaciones sin importancia. En 1820, la de Riego tuvo éxito, y el monarca se vio obligado a jurar la Constitución de Cádiz, que concedía muchas libertades y el derecho al voto.

El levantamiento de Riego tendría importantes repercusiones en la península italiana...

Los reyes que van a sonar en la vida de Don Bosco son: Víctor Manuel I, en su niñez (hasta 1821); Carlos Félix, en su adolescencia (hasta 1831); Carlos Alberto, en su juventud (hasta 1849), y Víctor Manuel II, en su madurez (hasta 1878). La coincidencia de dichos reinados con las edades de nuestro biografiado son, naturalmente, aproximadas.

De Víctor Manuel I y su política poco debió de quedarle en la memoria a Juanito Bosco. Este monarca volvió a Turín en 1814. Hizo su entrada muy solemnemente, rodeado de nobles vestidos a usanza del siglo anterior y tocados con empolvadas pelucas, como si

Napoleón y la Revolución francesa no hubiesen existido y la historia hubiera retrocedido veinticinco años. Pero en 1821 perdía el trono a consecuencias de la onda liberal proveniente de España. Ocurrió, en efecto, que en Nápoles se produjo aquel año un movimiento militar que obligó al rey borbón de las Dos Sicilias a jurar la Constitución de Cádiz. A punto estuvo de suceder lo mismo en el Piamonte. Pero, cuando Víctor Manuel I iba a jurarla por presión de las fuerzas sublevadas, surgió la amenaza de Austria y decidió abdicar en su hermano Carlos Félix. Hubo fusilamientos, depuraciones, destierros... Pronto volvió todo a la situación absolutista por obra de los cien mil hijos de San Luis en España y del ejército austríaco en Italia.

Es este momento muy interesante para la historia del reino del Piamonte y, por lo tanto, de la península italiana. Esos movimientos de 1821 fueron provocados en aquella península por la clase media (comerciantes, pequeños industriales, etc.), que no se resignaba a perder la influencia adquirida en los tiempos napoleónicos, y por grupos intelectuales de patriotas, que por aquellos mismos tiempos habían saboreado alguna libertad de ideas y una cierta unidad nacional. Ante el fracaso provocado por Austria, los principales promotores del cambio pasaron a la clandestinidad para seguir conjurando; de ahí la importancia que a partir de este momento adquirirán en Italia las sociedades secretas, sobre todo la de los carbonarios, y que la idea de la unificación italiana suponga, en no pocos, un emparentamiento con el republicanismo, el anticlericalismo y la revolución.

Carlos Félix, que reinará, dijimos, hasta 1831, hace aprobar, como reacción, unas leyes educativas increíblemente paternalistas que durarán todo su reinado y el siguiente y que alcanzarán de lleno al estudiante Juan Bosco.

### **Hasta los quince años**

Hay datos históricos más que suficientes para imaginarse cómo era Don Bosco antes de los nueve años, antes del *sueño de los nueve años*: un niño menudo y con el pelo negro y ensortijado, vivaracho, valiente. Pero,

como apunta Lemoyne, «de carácter más bien serio; hablaba poco y observaba mucho».

Debió de ser el clásico chico despabilado de pueblo. Sabía mucho de nidos y tenía una habilidad suprema para encaramarse a los más altos árboles y hacerse con los polluelos; después, él mismo los criaba en jaulas, y les llegaba a cobrar tanto afecto, que una vez se tomó un disgusto desproporcionado por la muerte de un mirlo. Su madre, de admirable instinto pedagógico, aprovechaba estos y otros detalles para encauzar los sentimientos de su hijo.

Don Bosco habría tenido una niñez feliz de no haberse proyectado sobre él la malquerencia de su hermanastro Antonio.

Aun antes de los nueve años, la colaboración de Juanito en las faenas del campo debió de tener alguna importancia, pues Antonio —dieciséis años— no quería que su hermano estudiara para que trabajase más. El hijo pequeño de mamá Margarita había salido muy apto para el trabajo: resistente, voluntarioso, eficaz.

La madre, empero, que le veía muy inteligente, decidió que estudiara algo. No había de ser un analfabeto como ella o de tan pocos conocimientos como José y Antonio. Las primeras combinaciones para enviarlo a la escuela fallaron; un campesino tuvo que enseñarle a leer en un pajar. En los fríos meses del invierno de 1824 —tenía ya ocho años— pudo por fin asistir a algunas clases en el cercano pueblecito de su madre; pero al llegar el buen tiempo, por imposición de Antonio, lo dejó todo y se puso de nuevo a trabajar.

A los nueve años tuvo un sueño, que él narra pormenorizadamente en su *Autobiografía*. Soñó que, estando en el prado junto a su casa, se le ponía delante una gran muchedumbre de chicos maleducados y blasfemos. El la emprendió a puñetazos para hacerles callar. Pero un noble señor que apareció en aquel momento le avisó que «no con golpes, sino con mansedumbre y caridad», se los tenía que hacer amigos, y mandóle ponerse al frente de ellos; y para que pudiese adquirir la ciencia debida lo remitió a su propia madre, pues le haría de maestra. Apareció, en efecto, una matrona ricamente vestida, y, a una señal de ella, la multitud de jóvenes desapareció y fue sustituida por una multitud

de fieras, las cuales, poco a poco, fueron convirtiéndose en corderos. «He aquí tu campo... hazte humilde, fuerte y robusto... *A su debido tiempo, todo lo comprenderás*», le explicó aquella señora. Cuando, al amor de la lumbre, contó Juanito al día siguiente el sueño a su familia, José opinó que sería cabrero; su madre, mamá Margarita, que, a lo mejor, llegaría a sacerdote; el hermanastro, Antonio, que seguramente a capitán de bandidos... «No hay que hacer caso de sueños», sentenció la abuela desde la cumbre de su experiencia. Juanito, de momento, se quedó con la opinión de la abuela.

A partir de sus nueve años, la idea de Juanito, apoyado por su madre, no fue ya hacer algún estudio, sino estudiar en serio. La que pudiera llamarse primera elemental la cursó en el invierno de 1825 (a los nueve años largos); durante los otros meses debió de aplicarse al trabajo. Cuando llegó el invierno de 1826 y se mentaron los libros, Antonio vino a decir que la economía doméstica no estaba para lujos y que lo que tenía que hacer *el señorito de la casa* era trabajar de firme como él trabajaba. Juanito no pudo progresar gran cosa en todo ese invierno; a ratos perdidos, en los pajares los días de mal tiempo y en los ribazos cuando apacentaba las vacas, estudiaba por su cuenta y leía. Leía, eso sí, todo lo que se le ponía delante, porque le había acometido un afán incontenible de saber.

De estos años datan sus primeras acrobacias como saltimbanqui, tan ingenua y graciosamente contadas por él mismo en su *Autobiografía*, y sus primeros pinitos como narrador y orador: «Durante la primavera, la cosa iba más en serio —escribe—. En los días festivos entretenía a todos [a todo el caserío] con algunos juegos que aprendí de otros. Había a menudo, en ferias y mercados, charlatanes y volatineros, a quienes iba a ver. Observaba atentamente sus más pequeñas proezas y, al volver a casa, las repetía hasta aprenderlas... ¿Lo creeréis? A mis once años hacía juegos de manos, daba el salto mortal, realizaba el ejercicio de la golondrina y andaba, saltaba y bailaba sobre la cuerda como un profesional...» Pero el espectáculo que montaba Juanito solía tener siempre cierta intención religiosa, porque resulta que también sabía repetir los sermones que oía en la iglesia.

Entre tanto murió la abuela de casa, la abuela paterna. Su papel en la familia había sido muy importante: era la abuela común de Juanito, José y Antonio. Al morir ella se perdía este punto natural de unión, y Antonio, con sus dieciocho años, se creyó en el derecho de tomar el mando de la familia. Por lo pronto, se opuso rotundamente a cualquier estudio de Juan. La decisión trajo discusiones y hasta golpes, tanto más que Juanito no era tan manejable como su hermano José, ni tan santo ni tan callado a aquellas alturas, como para poner en silencio un carrillo si le pegaban en el otro. «¡Ya estoy harto de gramáticas! —gritó una vez Antonio—. ¡Yo soy bien fuerte y nunca vi un libro!» «Más grande es nuestro burro, y tampoco fue a la escuela», respondió vivamente Juanito. Después escribirá con humor Don Bosco que *se salvó gracias a sus piernas*, «las cuales me solían obedecer bastante bien». La cosa llegó a tal extremo, que, en un momento dado, mamá Margarita no tuvo más remedio que ponerle cuatro cosas a Juan en un hatillo y mandarlo a buscar trabajo entre parientes y conocidos. De granja en granja, fue a parar a la Casa Moglia. Allí estuvo, cultivando vides, arreando animales y limpiando cuadras, tres años preciosos de su vida; de los doce a los quince.

#### ASCENDENCIA PATERNA. MAMÁ MARGARITA

Para orientación del lector: Chieri, Castelnuovo de Asti, Morialdo e I Becchi son cuatro nombres de poblaciones íntimamente unidas a la niñez y la juventud de Don Bosco. Chieri, cabeza de partido, a 15 kilómetros de Turín; Castelnuovo, municipio, a 12 de Chieri; Morialdo, una aldehuela dependiente de Castelnuovo, e I Becchi, un caserío dependiente de Morialdo. Don Bosco, que nació en el caserío de I Becchi, es también, consiguientemente, hijo de Morialdo y de Castelnuovo de Asti. Castelnuovo de Asti, en 1930, pasó a llamarse Castelnuovo Don Bosco. Todas estas poblaciones se encuentran, pues, junto a Turín; en la recta que va de esta ciudad a Génova, un poco a la izquierda.

## La ascendencia paterna

Segundo Caselle, alcalde que fue por muchos años de Chieri, buceando diligentemente en actas notariales, documentos eclesiásticos y —muy interesante— en notas tomadas al repartir la sal por personas y animales, ha dado con noticias muy curiosas relativas a los ascendientes paternos de Don Bosco. Pertenecen todos esos ascendientes a familias muy numerosas. El más antiguo localizado es precisamente un Juan Bosco que contrajo matrimonio en la catedral de Chieri en 1627; se trata del abuelo del tatarabuelo de nuestro Don Bosco.

Dado que se ha insistido mucho en la pobreza original de nuestro biografiado, creemos que hace al caso poner las conclusiones a que se llega tras la lectura del libro de Caselle.

En los siglos XVII y XVIII, los cabezas de familia de la ascendencia paterna de Don Bosco fueron encargados de alquerías pertenecientes a entidades eclesiásticas y a la nobleza (*massari*, *masoveros* que diríamos traduciendo de análoga palabra catalana); es decir, habitantes, con los suyos y lo suyo, de masías no propias, y responsables directos del inmueble y campos circundantes. Con el tatarabuelo, más concretamente (1676-1748), llegaron a vivir y trabajar tres hijos casados con sus familias, y a poseer, entre otros animales, una veintena de bóvidos; cosas ambas que prueban una relativa importancia económica. Es un caso bastante general, a lo largo de esos dos siglos, que los miembros de las familias en cuestión, casados fuera de las masías, se conviertan en pequeños propietarios; y no se encuentra que ninguno de esos Bosco fuera pobre de solemnidad o tuviese que ser recogido por institución alguna de beneficencia.

El abuelo (1735-1802) se situó, para su tiempo y su clase social, en condiciones realmente desahogadas, pues heredó en Castelnuovo, entre otras cosas, dos hectáreas y media de buenas tierras y un edificio de notables dimensiones; pero por los malos tiempos que corrían cuando la Revolución francesa y tener que atender a doce hijos, y quizás también por no muy buena dirección de la hacienda, hubo de ir enajenando bienes. Cuando le quedaba poco abandonó Castelnuovo y se afincó en I Becchi (1773), comprando algunos

terrenos por su cuenta y encargándose como *mediero* de la alquería de *il Biglione*, perteneciente a unos nobles de la región. Al morir en 1802, esas sus escasas propiedades y la gerencia del Biglione las dejaría a su décimo hijo, Francisco, padre de Don Bosco. Y en el Biglione tuvo Francisco a Antonio, de un primer matrimonio, y a José y a nuestro Juan, de segundo con Margarita Occhiena. Don Bosco, dijimos, nació en 1815.

Francisco, el padre de Don Bosco, intentó mejorar la hacienda heredada, pues compró algunos terrenos —un prado (¡el prado de los sueños!) entre ellos— y una casita en no muy buenas condiciones; pero a los treinta y tres años moría casi de repente de pulmonía, quedando la casa a medio pagar. Cinco meses después de muerto Francisco, los Bosco, con mamá Margarita al frente, abandonaban la morada y el arriendo del Biglione y se trasladaban a la cercana casita para vivir de lo propio. En esta casa tan conocida no nació, pues, Don Bosco, pero vivió, creció y soñó.

Los bienes dejados por Francisco al morir ascendían, amén de la casa, a 25 áreas de terreno, cuatro bueyes, dos vacas lecheras y alguna cosa más. Por lo tanto, Don Bosco nació de unos modestos labradores.

\* \* \*

Hoy, junto a la casita tan conocida, se levanta el grandioso instituto de artes gráficas Bernardi Semería y un imponente templo en honor de Don Bosco. La cúpula cae sobre el solar que ocupó *il Biglione*.

### **Mamá Margarita**

Si el hermanastro, Antonio, fue «el malo» en la niñez de Don Bosco, mamá Margarita representó la figura materna inolvidable.

Era de un pueblecito próximo a I Becchi; sexta de nueve hermanos. No debía de andar tampoco muy boyante la economía de su familia cuando la tradicional dote matrimonial fue aportada mediante el trabajo de un hermano suyo en la hacienda de Francisco Bosco.

Nació un año antes de la Revolución francesa. Del

asalto a la Bastilla, por consiguiente, y de las ejecuciones de Luis XVI y María Antonieta debió de enterarse porque se lo contaron después. En cambio, las campañas napoleónicas las vivió, de algún modo, personalmente, porque Piamonte era entonces de Francia, y los hombres piamonteses luchaban en el ejército francés. Precisamente, una de las primeras anécdotas que se conocen de su vida nos la presenta echando de unos sembrados, ella sola, los caballos de un regimiento alemán, ante el asombro de los soldados; no tendría ni dieciséis años de edad.

Pero fue a la muerte de su marido cuando Margarita dio toda la medida de su valía. Sin medios apenas, con sus dos hijos muy pequeños, su suegra y un hijastro ya grandecillo y de muy mal carácter, logró sacar a todos adelante en tiempos difícilísimos de epidemia y hambre. Don Bosco, en su *Autobiografía*, le dedica párrafos conmovedores: *logró salvar a todos cuando tantos otros perecían*. «Con trabajo infatigable y gran economía, sacando partido de los recursos más insignificantes..., se pudo superar aquella crisis», escribe más concretamente.

Todos los biógrafos de Don Bosco insisten mucho en las grandes dotes pedagógicas de aquella mujer excepcional. Del mirlo muerto por el gato, de la mancha de aceite en los ladrillos de la cocina, del enfado de Juan por no beber el primero, de las puestas del sol, del prado florido, del temporal desatado, de todo, sabía sacar cristiana lección para sus hijos. Aquella mujer de mucha fe veía a Dios en todas partes, y su método educativo no era otro que indicárselo a sus hijos con el dedo. «Era una mujer de corazón y de cabeza; sus grandes cualidades, su sensibilidad femenina, su sentido práctico, su equilibrio, serán siempre altamente apreciados», dice Wirth. Supo educar a sus hijos en el temor de Dios, en el trabajo y en la austeridad. Su paciencia infinita con el hijastro, Antonio, está sobre toda ponderación.

Son históricas sus intervenciones maternas —sus *consejos*— en los momentos decisivos de su hijo pequeño, Juan: cuando hace la primera comunión, cuando toma la sotana, cuando es ordenado sacerdote... Por cierto, la primera comunión la hizo Don Bosco a los once años, poco después de morir la abuela. Mamá Margarita lo

preparó con verdadero primor, espiritualmente se entiende, y al final le hizo prometer, entre otras cosas, que sería mejor que hasta entonces. «Yo lo prometí todo. Si después he sido fiel, Dios lo sabe», escribe Don Bosco.

El momento cumbre de la vida de mamá Margarita se produjo, sin duda alguna, en 1846, cuando dejó I Becchi y siguió a su hijo a Turín, al ruido y humo de la gran ciudad, al barullo de centenares y centenares de muchachos... Don Bosco, en aquel momento, no sólo no tenía absolutamente nada, sino que, lo que es peor, por no avenirse a los planes de la marquesa Barolo había sido despedido del Refugio y debía desalojar la habitación que ocupaba. Pensaba instalarse en una de las habitaciones que había realquilado. Pero la gente que habitaba el resto de la casa era de mala fama y sólo con una persona de mucha confianza al lado podía habitar allí. Hizo *ex professo* un viaje de Turín a I Becchi, le explicó a su madre el caso y le propuso, nada más y nada menos, dejarlo todo e irse con él. Y ella, entonces feliz habitante de las colinas monferratinas, que, cumplidos sus cincuenta y ocho años, había encontrado por fin la tranquilidad entre su huertecillo, sus pollos y, sobre todo, entre sus nietecillos, hijos de José, lo dejó definitivamente todo y se fue con él...

El día de San Juan Bosco de 1940, Pío XII dedicó una larga referencia al santo del día. Un hermoso párrafo fue para mamá Margarita... Donde haya un elogio para el santo de Turín habrá otro para la humilde campesina de I Becchi.

## II. DON BOSCO, JOVEN (1829-1835). LA «AUTOBIOGRAFIA» DE DON BOSCO

DON BOSCO, JOVEN (1829-1835)

### Don Calosso

Llevaba Juan en la finca de los Moglia casi tres años, cuando un día apareció el tío Miguel, hermano de su madre, y le preguntó, sin más, si estaba contento. Juan le respondió con decisión que no, que lo que él quería era estudiar.

Seguramente, al morir la abuela y subirse Antonio a mayores, Margarita había pedido ayuda a sus hermanos y se habían ido tomando decisiones. Si la cosa no tenía otro arreglo, se partirían los bienes. Así que el tío Miguel no apareció casualmente por la finca de los Moglia, sino a propósito, y, efectivamente, dio instrucciones concretas a su sobrino para que se despidiese de aquella amable familia y regresase a casa.

En definitiva, que Juan podría al fin estudiar.

Pero ¿dónde?

Después de varias tentativas frustradas en los pueblos vecinos surgió una solución providencial. Don Calosso, capellán recientemente llegado a Morialdo, como constatará las buenas disposiciones intelectuales y espirituales de Juan, se encargó voluntariamente de su instrucción. Escribe textualmente Don Bosco en su *Autobiografía*: «Fui, en efecto, a verle con mi madre y se convino en que me daría clase un rato cada día». Esto ocurría a mediados de noviembre de 1829. Las cosas fueron paulatinamente mejorando. Al cabo de un mes estaba todo el día con Don Calosso y sólo volvía a I Becchi a dormir, lo que prueba que las tensiones con Antonio se iban resolviendo. A partir de septiembre de 1830 se quedaba también a dormir en casa del capellán.

Hay que decir en descargo de Antonio que la desaparición casi repentina de su madre y de su padre debieron de marcarlo, y que los siete años que le separaban de Juan, niño extraordinariamente dotado, no eran suficiente distancia para librarlo de celos y envidias. Después del reparto de bienes en este mismo año y de su boda un año después, se estableció en el propio caserío de I Becchi, y las relaciones con su hermanastro pequeño fueron absolutamente correctas.

Con Don Calosso todo iba sobre ruedas para Juan. Hacia abril de 1830 empezó a traducir del latín al italiano (piénsese que de pequeño habló siempre piamentés) y pocos meses después traducía frases del italiano al latín.

Juan, ya en sus quince años, no cabía en sí de gozo. Fueron aquéllos unos meses, escribe, «de indecible prosperidad». El futuro estaba claro. Podría estudiar, podría ser sacerdote. Además, Don Calosso le había asegurado varias veces que lo tenía todo previsto.

Mas Don Calosso murió muy pronto, y «con él morían todas mis esperanzas», escribió con tristeza Don Bosco en su *Autobiografía*. Es el caso que el bueno y anciano sacerdote tuvo un ataque y perdió el habla. En su mudez le entregó a Juan la llave de una caja y le daba a entender con señas que cuanto había dentro era para él. Había ¡6.000 liras! Pero Juan, cuando expiró su gran bienhechor, decidió que no tenía razones suficientes para quedarse con el dinero. «Y, al llegar los herederos —escribe con sublime sencillez—, les entregué la llave y todo».

Datos para una comparación. La dote de mamá Margarita había sido de 150 liras. Cada una de las dos yuntas de bueyes dejadas en testamento por Francisco se evaluó en 200 liras. La compra de la casita en que vivía la familia supuso 100 liras. En la Casa Moglia, en todo el año anterior, había ganado Juanito 15 liras...

## **El curso de Castelnuovo**

Mamá Margarita no se acobardó ante tal contra-tiempo, y menos Juan. Al curso siguiente había que intentarlo de nuevo en Castelnuovo (curso 1830-1831).

Castelnuovo era una población de 3.000 habitantes. A cinco kilómetros de distancia. Juan se los hacía al principio animosamente cuatro veces al día. Después dos, pues se lleva la comida, y al final, en pleno invierno, pensó en ahorrarse la caminata y quedarse a dormir en la casa de un tal Roberto, sastre y músico; mamá Margarita pagaría el alquiler de la habitación en género. En efecto, de cuando en cuando aparecía la buena campesina con su cesta al brazo llevando al sastre cereales y vino y pan a su hijo. El sastre debía facilitar también a Juan la sopa caliente de la comida...

Las cosas empezaron muy mal en Castelnuovo. Los compañeros, mucho más jóvenes, la emprendieron con el recién llegado, tan grandullón y tan mal vestido. Le llamaban *el vaquero de I Becchi*. Y, sin embargo, acabó por ganarse el aprecio de todos; y ya se iban encauzando las cosas, cuando el maestro que tenían fue destinado a otro lugar, sustituyéndole un tal Nicolás Moglia. Era éste pariente de los amos de la Casa Moglia, en cuya finca había visto trabajando a Juan; pero increíblemente, en vez de ayudarle, la emprendió con él: «Déjate de latines —le increpaba—; ¿qué puede pretender uno de I Becchi?», y como el dicho Moglia tenía más de setenta años y no podía en absoluto con los alumnos, a la postre el año de Castelnuovo se perdió también.

A este tiempo se refieren algunos párrafos importantes de su *Autobiografía*: «La muerte de Don Calosso fue para mí un desastre irreparable. Lloraba sin consuelo por el bienhechor desaparecido. Cuando estaba despierto pensaba en él; soñaba en él cuando estaba dormido», etc. Efectivamente, debió de sentir mucho la muerte del que había sido no sólo maestro, sino además verdadero director espiritual, porque fue Don Calosso el que lo ejercitó en la oración. De paso, los años duros de la Casa Moglia y los meses con Don Calosso fueron una auténtica escuela de espiritualidad para él.

En otro punto de la *Autobiografía* cuenta cómo por estos tiempos se quejaba amargamente del párroco y del vicario de Castelnuovo, porque les hacía él un saludo de lejos y apenas si ellos se lo devolvían: «Si yo fuera cura, me comportaría de otro modo: disfrutaría acercándome a los niños, conversando con ellos, dándoles buenos

consejos...» Evidentemente, la muerte de Don Calosso le había dejado un vacío que él quería llenar; a toda costa buscaba abrirse, y no encontraba a quién, y con una sensibilidad muy propia de sus quince años, se rebelaba contra quienes, según él, deberían ser los primeros en acudir a ayudarlo.

En fin, algo sacó del año de Castelnuovo. Aprendió música y a hacer de sastre, no mal del todo por lo visto: «Mi amo —comenta—, al verme adelantar, me hizo propuestas bastante ventajosas...; pero mis planes eran muy otros: yo quería estudiar».

## **Empieza el reinado de Carlos Alberto**

Mientras tanto se van produciendo acontecimientos sociales importantes. En Europa avanza el liberalismo político pese al empeño absolutista de los reyes. En Francia, por ejemplo, cae Carlos X al empuje de una revolución, y sus consecuencias se notan en el centro de Italia (Parma, Módena, Bolonia): Austria tiene que enviar de nuevo su ejército (1831) a poner paz en la península.

Por lo que toca al reino de Piamonte, muere por aquellos días Carlos Félix y le sucede su sobrino Carlos Alberto. Carlos Alberto es y será el tipo del príncipe dubitante. Diez años antes, cuando los *movimientos del 21*, había sido regente desde la abdicación de Víctor Manuel I hasta la toma de posesión de Carlos Félix, y tan inclinado era a los liberales, que llegó incluso a jurar la Constitución de Cádiz; pero a estas alturas de 1831, no contento con haber lavado su mancha combatiendo en España contra los liberales, comenzaba su reinado fusilando a una veintena de mazzinianos; y, sin embargo, en 1847, dieciséis años después, concederá voluntariamente la Constitución.

El caso es que los liberales, al fracasar también ahora, volvieron de nuevo a la clandestinidad o al exilio; pero no precisamente en plan de desaparecer, sino en plan de organizarse mejor. Aquel mismo año de 1831 fundaría Mazzini en Marsella la Joven Italia, organización que tenía como objeto unir a toda la península en una república de bases extremadamente liberales. Pocos

meses después se inscribiría en ella un militar llamado Garibaldi.

El progreso del Piamonte por estos años es muy importante: se talan bosques, se desecan lagunas, se intensifica el cultivo de la morera para gusanos de seda, se introduce el merino español para la obtención intensiva de la lana, se montan fábricas de hilados, se organiza la industria del hierro, etc. Pronto se tenderán los primeros ferrocarriles. La burguesía, de consiguiente, va cobrando cada vez más importancia, y su influencia en futuros cambios sociales y políticos será decisiva; por otra parte, pese a los intentos fallidos, en amplias minorías de toda Italia va cundiendo la idea de unidad, la ilusión de tener todos una historia común y el derecho a regir ellos mismos los destinos nacionales. En fin, que va ya haciendo claramente acto de presencia en la historia ese movimiento unificador que se llamará Il Risorgimento. Silvio Pellico osa escribir *Le mie prigioni*; en sus páginas, Austria no aparece ya como un tutor de Italia, sino como su verdugo.

### ¡A Chieri!

La decisión de mamá Margarita y de Juan fue inmediata. Si en Castelnuovo no es posible aprender, habrá que ir a Chieri... Y a Chieri fue Juan, en efecto, al curso siguiente, y en Chieri por fin triunfó.

Las vacaciones de aquel 1831, entre el curso de Castelnuovo y el primero de Chieri, las pasó Juan en Sussambrino, una finca junto a I Becchi que su hermano José había tomado en arriendo. Nada dice de ello en su *Autobiografía*, pero nos consta que en aquellas pocas semanas se entregó con ahínco al estudio. Le iba mucho en ello. Si fracasaba en Chieri... Solía encargarse de llevar a pastar unas cuantas vacas de su hermano. Más de una vez hubo de avisarle a gritos una vecina, porque las vacas se le entraban a ella por sus prados: el estudiante Bosco, sentado a la sombra de un árbol, atendía más a los libros que a los animales. Acudía a las fiestas mayores de los pueblos, tan frecuentes en septiembre y octubre, y tomaba parte en competiciones. Una cucaña le valió ¡20 liras! Para libros...

¡Chieri! ¡Toda una capital para un pastorcillo de I Becchi! Escribe él: «Quien se haya criado entre bosques y no haya visto más que un pueblecillo provinciano, queda muy impresionado...» Cuando Bosco entró por primera vez en Chieri tenía la ciudad 9.000 habitantes. Era ciudad de conventos, de tejedores y estudiantes. No tenía obispo, pero sí catedral y seminario. No era capital de provincia, pero, como lugar «conspicuo y populoso», poseía un colegio real de latinidad (para nosotros, un instituto de segunda enseñanza), donde se podían hacer tres cursos inferiores y los tres medios de gramática, *umanità* y retórica. Comenzando a los diez años, un alumno normal podría acabar a los dieciséis. Para empezar se requería alguna preparación elemental.

Juan tenía dieciséis años cumplidos y apenas si llevaba esa preparación elemental: su cultura equivalía a la de un muchacho cinco o seis años más joven.

El viaje desde I Becchi lo hizo a pie, una tibia mañana del veranillo de San Martín, con un coterráneo suyo y de la misma edad llamado Filipello. Este, como en el camino le oyese hablar y hablar de sus planes, le preguntó si pensaba en ser párroco.

«¿Párroco? ¿Te das cuenta de la responsabilidad de ser párroco?» Si acaso, continuó explicándose, sería simple cura dedicado a los jóvenes. Cincuenta y tres años después, Filipello irá a Valdocco a visitar a su viejo y famoso compañero Don Bosco, y éste le dirá: «Ya ves, Filipello: no me hice párroco».

El aspecto económico de la empresa no era nada halagüeño. Estudiar en Chieri sin medios económicos podía tomarse por una quijotada. Juan, de acuerdo con su madre, tuvo que ir por las casas de I Becchi y de Morialdo exponiendo su caso y recabando ayuda; intervinieron el párroco y otros señores, y se pudo al fin atender a los primeros gastos; lo demás correría por cuenta de mamá Margarita y del propio Juan, que ya era mayor y se podía ayudar con su trabajo. Residiría en casa de una amiga de la familia, pagaría unas liras al mes y daría clase de repaso a su hijo. Lo cierto es que sólo moró con ellos algún tiempo. El resto de los años de instituto residió donde pudo.

Juan empezó por la clase inferior, y la cosa tomó en

sus comienzos el mismo cariz desagradable que el primer mes de Castelnuovo: «Por mi edad y corpulencia —consigna en su *Autobiografía*—, parecía un pilastrón en medio de mis compañeros, aún niños»... Pero allí se jugaba el todo por el todo. De seguro que puso su juventud y su alma en el empeño y que, acostumbrado por su madre a dormir muy poco, aprovechó bastantes horas de la noche. El resultado fue que avanzaba a pasos agigantados con respecto a los demás. A mitad de curso vino la gran sorpresa: le subieron de clase. Para el pobre muchacho debió de constituir una auténtica inyección de optimismo. Dos meses después vino la segunda sorpresa: le volvieron a subir de clase. Estos éxitos tuvieron que darle una gran confianza en sí mismo y en los planes que entreveía de Dios sobre él. Al entrar en la tercera nueva clase, el maestro, hombre de ocurrencias, exclamó a quemarropa: «Este chico, o es un enorme talento o un topo». «Algo de las dos cosas —contestó Juan modestamente, pero sin ningún complejo—; soy un pobre muchacho que pone toda su buena voluntad en cumplir con el deber».

Llegó el verano y había hecho tres cursos en uno.

## Las leyes de Carlos Félix

Por los tiempos en que estudiaba Juan en el instituto de Chieri, la enseñanza estaba muy influida por la religión aun en los centros del Estado como era aquél. Carlos Félix, «príncipe celosísimo», había dado al efecto, por los años veinte, unas disposiciones que estuvieron vigentes hasta la revolución del 48. Extractamos de la *Raccolta dei sovrani provvedimenti*:

«La base de la sabiduría es el temor de Dios...» Los profesores en sus clases propondrán, de cuando en cuando, máximas de religión y de cristiana piedad que se graben en el ánimo de los estudiantes. Todos los días se ha de oír misa en la capilla del respectivo centro, debiendo cada estudiante utilizar su propio libro de devoción y estar de rodillas con el debido recogimiento. Los alumnos se acercarán a confesar una vez al mes, debiendo presentar al prefecto de estudios el correspondiente billete acreditativo... Cada domingo y día

festivo, los alumnos tomarán parte en la Congregación. Los actos de la mañana serán: lectura espiritual, canto, *Veni Creator*, maitines con sus lecciones, misa, letanías de la Virgen, instrucción, terminando todo con el salmo *Laudate Dominum omnes gentes* y su correspondiente versículo por la sacra majestad del Rey. Los actos de la tarde serán: lectura espiritual y canto del trisagio y catecismo durante tres cuartos de hora. En la cuaresma se dará media hora de clase de religión antes y después de acabar las clases. En Semana Santa se practicarán obligatoriamente los ejercicios espirituales, de cuatro días enteros y dos medios... ¡Todo esto, en los centros oficiales, por decreto real!

Desde luego, la alianza entre el Trono y el Altar había ido demasiado lejos en la Restauración. La enseñanza elemental y media, y en buena parte la universitaria, la llevaban prácticamente los eclesiásticos. Inconvenientes aparte, el hecho tuvo su importancia para Juan, espíritu piadoso, pues mientras hacía sus estudios en Chieri pudo profundizar mucho en su formación religiosa.

### **Patatas arriba...**

Un simpático incidente ocurrido en la tercera clase, en la que, como dijimos, estaba ya Juan al final del primer año de Chieri, lo hizo popular y evitó de una vez para siempre que se le tomase el pelo. Era la hora del latín. El profesor leyó un largo párrafo, lo construyó, lo enriqueció con observaciones de su cosecha y se lo mandó repetir a Bosco. Pero Bosco se había dejado el libro en casa. No se amilana. Toma un libro cualquiera, lo abre, lee (hace que lo lee), lo construye y da todas las explicaciones del caso. «Los compañeros —escribe con orgullo— aplaudieron llenos de admiración». El profesor se sorprendió, porque nunca le había ocurrido un desorden semejante. Aclarada la cosa y repetido el experimento, el profesor fue el primero en felicitarle por su gran memoria.

A partir de entonces, si hemos de creer a su *Autobiografía*, los tres cursos restantes —de gramática, *umanità* y retórica— fueron coser y cantar por lo que toca a estudios; y su prestigio fue acrecentándose. Los tres

años le condonaron las matrículas por sus calificaciones de sobresaliente. El, por otra parte, empleaba sus saberes en beneficio de compañeros más atrasados, y en ocasiones no sin riesgo, como en un examen de reválida ante el delegado del rey a causa de haber pasado un papel a un vecino; por ser él le concedieron repetir el examen. Demostró, además, particular sensibilidad al hacerles los deberes a los alumnos judíos en días de sábado.

El resultado de todo fue que pronto se vio rodeado de un grupo incondicional de amigos. Fundó con ellos la Sociedad de la Alegría. «Me honraban como al capitán de un ejército», comenta. Sin duda que fue un grupo simpático y famoso en todo Chieri: en una ciudad pequeña no pudo pasar inadvertido un grupo de tales características. No es disparate imaginarlos marchando, calle adelante, abrazados en línea transversal y cantando los mejores cantos piamonteses. Al fin y al cabo, mozos, y encima estudiantes. Bosco era el rey de la cuadrilla. Yo creo que el hijo de Margarita fue, en punto a alegría, de 1832 a 1835 en Chieri, con sus diecisiete a veinte años, un poco o un mucho lo que Francisco en Asís antes de meterse a místico.

Un episodio da la medida de la importancia de aquel grupo y de la valía de su jefe. Lo comprometieron en un desafío con un saltimbanqui profesional. Juan le venció en todas las pruebas: en el salto, en la carrera, en la varita mágica... y, como quiera que iban doblando las apuestas, lo dejó completamente arruinado. ¡Le ganó 240 liras! Todo se resolvería a trueque de un banquete a los 24 del grupo que costó 25 liras. La prueba más difícil fue la del árbol. El saltimbanqui llegó hasta la punta. Bosco llegó también hasta la punta, pero a pulso consiguió levantar las piernas por encima de la cabeza... Es muy fácil que el desafío ocurriera en la Pascua de 1834. Cien años después, en la Pascua de 1934, con ocasión de la clausura del Año Santo de la redención, en la plaza de San Pedro y ante cientos de miles de fieles de todo el mundo, sería canonizado por Pío XI.

\* \* \*

No es posible dedicar más espacio a la juventud de Don Bosco. Pero hubiera sido imperdonable saltársela.

## Los años de Chieri...

Los años de Chieri fueron años de amistad; su amistad con Comollo será siempre un capítulo en la historia sobre la amistad. Los años de Chieri fueron años de celo apostólico; concretamente, se hizo amigo del joven judío Jonás y lo convirtió. Los años de Chieri fueron años de largas lecturas diurnas y nocturnas; como su madre le había acostumbrado a dormir poco —lo reiteramos porque él lo repite varias veces— y, por otra parte, *con las explicaciones de clase tenía bastante para responder de las lecciones*, podía dedicar, cada noche y cada día, horas y horas a leer, y él dice que las dedicaba. Los años de Chieri fueron también años de indecibles privaciones, sin que le valiera mucho dar clases particulares y hacer de herrero, de pastelero, de carpintero, de mocito de café, etc. De cuando en cuando aparecía mamá Margarita con su cesta al brazo y le sacaba el estómago de mal año; pero llegó a padecer necesidad verdadera. ¡Cuántas veces, ya fundador de una congregación, sentándolo a su mesa en la comunidad, honraría a un tal Blanchard porque, en los años de Chieri, pedía fruta en su casa y se la daba a él para que saciara el hambre!

Acabó ganándose no sólo a todos los compañeros, sino también a todos los profesores. Hasta hizo amistad con el doctor Banaudi, el más competente de todos, que le había impresionado profundamente por su solvencia profesional y su prestigio. Uno de los primeros escritos que se conservan de Don Bosco es el relato de un viaje a Pinerolo al final de los estudios en el instituto de Chieri; se notan los pujos literarios del estudiante; se entrega a descripciones maravillosas: ¡todo lo ve hermoso!; un día se encontró con el doctor Banaudi y éste lo invitó, como a un señor, a pasar tres días en su casa... ¡El hijo pequeño de Margarita Occhiena ya era alguien!

### LA «AUTOBIOGRAFÍA» DE DON BOSCO

En realidad, el título es *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales*. Pero nosotros las llamamos y las

llamaremos *Autobiografía* por una razón que diremos más adelante y porque en realidad lo son de una parte de su vida. Si en la rica hagiografía cristiana faltaba la vida de novela de un santo escrita noveladamente por el santo mismo, aquí está el caso de Don Bosco.

En primer lugar, esa que decimos *Autobiografía* de Don Bosco rezuma humanidad.

Para cualquiera de nosotros, el chico más simpático que hemos encontrado en la vida somos nosotros mismos cuando éramos niños. De mayores, todos solemos recordar con fruición los heroísmos y trastadas de cuando éramos pequeños.

Lo mismo le ocurre a Don Bosco en su *Autobiografía*. Se nota a la legua que el Don Bosco de Turín está contento del Juanito de I Becchi y del Juan de Chieri. «Yo sabía mucho de nidos —escribe a la altura de sus sesenta años—... ¡Si hubieseis visto al pequeño orador convertirse en charlatán de profesión... ejecutar el salto mortal... tragarse monedas para después sacarlas de la nariz de éste y del otro...!» Eso es muy humano.

Muchas de las cosas que escribe las debió de contar innumerables veces a sus oratorianos y a sus primeros internos de Valdocco, lo cual es más humano todavía. Sobre todo en el invierno, cuando, por ahorrarles los rigores del patio abierto, tenía que entretenerlos en locales cerrados con juegos de manos, narraciones interesantes y demás recursos suyos. De chico, ya entretuvo, en los días nevados, a todo el caserío de I Becchi con lo que había leído en los *Pares de Francia* y otros libros. En los tiempos del Oratorio ambulante y del primer internado, encontraba Don Bosco en su propia vida episodios mucho más a propósito a la hora de entretener a su gente. Y no era él —extravertido y simpático— hombre que se los callase si podían interesar a sus chicos. Concretamente, nos consta por Lemoyne que relató de viva voz no poco de lo que en su *Autobiografía* puso por escrito y, además, se deduce del análisis interno del texto, pues los pasajes más amenos se encuentran en párrafos sumamente fluidos, redactados de un tirón y sin la menor dificultad.

En segundo lugar, la *Autobiografía* de Don Bosco es de una impresionante grandeza de espíritu.

Resulta, sí, una novela amenísima y muy humana. Pero épica. Es la epopeya de un hombre de origen humilde que va salvando obstáculos insalvables hasta colocarse en el sitio que cree le asignó Dios. La renuncia a la herencia de Don Calosso y el rechazo de las ventajosísimas propuestas económicas de la marquesa Barolo son dos gestos sencillamente sublimes.

Don Bosco escribió su *Autobiografía* hacia sus sesenta años, entre 1873 y 1875, cuando su fama rebasaba Italia y sus realizaciones despertaban la más sincera admiración.

La escribió porque se lo mandó Pío IX. En la primera visita a Roma, en 1858, le hizo contar el papa toda su vida, y, al percatarse de que se encontraba ante un hombre extraordinario y tocado de Dios, le mandó poner todo por escrito. En 1867, en su segunda visita, a una pregunta concreta del sumo pontífice tuvo que contestar Don Bosco que ni había empezado. «Bien —le atajó el papa—; si es así, deje toda otra ocupación y póngase a escribir. Ahora ya no es sólo un consejo, es un mandato».

En la *Autobiografía* narra Don Bosco su vida hasta 1855 aproximadamente; es decir, lo correspondiente a sus primeros cuarenta años. Parece que fue intención suya continuar el escrito, pero el caso es que no lo hizo. De todos modos, a los cuarenta años ya tenía sus obras decididamente en marcha, y con lo narrado creyó siempre haber cumplido suficientemente el mandato papal.

Se divide la *Autobiografía* en una introducción y tres décadas. Existe el original: tres grandes cuadernos manuscritos repletos de adiciones al margen. Solamente algún salesiano pudo tenerla en sus manos antes de la muerte del autor. Por la tinta y por los cambios de letra infiérese que fue redactada a ratos perdidos y con muchísima prisa. Se descubre al abuelo sesentón que cuenta la historia a la familia. La escribe «para que pueda tomarse como norma, a fin de superar las dificultades futuras...; para dar a conocer cómo Dios mismo condujo todas las cosas en cada momento y [¡humanísimo Don Bosco!] para servir de ameno entretenimiento

a sus hijos cuando lean las andanzas en que anduvo medido su padre».

Prohibió darle publicidad «lo mismo antes que después de su muerte»; e insistió tanto en esta prohibición, que la dejó subrayada en cada una de las tres partes. Pero Eugenio Ceria, historiador de la Congregación y profundo conocedor del biografiado, a quien por cierto conoció en vida, en 1946 la editó debidamente anotada.

He aquí un juicio de Ceria en la presentación: «La obra ofrece documentación preciosa, biográfica y psicológica, sobre una personalidad de primer orden; y presenta juicios nada despreciables sobre un tiempo en que los acontecimientos fueron muy importantes y de mucha influencia en el futuro... En estas páginas, Don Bosco se manifiesta al lector de una forma inmediata, transparente y simpática sobre toda ponderación: nada, ningún artificio literario se interpone entre escritor y lector... En Don Bosco, sí que el estilo es el hombre; un estilo amable, como él mismo. Se desprende de todo el contexto una aura humilde, indulgente y cordial y aquella sensación de calma y serenidad que siempre se experimentaba al acercarse a su persona».

Los grandes hombres pertenecen a la humanidad, a la historia: ellos, sus obras y sus escritos. Al publicar la *Autobiografía* de Don Bosco, la Congregación salesiana no ha sentido remordimiento de haber incumplido el mandato terminante del Padre\*.

\* El lector de habla española la podrá encontrar en el tomo 402 de la BAC.



### III. DON BOSCO, SEMINARISTA (1835-1841)

#### DON BOSCO, SEMINARISTA (1835-1841)

La elección de estado no fue tan sencilla en Don Bosco como se suele presentar. A los doce años tenía ya en claro, sí, que iba a ser sacerdote, y a los dieciséis, en el veranillo aquel de San Martín de 1831, que no había de ser párroco. Y, sin embargo, los cuatro años que siguen hasta 1835 están atravesados, al respecto, de una clara preocupación y hasta de una cierta angustia. En rigor, había una teología de por medio. Era pensamiento común en el Piamonte piadoso —y no sólo en el Piamonte— que Dios tiene preparada a cada uno su vocación en el mundo y que se la ha de buscar con ahínco, porque, de no acertar, se arriesga la eterna salvación.

El caso es que en 1834, cuando se encontraba en Chieri, a punto estuvo de hacerse franciscano y misionero; y sólo cuando coincidieron en el parecer Don Cafasso —que ya empezaba a ser su director espiritual—, su párroco de Castelnuovo y un tío de Comollo, sacerdote de mucha piedad, se decidió a entrar en el seminario.

Por cierto que a propósito de este asunto ocurrió una de las más memorables intervenciones de mamá Margarita. Mamá Margarita estaba al tanto de todo y dejaba a Juan en plena libertad de elección. En cambio, Don Dassano, párroco de Castelnuovo, creía que la madre debía intervenir en asunto de tanta importancia por razones económicas, y en consecuencia realizó un viaje a I Becchi con el exclusivo objeto de hablar con ella. «Usted no es rica —le argumentaba Don Dassano— y ya tiene sus años. Un hijo párroco sería para usted...» La mujer le dejó hablar, sin decir ella palabra; pero en cuanto el párroco se perdió a lo lejos de vuelta a

Castelnuovo, tomó su cesta y se plantó en Chieri. «No tienes por qué preocuparte de mí —le dijo, sin más, a Juan—... Nací pobre, he vivido pobre y quiero morir pobre... Si te haces del clero secular y por desgracia llegas a ser rico, ni una vez pondré los pies en tu casa. No lo olvides». Don Bosco, viejo, conservaba intacta en la memoria la impresión profunda que le produjeron las palabras de su madre.

Al final del curso 1834-1835, a punto de cumplir veinte años, Juan rendía el último examen de bachillerato en el instituto y pocos días después solicitaba el ingreso en el seminario del propio Chieri.

No entraría hasta primeros de noviembre. Las vacaciones que mediaron las empleó en adquirir recatados aires de seminarista. Escribe: «Vuelto a casa para las vacaciones, dejé de hacer el charlatán y me di a las buenas lecturas».

La vida de seminario tuvo su anverso y su reverso para el hijo de mamá Margarita.

Una primera lectura de la *Autobiografía* y de lo que los compañeros de clase —Giacomelli, Dalfi y Rapallo— declararon en el proceso de canonización lleva a la conclusión de que Don Bosco, efectivamente, a lo largo de seis años de seminario, vivió momentos muy buenos. No faltan episodios y noticias realmente simpáticas. Todos los jueves le visitaban los de la Sociedad de la Alegría. Entre unos cuantos seminaristas tenían organizado un círculo de estudios, en que se ventilaban los puntos más polémicos de las asignaturas, y *él era el juez inapelable*. Los días en que había permiso para jugar a las cartas, casi siempre ganaba él, por lo que debía dedicarse al final a devolver el dinero a sus afligidos compañeros. Llegó a ocuparle tanto este bendito juego, que lo hubo de dejar del todo, «pues tenía siempre la imaginación ocupada por el rey de copas, la sota de espadas y el as de oro o de bastos...» *Como la memoria le seguía favoreciendo* y con sólo leer el texto y escuchar las explicaciones le bastaba para responder de las lecciones (vuelve a repetir), todo el tiempo sobrante lo dedicaba a leer... Una vez, ya teólogo y en vacaciones, fue con otros eclesiásticos a un pueblecito para celebrar la fiesta de

San Roque; pero resultó que en el momento del sermón no apareció el predicador. Por sacar al párroco de apuros, él, Bosco, fue rogando a todos los sacerdotes que improvisaran siquiera unas palabras: «¿Por qué no lo haces tú?», respingaron. «Subí al púlpito —comenta con ingenuidad— y me salió un sermón que dijeron fue de los mejores predicados en mi vida»...

Pronto se haría popular también allí dentro. «Si uno necesitaba afeitarse o hacerse la coronilla, recurría a Bosco —cuenta él—. Si otro deseaba un bonete o necesitaba dar un cosido o remendar una sotana, acudía a Bosco». Cuando llegaba el jueves y venían a verle sus amigos de Chieri, como resulta que había además otro Juan Bosco, el portero llamaba a voz en grito: «¡Bosco de Castelnuovo!», y la llamada inicial, hecha en piamontés, iba avanzando de boca en boca por todo el seminario traducida al italiano, al francés, al latín, hasta que daba con el interesado.

Así que, en la vida del seminarista Bosco, hubo realmente buenos momentos. Además, por su rendimiento le perdonaron la mitad de la pensión y llegó a ser *prefecto*, *primus inter pares*, de todo el alumnado, y saltó el cuarto curso de teología...

Pero también encontramos su reverso a aquellos años de Don Bosco. Una segunda lectura de la *Autobiografía* y de las declaraciones de los compañeros en el proceso de canonización lleva a la conclusión de que allí también hubo drama, y no pequeño.

Se le notan en su *Autobiografía*, desde que se decide a ser seminarista, demasiados propósitos. Muchos no los cumpliría: volvería, por ejemplo, a tocar el violín alguna vez, volvería a hacer juegos de manos para entretener a sus chicos... Dominaba entonces el tipo de cura solemne, reservado, estilizado, distante, y, por consiguiente, se daba el correspondiente *traje* —el correspondiente tipo— de seminarista. Bosco no tuvo más remedio que enfundarse este traje y vivir encorsetado durante sus estudios de filosofía y teología, cuando es lo cierto que le hubiera gustado ser otra clase de seminarista, porque se imaginaba a sí mismo otra clase de cura.

La segunda fuente de sufrimientos la constituyeron las malas relaciones entre superiores y súbditos. El las

condena con palabras muy fuertes. Pedagogo nato, que llevaba en el alma otras maneras y otros métodos, en los que era parte principalísima la familiaridad entre educadores y educandos, aquel espectáculo diario le sublevaba; él mismo, de suyo comunicativo y de gran capacidad de simpatía, necesitaba tratar frecuentemente con sus superiores.

Como si no fuera poco, entre los propios seminaristas no había un ambiente aceptable: «Recuerdo —escribe— haber oído a compañeros conversaciones realmente malas. Y una vez, al registrar a algunos, les encontraron libros impíos y obscenos de todo género». Acabó por formarse a su alrededor un grupo más íntimo, «del que era el padre, el amo y el maestro». Dentro y al frente de este grupo vivió propiamente los años de seminario. Se explica que hubiese aquel tipo de seminaristas: corrían los tiempos en que estaban vigentes las leyes de Carlos Félix, y en consecuencia se había producido una inflación de vocaciones. Muchos seminaristas eran externos y a no pocos lo que les interesaba realmente no era la vocación sacerdotal, sino cursar unos estudios que después les permitiesen colocarse en la vida.

Otra fuente de sufrimientos fueron las doctrinas teológicas que se enseñaban por aquel entonces. Aún coleaba el jansenismo, y muchos profesores, si no eran del todo jansenistas, sí eran rigoristas en punto a moral, así como exagerados en lo tocante a la dificultad de salvarse. Evidentemente, como él lo da a entender con frecuencia, no quedó satisfecho de aquellas enseñanzas; y por lo que afirmó en el proceso de canonización Don Francesia, hasta parece que le hicieron daño y que se desencadenó en su alma una angustiosa crisis de salvación.

A todo esto hay que añadir la tensión por la santidad, en la que se empeñó a fondo todo aquel tiempo, emulando a su íntimo amigo Comollo. También siguió padeciendo penuria económica.

Los años de seminario, en definitiva, fueron duros (y de ellos se ocupa largamente Stella). Su amigo Giacomelli conservó toda su vida la penosa impresión que le hizo cuando lo vio por primera vez: «Entré en el seminario un año después que él...; de agradable rostro y cabellos

ensortijados, estaba pálido y delgado y parecía *sofferente*».

En aquellas circunstancias, pues, acabó de fraguar su carácter nuestro biografiado y allí decidió de una vez ser él un tipo de cura nuevo.

A partir de ahora, Don Bosco será... *Don Bosco y su obra*.

\* \* \*

El sábado 5 de junio de 1841 le ordenaba de sacerdote en Turín el que por muchos años habría de ser su querido arzobispo: Mons. Luis Fransoni. Al día siguiente, domingo de la Santísima Trinidad, celebraba su primera misa privadamente en la iglesia de San Francisco de Asís del Colegio Eclesiástico, asistido en el altar por Don José Cafasso. A mitad de la semana, el jueves, día del Corpus, iba a su parroquia de Castelnuovo para cantar la primera misa entre el alborozo de sus paisanos, y, al atardecer de ese mismo día, llegaba a I Becchi.

En este punto de su *Autobiografía* hay unas palabras a primera vista exageradas y que no se las puede entender bien si no se las coloca en su contexto histórico. «Cuando, al atardecer del día del Corpus, llegué por fin a mi casita de I Becchi —escribe—, contemplé el lugar del sueño de los nueve años y, sin poder contener las lágrimas, exclamé: ¡Cuán maravillosos son los designios de Dios! ¡Verdaderamente quiso sacar a un chiquillo de entre los terrones para colocarlo con los primeros de su pueblo!» Pues esas palabras cobran todo su verdadero valor si se piensa que en más de doscientos años no había salido ningún sacerdote de la familia, al menos de la rama paterna, según se deduce del estudio de Caselle, y que era económicamente imposible que saliese. Los sacerdotes seculares traían su origen, en tiempos de Don Bosco y en los inmediatamente anteriores, de la nobleza o, cuando menos, de la burguesía. Era toda una carrera la eclesiástica, cuyos gastos sólo familias pudientes los podían afrontar. En nuestro caso, a Juan le supuso hacer todos los estudios elementales y medios fuera de la familia y tener que pagarse —por lo menos— todos los gastos complementarios en los años del seminario.

Demos por descontado que mamá Margarita y el hermano José le ayudaron todo lo que pudieron; pero, también, que pudieron ayudarle bien poco, pues la magra economía doméstica no les alcanzaba más que para pervivir medianamente en casa. Honradamente hay que concederle su parte de razón a Antonio, que echaba cuentas de lo que a Juanito le costarían los estudios, y deducía que uno de la familia no podía aspirar lógicamente a otra cosa que a puro *contadino*, a labrador... Y, sin embargo, el milagro se produjo y Juanito llegó a cura. ¡Tenía razón el misacantano Juan Bosco para emocionarse, en aquella tarde del Corpus, al llegar a su casa! Don Bosco llevará a cabo en su vida grandes empresas, pues la primera gran empresa que en su vida llevó a cabo Don Bosco fue llegar a cura...

IV. DON BOSCO, EN VALDOCCO  
(1841-1848). LOS ORATORIOS FESTIVOS.  
DON BOSCO Y LOS CHICOS

DON BOSCO, EN VALDOCCO (1841-1848)

**En el Colegio Eclesiástico**

Estrenó Don Bosco su ministerio sacerdotal en su propia parroquia, en Castelnuovo, sustituyendo al párroco durante el verano. «Experimentaba —escribe— el mayor placer del mundo en el trabajo parroquial...; pero mi mayor delicia consistía en enseñar el catecismo a los niños y en entretenerme con ellos».

Al acabar aquellas vacaciones se le ofrecieron —cuenta— tres empleos: «preceptor en casa de un señor genovés, con mil liras al año; capellán de Morialdo, donde mis buenos campesinos doblaban la paga que daban a los anteriores capellanes, y, finalmente, vicario del propio Castelnuovo». Pero su director espiritual, Don Cafasso, le aconsejó que olvidase esas propuestas y se fuese con él dos años al Colegio Eclesiástico de Turín.

Era Don Cafasso uno de los principales profesores del Colegio. Este centro de formación venía a ser un complemento de los seminarios mayores de Chieri y de Turín (Chieri era de la diócesis de Turín, y la diócesis de Turín tenía esos dos seminarios mayores). Los criterios que imperaban en el Colegio Eclesiástico eran eminentemente prácticos, dice Don Bosco: «Allí se aprendía a ser sacerdote..., por cuanto que en los seminarios sólo se estudiaba dogmática especulativa y, en moral, las cuestiones disputadas». Los alumnos ejercían el apostolado en la ciudad —en las cárceles, en las instituciones benéficas, en las escuelas, etc.— y

después, en dos reuniones diarias con sus profesores, se reflexionaba pastoralmente sobre los resultados. La postura intelectual del profesorado era claramente anti-jansenista y antirrigorista, por lo que una parte del clero turinés, de ideas contrarias, no veía esta institución con buenos ojos.

En el Colegio Eclesiástico, Don Bosco tuvo ocasión de curarse de los rigorismos que pudo traer de Chieri y encontró además el ambiente de familiaridad, entre compañeros y superiores, que tanto había echado de menos en aquel seminario. Y, sobre todo, por la clase de estudios y por el mismo ejercicio del ministerio sacerdotal en la ciudad, estuvo en condiciones de darse pronto cuenta de cuál era el verdadero estado de la juventud de Turín.

## La revolución industrial

De una revolución que se gesta en el primer tercio del siglo XIX, ya hemos hablado: de la *revolución política*. En el seno de los Estados absolutistas, reconstruidos precipitadamente tras la caída de Napoleón, fermenta el liberalismo, y poco a poco se prepara el estallido que será la *revolución del 48*; se marcha, pues, hacia regímenes constitucionales.

Pero paralela a esta revolución política se da otra no menos importante: la *revolución industrial*.

El inglés Watt, a finales del siglo XVIII, inventaba la máquina de vapor. Fue el principio de la revolución industrial. Una máquina de 100 caballos desarrolla la fuerza de 880 hombres. Aplicada a la tracción, será locomotora o barco de vapor; fijada en tierra y en comunicación con volantes, bielas y poleas, constituirá el corazón de una gran factoría. Los productos se abaratarán. Todo el artesanado de los pequeños centros urbanos se vendrá abajo. La minería del hierro y del carbón adquirirá un desarrollo desmesurado y en las grandes ciudades irán apareciendo las fábricas y las grandes industrias... El resultado inmediato, un corrimiento de la población del campo a la ciudad y la necesidad de entregarse a la construcción de grandes barriadas.

Revolución parecida no se había dado desde el

Neolítico, cuando el hombre dejó de ser cazador y se hizo agricultor, que fue lo mismo que pasar de la vida salvaje a la civilización. Pero mientras que aquella revolución se produjo a lo largo de muchos milenios, la industrial se va a hacer en doscientos años escasos.

Añádese a todo esto los avances de la higiene y de la medicina, que elevan a Europa de 180 millones de habitantes en 1800, a 260 en 1850. En todos estos cambios, la niñez y la juventud resultaron, por fuerza, las más afectadas, porque, a la hora de la emigración, los primeros en decidirse fueron los niños y los jóvenes, por menos arraigados en el campo o porque se les aceptaba más fácilmente en los puestos de trabajo: una máquina, en muchos casos, igual la controlaba un niño que una persona mayor, y era mucho menor el sueldo de un niño. «Los niños —escribe Margaretha Laski, por poner el caso tipo de Inglaterra— eran reclutados a centenares en los suburbios de Londres. Encerrados en vagones, se les enviaba a las fábricas de hilados de Lancashire. El trabajo duraba doce y más horas. Se desmayaban de puro sueño y de cansancio en la húmeda soledad de las fábricas».

## 8 de diciembre de 1841

Don Bosco, en 1841, recién ordenado sacerdote y residente en el Colegio Eclesiástico de Turín, estaba, pues, en condiciones inmejorables de apreciar las consecuencias de esta revolución en la capital del Piamonte; y, más en concreto, de calibrar las consecuencias morales de tal hacinamiento de niños y jóvenes. Don Cafasso lo llevó a ver las cárceles: «Me horroricé —escribe— al contemplar allí numerosos muchachos de doce a dieciocho años... de ingenio despierto, pero ociosos, roídos de insectos y faltos de alimentación espiritual y corporal». Se dio cuenta Don Bosco de que muchos de ellos volvían a la cárcel, de la que habían salido con los mejores propósitos, porque estaban *abandonados a sí mismos*. Si un amigo los atendiera, de seguro que no ocurriría todo aquello... Comunicó a Don Cafasso su pensamiento, y comenta en la *Autobiografía* que *se puso a estudiar la manera de llevarlo a cabo*.

Casi al medio año de su ordenación sacerdotal, exactamente el 8 de diciembre de 1841, colocó la primera piedra de lo que había de ser su grandiosa obra. Está a punto de salir a celebrar misa, en la sacristía de la iglesia del Colegio Eclesiástico. No tiene monaguillo. Casualmente asoma la cabeza un mozalbete de unos quince años, pero el chico no sabe ayudar. El sacristán lo expulsa entre denuestos y escobazos. Don Bosco se indigna y le ordena al sacristán que se lo traiga, *porque es su amigo*. Celebrada la misa, se entretiene largamente con el muchacho. Respuestas breves a preguntas breves. Se llama Bartolomé Garelli. Es de Asti. No tiene padre ni madre. No ha hecho la primera comunión. Se confesó, sí, pero cuando era pequeño... «¿Sabes leer?» «No». «¿Y silbar?»... Bartolomé no iba al catecismo porque los pequeños sabían mucho, y él, grandullón, no sabía nada. ¿Y si él, el cura, le diese lección allí mismo y entonces? Bartolomé aceptó, y Don Bosco hizo la señal de la cruz, rezó un avemaría y, sin más, allí mismo, en la sacristía del Colegio Eclesiástico de Turín, el día de la Inmaculada de 1841, empezó su gran obra... En cuantos documentos envió Don Bosco a Roma sobre la historia de su apostolado entre los jóvenes, siempre colocó en aquel lugar y en aquella fecha el arranque lejano de su Congregación.

A primeros de febrero de 1842 eran una veintena los muchachotes que acudían con Bartolomé Garelli al Colegio Eclesiástico para recibir catecismo de aquel joven cura llamado Don Bosco y a pasar el día con él. Y en el verano, más de 80: «De haberlo permitido el espacio, hubiésemos llegado en seguida a centenares», escribe. El grupo, en general, se componía de jóvenes trabajadores del ramo de la construcción: picapedreros, albañiles, estucadores, adoquinadores, enyesadores. Don Bosco puso a aquello el nombre de *oratorio festivo*; entre otras razones, porque una de sus finalidades era asegurar las prácticas cristianas de piedad en día de fiesta.

### **En el Refugio Barolo**

El *oratorio festivo*, por la tiranía de las circunstancias, durante cinco años habrá de ser algo muy móvil como

vamos a ver, hasta que Don Bosco consiga fijarlo en un lugar definitivo.

Don Bosco se quedó en el Colegio Eclesiástico no sólo los dos años que le correspondían como alumno, sino, además, un tercero como profesor auxiliar. Pues bien, a lo largo de estos tres años tuvo que andar de un sitio para otro con sus chicos en los locales y terrenos pertenecientes al Colegio Eclesiástico. En la *Autobiografía* dedica cálidos elogios a Don Cafasso y al director del centro por su colaboración en los inicios de su obra. Pero sabemos por Giacomelli que sus chicos eran tolerados de mala gana por muchos, y ello es perfectamente explicable. Al acabar el tercer año se le dio a entender la no conveniencia de reunión tan bulliciosa en un centro de estudios superiores.

Don Bosco dejó el Colegio Eclesiástico en octubre de 1844, a los veintinueve años de edad. Su arzobispo, Mons. Fransoni, pensó en mandarlo de vicario a una parroquia de pueblo. Pero Don Cafasso y el director del Colegio Eclesiástico, que habían descubierto el hombre apropiado para el difícil apostolado de barriadas, obtuvieron que se quedara en Turín. Le encontraron un puesto en las obras asistenciales de la marquesa Barolo, junto al teólogo Borel, figura simpatiquísima en la historia de los primeros tiempos de la obra salesiana: el *P. Piccolo*, por su tamaño. Don Bosco debía atender a unos centenares de chicas en el edificio llamado Refugio, en el que pidió residir.

En la primera entrevista, la marquesa, enérgica, influyente y conocidísima de todo Turín, se encontró con que aquel curilla joven y desconocido le ponía condiciones. Cada día, él deseaba dedicar una parte de su tiempo a sus chicos; y además, enteros, los domingos y fiestas. A falta de locales más a propósito, tendría derecho a reunirlos en su habitación del Refugio.

Con el traslado del Colegio Eclesiástico al Refugio empieza la parte más épica del oratorio festivo de Don Bosco.

El tercer domingo de octubre de 1844, procedentes de todos los puntos de la ciudad, aparecieron por Valdocco, barrio extremo de Turín en que estaban situadas las obras de la marquesa, grupos y más grupos

de *birichini* que preguntaban por un tal Don Bosco, que nadie conocía.

«Los chicos —narra él—, creyéndose burlados, alzaban la voz...; los vecinos, a su vez, se creían insultados y oponían amenazas y golpes». Todo se puso en claro.

Durante seis fiestas consecutivas, las reuniones tuvieron lugar en las mismas habitaciones de Don Bosco y del teólogo Borel, y por no haber los chicos, con el desorden consiguiente, fuéronse ocupando también pasillos y escaleras. Al añadirse muchos otros jóvenes del barrio, el número aumentó, de golpe, considerablemente.

Pronto obtuvieron de la marquesa dos grandes habitaciones de un pequeño hospital en construcción. Una de ellas fue destinada a capilla. Será la primera iglesia del Oratorio. La dedicaron a San Francisco de Sales, santo de la bondad, del que también tomó el Oratorio el nombre: *Oratorio Festivo de San Francisco de Sales*, y del que, con el tiempo, también tomaría el nombre la Congregación salesiana: *Sociedad de San Francisco de Sales*, es decir, *Salesianos*.

«Allí pasamos siete meses. En los intervalos [entre las prácticas religiosas y las lecciones de catecismo], los chicos se entretenían en juegos diversos en la calleja del convento de las Magdalenas y en la vía pública», concreta Don Bosco. Pero la marquesa, a los siete meses, con la buena excusa de que tenían que inaugurar el hospital, rogó a Don Bosco se llevase sus chicos a otra parte.

La marquesa Barolo era de una singular personalidad. Se carteaba con Balzac y Lamartine y tenía por secretario a Silvio Pellico. Enérgica, repito, influyente y conocidísima en todo Turín, se ocupaba en repartir, mediante obras benéficas, la inmensa fortuna que había heredado al morir su esposo. Elegantísima y piadosísima a un tiempo, poníase el cilicio debajo de sus riquísimos vestidos. Todo su apostolado se desarrollaba exclusivamente en beneficio de la mujer y, para mejor acertar, habíase pasado meses y meses en cárceles de mujeres como una simple internada. Hasta le había pasado por la cabeza fundar una congregación sacerdotal que

atendiese espiritualmente a sus obras. El Refugio, en que trabajaba Don Bosco, era una de ellas.

Al cabo, pues, de siete meses, la marquesa ordenó a Don Bosco que no apareciese más por allí con sus chicos en día de fiesta.

A la marquesa le gustaba aquel curilla cenceño y activo que, aun dedicándose por las tardes y las fiestas a apostolados personales, cumplía a la perfección las obligaciones convenidas: daba clase de cualquier cosa a sus chicas y a sus monjas, se defendía al órgano y al piano y, aunque con no excesivo dominio del contrapunto, hasta componía alguna cancioncilla que se dejaba cantar. Sin ningún género de dudas, podía ser él la base de la congregación sacerdotal que ella proyectaba fundar para sus obras en favor de la mujer...

### **En los Molinos Dora, en San Pedro ad Vincula y en la Casa Moretta**

Don Bosco continuó residiendo en el Refugio y trabajando en él, según lo acordado, durante la semana; pero su oratorio festivo tuvo que levantar tiendas. «Gracias a la recomendación del arzobispo Fransoni —escribe—, conseguimos que el oratorio se pudiese trasladar a la iglesia de San Martín de los Molinos Dora. El P. *Piccolo*, antes de partir, hizo a los chicos un largo discurso que empezaba así: «Las coles, queridos jóvenes, si no se trasplantan, no se hacen grandes y hermosas...» Los chicos hicieron la gran fiesta, como la hicieron cuando del Colegio Eclesiástico llegaron al Refugio. Es curioso observar que los chicos, cada vez que se producía un cambio, creían llegar al sitio definitivo. Don Bosco les contaba sueños que tenía sobre un oratorio grande, con patios y edificios, con una hermosa iglesia y muchos sacerdotes y *clérigos* a sus órdenes, y cada vez que llegaban a un sitio nuevo creían los chicos que era el de las profecías. El vecindario de los Molinos Dora aguantó dos meses a toda aquella juventud; pero una carta del secretario del sector al alcalde y la consiguiente orden municipal acabaron con todas las ilusiones.

Por influencia del arzobispo se consiguió también

nuevo punto de reunión y entretenimiento en San Pedro ad Vincula, iglesia de un cementerio abandonado; tenía a ambos lados unos pórticos muy a propósito en caso de lluvia. Don Tesio, el capellán, dijo que de mil amores, que ya podían utilizarlo al domingo siguiente mientras llegaban las pertinentes autorizaciones municipales. Don Tesio había calculado mal. Alguna vez, cuando el oratorio estaba en el Refugio, un grupo de mayorcitos, más bien formales, había recibido allí, en San Pedro, su lección de catecismo. Pero el domingo fijado se presentó de golpe todo un cuerpo de ejército. Y no venían simplemente a un rato de catecismo, sino a oír misa también y a quedarse todo el día. Para colmo, no estaba Don Tesio, sino sólo la *fantesca*, el ama; la cual, así que vio que le ensuciaban los pórticos y le espantaban las gallinas, puso a Don Bosco y a sus hijos como no digan dueñas; y, dado que la que mandaba allí era la *fantesca* y no Don Tesio, ante una carta de éste por instigación de aquélla, el Ayuntamiento no sólo no formalizó los permisos para el domingo siguiente, sino que dio orden de captura contra Don Bosco si aparecía con su gente por el contorno.

Durante el invierno de 1845-1846, la sede del oratorio festivo (oratorio forzosamente disminuido por falta de espacio) estuvo en la casa de un digno sacerdote llamado Moretta, de la que Don Bosco alquiló de palabra tres habitaciones. Además, en ellas, a lo largo de aquellos meses, Don Bosco dio clases nocturnas diarias a unos 200 jóvenes. Mas a primeros de marzo del 1846 se le presentaba Don Moretta pidiéndole, por Dios y por todos los santos, que desalojara todo y se marchase; los otros inquilinos amenazaban con abandonar la casa: aquellos chicos no dejaban vivir a nadie.

### **Cavour padre le llama al orden**

Los asuntos personales de Don Bosco se habían complicado peligrosamente: «Señor cura —le dijo un día Benso Cavour—, no se complique usted la vida con esos granujas... Me han asegurado que sus reuniones son peligrosas... No puedo permitir semejantes concentraciones... ¡Obedezca sin más!»

Benso Cavour —padre de Camilo Cavour, genio político de la unificación italiana, que por cierto apreciaría mucho a Don Bosco— era *Vicario* de Turín y jefe de la policía...

La tenía Cavour padre con Don Bosco desde que lo vio sentado, ¡con sotana y todo!, entre un buen número de *birichini* sobre el césped del parque de la Ciudadela. «¡Pero ese cura está loco!», había exclamado entonces. Ahora le ha llamado al palacio municipal y le intima personalmente la orden: no quiere más concentraciones de aquéllas. Y es que se ha enterado de que con un gesto reduce a silencio a más de 400 muchachotes y que la gente comenta: «Si fuera general, podía combatir contra el ejército más poderoso del mundo».

La prohibición del *Vicario*, se ve, fue terminante; pero en el hábil Don Bosco emergió el diplomático en ayuda del apóstol. «Todo lo que hago —afirmó con seguridad— es con permiso de mi arzobispo». El *Vicario* cedió. Podía seguir Don Bosco con condiciones: no llevaría en masa a sus chicos por las calles, no haría salidas con ellos fuera del término de Turín, tendría un número limitado y no serían muy crecidos.

Don Bosco no aceptó las condiciones en lo tocante al número y a la edad de sus jóvenes. Hay que tener en cuenta que la mayor parte de ellos estaba entre los quince y veinte años. Cavour padre, en desquite, le anunció que le vigilaría las reuniones con sus guardias.

### Otras clases de disgustos

Otra clase de disgustos le vinieron de donde menos se podía esperar: de sus compañeros de sacerdocio y hasta de sus propios amigos.

«¡De prisa! ¡Al galope! ¡Al manicomio, donde están esperando a estos señores!»... Es Don Bosco el que da la orden al cochero de una carroza, mientras cierra la puerta de un golpe y él se queda en tierra. Dentro van dos reverendos curas encerrados...

Se percató Don Bosco de que venían a llevárselo al manicomio, e, invitándoles amablemente a subir los primeros, les ganó la partida. Ellos se fueron y él se quedó. En el manicomio se descubrió el cambio...

Benso Cavour le llamó *loco*, por llamarlo de alguna manera; pero muchos eclesiásticos de Turín creyeron que lo estaba de verdad.

Don Bosco tuvo pronto problemas con sus compañeros. Los primeros en alarmarse fueron los párrocos: aquellos chicos que se iban con él no cumplían en sus parroquias de origen... Don Bosco demostró que, prácticamente, no podían hacerlo; casi todos eran de fuera de la ciudad; su oratorio venía a ser precisamente la parroquia de los chicos sin parroquia... El primero en aceptarlo fue el arzobispo Fransoni.

Otros eclesiásticos le hacían acusaciones de la peor clase: era un revolucionario o un hereje. Si sustraía a los chicos de las parroquias, era para educarlos en una pedagogía libertaria: les permitía recreos tumultuosos e innovaba peligrosamente en pedagogía, pues al eliminar el sistema clásico de disciplina de mano dura rebajaba la solemne autoridad del maestro... En realidad, detrás de todo estaba la división del clero turinés entre *rigoristas* (projansenistas) y *benignistas*, entre enemigos y amigos del Colegio Eclesiástico. Una porción del clero turinés nunca verá bien a Don Bosco.

Pero la acusación que más prosperó fue la de que a Don Bosco le fallaba el seso; hasta sus mejores amigos llegaron a creerlo: le echaban de todas partes, no tenía dónde caerse muerto, y hablaba y hablaba a sus chicos de grandes edificios, de una soberbia iglesia, de amplios patios, de muchos sacerdotes y *clérigos* y de colegios enteros a sus órdenes. Aquello, pensaron, no podían ser sino alucinaciones... Y se llegó al episodio de la carroza. Hasta el teólogo Borel tuvo sus dudas.

### **Rompe con la marquesa Barolo**

Y, finalmente, la ruptura con la marquesa Barolo.

—Estoy muy contenta de su labor en el Refugio... Le agradezco su esfuerzo por introducir el gregoriano e incluso el sistema decimal... No es posible seguir con la dirección de una de mis obras y con sus muchachos... No puedo consentir que usted se mate, y por ahí corren voces de que su salud mental... Acepte mi consejo de madre: tome 5.000 liras y váyase por ahí uno, tres, cinco

años, a donde quiera, hasta que se recupere del todo...

Era la marquesa la que hablaba. Don Bosco estaba acorralado por las circunstancias aquellos días, y debió de pensar ella que era aquél el momento más a propósito para reducirlo a sus planes.

La tentación era fortísima para Don Bosco: ¡5.000 liras! ¡Sólo ganaba, por sus servicios en el Refugio, 600 anuales! ¡Joven y con cuatro o cinco años por delante completamente suyos! ¡Descansar primero, viajar después, tener la oportunidad de estudiar más, sacar un título en una universidad famosa y volver promocionado a la capital del reino a la sombra de la dama más influyente de la ciudad!... Pero Don Bosco no vaciló un instante:

—Mi respuesta está pensada. Usted tiene dinero, y fácilmente encontrará cuantos sacerdotes quiera para sus obras; mis chicos sólo me tienen a mí.

La cosa terminó mal:

—¿Así que prefiere usted sus golfos a mis instituciones? ¡Queda despedido desde este momento!

En Don Bosco emergió el *vir prudens* que fue siempre: una expulsión fulminante pudiera ser mal interpretada, en detrimento de los dos... Y obtuvo un plazo de tres meses para abandonar el puesto y la habitación del Refugio.

### **En el Prado Filippi.**

#### **La «tarde triste» de Don Bosco**

Don Bosco, entre tanto, consiguió arrendar un prado: el Prado Filippi, el prado de los hermanos Filippi. Tratándose de un prado, nadie se quejaría ya de los gritos y vitalidad de sus muchachos. Era primavera, y, para los chicos, anunciarles lo del prado fue anunciarles el cielo. «Dábamos [en el prado] el catecismo a la buena de Dios», escribió. Y para predicar, él y el teólogo Borel se subían a un ribazo y desde allí dirigían la palabra a la muchachada. Confesaban sentados en una piedra o en el reborde del lindero. A cierta hora de la mañana se tocaba una trompeta y se encaminaban a la iglesia más cercana para oír misa y comulgar, no sin que les acompañaran de lejos los guardias que les mandaba

Cavour. El resto del domingo lo pasaban haciendo alguna breve excursión y jugando en el prado. Hasta que un día recibió también la inevitable carta de los hermanos Filippi: le perdonaban el alquiler vencido; pero, por lo que más quisiera, que abandonase el prado y se marchara a otra parte; los salvajes de sus chicos no iban a dejarles un hilo de hierba con raíz...

El plazo dado por los hermanos Filippi para abandonar el prado vencía el 5 de abril, domingo de Ramos de aquel 1846. Aquel día por la tarde, Don Bosco estaba totalmente solo, pues los sacerdotes que le solían ayudar le habían abandonado por loco, y, casualmente, ni el fidelísimo teólogo Borel le acompañaba... En este punto del relato se nota en la *Autobiografía* que Don Bosco escribe conmovido. ¿La *noche triste* de Hernán Cortés? Aquella fue la *tarde triste* de Don Bosco. *Ocultaba su dolor mientras contemplaba al medio millar de chicos que se divertían.* «Por lo cual —escribe textualmente—, al verme tan solo, falto de operarios y agotado de fuerzas, me retiré a un lado y me puse a llorar... Dios mío, ¿por qué no me señalas de una vez el lugar donde quieres que recoja a estos chicos?»

Y... a este punto exacto del drama entra el personaje cómico en escena. Tenía que ser tartamudo y llamarse Pancracio: «Me-me han dicho que busca una casa para un laboratorio». «Para un laboratorio, no; para un oratorio»... Y en este punto exacto de nuestra historia sale, por primera vez en estas páginas, la famosa Casa Pinardi, la casa que convertirá en la Casa Madre de la Congregación salesiana.

\* \* \*

Leídas las correspondientes páginas de la *Autobiografía* —que yo he procurado resumir, enriqueciéndolas con algún que otro detalle de Ceria, Stella y Lemoyne—, uno piensa si Don Bosco no noveló un poco su vida. Desde luego, imaginación no le faltaba. Sin embargo, los biógrafos y la crítica documental tienen muy pocas objeciones que hacer a lo que acabamos de relatar. El episodio de San Pedro ad Vincula ocurrió en realidad antes de ir a los Molinos Dora, y no después, como lo pone Don Bosco. El discursito de las coles parece seguro

que no lo pronunció el teólogo Borel, sino Don Bosco mismo. La escena con la marquesa Barolo la colocan unos biógrafos antes del episodio de la Casa Pinardi y otros después, cuando lo probable es que en tiempos diversos se diesen varias entrevistas sobre el mismo tema. En cuanto a los dos reverendos que quisieron llevarse a Don Bosco en carroza al manicomio, sabemos con certidumbre sus nombres: Vicente Ponzati, párroco de San Agustín, y Luis Nasi, ambos, por cierto, muy amigos suyos. Así que la pura inventiva no tuvo mucha parte en la redacción del texto autobiográfico. Por otra parte, ya dijimos que Don Bosco contó muchas veces estos episodios, y ni aun queriéndolo hubiera podido falsearlos en su sustancia, pues vivían muchos testigos. Total, que la *novela* que Don Bosco escribió de su vida es verdadera historia.

## LOS ORATORIOS FESTIVOS

### Otros apostolados del joven cura Don Bosco

Así que, del 1841 al 1844, Don Bosco residió en el Colegio Eclesiástico, y del 1844 al 1846, en el Refugio.

Algo hemos dicho de lo que en esos dos centros constituyeron sus deberes propiamente dichos, y algo del tiempo que dedicaba a sus chicos. Pero queda también algo por decir de otros apostolados que llevaba entonces entre manos.

Por lo que toca a los tiempos del Colegio Eclesiástico, escribe Lemoyne: «En el tercer curso de estancia en el Colegio Eclesiástico empezó a predicar triduos, novenas y ejercicios espirituales en algunas iglesias de Turín y a confesar algunas horas en la iglesia del propio Colegio... Dado su celo, su caridad, su rara prudencia y la sabiduría de sus consejos, pronto su confesonario se vio asediado de penitentes». Y añade Don Lemoyne que Don Cafasso lo enviaba habitualmente a confesar y predicar a cuatro grandes hospitales, y que Don Bosco se buscó otros más por iniciativa propia, y que era muy solicitado por los enfermos en punto de muerte, y que hasta 1870 dedicó una particular atención a los enfermos graves, dándose el caso de que algunos días le

llamaran tres y cuatro veces para atender a moribundos.

En los tiempos del Refugio, gozando aún de más libertad de acción que en los tiempos del Colegio Eclesiástico, amplió esos apostolados y empleó muchas horas en explicar catecismo en los centros de educación. «Para ello, cada semana visitaba varias escuelas públicas —escribe Lemoyne—. Con su estilo atrayente de enseñar el catecismo, ejercía este apostolado en el colegio de los Hermanos de La Salle, sustituyendo a profesores ausentes o enfermos». Y aún disfrutaba dando gramática en las academias del reverendo Don Picco y del Sr. Bonzanino, academias que tanto tendrán que ver luego con los primeros *estudiantes* de Don Bosco, y en concreto con Domingo Savio.

Además, desde que llegó a Turín no dejaba de acudir, de cuando en cuando, a las cárceles.

Encima de atender por aquellos años a tantos apostolados, ¡escribía! En 1844 publicó su primer libro: *Vida de Comollo*, en honor de su gran amigo de Chieri. Al año siguiente, su segundo y su tercero: *El devoto del ángel custodio* y la *Historia eclesiástica*, para uso de las escuelas. «El enorme trabajo que tenía en las cárceles, en el Refugio y en las escuelas me obligaba a escribir por la noche», consigna en su *Autobiografía*.

Con todo, a lo largo de esas dos épocas, de esos cinco años, lo mejor del tiempo libre de cada día, y enteros los domingos y fiestas, fueron, como hemos visto, para sus chicos del oratorio.

## El oratorio festivo

Pero ¿qué es, en sustancia, un *oratorio festivo*? El mismo Don Bosco lo definirá en el primer reglamento: «Un centro para entretener a la juventud durante los días festivos con agradables y honestos recreos, después de haber asistido a las funciones de iglesia».

Los chicos se divertían con Don Bosco los días de fiesta. Además de los entretenimientos de propia iniciativa, tenían bochas y pelotas; y aparatos de gimnasia, que llevaban solemnemente de un sitio a otro cada vez que el oratorio cambiaba de emplazamiento; y por cierto que, como tiene a gala en decirlo, de la vigilancia

y utilización de los aparatos de gimnasia se cuidaba él mismo, pues le era grato recordar sus tiempos de saltimbanqui y hacer demostraciones. Cabe imaginar el partido que habría sacado Don Bosco a los deportes modernos. Detestaba y detestó toda la vida los juegos parados. Prefería los de masa y movimiento al aire libre. Cuatrocientos o casi quinientos chicos, revolviéndose frenéticamente en un prado, era algo nunca visto ni oído en Turín. Tenían razón los hermanos Filippi: aquellos salvajes no iban a dejarles con raíz ni un hilo de hierba.

Una cosa ha de quedar bien en claro por exigencias de la historia. Don Bosco no fue el primer sacerdote en utilizar aquella clase de recursos amenos y piadosos los días de fiesta en favor de los jóvenes. Don Bosco, valga la palabra, no es el *inventor* de los oratorios festivos. De la lectura de su *Autobiografía*, alguno, erróneamente, podría concluir que lo fue; y, sin embargo, en documentos oficiales afirmará él mismo, de un modo u otro, que existían oratorios antes del suyo. En Roma ya había algo parecido, con el mismo nombre, desde los tiempos de San Felipe Neri (siglo XVI); y en Marsella, Brescia, Milán, algo prácticamente igual antes que empezase Don Bosco. En el mismo Turín, el primero no fue el Oratorio de San Francisco de Sales, sino, acaso, el del Angel Custodio, fundado por un tal Don Cocchi, sacerdote algo más viejo que nuestro biografiado, de grandes iniciativas, aunque no de tan excelentes resultados.

La originalidad de Don Bosco, en punto a oratorios, no estuvo en la idea fundamental, sino en el modo nuevo de desarrollarla. El suyo no era un oratorio parroquial y de unas horas, sino de los chicos que no tenían parroquia y de todo el día. No era exclusivamente para chicos de buena conducta y de familias buenas, sino para cualquier clase de chicos, principalmente para chicos pobres. No reinaba en él una amabilidad seria, de unos eclesiásticos distantes que se dignaban tratar con los jóvenes, sino la amabilidad alegre y familiar de unos curas y seglares que eran los primeros en ponerse a jugar y fomentar la alegría.

Y, más en concreto, la principal característica del oratorio de Don Bosco la constituía Don Bosco mismo,

atrayente y humano, con un cierto toque de cura de pueblo y, si se terciaba, todo un atleta y organizador en grande de la común alegría. En realidad de verdad, los chicos no iban al oratorio; iban a pasar el día con Don Bosco. Y adonde iba Don Bosco, iba su oratorio. El oratorio era él, su simpatía enorme, su trato, su fama de profeta, que veía conciencias y anunciaba acontecimientos que se cumplían...

Y otra característica única del oratorio de Don Bosco: era oratorio de toda la semana. Durante la semana, Don Bosco daba clases nocturnas; durante la semana facilitaba clases de repaso a estudiantes más adelantados, con la condición de que le ayudasen los domingos; durante la semana buscaba empleo a los oratorianos mayorcitos que no lo tenían y visitaba a los que lo tenían en sus puestos de trabajo... En cualquier día de la semana era estupendo ver a un joven y ágil sacerdote bajar al sótano de una fábrica entre el humo de las calderas y el ruido de las bielas y los yunques, o encaramarse al andamio de una casa en construcción entre las poleas, los ladrillos y el mortero. Pues aquel joven sacerdote resultaba ser un tal Don Bosco, que venía a saludar personalmente a un oratoriano de los suyos y a interesarse por su sueldo y su conducta.

### **Entre la Pascua de 1846 y la revolución de 1848**

En nuestra historia hemos llegado al domingo de Ramos de 1846. Adelantemos un paso más.

La segunda mitad de 1846 y todo 1847 fueron meses importantísimos para el oratorio como tal. Don Bosco, ante notario, para que nadie se volviese atrás, alquiló al Sr. Pinardi un cobertizo de su casa —una casa, por lo demás, más bien pequeña— y un terreno contiguo para patio de juego, y a Pancracio le realquiló tres de las habitaciones que ocupaba en la casa del Sr. Pinardi, y, dejando el Refugio, previo viaje a I Becchi para convencer y traerse a su madre, se trasladó a vivir allí.

Sin los compromisos del Refugio, Don Bosco quedó, a partir de entonces, enteramente libre para dedicarse a sus apostolados. De todos ellos, el oratorio festivo fue,

con mucho, el más beneficiado. Se puede decir que en pocos meses llegó a su plenitud, porque Don Bosco puso en juego su genio realizador. Buena parte de los colaboradores que le habían abandonado cuando se decía que estaba loco, volvieron y se pusieron de nuevo a su disposición. El número de oratorianos creció espectacularmente: pronto se llegó a los 700.

Don Bosco se sentía cada vez más seguro en su empresa. Por lo demás, seguía contando con el apoyo del teólogo Borel y de Don Cafasso, sacerdotes muy bien vistos entre el clero turinés, y con el visto bueno del arzobispo Fransoni. Para sistematizar la experiencia de oratorio vivida hasta entonces, redactó el primer Reglamento. Como horario fundamental de cada fiesta fijó un rato de clase para los que no sabían leer, el ejercicio de las prácticas de piedad dominicales que por tradición se hacían en las parroquias del Piamonte para todos, y, en el resto del día, juegos.

Una vez, el rey Carlos Alberto les mandó un obsequio. Otra vez, el arzobispo fue y administró la confirmación en la capilla que habían improvisado en el cobertizo; eso sí, sin mitra, porque con la punta daba en el techo. Sólo Benso Cavour seguía desconfiando de él y mandándole sus guardias, pero no le venían mal a Don Bosco para asegurar el orden; y no se olvida de sus almas a la hora de hacerles un poco de bien: procuraba a veces dirigir hacia ellos sus homilias, y más de uno le buscó para confesarse antes de dejar el servicio.

Total, que, al final de 1847, el Oratorio de San Francisco de Sales, afincado en el barrio de Valdocco, junto a la Casa Pinardi y en la Casa Pinardi, estaba perfectamente organizado. Así se explica que superara con éxito la revolución de 1848.

\* \* \*

Los oratorios han hecho y siguen haciendo un bien inmenso en los cinco continentes por medio de la Congregación salesiana. Muchos grandes colegios empezaron por ser oratorios: se compraba un terreno amplio en las afueras de la ciudad, se enviaban cada domingo, desde el colegio más cercano, unos cuantos salesianos y se empezaba como Dios daba a entender.

Pronto venían el teatro y la iglesia; después, con el tiempo, las clases, es decir, el colegio; los domingos seguía funcionando el oratorio en las dependencias del colegio recién construido. Por el mundo ha habido y hay muchos oratorios salesianos de más de mil chicos.

Una variedad moderna de los oratorios son los *centros juveniles*. No son sino oratorios puestos al día, más bien para chicos mayores.

## DON BOSCO Y LOS CHICOS

### Don Bosco y los chicos

Por lo dicho hasta ahora, ya se puede deducir lo mucho que para Don Bosco supusieron los chicos. En lo que queda del libro tendríamos que ir acumulando detalles sobre detalles y anécdotas sobre anécdotas; pero como no podremos hacerlo por tener que dedicar el espacio a otros temas, añadamos ahora una reflexión.

Don Bosco habla varias veces de su *inclinación*. «Mi inclinación es hacia la juventud», dijo una vez a Don Cafasso, que le preguntaba al respecto cuando se estaban acabando los años del Colegio Eclesiástico. Y en otra ocasión en que le volvió a preguntar: «¿Qué ocupa en este momento su corazón y su mente?», respondió: «En este momento, me parece encontrarme en medio de una multitud de muchachos que me piden ayuda».

Esa su *inclinación* a la juventud notóla Don Bosco desde muy pequeño. Nació con ella, creció con ella y murió con ella.

Para Don Bosco, los chicos fueron su amor y su razón de ser. Si fundó la Congregación salesiana, fue para que se cuidara de los chicos. Si organizó los Cooperadores y los Antiguos Alumnos, fue, en definitiva, para que ayudaran a los Salesianos a cuidar de los chicos. La opción fundamental de su vida fue en favor de los chicos. Por fuerza de las circunstancias, acabará por aceptar muchas otras misiones (por ejemplo, la de mediar entre Pío IX y el Gobierno de Italia para salvar las grandes diferencias entre la Iglesia y el Estado); pero durante ellas se le notará en *off-side*, fuera de juego; no hará más que acordarse de sus chicos y les escribirá y soñará con ellos.

«Otros se dedicaron —vino a escribir su primer sucesor, Don Miguel Rúa, en 1910— a acumular tesoros, a buscar placeres, a disfrutar honores; pero Don Bosco no dio paso, no pronunció palabra, no emprendió obra alguna que no fuese en beneficio de los chicos»...

Don Bosco sólo será objetivamente comprendido y expresado en función de los chicos. Fueron los chicos el contexto normal de su persona y de su vida, su circunstancia lógica. No gustaba de fotografiarse sino con chicos.

### Los chicos y Don Bosco

Y los chicos supieron corresponder a Don Bosco. Algún ejemplo de estos años que hemos historiado.

Le profesaban un gran afecto, y él, a veces, disfrutaba comprobándolo. En una ocasión, por ejemplo, cuenta Don Lemoyne, iba por la *piazza Palazzo* y, de repente, un chiquillo, más bien mediano, que llevaba una botella en las manos, empezó a dar grandes gritos al verlo: «¡Viva Don Bosco! ¡Viva Don Bosco!» Don Bosco quedó gratísimamente sorprendido de tanto entusiasmo por su persona. «¡Oye! —le dice al chiquillo en un rasgo de buen humor—, ¿a que no eres capaz de hacer lo que yo?», y empezó a aplaudir. El chiquillo empezó también a aplaudir sin más, y, dado que la botella quedó abandonada en el aire, cayó al suelo y se hizo añicos. Los vidrios rotos, claro, los tuvo que pagar Don Bosco. Como los tuvo que pagar también en otra ocasión en que, al verlo pasar por la calle, otro chico que estaba en una tienda se avalanzó hacia él desde el interior, sin calcular que la puerta interpuesta tenía luna de cristal.

«Cuando Don Bosco venía a celebrar misa o a predicar al colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas —cuenta Don Rúa, que era, por los tiempos que decimos, alumno de dichas escuelas—, apenas entraba en la capilla, parecía que una corriente eléctrica recorría a todos aquellos muchachos. Nos poníamos de pie, nos escapábamos de nuestro sitio y corríamos a su lado. Los hermanos necesitaban su buen rato para restablecer el orden».

Pero extraigamos de su *Autobiografía*.

Por exceso de trabajo cayó enfermo. Durante la

semana, el teólogo Borel lo mandaba a descansar a Sassi, un pueblecito cercano a Turín, permitiéndole bajar los domingos al oratorio. «Pero aquello no era solución —comenta textualmente Don Bosco—, porque los jovencitos subían cualquier día a visitarme, con lo que ellos me molestaban a mí más que si estuviese en Turín, y yo a ellos, pobres, los traía de cabeza».

Y los que subían a visitarlo a Sassi no eran sólo los chicos del oratorio, sino también los del colegio dicho. Precisamente éstos, que solían confesarse con él, al acabar una tanda de ejercicios espirituales fueron a buscarlo al oratorio, y, al no encontrarlo, se encaminaron también hacia Sassi. El tiempo era lluvioso, y como no conocían el camino anduvieron vagando por campos, viñedos y prados en busca de Don Bosco. Llegaron al fin unos 400, empapados de agua y muertos de hambre y de cansancio. Fue todo un problema confesar a tanta gente y hubo que darles algo de comer. En el colegio, la clausura de los ejercicios fue un verdadero desbarajuste. Naturalmente, se tomaron las pertinentes medidas para que no se repitiera el caso...

Tal vez una de las páginas más bellas de su *Autobiografía* sea aquella en que describe cómo solían terminar los domingos en el oratorio los primeros tiempos de la Casa Pinardi: «Cuando anochece —cuenta—, con un toque de campana los reunía a todos en la iglesia y hacíamos allí una breve oración. Al salir, me ponía en medio de ellos y los acompañaba entre cantos y algazara. Cuando, subiendo, llegábamos a la plaza del Rondó, cantábamos un canto, nos citábamos unos a otros para el domingo siguiente y, dándonos las *buenas noches*, cada cual se disponía a marchar. Pero se producía una escena singular: nos repetíamos unos a otros las *buenas noches* sin acertar a separarnos». El les decía que se fuesen de una vez, que les estarían esperando en casa. Pero inútilmente. Entonces, seis de los más robustos formaban con sus brazos una especie de silla, lo hacían subir encima y con él en aquel trono continuaban calle arriba riendo, cantando y aplaudiendo. Llegados a lo más alto, se hacía un gran silencio y Don Bosco les daba las *buenas noches* por fin y de una vez. Todos respondían a pleno pulmón: «¡Buenas noches!» Y se dispersaban...

Por aquellos tiempos, una comisión de senadores visitó el oratorio de Valdocco. El que los presidía le habló de la gran fama de que gozaba en todo Turín. «Mi fama se la debo a mis chicos», comentó sencillamente Don Bosco.



## V. *DON BOSCO Y TURIN (1848-1859). LA CASA MADRE. DON BOSCO Y LOS OBREROS*

DON BOSCO Y TURÍN (1848-1859)

### **Turín**

¡Turín! Importante centro urbano desde el tiempo de los romanos. En la confluencia del Dora Riparia con el Po. Cerca de los Alpes por la parte de Italia. Entre las Galias y Roma.

Fundada por Octavio después de la batalla de Azio y, en sus principios, colonia militar, a principios del siglo XVI se convirtió en capital de los Estados ultramontanos de la Casa de Saboya. En tiempos de Don Bosco era capital de los territorios de toda la Corona; es decir, de Saboya, Piamonte propiamente dicho, Liguria (Génova) y la isla de Cerdeña.

Don Bosco visitó Turín por primera vez en los tiempos de Chieri, en una de sus excursiones con los socios de la Alegría. Entonces no era sino una mediana ciudad comercial con alguna que otra fábrica de tejidos; pero ya se notaban en ella los efectos de la revolución industrial, el progresivo aumento de población sobre todo. En efecto, Turín, que a finales del siglo XVIII sólo tenía unos 90.000 habitantes, en 1848 alcanzaba los 140.000 y en 1861 llegaría a los 200.000.

Cuando Don Bosco se asienta en 1841 en Turín, el reino del Piamonte es, entre todos los pequeños Estados italianos, el que tiene más porvenir político: pronto su capital se convertirá en uno de los centros industriales más importantes de Europa.

Turín será a Don Bosco lo que Padua a San Antonio, lo que Granada a San Juan de Dios, lo que Avila a Santa

Teresa. En Turín tendrá Don Bosco su cuartel general durante toda la vida. En sus últimos años será llamado *el sacerdote de Turín* y pasará a la historia como el *santo de Turín*...

Ya hemos dicho cómo Don Bosco, merced al horario tan a propósito del Colegio Eclesiástico, tuvo ocasión de ponerse en contacto con la juventud necesitada de la capital en fase de engrandecimiento. Las *Memorias biográficas* dedican todo el capítulo sexto del segundo tomo a describir las primeras salidas de Don Bosco por las calles de la capital y sus visitas a las cárceles. Eran tiempos de romanticismo aquellos años *cuarenta*, y las patéticas descripciones de las *Memorias biográficas* encajan con los tiempos en que ocurren los hechos. Realmente eran muchos los jóvenes y niños que pululaban por toda la ciudad procedentes de todo el reino y de los otros Estados de la península.

## La revolución del 48

En 1848 diríase que Europa hizo explosión. A finales de febrero estallaba la revolución en París, y a mediados de marzo, en Venecia, Berlín, Budapest, Viena y Milán. «¿Qué queda en pie en Europa?», exclamó el zar Nicolás de Rusia.

Tres fueron los detonadores: las corrientes liberales, que se alzaban, una vez más, contra el absolutismo; los nacionalismos, que querían sacudirse el yugo austríaco, y el movimiento obrero, que se batía por una mayor justicia social.

Ateniéndonos a Italia, diremos que, sin excluir los otros dos movimientos —el liberal y el obrerista—, el predominante fue el segundo, el nacionalista, el movimiento de unificación peninsular. Tal conmoción unificadora empezó el año anterior.

El filósofo Gioberti, unos años antes, en 1843, había propuesto que para la unificación de Italia se había de conceder «la presidencia al papa y la espada a Carlos Alberto». Como quiera que Pío IX, llegado al solio pontificio a mediados de 1846, había tomado varias decisiones generosas a lo largo de 1847 (amnistía, cierta libertad de prensa, aceptación de un embrión de parla-

mento, etc.), los liberales, entusiasmados, vieron en él al papa neogüelfo vaticinado por Gioberti, y lo convirtieron, sin más, en el símbolo de la unidad contra los austríacos.

La unidad aduanera, firmada entre el reino del Piamonte, los Estados pontificios y Toscana (Florencia) a finales de 1847, fue considerada como un gran paso hacia la unificación. Por Italia entera todo era gritar «¡Viva Pío IX!», que era un modo de gritar contra Austria. Esta, como reacción («todo me lo esperaba, menos un papa liberal», exclamaría Metternich), tomó Ferrara, ciudad fronteriza perteneciente a los Estados pontificios, con lo que se desencadenó un movimiento militar de ayuda a Pío IX. Efectivamente, Carlos Alberto le brindó su ejército, el republicano Mazzini le escribió encomiásticamente desde Londres y Garibaldi se ofreció con su legión. No parecía sino que de un momento a otro iba a estallar en la península una guerra general de independencia.

Entre tanto, Carlos Alberto, presionado por los ejemplos del papa y por los liberales, todavía en 1847 daba grandes pasos hacia la democratización del país: prometía elecciones libres y una constitución y concedía cierta libertad de prensa.

La revolución del 48 en Italia empezó, pues, el 47.

Pero había en Turín quien no se entusiasmaba con el giro político de los acontecimientos; el arzobispo Frasoni por ejemplo, quien entre los promotores políticos creía ver a grandes enemigos del Papado y de la Iglesia. Opinaba que a Pío IX se le instrumentalizaba y que lo que en último extremo buscaban muchos era una democracia sin rey y una Italia sin Papado; y actuó en consecuencia. Don Bosco obró de acuerdo con su arzobispo y se negó a participar con sus chicos en las manifestaciones de aquellos meses. Por cierto que ya entonces debía de tenerse en mucho a Don Bosco y su obra, puesto que para invitarle a las manifestaciones destacaron nada menos que al conde de Azeglio.

### **Don Bosco y la política**

Una cuestión muy traída y llevada: Don Bosco y la política. Por formación, Don Bosco era conservador. Su

niñez y su juventud transcurrieron en los tiempos de la Restauración, en que la alianza entre el Trono y el Altar era un axioma o poco menos. Las pastorales de los obispos de los tiempos por los que estudió Don Bosco están llenas de elogios a esa alianza y de prevenciones contra los modernos enemigos de la misma. De ahí que las innovaciones liberales y democráticas, en buen principio, hubo de verlas Don Bosco como sumamente peligrosas, y, efectivamente, así lo da a entender en sus escritos anteriores a 1848. Se declara en ellos contrario a los carbonarios y a la Joven Italia de Mazzini, así como a todos los reformadores radicales, porque son los «modernos enemigos de la fe», «que, si bien toman diversos nombres, siempre conservan las mismas ideas... en un intento de echar abajo el orden civil y religioso». Por lo cual, tanto Don Bosco como la parte más religiosa de los italianos eran proaustriacos, porque Austria era, en definitiva, la defensora de los valores tradicionales. Don Bosco veía en la Austria de entonces, viene a decir Stella, lo que muchos ven ahora en Estados Unidos: la seguridad de la pervivencia de los grandes valores históricos en contra de la revolución antirreligiosa.

Cuando hacia 1847 se produjo el momento neogüelfo, a Don Bosco también le hizo ilusión la idea de una Italia unida, de un modo u otro, bajo la suprema autoridad del pontífice de Roma. Es decir, aceptó la tesis de Gioberti. En la segunda edición de su *Historia eclesiástica*, aparecida precisamente a principios de 1848, Don Bosco llama al conocido filósofo el «gran Gioberti». Pero a partir de los acontecimientos de 1848 toma la decisión irrevocable de desentenderse de la política.

Ve, de una parte, las segundas intenciones de muchos que gritan «¡Viva Pío IX!» y la tergiversación que hacen de sus mensajes, y, de otra, la falacia y provisionalidad de no pocas soluciones políticas y el enfrentamiento que ellas suponen entre ciudadanos. A él, que sólo buscaba el bien de sus chicos, no le iba la militancia política activa. En fin, no era lo suyo tomar partido por ningún partido: alinearse con unos era, sin más, enemistarse con todos los demás. «Jamás ningún partido me hará suyo», exclamó una vez expresando este su criterio. Al

final de su vida confesaría al que había de ser obispo de Cremona, Mons. Bonomelli: «En 1848 me di cuenta de que, si quería hacer algo de bien, tenía que alejarme de la política. Es más, encontré ayuda donde menos me lo pensaba». Esta es la que él llamaba política del «padre-nuestro»: no inclinarse, en pura política, por ninguno y estar socialmente bien con todos, para poder pedir ayuda a todos y hacer el bien a todos, principalmente a los jóvenes.

En la práctica, esto significó en Don Bosco la vuelta a cierto conservadurismo de ideas después del 48. Lo que no le impidió intervenir en su momento, según veremos, en la alta política Iglesia-Estado.

### Los «curas patriotas»

Los años 1848 y 1849, tan importantes en Europa, fueron importantísimos en Italia, sobre todo en el reino del Piamonte.

Para cuando estalló la revolución en el resto de Europa, en febrero y marzo de 1848, ya en Nápoles, Turín y Florencia se habían gestado estatutos o constituciones. El 23 de marzo, con el objeto de acudir en ayuda de Milán, que se había sublevado contra los austríacos (recuérdese que Milán y Venecia estaban bajo el protectorado de Austria), Carlos Alberto declaró la guerra a esa nación. Abandonado por casi todas las fuerzas que le habían prometido los otros Estados italianos, fue fácilmente vencido en Custoza. Aunque firmó un armisticio, hubo de reanudar la guerra por presión de la *izquierda democrática*, y, vencido definitivamente en marzo de 1849 en Novara, abdicó en su hijo Víctor Manuel II. La *primera guerra de la independencia* italiana se había perdido.

En lo tocante a aquella guerra, el clero piamontés se dividió en dos partes. Los llamados *curas patriotas* opinaban que era un bien para la Iglesia apoyar a los que soñaban con la unidad. Pero otros, por razones religiosas, no sentían tales entusiasmos; entre ellos, el arzobispo Fransoni y Don Bosco; sobre todo a partir del discurso de Pío IX a los cardenales a finales de abril de 1848, en el que afirmó haber hecho reformas no por

razones liberales, sino por motivos humanitarios, y en el que se negaba a asumir el papel de cabeza visible de una República italiana constituida por todos los Estados de la península. Y es que Pío IX se sentía papa de todos, también de los austríacos, antes que rey de un Estado: «ministro de paz y no de guerra». Con ello, los sueños neogüelfos de Gioberti de una Italia unida políticamente bajo el Papado, y los consiguientes planes de los liberales de izquierda de instrumentalizar al papa, se vinieron abajo.

Los *curas patriotas*, no obstante, siguieron apoyando incondicionalmente la causa de la unidad. Don Cocchi, fundador, ya lo dijimos, de un oratorio en Turín antes que Don Bosco, de los más significados entre ellos, llegó hasta el punto de mandar 200 chicos de su oratorio a la batalla de Novara. Pero el ejército no los aceptó, y, hambrientos y muertos de cansancio, tuvieron que entrar de noche en la ciudad. Don Cocchi, avergonzado, abandonó la dirección de aquella obra.

Algunos de los sacerdotes que ayudaban a Don Bosco en el oratorio de Valdocco, allá por el 1848 y 1849, eran también de los patriotas, lo cual no dejó de proporcionarle quebraderos de cabeza. Hay en la *Autobiografía* un episodio narrado con todo lujo de detalles. Una tarde, uno de ellos que tenía que dirigir la palabra a los oratorianos, en vez de hacerles una plática piadosa, les echó una arenga política, «y, cantando a pleno pulmón himnos patrióticos», se los llevó en desfile por las calles cercanas. Decidieron, de común acuerdo, no volver al oratorio mientras no funcionara «según su punto de vista político». «Pero no me arredré a la hora de cumplir con mi deber», comenta Don Bosco. Permitted volver a los chicos que pidieran perdón personalmente, y prescindió de todos los sacerdotes que los habían acaudillado. Sin embargo, la cosa trajo sus consecuencias. Don Lemoine apunta que, a partir de entonces, el número de chicos mayores descendió notablemente.

Me parece oportuno consignar aquí unas ideas de Teresio acerca de Don Bosco y la revolución del 48 (Teresio, en su *Vida de Don Bosco*, analiza con particular atención las circunstancias sociopolíticas en que se movió nuestro biografiado). Don Bosco juzgó que lo primero

de todo era la fidelidad al papa. Les decía a sus chicos que no gritaran «¡Viva Pío IX!», sino «¡Viva el papa!» Los acontecimientos reforzaron sus dudas sobre la acción de los liberales. Hoy, a más de un siglo de distancia, sabemos que la unidad de Italia fue una gran conquista, pero que no fue realizada con los mejores métodos. *Il Risorgimento* fue un fenómeno de la burguesía y de la clase media; sólo en alguna que otra ciudad participó el pueblo; la gran masa campesina, que constituía el 70 por 100 de la población, se mantuvo al margen de la empresa, si es que no se mostró contraria. Don Bosco era de origen campesino, y sentía aversión instintiva hacia aquellos «movimientos», desencadenados y conducidos por abogados astutos y políticos intrigantes; al verdadero pueblo sólo se le tenía en cuenta para que acudiese al campo de batalla a dar su sangre...

### Tres oratorios en Turín

En vísperas de 1848, era tal el número de oratorianos en la Casa Pinardi (más de 800), que materialmente no cabían en el patio, y mucho menos en la capilla. Se encontró la solución: en diciembre de 1847 se abrió un segundo oratorio, el de San Luis, en el barrio de Porta Nuova; los oratorianos se repartieron entre los dos. Y en octubre de 1849, por recomendación del arzobispo, Don Bosco aceptó el del Angel Custodio, que había dejado Don Cocchi. Tres oratorios, con millar y medio largo de oratorianos y docenas de catequistas, era todo un pequeño mundo bajo su directa responsabilidad.

Don Bosco hubo de luchar mucho por esos sus tres oratorios. En primer lugar, para que no fueran tenidos por pura y simplemente parroquiales, y, en segundo lugar, para que no terminaran en unos oratorios de tantos dentro de una federación diocesana de oratorios. Ya hemos dicho que Don Bosco, en lo tocante a los oratorios, tenía ideas propias, y veía, por lo visto, que la supervivencia de los suyos, tal como él los imaginaba, estribaba en una cierta independencia; de ahí que defendiera su autonomía con mucho tesón. Y es que acariaba (ya hablaremos de ello) planes a largo plazo. Tuviéronse varias reuniones; pero, aunque se ofreció

siempre a colaborar con todos, se negó a cualquier tipo de fusión. Llegado el caso, dice Stella, habría roto con sus compañeros, «como Pablo con Bernabé», por cuestión de métodos apostólicos.

En marzo de 1852, Mons. Fransoni daba un decreto nombrando a Don Bosco director y cabeza espiritual de los tres oratorios: el de San Francisco de Sales, en Valdocco; el de San Luis, y el del Angel Custodio.

Fue de mucha importancia este decreto. Don Bosco no sólo consiguió autonomía con su publicación, sino verdadera independencia con respecto a los otros de Turín. Y fue importante, sobre todo, porque se aclaró, de una vez por todas, su posición entre el clero diocesano: no quedaba supeditado personalmente a ninguna parroquia; ni siquiera aparecería en adelante como subalterno del teólogo Borel o de Don Cafasso; dentro de la diócesis tendrían los oratorios festivos su misión específica. Hasta entonces, en los contratos cerrados ante notario por alquiler o compra de inmuebles (de la Casa Pinardi por ejemplo) había intervenido sólo como testigo, o como copropietario cuando más; en adelante, en compras y ventas y en las relaciones con las autoridades intervendrá como dueño y único responsable.

## **Anticlericalismo**

El anticlericalismo se desencadenó pronto en el Piemonte. El arzobispo se indispuso con el Gobierno por su desconfianza ante los cambios liberales, y en febrero de 1848 cerraba el seminario, porque no podía permitir que sus seminaristas tomaran parte en manifestaciones públicas de signo dudoso. Sería expulsado en marzo. A partir de entonces, la antipatía del movimiento revolucionario y unificador de Turín por todo lo religioso sería manifiesta. Y aumentaría decididamente después del discurso de Pío IX a los cardenales y su huida a Gaeta en noviembre del mismo año (se recordará que los mazzinianos declararon la república romana en esta ocasión). En marzo, antes de que estallase la revolución en muchas capitales europeas y en Roma, en Turín ya habían sido expulsados los jesuitas y se hacían grandes manifestaciones en contra del arzobispo y los curas. La

prensa izquierdista inflamaba las masas. Cuando el papa huyó a Gaeta, una gran manifestación recorrió la ciudad gritando «¡Abajo Pío IX!» A partir de entonces, las leyes anticlericales vendrían en cadena.

Naturalmente, Don Bosco fue contado por los anticlericales entre los «enemigos de la Patria», y en la prensa de izquierdas aparecieron caricaturas de Pío IX y del «taumaturgo de Valdocco». Por cierto que una de aquellas manifestaciones anticlericales se encaminó amenazadoramente contra el oratorio de Don Bosco: «Hacemos mal en asaltarlo —gritó a voz en cuello un orador improvisado—. Allí dentro no hay otra cosa que unos niños pobres [los primeros internos] y un cura que se desvive por ellos. Don Bosco es uno del pueblo como nosotros. ¡Dejémoslo en paz!» Y se fueron.

Con todo, Don Bosco y el teólogo Borel sufrieron varios atentados de muerte, como se cuenta largamente en la *Autobiografía*; y con frecuencia tenían que salir acompañados de chicos mayores.

### **Don Bosco y los protestantes.** **Las «Lecturas Católicas»**

Una de las consecuencias de la revolución del 48 fue la libertad de cultos, además de la libertad de prensa. «Los protestantes —leemos en la *Autobiografía* de Don Bosco— empezaron a hacer propaganda con todos los medios a su alcance. Tres diarios y muchos libros bíblicos y no bíblicos eran los medios con que intentaban ganar nuevos prosélitos. Como si fuera poco, ofrecían dinero, buscaban empleo y suministraban trabajo a cuantos iban a sus escuelas o simplemente aparecían por sus templos». No eran aquéllos tiempos de ecumenismo, y el cura de Valdocco se volcó en contra de los protestantes con todas sus fuerzas. En muchos de sus escritos entre 1850 y 1860 polemiza al respecto, efectivamente, con cierta viveza; sobre todo contra los valdenses, y, más en concreto, contra algunos de sus más activos pastores.

Desde luego, el peligro debió de ser pronto grande entre los católicos, pues, como argumentaba muy bien Don Bosco en sus opúsculos, acostumbrados como estaban a la tutela de las leyes del Estado, se habían hecho

incapaces de defender personalmente su fe. Y así, los peligros de la *herejía protestante* vinieron a sumarse a los de la *indiferencia*, creados por las ventajas económicas de la revolución industrial, y al peligro de *irreligión* que comportaba el liberalismo de izquierdas.

Los obispos de la provincia eclesiástica de Turín se alarmaron ante tanto mal y, reunidos en 1849 en Villanovetta (Saluzzo), lanzaron sus consignas: había que defender la fe, había que volver la disciplina eclesiástica a su antiguo esplendor, había que reformar las costumbres y reivindicar los derechos y la libertad de la Iglesia. Y decidieron que nada mejor para ello que formar la opinión de los católicos con diversas publicaciones. Efectivamente, en años sucesivos irían apareciendo periódicos, colecciones de libros, bibliotecas bajo la acción de la jerarquía, etc.

Don Bosco dio una magnífica respuesta a la invitación del episcopado turinés. En 1850 apareció *Avisos a los católicos*. En 1853, *El católico instruido en la religión*. Y *Disputa entre un abogado y un ministro protestante (drama)*, *Vida infeliz de un nuevo apóstata* y otros libros en años sucesivos. Obras todas ellas expresamente pensadas para oponerse a la herejía y que fueron acompañadas por una serie de breves biografías de grandes santos del cristianismo.

Pero la empresa de más fuste de Don Bosco al respecto fueron las *Lecturas Católicas*, que comenzaron a publicarse a partir de 1853. «Libros de pequeño formato—los definiría la *Civiltà cattolica*—, ricos de sólida instrucción, adaptados a la capacidad del pueblo y oportunitísimos en los tiempos que corren». De periodicidad mensual (quincenal el primer año), sobre todo hasta 1860 los tomitos de las *Lecturas Católicas* fueron verdaderos cañones emplazados contra los protestantes.

Estos acusaron los impactos y trataron por todos los medios de hacerlos callar: «Usted, señor teólogo—cuenta Don Bosco que le dijeron—, recibió de la naturaleza un gran don: el de hacerse leer y entender por el pueblo. Le pedimos lo emplee en cosas útiles para la humanidad: en el fomento de las ciencias, las artes y el comercio, por ejemplo». Hubo disputas, ofrecimiento de dinero, amenazas y hasta intentos de asesinato. Las últimas páginas de la *Autobiografía* (que por cierto, recor-

dará el lector, alcanzan hasta 1855) se ocupan largamente de ello. Don Bosco no cejó. Aparte de otras razones, porque le dolía que algunos de sus oratorianos se hubiesen hecho protestantes.

\* \* \*

La colección de las *Lecturas Católicas* alcanzaría con el tiempo un éxito impensado. Para cuando se celebró el cincuentenario del primer número, en 1903, habían sido editados en italiano, francés, español y portugués más de 10 millones de ejemplares de diversos títulos. Posteriormente las ediciones alcanzarían cifras mucho mayores, también en otros idiomas.

### **Brevemente: algunos acontecimientos de interés entre 1849 y 1859**

Con la protección de las armas francesas, Pío IX vuelve pronto de Gaeta a Roma. En 1849 se puede decir que la revolución del 1848 se ha frustrado, liquidada como ha sido por la fuerza militar en las diversas naciones europeas. Por una curiosa excepción, el nuevo rey Víctor Manuel II no disuelve el Parlamento ni abroga la Constitución en el Piamonte; ello contribuirá a que en torno al Piamonte cuaje por fin la unidad de Italia. Una de las primeras decisiones de Víctor Manuel II fue nombrar primer ministro al conde de Azeglio, aristócrata liberal. En 1854, el ministro demócrata de izquierda Rattazzi, en un rasgo de anticlericalismo, consigue que se apruebe una ley de supresión de las órdenes contemplativas, con lo que acabarán de envenenarse las relaciones con Roma. El astuto Camilo Cavour, que en 1855 ya es primer ministro, manda su ejército con ingleses y franceses a Crimea contra Rusia, y con ello prepara la participación de Francia en la *segunda guerra de independencia italiana*, es decir, del Piamonte contra Austria (batallas de Magenta y Solferino en 1859).

Mientras tanto, en el entorno de Don Bosco suceden muchas cosas también. Por ejemplo, en 1857, de acuerdo con Rattazzi, él solo consigue llevar de paseo a más de 300 reclusos de la cárcel *La Generala*, sin que a la

vuelta falte uno. Por ejemplo, en Casa Pinardi el oratorio crece, y nace el internado: el año de las batallas de Magenta y Solferino, Don Bosco tendrá, entre estudiantes y artesanos, más de 400 internos; dos años después llegarán a 600...

## LA CASA MADRE

La Casa Madre será la obra de la Casa Pinardi enormemente ampliada. Se le llamará también Valdocco a secas, o el Oratorio, con mayúscula.

### **Ampliaciones sucesivas**

El 5 de abril de 1846, domingo de Ramos, en la tarde, como dijimos, más triste de la vida de Don Bosco, se dio, pues, con el sitio definitivo de la primera casa salesiana. Ampliemos un poco lo ya dicho. Pancraccio puso en contacto a Don Bosco con el Sr. Pinardi, y se convino en hacer contrato formal ante notario. De resultas, Don Bosco alquilaba un patio, donde podían jugar los chicos, y un cobertizo adosado a la casa, en el que, debidamente mejorado, se situaría la capilla. En junio, para poder traer a su madre a vivir con él, le realquilaba a Pancraccio, que era quien ocupaba parte de la casa propiedad de Pinardi, tres habitaciones, y en diciembre arrendaba la casa entera. La comprará en 1851, con todos los terrenos de ella dependientes; unos 4.000 metros cuadrados.

¡La Casa Pinardi! Una casa de campo con planta y un solo piso. Habitable solamente en el carasol. Con cuatro habitaciones arriba, a lo largo de una solana voladiza de pretil de hierro, y entrada y cuatro habitaciones abajo. En el dibujo que se conserva no deja de tener el edificio cierta gracia arquitectónica, por la disposición geométrica de sus alistonadas puertas y ventanas y porque cada habitación de arriba y de abajo abre su puerta y su ventana al sur. A un extremo de la larga casa había un establo y, encima, un pajar realmente diminuto, donde pasaron las noches los primeros niños acogidos por Don Bosco. Era aquel pajar un simple hueco donde se guardaban unas cuantas gavillas de heno.

En estos terrenos —y no sin destruir antes Casa Pinardi—, entre 1852 y 1860 edificará Don Bosco la iglesia de San Francisco de Sales y varios edificios para el internado: clases, dormitorios, talleres, etc.

A partir del año 1860, la obra se irá extendiendo sucesivamente al este, al norte, al sur y al oeste. Vistos los estudios hechos por Giraudi y los correspondientes planos cronológicamente ordenados, no parece sino que Don Bosco fue poniendo lentamente en práctica un meditado plan de ocupación. Al morir, el pobre pastorcillo de I Becchi —hagamos una consideración muy humana—, que había llegado sin un céntimo a la capital del Piamonte, tenía dos hectáreas y media de su propiedad en aquel importante barrio de Valdocco; hectáreas en su mayor parte cubiertas de construcciones y con la gran basílica de María Auxiliadora en medio.

Es curioso examinar al detalle los contratos de compraventa que realizó Don Bosco por aquellos años. Una casa cercana a la Casa Pinardi la compró de una vez y después la fue vendiendo piso a piso; y el terreno circundante comprado en un principio diríase que lo revendió después palmo a palmo, según las necesidades y el buen precio del momento, volviendo, finalmente, a comprar todo en el momento oportuno. El terreno sobre el que edificaría la basílica de María Auxiliadora fue primero del seminario; después, suyo; a continuación, del famoso teólogo Rosmini, y, al final, suyo otra vez. Es decir, que en cuanto podía ampliaba su propiedad con terrenos adyacentes; pero como necesitaba dinero constantemente, si veía una ocasión de venderlos con ganancia, no la desaprovechaba, comportándose como un auténtico hombre de negocios.

\* \* \*

Hoy, la Casa Madre de la Congregación salesiana llena un espacio de más de cinco hectáreas en pleno Turín, ocupadas en su mayor parte por un impresionante conjunto de edificios: residencias, aulas, talleres, dependencias del internado, oficinas, editorial... Hasta 1972, los consejos generalicios de los Salesianos y de las Salesianas, que pasaron, finalmente, a la capital de la cristiandad, ocuparon también allí sus correspondientes

sedes. En el grandioso rectángulo que es todo aquel complejo han quedado incluidos no sólo los terrenos históricos de la Casa Pinardi, sino también los de la Casa Moretta y el prado de los hermanos Filippi. Destaca, casi al centro, la imponente basilica de María Auxiliadora, y delante de ella, en una hermosa plaza, el monumento de mármol y bronce que los Antiguos Alumnos salesianos de todo el mundo levantaron a Don Bosco en 1920.

### **Se va creando el primer internado**

El internado de Don Bosco en la Casa Pinardi nació como un complemento necesario del oratorio. «Entre los jóvenes que frecuentan los oratorios de la ciudad hay algunos que se encuentran en tales condiciones, que, de no socorrerles en lo material, se hace inútil para ellos cualquier remedio espiritual», escribía Don Bosco por el año 1850 en el borrador del primer reglamento. Detalle significativo: la casa-internado que surgirá a propósito del oratorio, y que será nada menos que la Casa Madre de la Congregación, es en los documentos de Don Bosco, durante muchos años, la *casa aneja al Oratorio de San Francisco de Sales*. Tanta importancia dio inicialmente Don Bosco al oratorio propiamente dicho, que el internado fue considerado como un complemento. Y el paso de simple oratorio dominical a casa-internado vino reclamado por la lógica inexorable del apostolado en favor de los pobres; los santos que empezaron por dar pan y cultura a los necesitados o cuidado a los enfermos (San José de Calasanz, San Felipe Neri, San Juan de Dios...), si pudieron, acabaron por darles también cobijo.

El internado empezó en 1847, recién realquilada toda la Casa Pinardi. A los primeros acogidos se les puso a dormir en aquel pequeño pajar lateral por la razón convincente de que la paja hacía muy bien de colchón. Además, mamá Margarita, si podía, solía facilitarles mantas, y hasta sábanas en algunos casos. «Pero varias veces nos encontramos con que algunos se habían llevado las sábanas. Y hasta hubo quien se llevó la paja y la vendió», escribe, con gracia, Don Bosco.

El primer interno propiamente dicho fue un huér-

fano de quince años del valle de Sesia, cuyo nombre no se ha conservado; empapado hasta los huesos, se presentó, el pobre, pidiendo alojamiento en una noche de lluvia. Don Bosco, algo escamado por el poco éxito de los internos anteriores, le hizo una pregunta no del todo inocente: «No, señor —respondió noblemente el chico—; esté usted tranquilo, que yo soy pobre, pero no he robado nunca». Al terminar aquel año de 1847 dormían dentro de la Casa Pinardi siete muchachos, además de Don Bosco y mamá Margarita.

En la mayor parte de los edificios levantados allí sucesivamente por Don Bosco, el último o los dos últimos pisos fueron para dormitorios, hasta conseguir alojar más de 600 internos a partir de 1861.

Los primeros internos fueron artesanos: chicos en aprendizaje de un oficio. Pero no tardaría en admitir estudiantes que tuvieran disposición para los estudios. A partir de 1856, el número de estudiantes superó al de artesanos. Don Bosco se decidió a tener también estudiantes, entre otras razones, por una de mucho peso: porque así facilitaba el acceso de los jóvenes al sacerdocio. No eran ya los tiempos de la Restauración, cuando el Estado distinguía al clero y lo favorecía, sino que ocurría precisamente lo contrario, y faltaban las vocaciones.

Artesanos y estudiantes —muy interesante para la historia de la Congregación— dormían y comían al principio en el colegio, pero el día lo pasaban fuera. Es decir, que los primeros años la Casa Pinardi, más que un internado, fue una residencia. A las horas de trabajo, los artesanos acudían a las empresas de honestos y responsables dueños diligentemente buscados por Don Bosco, y los estudiantes, a las academias de los inolvidables Rvdo. Don Picco y Sr. Bonzanino. Estaban ambas academias muy acreditadas en Turín y eran frecuentadas por jóvenes de la mejor sociedad; se completaban mutuamente y entre las dos cubrían las enseñanzas elemental y media. Los chicos de Don Bosco acudían pobremente vestidos, y en invierno se defendían del frío con viejos capotes militares obtenidos del Ministerio del Ejército, lo que no dejaba de suscitar cierta hilaridad. Pero las categorías sociales se invertían a la hora de los exámenes, y los alumnos de Valdocco quedaban muy por encima de los otros. ¡Las academias

del Rvdo. Don Picco y del Sr. Bonzanino! Aún llegó a tiempo Domingo Savio para frecuentarlas en 1855 y 1856.

Pero pasar todo el día fuera traía demasiados inconvenientes para aquellos chicos en lo peor de la edad, y Don Bosco poco a poco fue poniendo remedio. En 1853 empezaban los talleres de zapatería y sastrería. En 1854, el de encuadernación. En 1856, el de carpintería. Finalmente, en 1861 comenzaría la imprenta y en 1862 el de mecánica.

¿Los primeros maestros de taller? Don Bosco en todo. Su madre, Margarita, en el manejo de la aguja. Los mil oficios que Don Bosco había aprendido en Castelnuovo y Chieri le fueron de mucha utilidad entonces. Y lo mejor, según recordaban sus alumnos, la gracia y buen humor con que lo hacía.

En cuanto a locales, empezó en cualquier sitio de la Casa Pinardi: en un corredor, en la antigua cocina, etc. Cuando levantó nuevos pabellones, todo fue encontrando su lugar a propósito. Poco a poco, también se hizo con un buen profesorado.

En eso de los oficios, Don Bosco obró, como en todo, muy inteligentemente, porque, de paso que aquellos chicos aprendían, cubrían necesidades del grupo humano en que les tocaba vivir. Los sastres, por ejemplo, ayudaban a mamá Margarita a remendar, los carpinteros echaban una mano en las nuevas construcciones, los encuadernadores encuadernaban las obras de Don Bosco, pues no cesaba de publicar, y a partir de 1861, en que se pudo contar con una imprenta, las *Lecturas Católicas* y todos los nuevos escritos de Don Bosco se imprimirían en ella.

Por lo que toca a los estudiantes, el clérigo Francesca ya impartió en 1854 su primera clase de latín en el desván de la Casa Pinardi. En 1860 se daba la enseñanza media completa a 200 alumnos debidamente instalados en sus aulas; profesores en 1860, siete *clérigos* de Don Bosco, la mayor parte de ellos con su título de maestro.

Los internos en 1852 eran 36; en 1855, 150; en 1857, 200; en 1861 pasaban de 600.

Son de imaginar los estrecheces de los primeros tiempos en la Casa Pinardi. Don Cagliero, que entró en

1851 y que no venía precisamente de una casa ducal, quedó espantado de tanta pobreza.

## Las compañías

Y Don Bosco, ¿cómo formaba en cristiano a toda aquella masa de internos? Pues sí, a pesar de ser tantos, conseguía formarlos en cristiano, fue en buena parte por medio de las compañías. Fundó la de San Luis en 1847, y las otras, a lo largo de los años cincuenta.

Las compañías eran unos grupos perfectamente estructurados y reglamentados. La de San Luis, sin demasiadas exigencias, estaba pensada para la masa: al principio, para oratorianos y estudiantes; después, para sólo estudiantes. La de San José era su equivalente para artesanos. Se organizaron también la del Santísimo Sacramento, para mayores, y la del pequeño clero, para monaguillos, de más exigencias que las anteriores. Finalmente estaba también la de la Inmaculada, para la *élite*, la cual, aparte de exigir una ejemplaridad en todos los sentidos, tenía un cometido claramente apostólico en medio de la masa del colegio.

En su conjunto se daba, pues, una sabia gradación y una selección cada vez más depurada de elementos. Y hasta en la de San Luis —la de menor compromiso—, aunque solían ser muchedumbre, no se aceptaba a nadie sino después de un mes de haber cumplido bien el reglamento de la casa.

Don Bosco, a mediados del siglo pasado, intuyó la importancia de la *acción de los grupos*.

Ya existían para entonces entidades más o menos de ese tipo (Congregaciones Marianas de los Jesuitas por ejemplo); pero Don Bosco las reinventa, entre otras razones porque necesitaba absolutamente de ellas, y las adapta a las peculiares características de sus obras. Para gobernar y educar a sus chicos, Don Bosco se apoyó en sus propios chicos, rompió la masa en unidades inferiores y la vertebró en un conjunto armónico y con sentido, no sin comprometer a los mejores en la marcha de todos y de todo. El resultado fue, por fijarnos únicamente en el internado de los años cincuenta, un buen ambiente en la casa, una verdadera preocupación

apostólica en muchos y la formación de una activa *élite* enteramente a disposición de Don Bosco.

Si se quieren ver resultados más concretos, léanse las vidas de Francisco Besucco, de Miguel Magone y de Domingo Savio escritas por Don Bosco y contenidas en el tomo 402 de la BAC. Besucco fue el chico inocente y sencillo y un si es no es atolondrado que se sumergió en el ambiente de aquel internado y alcanzó en pocos meses un grado envidiable de virtud. Magone, el chico trasto y un tanto picado ya, que se paró en seco y dio un magnífico giro en su conducta sin perder un adarme de su estupenda vivacidad. Y, finalmente, Domingo Savio fue el chico que entró bueno y en tres años escasos salió santo de altar.

¡Domingo Savio!... Santo Domingo Savio desde 1954. Un santo de quince años, uno de aquellos chicos del internado de Don Bosco de los años cincuenta...

Y no se agotan con esos tres nombres los resultados de los primeros tiempos del primer internado. De aquel ambiente brotaron también los primeros salesianos: Rúa, Cagliero, Francesia, Bonetti, Provera, Cerruti, Durando, Buzzetti, Angel Savio, Ruffino, etc. Aquellos *clérigos*, que no eran sacerdotes, pero a los que Don Bosco les enfundó una sotana porque lo querían ser y que tanto le ayudaron, constituyen precisamente la *vieja guardia* de la Congregación salesiana.

## DON BOSCO Y LOS OBREROS

### Las escuelas profesionales

Don Bosco, que tanto se preocupó de los jóvenes, de los jóvenes obreros se preocupó por jóvenes y por obreros.

Ya hemos visto que en los tiempos del Colegio Eclesiástico y del Refugio Barolo solía visitar a sus oratorianos mayores en los puestos de trabajo.

La cosa adquirió nuevas características entre los años 1847 y 1853, cuando los artesanos moraban en la Casa Pinardi con él y con su madre y salían a trabajar a la ciudad. Durante esos años tomó mucho más en serio ese

su apostolado de visitarlos: se sentía padre y responsable directo de ellos.

Desde luego, está claro, contra lo que a veces se ha escrito, que Don Bosco no fue el primero en propiciar un contrato de trabajo entre un patrono y un aprendiz. Pero en el Piamonte fue de los primeros en sacarle al documento todas las ventajas. Se conservan dos originales, de los años 1851 y 1852, firmados por el patrono, el aprendiz interesado y el propio Don Bosco. Por supuesto, constan en ellos los deberes de los aprendices. Pero a los patronos, en aquellos tiempos de liberalismo económico triunfante, en que los patronos disfrutaban de plena libertad de contrata y despido de mano de obra, Don Bosco les hacía firmar compromisos para entonces increíbles: el aprendizaje duraría tres años; el jornal iría aumentando progresivamente; el aprendiz no vendría empleado como simple criadillo, sino que se aplicaría a su oficio; los trabajos no serían superiores a sus fuerzas y se miraría por su salud; se le corregiría amablemente y no con golpes; tendría un día de descanso a la semana y quince al año. El patrono habría de hacer de padre para con el aprendiz...

Y, a pesar de todo, no quedaba contento Don Bosco de la formación y trato que recibían sus aprendices por los talleres de Turín. De ahí que a partir de 1853 se decidiera a montar escuelas profesionales propias.

En cuanto pudo buscó profesores competentes, y no paró hasta dar una solución convincente al profesorado.

Ensayó varias soluciones al respecto. Al principio, a los maestros los consideró como simples asalariados. No dio resultado: no se preocupaban del progreso de los alumnos ni de la buena marcha del taller. Después los hizo encargados a todos los efectos; pero entonces no se preocupaban más que de producir, como si los talleres fueran simplemente industrias. En otras combinaciones experimentadas resultó que los maestros evitaban enseñar a los alumnos mayores por miedo a que les sustituyeran en el cargo. Todo quedaría perfectamente resuelto con la aparición de la figura del *coadjutor salesiano*.

Por otra parte, los talleres que imaginaba Don Bosco no eran simplemente talleres para entretener a los chicos, y menos para rendir por rendir como si se

tratase de fábricas, sino que eran talleres pensados, antes que nada, para enseñar. Y se aprendía, dentro de lo que cabía en aquellos tiempos, de una manera racional, mediante prácticas sistematizadas. El Capítulo general de 1886, dos años antes de la muerte de Don Bosco, se ocupará largamente de este apostolado específico de la Congregación salesiana y legislará al respecto: no sólo hay que ocuparse de que los artesanos aprendan el oficio, sino además de que adquieran formación religiosa y cultura general; y por lo que toca al oficio, no sólo lo han de aprender prácticamente, sino, en lo posible, *tecnológicamente* también, que diríamos ahora.

Cuando murió Don Bosco, las diversas escuelas profesionales salesianas estaban en condiciones óptimas para incorporar los modernos métodos de formación profesional, en la que la tecnología y la formación humanística cuentan tanto.

Y, según el pensamiento salesiano, el obrero formado en una escuela salesiana no ha de salir simplemente en condiciones de ganarse la vida, sino, además, con capacidad de ocupar puesto clave en la fábrica y de convertirse en líder católico de sus compañeros.

\* \* \*

A la muerte de Don Bosco eran 15 las escuelas profesionales salesianas. En 1953, centenario del primer taller, eran 263, con más de 700 talleres y cerca de 50.000 alumnos. En 1967, año de la máxima expansión de la obra de Don Bosco, al menos respecto al número de salesianos, eran 354 escuelas, con un total de 65.420 alumnos. Como caso más concreto, los Salesianos ese año en España, además de regir sus grandes escuelas profesionales en Deusto, Pamplona, Barcelona (Sarriá), Zaragoza, Madrid (Atocha), Sevilla (Trinidad), etc., intervenían, de una manera muy importante y a veces exclusivamente, en escuelas de empresas particulares o de entidades oficiales; por ejemplo: en Oviedo (Masaveu), Madrid (La Paloma), Madrid (San Fernando), Barcelona (Mundet), Universidades laborales de Zamora y Sevilla, etc.

A cien años de distancia de Don Bosco, en las escuelas profesionales acaso haya que ver la aportación más

significativa de la Congregación salesiana a la marcha de la sociedad. Sin que ello signifique que Don Bosco *inventase* las escuelas profesionales, que, de un modo u otro, ya existían antes.

## El coadjutor salesiano

El coadjutor salesiano llega a ser, realmente, una de las genialidades más grandes de Don Bosco. No es el clásico lego de otras órdenes y congregaciones religiosas. Por cierto que Don Bosco no dio a la primera con esta figura de hombre consagrado; la fue elaborando, retocando; pero cinco años antes de morir la tenía perfectamente definida y formulada en su mente. No son ellos unos salesianos de segundo orden. Alguien le había insinuado la conveniencia de mantenerlos *bassi*, un peldaño más abajo que los sacerdotes. «¡No, no y no! —reaccionó Don Bosco—. Los hermanos coadjutores son como todos los demás hermanos».

Efectivamente, ante las Constituciones de la Congregación, tan salesianos son los coadjutores como los que han recibido o piensan recibir el orden sacerdotal. No hay otras diferencias que las que establece la Iglesia con sus cánones o el sacramento del orden con su carácter.

Pero, aparte cuestiones jurídicas, el coadjutor salesiano es todo un hallazgo en el ejercicio de su trabajo. Es el que, con preocupación de salvación y de perfección personal y con obligaciones comunitarias y graves renunciadas bajo voto, sin dejar de ser religioso y casi sin aparentarlo (vistieron siempre de seglares aun cuando todos los religiosos y sacerdotes llevaban hábito), se hace auténtico obrero entre los obreros. Y lo que busca es hacer al obrero buen cristiano y buen obrero. En fin, que lo que Don Bosco ideó y realizó fue nada menos que el *religioso obrero*; el *cura obrero* vendría cien años después.

Puestos en el taller, Don Bosco quería que sus coadjutores fuesen jefes influyentes y no puros operarios manuales: «Vosotros no tenéis que ser simples trabajadores aplicados al esfuerzo, sino los que dirijan. Vuestro papel, con respecto a los oficiales del taller, es el de patrón, no el de un oficial más», les decía.

Cuando murió Don Bosco eran 284 los coadjutores salesianos. En 1967 llegaron a ser 4.268. Hoy se procura para ellos la máxima cualificación técnica: peritaje, licenciatura, ingeniería, etc.

El apostolado que hace la Congregación salesiana en las escuelas profesionales es, fundamentalmente, obra de sus coadjutores.

### **Don Bosco y la «cuestión social»**

Otro tema que entra de lleno aquí es el relativo a la *cuestión social*. ¿Captó Don Bosco el problema? ¿Qué actitud adoptó al respecto?

Desde luego, la *cuestión social* fue uno de los grandes problemas del siglo pasado y que en el nuestro está por resolver.

La cuestión social fue producida por la industrialización, siendo pésimamente enfocada por el liberalismo económico. Los centros industriales concentraron multitudes de obreros en torno a las fábricas, y los patronos, basados en principios liberales, los explotaron. Era principio liberal que el patrono se entendiese directamente con el trabajador y que cada uno se considerase libre en el momento del contrato; el obrero, claro, podía irse a otra fábrica, y el patrono, contratar otro obrero; pero el resultado ordinario era que el operario sin trabajo volvía al antiguo patrono en las condiciones que fuesen; de ahí los salarios de miseria y las jornadas laborales de hasta dieciocho horas, de ahí una vida durísima de los obreros y sus familias (de paso, se pueden imaginar las condiciones de trabajo de los aprendices). Así las cosas, se explica que se produjeran verdaderas sublevaciones obreras; por ejemplo: en Lyon y París en 1834, y en casi toda Europa en la revolución de 1848. Dado que no triunfaron esas sublevaciones, sino que fueron acalladas a cañonazos, el problema se agudizó a partir de 1848 y muchos obreros se corrieron hacia ideas más extremistas, produciéndose el lanzamiento del comunismo y —ya de una manera abierta y muy definida— la llamada lucha de clases.

Pues ¿qué pensó concretamente Don Bosco de la cuestión social? Stella opina que no parece se planteara

formalmente el problema de las clases en transformación. Por lo menos no hay documentación concluyente. Don Bosco predicaba obediencia a los pobres y exigía, en favor de los mismos, dinero a los ricos; ni más ni menos que como lo hubiera hecho en siglos anteriores. Para Don Bosco, la solución del problema social se reducía a la educación ético-religiosa del pueblo. Y todo consistía en encontrar maestros que se dedicasen a la educación de los jóvenes y en exigir la colaboración de los ricos. Estas, digo, son, más o menos, las ideas de Stella al respecto.

Teresio Bosco y otros opinan, por el contrario, que sí, que Don Bosco se dio perfecta cuenta de la importancia y naturaleza de la cuestión. Y traen a su favor una cita de Lemoyne, el principal biógrafo del Santo, del tomo cuarto de las *Memorias biográficas* (p.80): «Fue Don Bosco de los pocos que entendieron desde el principio, y lo repitió mil veces, que el movimiento revolucionario no era una tormenta pasajera; porque no todas las promesas que se hacían al pueblo eran deshonestas, sino que muchas de ellas respondían a universales y legítimas aspiraciones del proletariado... Los obreros deseaban gozar de igualdad de derechos... Por otra parte, él [Don Bosco] se daba cuenta de que los bienes comenzaban a ser monopolio de capitalistas sin piedad y de que el patrono, al obrero aislado y sin defensa, le imponía contratos injustos en lo referente al salario y al horario de trabajo... De aquí que Don Bosco juzgase oportuno el acercamiento del clero al mundo obrero para servirle de freno y ayuda».

Lo que ocurre, viene a explicar Teresio, es que Don Bosco no fue un teórico social, sino un apóstol que se dedicó a resolver sin tardanza la necesidad urgente. Y trae a cuento palabras del Santo a los salesianos: «Cierto que en el mundo ha de haber también quien se dedique a la política [social, se entiende aquí]; pero no es eso para nosotros, pobres salesianos». «En la Iglesia no falta quien mueva con valentía estas arduas y arriesgadas cuestiones; pero en un ejército, además de los destinados a combatir, están los que han de cuidar los bagajes, y todos son necesarios para la victoria». «Dejemos a otras órdenes más aguerridas la denuncia y la acción política. Nosotros vayamos directos a los pobres». Don

Bosco, viene a concluir Teresio, ante el samaritano tendido en tierra, se apea y lo monta en seguida en su cabalgadura, en espera de que otros legislen contra los salteadores.

Desde luego, esta última hipótesis está muy de acuerdo con el espíritu y modo de hacer de Don Bosco, que fue siempre el hombre de la intervención inmediata, que acudía en seguida a remediar la necesidad con los medios que encontraba a mano. Ya se descubrió este su temperamento en la famosa escena con Bartolomé Garelli el día de la Inmaculada de 1841: «¿Quieres que yo te dé catecismo ahora mismo y aquí mismo, en la sacristía?» No podemos detenernos por más tiempo en profundizar tan importante cuestión. Pero se llega al resultado de que Don Bosco, con sus oratorios, sus escuelas profesionales y sus colegios, fue un gran *sociólogo práctico*, que hay que poner con todos los honores al lado de los grandes sociólogos teóricos del cristianismo como Sturzo, Ketteler, Toniolo y otros.

## VI. DON BOSCO Y PIAMONTE (1859-1870). DON BOSCO Y MARIA AUXILIADORA. DON BOSCO, EDUCADOR. DON BOSCO, ESCRITOR

DON BOSCO Y PIAMONTE (1859-1870)

### Piamonte

Tres fórmulas privaron a la hora de planear la unificación de Italia. La de Mazzini, que consistía en intentar una república unitaria; la de Gioberti o neogüelfa, que preconizaba la federación de los diversos Estados italianos bajo la presidencia del papa, y la de Azeglio y Cavour, aristócratas liberales, que en su periódico *Il Risorgimento* sostenían la reagrupación de todos los Estados en torno al Piamonte bajo la dinastía de los Saboya, no sin asegurarle al papa la independencia espiritual.

La última fórmula es la que triunfó, y el periódico dio nombre al movimiento. De 1859 a 1870, año de la ocupación de Roma, el protagonista y beneficiario del movimiento de unificación italiana será el Piamonte, el reino del Piamonte.

Es la de Saboya una de las más viejas dinastías de Europa. Su origen se remonta, por lo menos, al año 1000. Sus territorios, colgados como alforjas sobre la parte sur de los Alpes, se venían extendiendo más o menos ampliamente, según las contingencias históricas, sobre el este de la actual Francia y sobre el oeste de la actual Italia. El más importante de todos esos territorios fue el Piamonte propiamente dicho.

Piamonte: *Pie-de-monte*, por su proximidad a los Alpes. Variedad de paisajes. Un tercio de él, montañoso. De clima continental no obstante la proximidad del mar. No muy fértil; sus productos principales: arroz, cáñamo, trigo, maíz, uva, pastos y bosques...

Pues ese Piamonte histórico, unido a Saboya, Liguria

(Génova) y Cerdeña bajo la corona de los Saboya, fue el que dio los últimos pasos entre 1859 y 1870 que condujeron a la unidad italiana.

Ya hemos dicho algo de cómo en los años cincuenta preparó Cavour la intervención militar de Francia en favor de su idea. Napoleón III, al dar el golpe de Estado en 1852 y declararse emperador, se presentó ante Europa como continuador de la gloria napoleónica y favorecedor de los pueblos que aspiraban a independizarse de Austria.

Cavour, al intervenir en la guerra de Crimea en 1855, compró el derecho a sentarse a la mesa de la paz junto a los vencedores, Francia e Inglaterra, y aprovechó la ocasión para «reanudar la discusión sobre el problema de Italia». En 1858, el mazziniano Orsini atentaba en París contra el emperador, y antes de ser ejecutado le escribía dos cartas invitándole a liberar la península. «Hay muchos Orsini», insinuó Cavour a Napoleón III, y si no se resolvía el problema debidamente, podía estallar una revolución extremista.

Reunidos Cavour y Napoleón III el 1858 en Plombières, se decidió la guerra. Tras la victoria, el reino de Nápoles sería para un descendiente de Murat; Milán y Venecia pasarían a la Casa de Saboya, y, a cambio, la Casa de Saboya entregaría a Francia Saboya y Niza; el centro de la península, menos el Lacio, que quedaría para el papa, sería para un príncipe francés...

Se desencadenó, pues, la *segunda guerra de la independencia italiana*. Las batallas de Magenta y Solferino, en julio de 1859, fueron terribles. En ellas, 60.000 piamonteses y 120.000 franceses se enfrentaron a 160.000 austríacos. Austria fue completamente derrotada. A propósito de estas batallas, escribiría Don Bosco por aquellos días que la guerra es la peor manera de faltar a la caridad.

Pero, tras la victoria, las cosas no rodaron según se había proyectado. Porque, al saber que, ante la derrota de Austria, Prusia concentraba su ejército en la frontera del Rin, Napoleón III firmó precipitadamente la paz con los austríacos a espaldas y a expensas del Piamonte. Todo se resolvió con darle al Piamonte solamente Milán y quedarse Francia con Saboya y Niza. Cavour estuvo a punto de suicidarse...

Pero Cavour, que moriría a mediados de 1861, pudo ver el principio del fin. Efectivamente, su *política realista* trajo, a lo largo de los años sesenta, unos frutos espectaculares. En el 1860, los pequeños Estados del centro (Florenia, Módena, Parma, Bolonia) se incorporaron, sin más, al Piamonte; en 1861, el rey borbón de Nápoles capitulaba, y su reino, conquistado por Garibaldi, se unía también a la corona de los Saboya, y, entre tanto, los Estados pontificios eran invadidos y anexionados, a excepción del Lacio, con Roma en el centro. Víctor Manuel II fue proclamado *rey de Italia*, con capital Florenia. En lo que ya se llamaba Italia quedaban, pues, por integrar Venecia, y el Lacio con Roma. Venecia, todo el Véneto, se unirá al reino de Víctor Manuel en 1866 como consecuencia de haber entrado a favor de Prusia en su guerra con Austria (*tercera guerra de la independencia italiana*). Y Roma será tomada en 1870, al retirarse por razón de la *guerra francoprusiana* las tropas francesas, que la defendían.

\* \* \*

¿Qué influencia tuvieron en la vida de Don Bosco los años sesenta? Mucha. Hablaremos ahora brevemente de las persecuciones de que fue objeto y de sus excursiones; en seguida, más detenidamente, de sus trabajos por la devoción a María Auxiliadora y de su pedagogía. Dejamos para otra ocasión hablar de él como fundador y escritor.

### La época de los registros

Don Bosco, en política, ya lo hemos visto, prefirió no inclinarse por ningún partido. Pero en punto a la *cuestión romana* —si Piamonte debía tomar Roma o no, etcétera—, sacerdote ejemplar, se puso claramente de parte del papa. «Yo estoy con el papa. Soy católico, y obedezco al papa ciegamente. Si el papa dijese a los piemonteses: *Venid a Roma*, yo también les diría que fueran. Pero si el papa dice que ello es un latrocinio, yo también lo digo», afirmaba rotundamente. Y como quiera que Pío IX por los años sesenta seguía defendiendo la intangibilidad de

su reino temporal, también Don Bosco la defendía en sus escritos y en sus conversaciones. Esto le acarreó disgustos con las autoridades. Un documento interesante, escrito por él al respecto y hasta cierto punto continuación de su *Autobiografía*, es el titulado *Memorial*, en el que da cuenta de las persecuciones políticas que sufrió entre 1860 y 1863, y de once registros, algunos de ellos descritos largamente y con todo lujo de detalles.

En lo tocante al primer registro, según el *Memorial*, dado el modo de pensar de Don Bosco sobre la *cuestión romana* y que no lo disimulaba en absoluto, las autoridades, algunas por lo menos, tomaron al oratorio de Valdocco por un nido de la reacción. Allí, imaginaban, llegaban consignas políticas de Pío IX y de Fransoni (que estaba desterrado en Lyon) y allí los jesuitas fraguaban la contrarrevolución; todo el empeño se cifraba en encontrar la documentación que lo demostrase. Fue el primero un registro extremadamente minucioso. Y quedó en claro que Don Bosco sólo tenía relaciones de orden ministerial y jerárquico con sus superiores religiosos.

En el segundo registro se trató de averiguar qué tipo de enseñanza política daba Don Bosco a sus más de mil chicos, entre internos y externos. Se les interrogó hasta de cosas de confesión e incluso se llamó a declarar a alumnos de años anteriores. No pudieron obtener de ellos ninguna noticia comprometedora por más preguntas capciosas que les hicieron. Les dio también por examinar los libros de cuentas; pero pronto constataron que no había otras fuentes de ingresos que las aportaciones de algunos padres de alumnos y la generosidad de los bienhechores.

En otra ocasión, el registro tuvo por objeto encontrar en falta la organización escolar del centro y proceder a su clausura. Se localizaron algunas deficiencias, pero el informe de la inspección fue manifiestamente exagerado. Don Bosco tuvo noticia a tiempo y consiguió parar el golpe hablando personalmente con el ministro de Instrucción, Amari. Con todo, este registro le sirvió de enseñanza, y en adelante procuraría cumplir con todos los requisitos legales. Se gloriaría luego de haber sido de los primeros en enviar religiosos a las universidades para alcanzar la debida titulación.

De todas las pesquisas, el Gobierno debió de sacar esta conclusión: que, no obstante la opinión clara y muy lógica de Don Bosco en favor del poder temporal del papa, en su institución de Valdocco no se pensaba en otra cosa que en atender material, cultural y religiosamente a un millar de ciudadanos.

### **Las grandes excursiones de Don Bosco**

He aquí un pintoresco aspecto de Don Bosco no suficientemente puesto de relieve; nosotros mismos hemos quedado sorprendidos al profundizar en él.

Ya por los años del oratorio ambulante, en la segunda mitad de los cuarenta, solía darse con sus chicos sus buenos paseos por las cercanías de Turín. Una vez realizaron uno metidos en barcas, por el Po aguas abajo cantando a coros. Las gentes se arracimaban en las orillas; tampoco aquello había sido nunca visto ni oído en la ciudad.

A partir de 1850, y ya bien instalados en la Casa Pinar di, las excursiones fueron eminentemente campesinas. Téngase en cuenta que el curso terminaba por aquel entonces a mediados de agosto y que no empezaba hasta después de Todos los Santos, por lo que el mes de octubre era el mes fuerte de las vacaciones. Pues en el Oratorio se hizo tradición intocable ir a celebrar la Virgen del Rosario —entonces, el primer domingo de octubre— a I Becchi (¡oh amor de Don Bosco a su tierra natal!). Se paraba en la casa de mamá Margarita y en otra que, calle por medio, había levantado José. José, en previsión, tenía preparado un buen pajar con mucha paja y, además, leña para el fuego. Los chicos, en pago, le vendimiaban las viñas... ¡Todo lo aguantaba el pascienzudo piamontés!

Pero es a partir de 1859 —el oratorio de Valdocco era ya todo un colegio, era ya el Oratorio con mayúscula— cuando las cosas subieron a mayores. El cuartel general ya no estaba en I Becchi, salvo en la primera jornada de la Virgen del Rosario, sino que era móvil, y se fijaba sucesivamente en pueblos diferentes según se iba avanzando. Para los chicos del oratorio de Valdocco, el paseo otoñal se convirtió en el acontecimiento recreativo más

importante del año. Solían participar unos cien: los de mejor conducta durante el curso. Realizaban con tiempo un estudio logístico de la empresa, y una vez pasado en I Becchi, según mandaba la tradición, el día del Rosario, Don Bosco y su tropa se perdían por las carreteras, por los caminos y por las veredas del Monferrato, región del Piamonte al sudeste de Turín. En la marcha caminaban en grupos. Siempre el más numeroso junto a Don Bosco: sabían que explicaba las propiedades de las plantas, las costumbres de los pájaros, las tradiciones de los campesinos y la historia de los castillos y los poblados (Don Bosco se documentaba muy bien antes de cada excursión). Algunos de los excursionistas llevaban a cuestas sus instrumentos de banda, sin que nunca faltase el bombo. Otros cargaban con el *atrezzo* del *teatrino*, y, como quiera que para entonces ya tenía fundada Don Bosco prácticamente su Congregación, casi todos sus religiosos iban con él en aquellas excursiones. Cuando se acercaban al pueblo en que habían de pernoctar, ya daban por descontado qué les esperaba: en las calles, toda la población; menestra y polenta calientes para cenar, y un seminario, o una casa parroquial, o un pajar para dormir.

Nada más llegar, concierto de banda en la plaza. Después de la cena, función de iglesia y, después de la función de iglesia, teatro; *Los dos sargentos* por ejemplo, con declamaciones y cantos en los entreactos, y la intervención, donde fuese y viniera o no viniera a cuento, de *Gianduja*, popular personaje de ficción de la tierra que, en piamontés macarrónico y con alusiones personales y utilizando concienzudamente todos los recursos del género, hacía desternillarse de risa a la población entera.

En la excursión de 1861 recorrieron 132 kilómetros en 16 días; de ellos, 102 a pie, y los demás en tren. En la de 1864 llegaron hasta Génova: «Este año veréis el mar», les había anunciado Don Bosco. El entusiasmo fue indescriptible, porque muchos habitantes de Turín morían sin haberlo visto.

Sabemos casi todo sobre aquellas excursiones. Entre los salesianos que marchaban con Don Bosco y su tropa había un gran músico, Cagliero, del que Verdi hizo encendido elogio, y, además, un buen literato, Francesia, el primer doctor en letras de la Congregación. Este de-

jaría infinitos detalles de aquellas épicas jornadas en dos libros con un total de 700 páginas. Ultimamente, un sacerdote de uno de los pueblos visitados por Don Bosco y su hueste, L. Deambrogio, ha publicado sobre el tema un grueso y documentado volumen enriquecido con mapas y fotografías. Las excursiones de 1861 y 1862, que están allí particularmente estudiadas, podrían ser hoy repetidas no sólo por los mismos caminos, sino casi hasta con el mismo horario.

### El decenio heroico (1853-1863)

En los años sesenta, Don Bosco, por fuerza, era muy conocido en el Piamonte. Las *Lecturas Católicas* llegaban a todos los rincones. Además, de palabra eficaz y gran unción sacerdotal, era solicitadísimo por los párrocos rurales para panegíricos, triduos y novenas, e incluso para misiones populares, y él, como si no tuviese bastante que hacer en Turín, solía aceptar. Hubo pueblo —Montemagno por ejemplo— en el que estuvo hasta nueve veces predicando. Si a eso se añaden las excursiones, se comprenderá que, a estas alturas, el nombre de Don Bosco sonase mucho no sólo en Turín, sino en el Piamonte entero.

Sobre ser educativas para sus chicos, aquellas excursiones por el Monferrato fueron muy beneficiosas para su Congregación. Como consecuencia directa cosechó vocaciones como las de Domingo Savio, Lasagna (segundo obispo salesiano), Rabagliati (gran misionero en la pampa y fundador de las primeras obras salesianas en Chile y Colombia), Rinaldi (tercer sucesor), María Mazzarello (santa y cofundadora de las Salesianas). Sin duda alguna, es aquélla la región del mundo que ha dado más salesianos a la Congregación y que hoy tiene más densidad de obras salesianas.

La del 1864 fue la última gran excursión. Don Bosco, con sus cuarenta y nueve años, ya no estaba para grandes caminatas. Además, él, que no tenía un céntimo, se había embarcado en la arriesgada empresa de levantar un santuario a María Auxiliadora en Valdocco. Por otra parte, tampoco era por entonces un cura cualquiera: se carteaba con el rey y el papa y empezaba a hacer de

intermediario entre el Gobierno de la nueva Italia y Roma.

Aquí, resumiendo, dos palabras sobre el decenio 1853-1863. El decenio 1853-1863 es un decenio decisivo en la vida de Don Bosco. Es el decenio en el que tiene —en germen y hasta madurando— no pocas de sus grandes iniciativas; en el que ya está forjado el núcleo de la Congregación; en el que escribe sus obras de más empeño; en el que se aplica más directamente a su vocación de educador. Es el decenio de Domingo Savio, de Besucco y de Magone y cuando incorpora a su misión sus primeros colaboradores: Rúa, Cagliero, Francesia, etcétera. Es el período de los sueños y predicciones más audaces y de no disimulada propaganda del elemento sobrenatural que él mismo creía ver en su misión. A este decenio se puede llamar, y se llama, el *decenio heroico*. El resto de la vida de Don Bosco sólo será una concreción de los planes que él esbozó en este período.

En los años sesenta —hemos de dejar también aquí constancia—, Don Bosco funda ya tres colegios en el Piamonte propiamente dicho.

## DON BOSCO Y MARÍA AUXILIADORA

Don Bosco no sólo vivió intensamente la devoción a la Virgen, sino que además la propagó eficazísimamente.

Don Bosco no fue un teórico de la devoción a María; no gustó de lucubrar sobre su mediación universal ni sobre los altísimos motivos que pudo tener Dios para preservarla de todo pecado en su origen... En sus enseñanzas al respecto, Don Bosco fue un mariólogo práctico y un pedagogo que quiso que los jóvenes y los cristianos en general se enamorasen de esa Mujer verdaderamente llena de gracia y la imitasen.

Las ideas marianas básicas de Don Bosco fueron las tradicionales, y se pueden localizar muy bien en sus palabras y en sus escritos; él se esforzó, antes que nada, en aplicarlas a la vida práctica del cristiano.

Para él, la verdadera devoción a María es aquella que se resuelve en un deseo eficaz de auténtica vida cristiana; que lleva, sí, al culto mariano, pero también al ejercicio de la virtud. La influencia de San Alfonso

María de Ligorio fue muy grande en este y en otros aspectos de la ascética de Don Bosco.

En esto de las diversas devociones, Don Bosco es un caso curioso. Hasta 1862, su devoción mariana fue a la Inmaculada. Desde 1862, a María Auxiliadora: «Levantaremos un gran templo y lo dedicaremos a María Auxiliadora», dijo, sin más, al clérigo Albera en septiembre de este año. «La Virgen quiere que la honremos bajo el título de María Auxiliadora», manifestó tres o cuatro meses después al clérigo Cagliero.

El cambio, aparte razones íntimas de Don Bosco —quiero decir, posibles mociones sobrenaturales—, se explica por el contexto sociopolítico de aquellos años de dificultades y persecuciones religiosas. En la Inmaculada, más que a la *Virgen sin mancha*, empezó a verse a la Virgen que holla la cabeza de la serpiente infernal; de ahí que fácilmente derivase la devoción de muchos fieles hacia una Virgen guerrera y defensora de la Iglesia frente a la muchedumbre de sus enemigos. Eran tiempos, aquéllos, de consternación por el avance del anticlericalismo y la irreligión, y, ante los ataques al Papado, el pueblo cristiano buscaba la ayuda eficaz de la Virgen.

La devoción a María Auxiliadora resulta ser, en efecto, una devoción guerrera. Por su origen histórico, la devoción a María Auxiliadora es la devoción a la Virgen en cuanto que acude en favor de la Iglesia y del pueblo cristiano en los momentos graves de la historia. Es la Virgen de Lepanto (de ahí el origen en las letanías del *Auxilium christianorum, ora pro nobis*); de la batalla de Viena, ganada a los turcos en 1683 (de ahí la primera cofradía en la historia de esta devoción); de Pío VII, que vuelve triunfante de Napoleón el 24 de mayo de 1814 (de ahí la fiesta de María Auxiliadora el 24 de mayo). Don Bosco no ideó, pues, la devoción a María Auxiliadora; ya existía ésta con características muy definidas. Pero por los años 1860 era una devoción mortecina y decadente. Don Bosco, acaso porque los tiempos eran muy a propósito, supo relanzarla y la convirtió en una de las más populares devociones marianas de la Iglesia católica, porque acertó a aplicarla a la piedad personal del cristiano. ¿Cuántas medallas de María Auxiliadora no repartiría Don Bosco? ¿Cuántas

bendiciones de María Auxiliadora no impartiría? ¿Cuántas novenas de María Auxiliadora no aconsejaría y haría hacer? Su talento práctico se demostró también en esto: en haber sabido dotar de elementos populares de expansión a una devoción histórica, reducida quizás y un tanto abstracta.

Nueve libros escribió Don Bosco sobre la Virgen; siete de ellos, sobre María Auxiliadora. A la hora de propagar la vieja devoción renovada, acudió a todos los recursos de su pluma. En unas obras se hace el erudito, y saca a luz toda la historia anterior y todas las motivaciones históricas; en otras se hace el cronista, y narra punto por punto las incidencias del templo que está levantando; en otras da doctrina teológica popular sobre la devoción, y señala modos de practicarla; finalmente, en otras relata hechos y más hechos recién ocurridos que prueban la intervención maternal de la Virgen en favor de los hijos que la honran con el título de Auxiliadora.

El templo se empezó a construir en 1863 y se acabó en 1868. El día de la primera piedra, Don Bosco, al maestro de obras —que era Carlos Buzzetti, un oratoriano de los tiempos del Colegio Eclesiástico— le hizo poner en cuenco las manos para que recogiera la primera entrega monetaria; del portamonedas boca abajo cayeron cuarenta céntimos exactos: media lira escasa. No tenía más. Pero tenía una fe inmensa en que la Virgen se levantaría su templo a fuerza de *gracias* (milagros). El caso es que cuando se terminó estaba prácticamente pagado. Había costado ¡1.200.000 liras! Un oficial albañil cobraba entonces tres liras al día.

La iglesia es realmente hermosa; una de las más hermosas de Turín. Declarada basílica en 1911, fue notablemente ampliada y bellamente enriquecida en 1938. Colocada en la parte central de la Casa Madre de los Salesianos, es espiritualmente el corazón de la Congregación. De ella han partido siempre año tras año, durante más de un siglo, las expediciones misioneras; en ella se encuentran los restos mortales de Santo Domingo Savio, de Santa María Mazzarello, del Beato Don Rúa y, por descontado, de Don Bosco.

Pero Don Bosco no sólo levantó un templo en

Valdocco, sino, lo que es mucho más, estableció uno de los grandes centros mundiales de piedad mariana. Por poner un ejemplo, el día 24 de mayo de 1881 pasaron por el santuario más de 50.000 fieles para rezar a la Auxiliadora; dominaban, naturalmente, los piemonteses; pero había allí también devotos del resto de Italia y de otras naciones de Europa.

Don Bosco se preciaría de haber levantado otros dos monumentos más a la Virgen bajo ese título: la Obra de María Auxiliadora, para vocaciones adultas, y el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora (las Salesianas). La vida de Don Bosco estuvo atravesada, de parte a parte, por la devoción a la Virgen. La de Don Bosco era una devoción sencilla y equilibrada, pero profunda, tierna y contagiosa. Y no solamente hacía devotos, sino además apóstoles encendidos. Los primeros salesianos son una prueba concluyente al respecto, pues en pocos años extendieron esta devoción por el mundo entero. La *Lumen gentium*, del Vaticano II, señala este título entre los cuatro más difundidos de la mediación de María.

Por cierto, en el proceso informativo para la canonización de Don Bosco hay un testimonio de Don Rúa que hace mucho al caso: «Desde que empezó la construcción del santuario... puedo asegurar que el número de cartas que recibía llegó primero a centenares y después a millares cada semana. Se le pedían oraciones como a un santo que todo lo puede... Lo mismo le escribían ricos que pobres, doctos que ignorantes, así como eclesiásticos de todas las categorías, sin excluir obispos y cardenales...»

Son éstos los años en que comienza a salir de Turín y a visitar numerosas ciudades de la península; los años en que se lanza a organizar grandes cuestaciones y loterías en favor de sus obras.

Su condición de apóstol de María Auxiliadora fue factor importante en la extensión de su fama por toda Italia.

## La alegría en la pedagogía de Don Bosco

Antes de entrar en un examen, siquiera somero, de las ideas fundamentales de la pedagogía de Don Bosco, digamos algo de la alegría y de los medios con que él la procuraba a sus chicos.

En la pedagogía de Don Bosco, la alegría es un factor de importancia. Y, consiguientemente, lo son los entretenimientos juveniles; él, de chico, los había vivido como pocos, y estaba en condiciones de sacarles pedagógicamente todo su rendimiento.

Los *juegos*, la *música*, el *teatro* y las *excursiones*: he ahí cuatro puntos, en el capítulo de la alegría, del modo de educar de Don Bosco.

De las *excursiones* ya hemos hablado.

Y también de los *juegos* hemos dicho algo: que prefería los musculares y los de agilidad y movimiento; quizás porque él estuvo magníficamente dotado por la naturaleza para ellos. Durante muchos años, no ya en el oratorio festivo, sino en el mismo internado, él los organizaba personalmente y tomaba parte activa en los mismos. Y es que Don Bosco adivinaba en los juegos mucho más que un vulgar pasatiempo: veía un recurso pedagógico de incalculable valor. Los han de elegir los propios chicos, siempre y cuando no existan peligros físicos o morales. El educador ha de supervisar esos entretenimientos, participar en ellos y adaptarse a los gustos de sus educandos; ésa es la manera de ganarse a los educandos y de que después los educandos se adapten a las exigencias y criterios de los educadores. Mientras no ofendan a Dios, que los chicos salten y corran cuanto les venga en gana...

En el juego, los jóvenes se manifiestan como son, y, si el educador está presente, tiene ocasión de conocerlos. Si los conoce y se los gana —y ganárselos será fácil si juega con ellos—, fácilmente los podrá educar. He ahí unas cuantas ideas de Don Bosco sobre los juegos.

## Música coral

En esto como en otras cosas, Don Bosco salió un buen italiano. ¡Le gustaba la música! Tocó el violín y algo el órgano y cantaba aceptablemente con su voz tenorina; y hasta compuso, dijimos, alguna cosa. Pero, sobre todo, fomentó con ilusión la música coral e instrumental. Hasta su tiempo, en el Piamonte sólo resonaban en las iglesias voces viriles, casi siempre en solos. El, a partir de 1845, enseñó la música masivamente a sus chicos, llegando a interpretar con sus coros, en que por fuerza dominaban las voces blancas, polifonía clásica, canto gregoriano, números de ópera y, por supuesto, cantos populares. En 1887, cuando se consagra la basílica del Sagrado Corazón en Roma, la coral del Oratorio de Valdocco desempeñará un papel admirable, universalmente alabado por toda la prensa de la Ciudad Eterna.

## Música instrumental

La cosa empezó por un tambor, que fue el primer instrumento utilizado para congregar a los chicos en el Prado Filippi. Se le añadió muy pronto, y conste que son noticias conservadas por Don Bosco en su *Autobiografía*, una trompeta y una guitarra. «Era toda una desafinación —comenta—; pero, en comparación del griterío de la muchachada, podía tomarse aquello por maravillosa armonía». En 1855 ya había una banda en regla y un buen músico al frente: Cagliari. ¡La primera banda salesiana! ¿Cuántos centenares habrán venido después?

Don Bosco buscaba, también en la música, no sólo lo que ella hay de entretenimiento, sino, antes que nada, lo que tiene de educativo. Desde luego, la banda rompía la monotonía de la vida colegial, ocupaba a los chicos alegremente, los capacitaba para ser útiles a sus párrocos en las funciones litúrgicas. Pero la razón principal de la importancia que Don Bosco daba a la música instrumental, comenta Ceria, «hay que buscarla en la influencia que le atribuía sobre los jóvenes: los mejora en el corazón y en la fantasía, los eleva...» «Un oratorio sin música es un cuerpo sin alma», llegó a decir Don Bosco.

El lo llamaba, modestamente, con diminutivo de cariño, *il teatrino*. Desde los principios de su ministerio sacerdotal utilizó la representación dialogada para influir en sus chicos. Cuando por los años 1845 y 1846 iba con su oratorio de una parte para otra porque le echaban de todas, al llegar a un nuevo lugar solía dar consejos a sus hijos por medio de diálogos de ocasión: lo que opinaban los vecinos, cómo se debían comportar, los problemas que se plantearían si otra vez les echaban de allí..., y, en cuanto la ocasión se presentaba, montaba un tablado y hacía teatro más en serio. El mismo compuso algunas obritas. Ya vimos el partido que sacaba de los dramas en las excursiones por el Monferrato. Una vez el internado en marcha, las representaciones acostumbraban hacerse en el comedor de los internos. Murió sin ver un local exclusivamente dedicado a salón de representaciones.

El primer salón-teatro lo construirá Don Rúa en 1895. Después seguramente habrán venido más de 3.000 entre colegios de Salesianos y de Salesianas por todo el mundo, y colecciones de obras teatrales. La iglesia, el patio y la sala o salón-teatro se han reputado, a lo largo de más de cien años, como de la esencia de toda obra de la Congregación.

## La pedagogía de Don Bosco

Entramos en un tema muy importante.

A finales de los sesenta, el Oratorio, la Casa Madre de Valdocco, es una obra grandiosa que funciona a la perfección: 700 internos (estudiantes y artesanos), algunos centenares de externos y, en los días festivos, cientos y cientos de oratorianos. Por otra parte, Don Bosco ya no está solo o poco menos, como por los años cincuenta, cuando tenía que apoyarse casi exclusivamente en las compañías. Ahora tiene medio centenar de salesianos enteramente a sus órdenes.

Don Bosco, pues, ha puesto en marcha un gran centro de educación donde aplica sus ideas pedagógicas,

su *sistema preventivo*. En los centros que se abran en adelante, los jóvenes directores tendrán a gala «hacer lo que se hace en Turín».

«Como otros nacen poetas, Don Bosco nació educador», dice Ceria. Si se escribe la historia de la pedagogía de Don Bosco, habrá que empezar por cuando llegó al uso de razón; con el tiempo no hará sino enriquecer su natural pedagógico con la experiencia y la lectura. Dijimos que el contexto social genuino de Don Bosco eran los chicos, pues él siempre estuvo entre ellos con significación de pedagogo.

En Don Bosco, su sistema educativo es él; sobre todo, su conducta y su actuación. El mejor estudio educativo sobre Don Bosco, viene a decir Braido, sería una biografía que registrase meticulosamente su comportamiento con los jóvenes. De otra manera: Don Bosco no es un teórico de la pedagogía; tampoco aquí se pone a lucubrar sobre temas abstractos, sino que es un pedagogo que se aplica a la realidad. Su pedagogía no es pedagogía de laboratorio, sino *pedagogía vivida* entre alumnos de carne y hueso.

Su buen hacer está en la línea de los grandes pedagogos del catolicismo (José de Calasanz, Felipe Neri, La Salle...) y sus principios no son otros que los grandes principios cristianos y eternos. Pero, eso sí, aporta inspiraciones y sugerencias inéditas y tiene, a todas luces, un nuevo estilo de educar, de una modernidad genial.

Fundamentalmente, Don Bosco, pues, *vive* su pedagogía y la aplica en la vida práctica. Mas fundador y maestro de maestros, a ratos también habla y escribe, porque ha de aconsejar y corregir y dar directrices; y hasta de escritos no directamente pedagógicos (vidas de Savio, Magone y Besucco, *Historia de Italia*, etc.) se pueden extraer conclusiones de su modo de entender la educación. Pero hay, sobre todo, unos cuantos documentos en que Don Bosco expresamente manifiesta sus ideas al respecto; a saber: *Reglamentos*, *Carta desde Roma* sobre el espíritu de la familia, *Consejos a los directores*, *Opúsculo sobre el sistema preventivo*, etc. El lector puede encontrarlos en el volumen 402 de la BAC.

Pues bien: analizados sus escritos y sus palabras, y observada su conducta con los jóvenes, el conjunto del

pensamiento y de la acción pedagógica de Don Bosco «se presenta como un coherente sistema de educación en el que no resulta difícil descubrir las grandes directrices y las líneas fisonómicas esenciales», afirma Braido. He aquí, brevemente, algunas líneas fundamentales y típicas de ese *nuevo estilo de educar* de Don Bosco, es decir, de su *sistema preventivo*.

1. «*Sistema preventivo*».—*Sistema*: No le dé el lector excesiva precisión técnica a esa palabra. Para Don Bosco solía significar modo de hacer. Pero no deja de ser el suyo un verdadero sistema educativo y no simplemente un sistema disciplinar.

*Preventivo*: Que se han de poner los medios para que el alumno no falte, *dada su natural movilidad*. Ello supone la intervención positiva y constructiva del educador, el cual habla al alumno y le sirve de guía, y, si es el caso, le corrige con amabilidad. *Preventivo...* La expresión y el concepto ya existían. Don Bosco les da un nuevo valor.

2. *Asistencia*.—Para poder prevenir, el educador se ha de situar, normalmente, junto al educando. Pero *asistencia* no es vigilancia, sino fraternal y paternal presencia. El asistente ha de estar activamente al lado como guía, amigo y consejero; y, si se le necesita, como ayuda.

El *sistema represivo* consiste en dar a conocer la ley y castigar a los que la incumplen, método tal vez aceptable para militares y gente formada. Pero para jóvenes olvidadizos y débiles es preferible el *sistema preventivo*: se da la ley y se ayuda a cumplirla; y, en cuanto a castigos, se han de poner pocos, y, a ser posible, ninguno. Por otra parte, asistente es todo educador, todo salesiano; sobre todo, en los recreos.

3. *El director del centro* es el primer asistente, el asistente de los asistentes; ha de ausentarse lo menos posible. Es el padre. Es la pieza maestra de la casa, el alma y el motor de toda acción educadora...

Don Bosco dotaba de grandes prerrogativas al director en sus instituciones; pero en contrapartida le exigía mucho. Se ha de hacer omnipresente. Con una acción continua hecha de confianza, de *amorevolezza* (que es mucho más que *amabilidad*), de razón y de religión, y

con un contacto personal por medio de coloquios y encuentros de todo tipo, con las *buenas noches* y *palabritas al oído*, el director ha de llegar a poner en juego los intereses personales del educando y a despertar eficazmente sus ricas virtualidades. Ha de ser el gran suscitador de la acción del equipo educador y su gran coordinador.

4. «*Amorevolezza*».—Todo educador ha de poner mucho amor en su trabajo. Ha de amar mucho a sus educandos, y ellos, normalmente, han de darse cuenta de que son amados (amor espiritual, claro; nada de sentimentalismos morbosos; *¡se ha de amar a todos igualmente!*). Al educar procédase con dulzura, con *amorevolezza*.

*Amorevolezza*, en el lenguaje de Don Bosco, es caridad experimentada y expresada. Es amor sobrenatural y aquel saber ser razonable y razonar. Es comprensión humana, de hermano y de padre, que no se disimula, sino que preside toda relación entre educador y educando hasta en el caso del castigo y de la misma expulsión.

El amor es la primera y última palabra en el método educativo de Don Bosco. Y no es otro que aquel amor que describió San Pablo: «El amor es benigno, es paciente...; todo lo sufre, todo lo aguanta». «Si uno quiere hacerse temer —afirmaba rotundamente nuestro gran pedagogo—, ha de hacerse amar». Hay un documento capital en esto del amor en el método educativo de Don Bosco, y es su carta desde Roma de 1884. En fin, la «educación —para Don Bosco— es cuestión de corazón».

5. *Espíritu de familia*.—Se ha de llegar a que los centros educativos sean como familias. Don Bosco llamaba *casas* a los colegios: «Nuestra casa de Turín, nuestra casa de Lanzo...» Casas donde vivan familias en familia. Familias grandes, numerosísimas, pero familias. El director, el padre; los salesianos, los hermanos mayores... En sus fundaciones no habría cabido el concepto y la organización de la «ciudad de los muchachos», con su clásico autogobierno, porque sus casas habían de ser unidades domésticas; familias con perso-

nas mayores y menores diferentes, pero unidas por el amor; y consta que en la *casa de Valdocco* lo consiguió Don Bosco: «Hemos visto este sistema preventivo en acción —escribió en su periódico francés el redactor de *Le Pèlerin* en 1883—. En Turín, los alumnos constituyen un colegio enorme en el que no se conocen filas, sino que se pasa de un sitio a otro como en familia... Cada grupo rodea a un profesor con la mayor naturalidad del mundo... Nos ha llamado la atención el semblante sereno de aquellos muchachos. ¡Allí tiene que estar el dedo de Dios!»

El espíritu de familia supone confianza, mutua confianza. Y trato mutuo. «Vida de familia, sobre todo en el recreo —decía—. El maestro, contemplado en su cátedra, sólo es maestro; pero, cuando se mezcla con sus alumnos en el recreo, se convierte en hermano». Los asistentes habían de tomar parte en el juego de los chicos casi como un chico más, y de ello ya hemos hablado anteriormente.

La manera concreta de conseguir espíritu de familia es crear un buen clima en casa, un buen ambiente. Si el clima es bueno, la marcha del colegio queda enormemente simplificada, porque los superiores no están en todas partes, pero el clima sí. Por el buen clima que él creó se explica que pudiese llevar adelante la obra de Valdocco, allá por los años cincuenta.

6. A los chicos se ha de inculcar mucho el trabajo, el *cumplimiento del deber*, la honradez, la responsabilidad, la competencia en el propio oficio. Han de ser *buenos y honestos ciudadanos*, honra de sus padres y de su patria... ¡El deber! Don Bosco le rendía verdadero culto y lo inculcaba infatigablemente en las *buenas noches*, en las *palabras al oído*; siempre que podía. Sabía despertar los profundos *intereses* (tómese la palabra en su acepción pedagógica) del alma humana y, por otra parte, se daba cuenta de que estaba formando no ángeles, sino hombres que tenían que atravesar a pie la vida. ¡El trabajo!: «El hombre, hijos míos, ha nacido para trabajar... 'El que no trabaje, que no coma', decía San Pablo» (del Reglamento de los alumnos). ¡Un puesto en el cielo, y en la vida hay que ganárselo a pulso!

7. Insistía también mucho en la preocupación por los otros, en la *obediencia*, en la *disciplina*, en la *generosidad*, en la *pureza*... ¡Sobre todo en la pureza! Se arrobaba hablando a los chicos de la pureza. Les quería señores de sus instintos, ángeles.

8. Don Bosco, que por fuerza manejaba *masa*, hacía lo imposible por llegar al *individuo*: con la frase oportuna (*palabritas al oído*), aparte de las muchísimas horas que dedicaba al confesonario... Durante años y años, los meses de noviembre y diciembre los dedicó casi exclusivamente a este cometido: a ponerse en contacto personal con cada alumno.

9. ¡Ah! Falta la base de todo sistema preventivo: *¡la religión!* Sin religión no hay sistema preventivo posible: «¡O religión o palo!» La religión es la base y el objetivo del sistema de Don Bosco, que, por encima de todo, es un sistema cristiano de educación. Pero de esto hablaremos más adelante.

Piénsese que las ideas apuntadas las tenía y las ponía en práctica nuestro biografiado hace ciento treinta años. De entonces a ahora ha recorrido mucho camino la pedagogía. Y, por cierto, no sin su influencia.

Naturalmente, podríamos añadir más cosas. «El secreto de la pedagogía está —según sus palabras— en descubrir en los chicos los gérmenes de sus buenas disposiciones y en ayudarles a desarrollarlos»... Don Bosco estimula la *acción del chico*, su respuesta activa (activismo educativo); y, si no, ahí está el recreo como él lo entendía, el canto, el teatro. Las mismas compañías habían de ser «cosa de los jóvenes», ellos tenían que llevarlas; el superior, propiamente hablando, sólo tenía que ser asesor; fueron, efectivamente, fundadas por chicos o por clérigos, que para el caso es lo mismo; la Compañía de la Inmaculada, por ejemplo, la fundó Domingo Savio...

Y en cuanto a las clases, a las asignaturas como tales, sin que lo suyo fuese exactamente la didáctica, Don Bosco trató muy eficazmente de mejorar los métodos de enseñanza. Porque cuanto más aprendiesen los alumnos, mejor. Y cargó contra el memorismo y contra la educación puramente teórica, y hasta hay indicios de

una apertura suya a los métodos intuitivos y al empleo de subsidios didácticos.

Y basta sobre el tema.

\* \* \*

En la bula de canonización se dice de Don Bosco que es «el prototipo de educador de la juventud moderna; él ha abierto, con método verdaderamente genial, el mejor y más seguro camino en la práctica de la pedagogía».

La Congregación salesiana consideró desde siempre la práctica del *sistema preventivo* como un elemento esencial de su carisma. Todos los rectores mayores, desde Don Rúa hasta el actual, Don Egidio Viganó, y la mayor parte de los Capítulos generales se han ocupado largamente de ello en sus documentos.

### **La Fiesta del Director. Los Antiguos Alumnos**

Dos palabras sobre la Fiesta del Director y sobre los Antiguos Alumnos. Indices expresivos, ambos, de los frutos que daba la pedagogía de Don Bosco. La Fiesta del Director, en tiempo de Don Bosco, la *inventaron* los alumnos, y la asociación de Antiguos Alumnos, los antiguos alumnos.

#### *La Fiesta del Director*

Un día de 1843, Don Bosco entra en una barbería para hacerse la barba. Al servicio de los clientes, el patrono y un aprendiz. Manda el patrono al aprendiz que enjabone a fondo al reverendo recién llegado. Diálogo inevitable entre el cura y el chico durante la faena. El chico se llama Carlos Gastini; tiene once años, murió su padre, está encargado de enjabonar a los que ha de afeitar su amo. «¡Ah! —le dice el cura—. ¿Conque no has afeitado nunca? Alguna vez ha de ser la primera». El paso por las curvas del mentón fue épico y no se hizo sin sangre. De las mil tretas que había utilizado Don

Bosco para atraer chicos a su oratorio, ninguna había sido tan arriesgada como aquella...

Al domingo siguiente —tiempos del Colegio Eclesiástico—, Gastini ya era del oratorio festivo. Huérfano pronto también de madre, será, asimismo, uno de los primeros internos de la Casa Pinardi (1847). Allí residirá cinco años... La fiesta onomástica de Don Bosco se celebraba el día de San Juan Bautista (24 de junio). En la de 1849, Gastini y otro de los internos decidieron hacerle un obsequio: ahorrando en pan y en comida (¡jaquel 1849 del hambre!), pudieron comprar sendos corazones de plata de éstos de exvoto; y, levantándose a medianoche, llamaron medrosamente a la puerta del dormitorio de Don Bosco y se los pusieron en las manos. Don Bosco se emocionó. Pero, al día siguiente, la gran protesta de los otros internos, porque a ver si se creían que ellos dos solos...

En adelante, hasta su muerte, el pobre Don Bosco tuvo que soportar el terrible cariño de los hijos pequeños cada 24 de junio. Se le hacía salir de viaje y regresar a media tarde de la víspera. En el momento de aparecer se producía toda una manifestación enardecida al grito de «¡Viva Don Bosco!», seguido del himno *Andiamo, compagni*. En seguida, una velada por todo lo alto: discursos, poesías, cantos corales, ¡banda! Al día siguiente, gran función de iglesia por la mañana, paso de los diversos cursos por su despacho a mediodía y gran función de teatro por la tarde...

La Fiesta de la Inmaculada, la Fiesta del Director y el 24 de mayo, fiesta de María Auxiliadora, serán, durante decenios y decenios, las fiestas específicamente salesianas de toda la Congregación; a su tiempo se añadirán la Fiesta de San Juan Bosco, el 31 de enero, y la Fiesta de Santo Domingo Savio. La Fiesta del Director, la Fiesta de Don Bosco, la inventaron los chicos.

### *Los antiguos alumnos salesianos*

En la Fiesta de los Antiguos Alumnos y en la organización, hasta cierto punto, de los mismos como asociación, tuvo también que ver mucho Carlos Gastini.

En la fiesta de Don Bosco de cada año, Gastini, ya

antiguo alumno, raramente faltaba. Es más, solían ser bastantes más los antiguos alumnos que acudían; y muchos otros que recordaban la fecha escribían al *Padre* desde los puntos más inverosímiles de Italia y del extranjero. En la de 1870 alcanzó a ser tan nutrido el grupo de los antiguos alumnos asistentes, que Gastini consiguió se organizaran algunos actos para ellos solos con asistencia de Don Bosco. En 1876 hubo de separarse la Fiesta de los Antiguos Alumnos de la Fiesta del Director; desde 1880, esa fiesta de los Antiguos Alumnos se desdobló en dos: de antiguos alumnos sacerdotes y de antiguos alumnos seculares.

En el programa de la Fiesta de Antiguos Alumnos, aparte de otros números que no podían faltar —función de iglesia, etc.—, el acto más típico de todos era la sobremesa de la comida de hermandad; en ella, el simpatísimo Gastini, vestido de juglar, se erigía en presentador de todo y de todos. Allí se oyeron brindis tan bellos como éste: «Usted, Don Bosco, durante años fue el pan de mi boca, la escuela de mi inteligencia, el consejo en las dudas, el aliento en las aflicciones, el perdón de mis fallos, el guía seguro de mi conciencia. En todo fue usted el sabio educador, el amigo desinteresado y el padre cariñoso». El acto acababa, inevitablemente, con un parlamento de Don Bosco, una especie de *buenas noches* para hijos mayores: tenían necesidad de una profunda vida cristiana. ¡Siempre al lado de la jerarquía! Donde estuviesen ellos, allí tenía que haber alegría y caballerosidad. Habían de ser, en todas partes y siempre, *buenos cristianos y útiles ciudadanos...* Una vez, en una sobremesa de aquéllas, ya viejo, exactamente cuatro años antes de morir, se emocionó profundamente. «Estoy viendo que algunos de vosotros tenéis calva —les dijo— y que otros ostentáis arrugas y peináis canas. ¡Ya no sois aquellos niños que yo amaba tanto!»

Don Bosco tenía su doctrina sobre los antiguos alumnos. A su modo eran salesianos («¡Que seáis buenos salesianos!»); no por vínculos jurídicos, pero sí por vínculos de amor: eran ellos los hijos de la familia que estaban en el mundo empeñados en hacer llegar la acción de la Congregación a todos los estratos sociales...

Don Bosco, por supuesto, no fue el primer educador

que recibió el cariño de sus antiguos alumnos. Pero fue el primero, parece, que favoreció su estructuración de algún modo. En efecto, en 1878 fundaba con ellos una sociedad de socorros mutuos.

\* \* \*

Hoy, la organización de los Antiguos Alumnos es muy compleja. Fruto de muchas asambleas nacionales e internacionales tenidas a lo largo de lo que va de siglo. Hay asociaciones locales, regionales, nacionales, todas incluidas en una federación internacional. Existen sus correspondientes idearios y reglamentos. Se evita, como asociación, toda apariencia política y se busca que los socios den testimonio con su conducta y sean animadores de vida cristiana incluso en otros movimientos que puedan existir. Wirth calcula que de cada cinco antiguos alumnos de hecho, uno está inscrito en la asociación propiamente dicha, lo que da muchos cientos de miles de asociados. Según *Don Bosco en el mundo*, la Confederación Internacional comprendía 59 federaciones nacionales y 639 centros locales en 1964, con una revista internacional y 15 nacionales. Nuestra revista nacional es *Don Bosco en España*.

#### DON BOSCO, ESCRITOR

Don Bosco, escritor, impresor y editor.

#### **Don Bosco, escritor**

De estudiante le había encontrado el gusto a la buena literatura. En Chieri retrasó un año los estudios de filosofía para estudiar un curso de retórica. El cura de Castelnuovo declarará más tarde que, cuando Bosco volvía de vacaciones en el verano, solía departir con él de estilos y obras bien escritas. Y hasta hizo, sabemos, sus pinitos literarios; en aquella larga composición sobre su viaje a Pinerolo, por ejemplo, que quiere ser todo un alarde de escritor novato. Sus primeros *sermones* (anteriores al propósito de ser claro, hecho como conse-

cuencia de constatar que muchos no le entendían) están muy elaborados y «revelan —dice Ceria— grandes aptitudes literarias no cultivadas después».

Sin embargo, el estilo de Don Bosco habrá de ser siempre sencillo, popular, transparente, aunque, eso sí, con un decidido respeto al diccionario y a la gramática. Su norma suprema será hacerse entender. Sabemos que no pocas de sus páginas, antes de mandarlas a la imprenta, se las leía a su madre para cerciorarse de que eran comprensibles.

Tanto esfuerzo por ser perfectamente inteligible se explica en Don Bosco porque los lectores a los que él dirigía sus escritos no eran otros que la juventud y el pueblo sencillo, gentes de pocas entendederas. Y conseguía su propósito. El pueblo y la juventud le leían. Las reediciones de no pocas de sus obras están ahí como argumento.

Desde otro punto de vista, el lector que buscaba Don Bosco no era el ateo, sino el creyente. Razonaba más para afianzar al creyente que para convertir al descreído. Don Bosco, se concluye, si se analizan bien sus ideas, al teísta lo quería cristiano; al cristiano (léase protestante), católico, y, sobre todo, al católico, no católico tibio, sino católico fervoroso. De ahí que sea el lector católico al que sobre todo busca en sus escritos. Porque sus libros, aun habida cuenta del fenómeno protestante de aquella hora, no eran propiamente libros de controversia, sino libros que presentaban, antes que nada, la facilidad de salvarse que tienen los católicos si cumplen con su religión.

Don Bosco es un escritor práctico. Se acomoda a la condición del tipo de lector que busca. Consiguientemente, nada de psicologías en sus páginas, ni de filosofías y altas teologías. No investiga ni lucubra: populariza. Su temperamento, como vamos deduciendo de varias facetas de su vida, no podía ser de investigador, sino de divulgador, por más que tuviese lo suyo de profundo; y a esa capacidad suya de simplificar y traducir lo difícil a términos populares le sacó un partido enorme a lo largo de su vida; y no sólo en sus escritos, sino también en sus pláticas y en sus conversaciones.

Y otra cosa: Don Bosco no escribió, a lo largo de su

vida, de acuerdo con un plan general meditado con anticipación (¡qué sé yo!, en su juventud); escribió a contragolpe. Las circunstancias le sentaban a la mesa y le ponían la pluma en la mano, y él, a una necesidad de información o de formación, respondía con un opúsculo o un libro.

Tipos de obras que escribió Don Bosco: textos de clase (*Historia sagrada, Historia de Italia, Historia de la Iglesia*, etc.; y hasta un manual sobre el sistema decimal), obras amenas (algunos diálogos, dos dramas y alguna novelita), vidas de santos (sobre todo, de papas), biografías (de Domingo Savio, Comollo, Magone, Besucco, etcétera, y su *Autobiografía*), libros de piedad (*El joven cristiano*, los nueve libros sobre la Virgen, etc.), libros de instrucción cristiana (*El católico en el siglo, El católico instruido*, etc.), escritos pedagógicos (ya hemos hablado de ellos). Finalmente, escritos relativos a la Congregación (*Reglas o Constituciones*, diversos reglamentos, buen número de promemorias, conferencias, *sueños*, etc.).

Don Bosco empezó a publicar en 1844 (*Vida de Comollo*) y siguió publicando, de un modo u otro, hasta el día de su muerte. Sus publicaciones dan un total de 135 obras. Muchas, muy cortas por fuerza (opúsculos o simples reglamentos), pero algunas verdaderamente voluminosas: *El joven cristiano* tiene 352 páginas; *la Historia eclesiástica*, 464 páginas; *El católico en el siglo*, 765 páginas. Gran número de sus obras fueron apareciendo en las *Lecturas Católicas*; las muy voluminosas, por entregas.

Stella ha podido localizar la mayor parte de las fuentes de los escritos de Don Bosco. Normalmente, no iba a inspirarse —ni tenía por qué ir, dado el cometido popular de sus escritos y que normalmente no disponía de medios ni de tiempo— a obras de investigación, ni siquiera a publicaciones críticas. Le bastaba con tener a mano *autores acreditados*. A veces utilizaba a fondo el libro consultado. Téngase en cuenta que había otros conceptos entonces de la propiedad literaria. De todos modos, lo que firmaba él, si no siempre del todo suyo, estaba de acuerdo con su modo de pensar y lo ratificaba con su firma.

De las obras firmadas por Don Bosco se ha hecho una *edición anastática* (equivalente a fotocopiar página a

página cada uno de los libros que publicó), y han resultado 37 volúmenes, con unas 20.000 páginas en total. Se percatará el lector de que son muchos volúmenes y muchas páginas.

Además se conservan 2.845 cartas suyas. Por cierto que en ellas se encuentra el lector de nuevo con aquel estilo más personal y suelto y con aquella redacción rápida y sin tropiezos que dijimos había en no pocas páginas de su *Autobiografía*. Quizás porque, cuando no le embargaba la responsabilidad de la publicación en letras de molde, le fluían mejor las ideas. Cosa parecida se observa en muchos de sus *sueños* escritos.

En fin, que, acaso no por la calidad, pero sí por el volumen de lo publicado, pueda decirse que Don Bosco fue todo un escritor.

Sencillamente, asombra lo mucho que escribió Don Bosco. Tanto más si se tiene en cuenta que, por encima de todo, fue un hombre de acción.

¿Y de dónde sacaba el tiempo? De donde podía. Tardes enteras las pasaba escribiendo en la biblioteca del Colegio Eclesiástico o en casa de algún amigo. Si hemos de creerle, no pocas veces en un solo día con su noche redactó un número entero de las *Lecturas Católicas*. Sabemos que, durante muchos años, una o dos noches a la semana no se acostaba. ¡Cuántas pruebas corrigió viajando en coches de caballos y de trenes y en las salas de espera de ministros y monseñores! En fin, que Don Bosco se percató de la importancia y la eficacia del papel impreso en aquellos tiempos de controversias político-religiosas y de afán por aprender (el siglo XIX es el siglo en que aprende a leer el pueblo), y que obró en consecuencia.

### **Don Bosco, impresor**

De todos sus talleres, fueron los de la imprenta y la encuadernación los que más prosperaron. Por descontado, el primer cliente de la imprenta de Don Bosco fue Don Bosco mismo, y, para aquellos tiempos, la de Valdocco debió de llegar a ser una gran imprenta. El joven sacerdote Aquiles Ratti, futuro Pío XI, la visitó en 1883 y quedó gratamente sorprendido. «En esto, Don

Bosco —le comentó Don Bosco hablando de sí mismo— quiere estar a la vanguardia del progreso».

Siquiera un ejemplo que pruebe hasta qué punto fue importante el taller de impresores del oratorio. El 26 de abril de 1884 fue inaugurada por el rey la Exposición Nacional de Turín. Pues el pabellón de 55 × 20 metros dedicado a la Tipografía Salesiana fue de los más visitados. Se podía leer en un gran letrero: «Don Bosco: Fábrica de papel, tipografía, fundición de tipos, encuadernación y librería»; y la máquina de fabricar papel, construida para Don Bosco *ex professo* en Zurich, fue declarada la reina de las máquinas. El lema rezaba: «Del trapo, al libro terminado». Y, efectivamente, partiendo del trapo, los operarios, maestros y aprendices impresores del oratorio de Valdocco mostraban al visitante el proceso completo de elaboración del libro; y al final se ponía a la venta, en la librería, la novela *Fabiola* que se estaba imprimiendo...

### **Don Bosco, editor**

Además de escritor e impresor, Don Bosco fue editor. Poco después de la revolución del 48 fundó por su cuenta un periódico que salía dos veces por semana: *El Amigo de la Juventud*; no tuvo éxito editorial; sólo salieron 61 números, pero indica hasta dónde llegaba su arrojó. En cuanto se hizo con una imprenta, se lanzó no sólo a la publicación de libros aislados, sino también de colecciones importantes. Hasta su muerte, de las *Lecturas Católicas* se publicaron 432 fascículos; de *Biblioteca de la Juventud Italiana*, unos 200 volúmenes, y 167 de diversas colecciones ascéticas; y, aunque no con tanta frecuencia, fueron apareciendo en vida suya volúmenes de otras colecciones, como *Lecturas dramáticas*, *Selección de autores latinos y griegos*, *Escritores latino-cristianos*, *Pequeña biblioteca del obrero*, *Lecturas amenas*... El catálogo de la Librería Salesiana de 1881 tenía 96 páginas. En el de 1889 se enumeraban 2.500 obras disponibles. En una circular enviada en 1885 sobre los buenos libros, Don Bosco afirmaba haber colocado, a lo largo de su vida, cosa de 20 millones de libros y folletos entre la juventud y el pueblo.

Una de las publicaciones más importantes de las prensas de Don Bosco y a su vez índice expresivo de la vitalidad de su obra fue, sin duda, el *Boletín Salesiano*. Venía a ser el órgano oficial de todas sus empresas. Allí aparecían mensualmente los avances de su obra, la epopeya de sus misioneros por la punta de América del Sur, la historia del oratorio de Valdocco, las gracias concedidas por María Auxiliadora en su basílica de Turín, el movimiento de sus cooperadores y bienhechores, sus ideas sobre problemas sociales y sobre la marcha de la Iglesia; todos estos temas y muchos más tenían cabida mensualmente en aquellas útiles páginas... Si le preguntaban a quién había que enviar el *Boletín* (se enviaba gratis), respondía con mucha gracia y con mucha visión: «A chi lo vuole e a chi non lo vuole!» Efectivamente, sabía muy bien lo que se hacía: son muchas las obras salesianas fundadas merced al *Boletín Salesiano*. Ultimamente han llegado a hacerse de esta curiosa revista, fundada hace más de cien años por Don Bosco, 34 ediciones en una docena de lenguas diferentes, totalizando casi un millón de ejemplares al mes.

Don Bosco se empleó muy a fondo en la tarea de la prensa católica. Fue una reacción genial suya a las exigencias del momento.

Hoy es el Patrono de los editores italianos.

Ni que decir tiene que los salesianos han seguido su ejemplo. Cada escuela profesional supone, normalmente, una imprenta, y a veces una gran imprenta, y en base a todas esas imprentas sostiene la Congregación una veintena larga de casas editoriales en el mundo.

## VII. DON BOSCO E ITALIA (1869-1875). LAS «MEMORIAS BIOGRAFICAS». DON BOSCO, FUNDADOR

### DON BOSCO E ITALIA (1869-1875)

En 1870, Don Bosco fundaba el primer colegio fuera del Piamonte propiamente dicho, en Alassio (Génova). Y antes de morir dejaría en marcha unos 40 *colegios*, desparramados por toda la península y Sicilia. Como nación, sin duda, Italia es y ha sido el centro de la obra salesiana. En 1967 llegó a haber 13 provincias, con 250 casas de salesianos, y 18 provincias, con 686 casas de salesianas. Ello ya dice por sí solo lo que ha podido significar la influencia de Don Bosco en la nación italiana.

### Los «colegios» salesianos

Con intención hemos escrito que Don Bosco dejó unos 40 *colegios*, no simplemente unas 40 *obras* en marcha, en Italia. Vale la pena ahondar un poco en la cuestión, porque, a partir de los años setenta, la Congregación salesiana tomó una dirección predominantemente *colegialista*, como se dice ahora.

Don Bosco empezó a ejercer su ministerio sacerdotal en los oratorios y elevó, lo tenemos visto, aquel género de apostolado a una perfección que nadie hasta entonces soñaba. En rigor, sus tres primeras fundaciones fueron tres oratorios. ¿Por qué no siguió dedicándose únicamente a oratorios festivos? ¿Por qué el mismo Oratorio de San Francisco de Sales, de Valdocco, acabó en internado, en *colegio*? Es cierto que siempre amó mucho al oratorio y que el internado que surgió en Val-

docco se llamó casa aneja al Oratorio, y que la obra total se llamaría siempre el *Oratorio*, con mayúscula; pero, a pesar de todo, el *internado* de Valdocco acabó por prevalecer sobre el *oratorio* de Valdocco, y en las nuevas fundaciones que se hicieron, por más que era de obligación organizar oratorios, lo realmente importante fueron los colegios. Incluso a finales de siglo, los *oratorios de los colegios* pasaron por un mal momento y en algunos casos desaparecieron.

La razón de ese cambio en Don Bosco hay que buscarla también en su respuesta a los signos de los tiempos, en el cambio que se producía en Piamonte y en toda Italia según avanzaba el siglo XIX.

En los tiempos de la Restauración —como pudimos observar en el Real Colegio de Chieri, el instituto de enseñanza media que frecuentaba el joven Bosco—, los centros estatales tenían ambiente de colegio religioso. Pero, a partir de la revolución del 48, las cosas tomaron otro rumbo, y como quiera que la política y la legislación eran liberales, por fuerza hubo de serlo también la enseñanza; y mientras el Estado organizaba sus centros aconfesional y hasta anticlericalmente, con toda lógica, en razón de los mismos principios liberales, se permitió también que la enseñanza no estatal se organizara, y de ahí los centros o colegios judíos, protestantes, etc., y católicos.

Téngase en cuenta que durante bastante tiempo se dio la coexistencia de dos Italias: la liberal, que había hecho la unidad, por cierto minoritaria, y la real, constituida principalmente por el estamento católico, que resultaba en la práctica una auténtica oposición. La consecuencia fue, ante el laicismo que estrenaba el Estado, una tendencia católica a organizarse lo más posible por su cuenta, a «crear asociaciones religiosas —escribe Stella—, entidades de mutuo socorro, bancos populares, sociedades de seguros... y centros o colegios de educación»; es decir, «a crear una sociedad católica dentro del Estado». Incluso hubo ayuntamientos constituidos por concejales católicos que montaron colegios municipales en combinación con la jerarquía de la Iglesia y sin que el Gobierno de la nación les molestara; y es que andaba demasiado ocupado en soldar las

grandes piezas, quiero decir los antiguos Estados, de que se estaba formando Italia.

En fin, Don Bosco percibió claramente los signos de los tiempos, y se inclinó decididamente por el apostolado de los colegios porque eran tiempos de colegios.

Si se analizan la praxis y los escritos de Don Bosco en punto a educación en sus últimos treinta y cinco años de vida, sólo se los entenderá rectamente con el colegio como fondo. Las vidas de Savio, Magone y Besucco sólo tienen sentido completo en clave de internado. Su pensamiento de educador se hace realidad pedagógica, principal y a veces exclusivamente, en comunidades colegiales. Los cuatro Capítulos generales que se celebraron en vida suya dedicaron particular atención a los colegios, a los *internados* y *externados*.

Aparte de lo que ello supuso para la orientación de la Congregación, fue de consecuencias enormes en su estructuración inmediata. La Congregación se consolidó y expansionó merced a los colegios. De los colegios sacaba Don Bosco verdaderas levas de salesianos y de vocaciones para el clero secular. Se explica que Don Bosco se dedicase al apostolado de los colegios, y acertó, sin duda, al dedicarse a ellos.

Por cierto que hoy surge en un sector de la Congregación salesiana la oposición a los colegios, y no ya de internos, que en las naciones muy avanzadas prácticamente no existen, sino también de alumnos externos y medio pensionistas, y dan sus razones. Los colegios, dicen, a pesar de sus ventajas, perjudican a la Congregación, la esclerotizan: con su uniformidad matan iniciativas. Hay que abrirse a apostolados más imaginativos, más o menos emparentados con los oratorios... De hecho, los dos Capítulos generales últimos (1971, 1978) se han ocupado a fondo de este problema y están en vías de modernización varios apostolados. Los tiempos son otros; y si Don Bosco cambió de tipo de apostolado entonces, también pudiera cambiar ahora, se viene a afirmar. En lo que sí están todos los salesianos de acuerdo es que, de un modo u otro, el objetivo fundamental de la Congregación salesiana es la juventud. En fin, un tema en plena discusión ése de los colegios salesianos.

Una observación oportuna. Don Bosco era muy

opuesto a que los salesianos se encargaran de parroquias. Precisamente porque, según sus ideas, los salesianos, tanto durante la semana como los domingos, han de estar, ante todo y sobre todo, para los jóvenes. Y, sin embargo, hoy regenta la Congregación un millar de parroquias en todo el mundo. Son los tiempos los que mandan. El clero secular necesita ayuda. De seguro que Don Bosco las hubiese aceptado ahora, como aceptó alguna en su tiempo.

## Los grandes acontecimientos del año 1870

Corrían tiempos difíciles antes del año 1870 para la Iglesia católica. En el interior, doctrinalmente; en el exterior, políticamente. Pues en estas dos vertientes, en la religiosa y en la política, ese año de 1870 iba a pasar a la historia de la Iglesia con caracteres cubitales.

El 8 de diciembre de 1869 se abrió el concilio Vaticano I, a unos trescientos años de distancia de su inmediato anterior, el de Trento.

Los objetivos principales que se propuso Pío IX con el concilio Vaticano I fueron dos: llegar a una exposición clara en lo tocante a los temas doctrinales más agitados en el momento y definir, si era posible, la infalibilidad pontificia como dogma. El 24 de abril de 1870 se aprobaba por unanimidad el documento *Dei Filius*, exposición densa y clara sobre Dios, la revelación y la fe, y el 15 de mayo daba comienzo, oficialmente, la discusión sobre la infalibilidad del papa.

Tomaban parte en el concilio los superiores de las congregaciones religiosas. No le cupo ese honor a Don Bosco: la Congregación salesiana era insignificante y aún faltaban cuatro años para que Roma aprobase sus Reglas. Por cierto que la Congregación salesiana sonó nominalmente en el concilio. Un obispo lanzó la idea de que se fundase una congregación en que los socios fuesen religiosos de cara a la Iglesia y simples ciudadanos de cara al Estado. «Esa congregación ya existe: los Salesianos», intervino el obispo de Parma. Se encargó al de Mondoví hacer una relación sobre la naturaleza y resultados de un instituto religioso tan novedoso desde el punto de vista jurídico y social...

El tema de la infalibilidad pontificia dio mucho trabajo al concilio. Un grupo de Padres, entre los que se señalaba el francés Dupanloup, se declaró en contra de la oportunidad de la definición.

Don Bosco estuvo en Roma desde mediados de enero a mediados de febrero. Era, por descontado, acérrimo partidario de la infalibilidad, y las máquinas de su imprenta de Turín habían gemido y seguirían gimiendo en su defensa. Al percatarse de la división que reinaba entre los Padres conciliares, se dedicó a dialogar —y a polemizar, si llegaba el caso— con los obispos conocidos suyos que no eran partidarios. Consiguió traer al partido de los que se decidían por la oportunidad al entonces gran amigo Gastaldi, obispo de Saluzzo, que capitaneaba un grupo de obispos italianos al lado de Dupanloup. Su labor debió de ser de verdad importante, pues Pío IX le felicitó expresamente en una audiencia, admirado de lo que había conseguido. Por cierto que en esa ocasión, acaso por disfrutar mejor de sus consejos, le insinuó el papa a Don Bosco la conveniencia de tenerlo más cerca: «¿Y no podía dejar Turín —le dijo— e instalarse en Roma? ¿Saldría perjudicada su Congregación?» «Santidad, sería su ruina», respondió él sin vacilar.

El 18 de julio de 1870 ocurría el gran acontecimiento religioso de la definición dogmática de la infalibilidad pontificia, y al día siguiente se desencadenaba una serie de importantes sucesos políticos. Napoleón III lleva a Francia a la guerra contra Prusia. Es derrotado y hecho prisionero en Sedán. Con la complacencia de Bismarck, dueño casi de Europa, Víctor Manuel II invade el Lacio y el 20 de septiembre toma Roma. El papa suspende el concilio y lanza la excomunión contra los responsables de la conquista, «sin exceptuar a los investidos de autoridad soberana»... Entre el Vaticano y el Gobierno de Italia termina de abrirse un abismo.

## **Don Bosco, entre Italia y el Vaticano**

### *La provisión de obispos*

Con la toma de Roma por los piamonteses —mejor, por los italianos—, las relaciones entre Víctor Manuel II

y Pío IX, entre el Estado y la Iglesia —malas desde 1848 y desde las leyes anticlericales de 1855 y empeoradas a causa de la ocupación de parte de los Estados pontificios a principios de los 60—, se deterioraron del todo. La Iglesia se sintió atropellada. Y, por otra parte, si bien se le había desposeído de sus territorios, no era enemigo que vencido se le pudiese eliminar o mandar al destierro; a la Italia nueva, triunfante, la Iglesia vencida se le había quedado dentro con sus obispos, con su pueblo, en su mayor parte católico e incluso políticamente papista, y, sobre todo, con su papa.

El Gobierno italiano se apresuró a dar un paso espectacular que le permitiese salvar la faz ante el mundo católico indignado. Hizo aprobar la *ley de Garantías*. El papa gozaría de extraterritorialidad y soberanía en el Vaticano y, pese a la supresión del poder temporal, no sufriría menoscabo en su función de cabeza del catolicismo... Era aquélla la *política de apaciguamiento* sacada de las tesis unificadoras de Cavour. Lo que no quitaba que, entre tanto, el Gobierno se apoderase de cuantiosos bienes de la Iglesia y destinase muchos monasterios de Roma y su contorno a cuarteles y edificios públicos.

Desde el primer momento, la política de Pío IX fue no dar paso alguno que supusiese, ni siquiera indirectamente, el reconocimiento del poder usurpador. Pero ello comportaba graves inconvenientes. Porque en toda Italia había más de 60 diócesis vacantes en aquel momento, y no eran tiempos aquellos en que se las pudiera proveer de obispos sin contar de alguna manera con la autoridad civil.

Don Bosco, que ya en el lejano 1859 había servido de intermediario para que Víctor Manuel II y Pío IX se cruzasen cartas secretas, y que más recientemente, en 1866, había colaborado en la provisión de varias sedes diocesanas, creyó en conciencia que sus servicios podían ser útiles en aquel momento: sacerdote de una parte y piemontés de otra, era el intermediario natural. Se sabía con el aprecio y la confianza del papa y del rey, y se aprestó a servir a la Iglesia y a Italia.

Recién aprobada la *ley de Garantías* en mayo de 1871, escribía a Lanza, presidente del Gobierno, con el que había estado en contacto en otras ocasiones: había que

demostrar que la *ley de Garantías* no era letra muerta. El mundo católico, para calmar su indignación y sus temores, tenía que ver que el papa era efectivamente libre en el ejercicio de su autoridad espiritual. Y era competencia del sumo pontífice el elegir los obispos. El Gobierno no podía oponerse en absoluto a ello; asimismo, a los obispos elegidos se les debía proveer de los acostumbrados bienes materiales (*temporalidades*) necesarios para su subsistencia y ministerio...

Lanza le rogó que sin falta estuviese en Florencia (capital todavía de Italia) el 22 de junio de aquel mismo 1871. Lo recibió en su despacho. Don Bosco insistió en su punto de vista. El ministro demostró buenas disposiciones y sugirió que antes que a los nombramientos se procediese a una reducción del número de las diócesis, porque en Italia había demasiadas (y porque, opina Amadei, así el Estado podría confiscar los bienes de las suprimidas).

Don Bosco se negó en redondo a aceptar la sugerencia de las supresiones. El había venido a Florencia a tratar de la elección de los obispos por propia iniciativa, porque sufría al ver tantas diócesis sin pastor; pero no tenía por qué entender en aquel otro negocio y además no era quién para darle consejos al papa. Por otra parte, no se veía precisamente buena voluntad en el Gobierno al complicar un problema tan delicado como la elección de pastores con otro tan complejo y tan vidrioso como la supresión de sedes milenarias. Si el ministro insistía en su punto de vista, él se retiraba... Resulta que en el interior del Ministerio estaba reunido el Consejo de Ministros, presidido por el mismo rey. Lanza hubo de hacer varios viajes de su despacho al Consejo de Ministros y del Consejo de Ministros a su despacho, donde estaba Don Bosco, para llegar a un acuerdo mínimo. Al fin se decidió dejar de lado el asunto de la supresión de diócesis e iniciar, a través de Don Bosco, los trámites relativos a la provisión de prelados.

Pío IX recibió en visita privada a Don Bosco el 28 de junio, pese a las muchas audiencias que tenía por ser víspera de San Pedro. Don Bosco le puso al tanto de sus negociaciones: había tanteado el terreno en nombre propio a fin de no comprometer en nada a la Santa Sede... El papa alabó su prudencia y le autorizó a seguir

manteniendo contactos oficiosos con el Gobierno. La táctica era, le explicó el Santo Padre, llegar al nombramiento de pastores, pues el bien de las almas lo urgía, pero sin descender a concesiones que supusiesen esclavizar de algún modo a la Iglesia; y después de llamar a su despacho a varios prelados y consultores, Pío IX encargó a Don Bosco que confeccionara secretamente una lista de sacerdotes que a juicio suyo pudiesen ser obispos.

El papa sabía lo que se hacía. Para aquel entonces Don Bosco era de los eclesiásticos más conocidos y mejor relacionados de toda Italia.

Don Bosco empezó en seguida sus contactos personales a fin de hacerse cuanto antes con un centenar de nombres; pero como se dio cuenta de que, buscando uno a uno, no había de acabar nunca y de que por ese camino la prensa no tardaría en enterarse, prefirió convocar secretamente a un grupo de personas entendidas. El día 21 de agosto y siguientes, en la aislada casa de campo que la condesa Corsi tenía en el Municipio de Niza (Monferrato) convergieron, en efecto, personajes procedentes de media Italia; entre ellos, 18 vicarios generales y capitulares. De allí salió la lista... Pío IX la aprobó sin más. El Gobierno intentó cambiar algunos nombres, pero acabó por aceptar. La prensa, cogida por sorpresa, levantó la gran polvareda. La de izquierdas, contra el Gobierno, porque daba el brazo a torcer. La de derechas, por lo menos algunos periódicos, contra Don Bosco, por estar en connivencia con los enemigos de la Iglesia... Pero, al acabar el año 1871, casi todas las sedes de Italia tenían pastor.

### *Las «temporalidades»*

Sin embargo, el problema no estaba resuelto del todo, ni mucho menos. Los obispos habían tomado posesión de sus diócesis en los primeros meses del 1872 y habían empezado ya a ejercer, pero el Estado les negaba las *temporalidades*. No tenían medios de vida, y fueron muchos los que ni pudieron entrar en sus palacios porque no se les entregó la llave: moraban en casas particulares, en monasterios, en fondas. Aquello no

podía continuar indefinidamente. El Gobierno, arteramente, mientras se procedía a la provisión de las diócesis, había expedido un decreto por el que disponía que no pudiesen entrar los obispos en la posesión de los correspondientes bienes temporales sin antes obtener el *placet* (prácticamente, el *visto bueno*) del Ministerio de Justicia y Cultos. La reacción del Vaticano fue que ningún obispo presentase en el Ministerio la bula de elección para obtenerlo; ello implicaría la aceptación del Gobierno usurpador.

Don Bosco, por cierto no del todo repuesto de una larga y grave enfermedad, reanudaba sus contactos oficiosos a principios del 73 (para entonces, Roma era ya oficialmente capital de Italia). Parece ser que tenía ideas prácticas al respecto: habían de ceder algo ambas partes. Bien aconsejado, opinaba, de cara al Vaticano, que, si bien era desaconsejable que el papa sometiera al Estado las bulas de elección, pues sería en detrimento de su independencia espiritual, no parecía ser intrínsecamente malo que cada obispo la presentase por su cuenta como simple ciudadano. Ocurre a veces, en punto a herencias, etc., que los simples ciudadanos tienen que someterse a leyes injustas para alcanzar derechos justos, y, por otra parte, parecida conducta se había convenido en varios concordatos con otras naciones. De cara al Estado, opinaba que con este paso particular de los obispos tenía que darse por satisfecho.

El tira y afloja duró muchos meses. Don Bosco se vio en la precisión de viajar dos veces a Roma aquel año, y el segundo viaje duró hasta abril de 1874. Días hubo en que hizo varias veces el camino del Quirinal al Vaticano y del Vaticano al Quirinal. Aquellas idas y venidas de Don Bosco las dejó bien consignadas Don Berto, su secretario y acompañante en tan delicadas andanzas. Daba la impresión, comenta el secretario, de que, de consuno, el papa y los ministros del reino dejaban la solución de tan grave problema en las manos de nuestro Padre. Se veía que tenían su confianza en él. Viajes y más viajes de unos a otros. Tanto en el Quirinal como en el Vaticano pasaba por las antecámaras sin hacer espera y sin que nadie le preguntase el porqué de su presencia. Entraba libremente en el despacho del papa y del cardenal Antonelli y se estaba horas enteras tratando

con ellos. Había gente importante esperando, pero «¡Paciencia! —se decían—. ¡Está Don Bosco!»

Tantas idas y venidas, claro está, no escaparon al ojo avizor de la prensa. Y los periódicos de la izquierda y los de la derecha, con honrosas excepciones entre estos últimos (por ejemplo: *L'Unità Cattolica*, de Turín, que le dedicó grandes elogios), la emprendieron contra el pobre Don Bosco. Entre los de la izquierda, uno, *Il Ficcanaso*, había empezado a publicar una novela de ocho páginas por número, encuadernable, titulada *Don Broschi*, tan grosera y tan claramente alusiva, que, ante las protestas del público y por el peligro de ser llevado a los tribunales, interrumpió la publicación. Y entre los de la derecha, algunos empezaron a llamarle el *buzzurro*, nombre que se daba en Roma a los piemonteses que por el invierno bajaban a vender castañas calientes, y que en la conjuntura en que estamos había adquirido evidentes connotaciones de *invasor*; con lo que, a todas luces, se le quería acusar a Don Bosco nada menos que de cuidarse más de los intereses del Piemonte que de los de la Iglesia.

Por fin se llegó a una fórmula aceptable; y ya estaba a punto de firmarse todo cuando, de repente, llegó un largo telegrama de Bismarck, quien estaba muy sorprendido de que, mientras él se esforzaba en sostener internacionalmente con todas sus fuerzas a Italia, el Gobierno de ese país anduviese en tratos con un cura. El emperador de Alemania estaba indignado... E insinuaba amenazas para el caso de que los tratos siguiesen adelante.

Todo se vino abajo de golpe. El Gobierno italiano no podía en modo alguno indisponerse con su gran protector, el canciller alemán... Un periódico de Turín publicaba una caricatura a los pocos días: el ministro de Justicia italiano, entonces Vigliani, está colgado de los labios de Don Bosco en actitud de recibir su bendición; Bismarck entra por la puerta del fondo con un garrote dispuesto a calentarle a Vigliani; Don Bosco, mientras con la derecha bendice a Vigliani, con la izquierda echa agua bendita a Bismarck...

Pero, en verdad, no se perdió todo. No pocos obispos fueron presentando por su cuenta el nombramiento o bula a la correspondiente autoridad civil y consiguieron

el *placet*. A partir de 1876, «en consideración a las circunstancias», el Vaticano permitió que esa práctica se convirtiese en norma. Se había llegado por fin a un *modus vivendi* entre la Iglesia y el Estado. En tiempos de Pío XI y Mussolini, los pactos de Letrán traerían la solución definitiva.

Está por hacer un estudio crítico a fondo de esta labor diplomática de Don Bosco; pero la documentación conservada al respecto en los archivos salesianos es muy convincente.

El número de diócesis italianas provistas por intervención de Don Bosco a lo largo de su vida supera el centenar.

### Entre tanto

Entre tanto, la vida seguía en las obras de Don Bosco: se abrían colegios y aumentaba increíblemente el número de sus hijos. En 1872, Don Bosco funda las Salesianas. En 1874 obtiene la aprobación definitiva de las Constituciones. En 1875 manda la primera expedición de misioneros a la Patagonia.

Antes de acabar este tema de la intervención personal de Don Bosco en la alta política italiana, una anécdota profundamente significativa. Buen piemontés, solía emplear el final de las audiencias con el papa (para el 1874 ya había hecho ocho viajes a Roma, con un promedio de dos audiencias por viaje) en pedirle favores. De paso que le ofrecía obsequios (oraciones, álbumes de firmas, ejemplares de sus publicaciones, limosnas de sus chicos y de sus amigos...), le suplicaba indulgencias, privilegios y, en ocasiones, hasta títulos nobiliarios pontificios para sus grandes bienhechores (barón, conde, *cavaliere*)... Pues una vez, al final de una de aquellas audiencias, cuando andaban en plena negociación con el Gobierno italiano, Pío IX, que estaba complacidísimo de cómo llevaba el difícil negocio («mejor que un purpurado», «mejor que un regimiento de teólogos», diría el papa más tarde), después de haberle concedido todo lo que pedía, le dijo sin más: «Usted, Don Bosco, siempre pide para otros. ¿Y qué me pide para usted?» Fue aquél, creo yo, otro de los momentos sublimes de la vida de nuestro

biografiado. Una insinuación y, sin ningún género de dudas, el hijo pequeño de mamá Margarita habría pasado a la historia como cardenal de la santa madre Iglesia. Don Bosco se concentró un instante y respondió con sencillez: «A mí, Santidad, me basta con su confianza».

## LAS «MEMORIAS BIOGRÁFICAS» DE DON BOSCO

No confundir las *Memorias biográficas* con las *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales*, que escribió el propio Don Bosco; a éstas, precisamente para ahorrar confusiones, hemos venido llamando *Autobiografía*.

Las *Memorias biográficas* constituyen la gran obra sobre Don Bosco. De ellas nos vamos a ocupar ahora.

Ya nos consta lo importante que fue el decenio 1853-1863. El Oratorio de San Francisco de Sales, de Valdocco, daba que hablar. Se decía —unos lo aceptaban, otros lo discutían— que era objeto de particulares favores de Dios; su fama llegaba más allá del Piamonte y la prensa anticlerical no dejaba de meterse con él.

El protagonista de todo era Don Bosco. Y se daba en él tal conjunto de circunstancias fuera de lo común, algunas al parecer sobrenaturales, que sus jóvenes colaboradores, sus clérigos, acabaron por pensar si no se trataba realmente de un hombre excepcional. A finales de marzo de 1861 se reunieron para deliberar. He aquí la primera página del acta del clérigo Ruffino: «Las luminosas y grandes dotes que resplandecen en Don Bosco, los hechos extraordinarios que ocurren a su alrededor, y que todos admiramos; su singular modo de conducir a los jóvenes por el arduo camino de la virtud y los grandes designios que trae en su mente por lo que toca al porvenir, nos revelan que hay algo de sobrenatural en él y que ello hace presagiar días gloriosos para su persona y para el Oratorio. Esto nos impone a nosotros un deber de gratitud y la obligación de que nada de cuanto se refiere a su persona caiga en el olvido...»

Comenta Stella: «Es el preludio de una sagrada epopeya escrito por quienes, por dignación de Dios, se sienten envueltos en ella».

En aquella histórica reunión, cada uno decide tomar sus apuntes. En reuniones regulares se procederá a su lectura, y sólo las cosas aceptadas por todos como exactas serán conservadas... Firmaron Don Alasonatti, Rúa, Cagliero, Francesia y otros diez clérigos más.

A partir de entonces hubo en casa verdadera manía por tomar nota de cuanto se refería a Don Bosco: de sus hechos y de sus palabras. Se guardaba avaramente todo documento que decía con él. Se sacaban copias de sus cartas y se ponían a buen recaudo los borradores de sus escritos. Se conservan hoy con todos los honores en el archivo salesiano las crónicas o notas de Ruffino, Bonetti, Barberis, Viglietti, canónigo Ballesio, Lemoyne, etc. Hubo quienes se especializaron en algún aspecto del empeño común; por ejemplo: Don Barberis, el que sería primer maestro de novicios, que recogió en una docena de cuadernos gran cantidad de *buenas noches*, conferencias, *sueños*, conversaciones, episodios de la vida de Don Bosco contados por él mismo, etc. Téngase en cuenta que a Don Bosco, desde 1861, fecha de la reunión que hemos dicho, hasta 1888, en que murió, le quedaron veintisiete años de vida plena bajo la mirada atenta de sus hijos; que Don Rúa estaba con él desde 1846; que mamá Margarita vivió diez años en el oratorio; que Carlos Buzzetti y su hermano José, salesiano, fueron oratorianos en los tiempos de Bartolomé Garelli; y, finalmente, que por la casa de Valdocco, tan acogedora siempre, pasaron, hasta 1888 y después, numerosos amigos suyos de la infancia, compañeros de Chieri, sacerdotes de diversos pueblos, antiguos alumnos de diversas épocas, etc. (por poner un caso concreto, el propio Bartolomé Garelli estuvo por última vez en Valdocco en 1855). Pues de todos y de todo sacaban provecho los comprometidos en aquella reunión histórica, amén de otros salesianos que vinieron después y que se sentían tan comprometidos como ellos. Todo será después material precioso a la hora de redactar las monumentales *Memorias biográficas*. Además, en el 1888, año de la muerte de Don Bosco, y en el 1889, varios salesianos anduvieron durante meses por Castelnuovo y Chieri y poblaciones de alrededor localizando personas que, habiendo conocido a Don Bosco, quisiesen declarar acerca de su vida.

El padre de esa obra colosal, de 19 volúmenes, con más de 16.000 páginas, había de ser, fundamentalmente, Juan Bautista Lemoyne. Entró Don Lemoyne en la Congregación cuando ya era sacerdote. Se vio con Don Bosco y se decidió a seguirle en la última gran excursión de 1864. Escribía bien. Compuso biografías, novelas, dramas, libros ascéticos, etc. En 1892, el Ayuntamiento de Génova, que celebraba una exposición colombina para conmemorar el descubrimiento de América, le concedió el primer premio a la mejor vida de Colón. Sus obras cumbres serían: *Vida de Don Bosco*, en dos tomos, que tanto hemos utilizado nosotros en este trabajo, y, sobre todo, la preparación del material para las *Memorias biográficas*, de las que personalmente publicó nueve tomos. El mismo era de los que más diligentemente tomaban nota de lo concerniente a Don Bosco. Vivió mucho tiempo a su lado. «Contigo, Don Bosco no tendrá ningún secreto ni respecto a su persona ni respecto a la Congregación», le dijo una vez el propio Don Bosco. «Durante veintiún años —confiesa él—, casi todas las tardes me entretenía hablando con Don Bosco. Nos sentábamos uno junto al otro y le hacía contar. Y Don Bosco contaba con pelos y señales cuanto le había acontecido en las últimas veinticuatro horas o en tiempos anteriores. Después, no bien nos separábamos, me iba a mi cuarto, que estaba junto al suyo, y sin pérdida de tiempo ponía por escrito cuanto le había oído».

Más todavía: de 1886 hasta su muerte en 1916, Don Lemoyne fue secretario del Consejo Superior, y su principal cometido era preparar la publicación de las *Memorias*. Los ingentes materiales acumulados vinieron acrecentados por otros de diverso origen, y principalmente por el proceso de beatificación y canonización: un proceso, según dicen, de los más trabajosos de la historia de la Iglesia. Se contó, además, con toda la documentación general guardada en los archivos y con todas las obras escritas por el santo.

Don Lemoyne repartió el material en 44 grandes bloques, que tituló *Documenti*, y lo estructuró todo tan acertadamente, que vino a ser su trabajo un avance de redacción de todas las *Memorias*.

El primer tomo apareció en 1898, a los diez años de

desaparecer Don Bosco, y el noveno, en 1917, al año de la muerte de Don Lemoyne. Eugenio Ceria publicó los que van del undécimo al decimonoveno, entre 1930 y 1939, y Angel Amadei el décimo (¡1.400 páginas!, donde se contienen buena parte de las noticias relativas a las diferencias entre Don Bosco y el arzobispo Mons. Gastaldi) en ese mismo año 1939.

Las siglas MB (*Memorias biográficas*) son familiares a todo salesiano y generalmente documentan algo citando un tomo y una página.

Las *Memorias biográficas* son para los Salesianos, por decirlo de una vez, el océano Pacífico de documentación y noticias sobre su fundador. Trabajos posteriores han hecho perfectamente navegable este mar inmenso. Por ejemplo: diversas clases de índices (*Indice general*, que no es sino un tomo de 600 páginas apretadamente escritas; *Repertorio alfabético*, de Ciccarelli...), extractos relativos a temas monográficos (*Don Bosco en Roma, sueños...*), anécdotas amenas (*Florechillas de Don Bosco, Juanito...*), etcétera. Un último e interesante trabajo que acaba de aparecer multicopiado es el del P. Joan Santaaulària. En 400 folios de apretada mecanografía ha conseguido consignar muy esquemáticamente, con llamadas a tomo y página, lo que se sabe de Don Bosco día a día. Parece ser que un trabajo semejante sólo se ha hecho con Carlos V. En el tomo 402 de la BAC, en 48 páginas de cuerpo menor, podrá encontrar el lector un resumen de esta preciosa *Cronología*.

Las *Memorias biográficas* son imprescindibles a la hora de escribir sobre el sacerdote de Turín.

Las *Memorias biográficas* aparecieron en italiano, en edición extracomercial. Lemoyne recomendaba muy mucho que sólo se utilizaran en el entorno familiar, y se explica la cautela, porque los tomos fueron publicándose según avanzaba el proceso de canonización. Han aparecido también en inglés y pronto aparecerán en castellano; ahora sin limitación de lectores, naturalmente. Los holandeses las tienen ciclostiladas.

\* \* \*

Amén de las *Memorias biográficas*, hay mucha otra literatura sobre Don Bosco y su espíritu. Don Bosco

interesa cada vez más. Por poner un caso, en castellano, en tres años, éste será el quinto libro dedicado a su figura.

Sabido es que en Roma hay una Universidad Pontificia Salesiana y que una de sus vertientes la constituye el Centro de Estudios Don Bosco. Este centro promueve la investigación seria sobre su Patrono. Destacan hasta ahora, creo yo, los trabajos históricos de Pedro Stella, que está sometiendo la vida de Don Bosco a una minuciosa revisión crítica, y los estudios pedagógicos de Pedro Braido, el cual, según el actual rector mayor de los Salesianos, «es el estudioso que más orgánica y científicamente ha profundizado en el sistema preventivo». También son muy interesantes las intuiciones de Pedro Brocardo sobre la original santidad de Don Bosco. Podrá comprobar el lector por la nota bibliográfica que adjuntamos al final que estos y otros grandes estudiosos de nuestro biografiado no han sido precisamente olvidados al redactar este modesto trabajo; dígase lo mismo de las imprescindibles *Memorias biográficas*.

## DON BOSCO, FUNDADOR

### **Don Bosco, fundador, esquemáticamente**

En 1854 invitó a dos *clérigos* (uno de ellos era Rúa) y a dos *estudiantes* (uno de los cuales era Cagliero) a que aceptasen realizar una *prueba*: la de dedicarse durante algún tiempo a ejercicios de caridad para con el prójimo; en adelante, ellos y los que se comprometiesen como ellos se llamarían *salesianos*; al final de esa prueba estarían en condiciones de formular una promesa y tal vez un voto.

Aquello que estaba constituyendo Don Bosco era una asociación religiosa privada. Rúa fue el primero en hacer *voto secreto* catorce meses después, en 1855. Antes de 1859 habían profesado algunos más en las mismas condiciones.

Don Bosco solía reunir con frecuencia a sus jóvenes colaboradores. Una vez, ya en 1859, a una veintena de ellos, los más adictos, les dijo, sin más, en una de aquellas reuniones, que lo que pretendía era fundar una

sociedad religiosa. El papa le animaba en la empresa. En realidad no se trataba de otra cosa que de practicar lo que se venía practicando y de obligarse a lo que algunos de ellos ya se habían obligado con voto o con promesa. En aquella reunión en que se encontraban les invitaba a constituir formalmente la sociedad que decía, a dar su nombre y a aceptar las Reglas. Pero solamente ingresarían los que lo pidiesen. Sabían que tenía por costumbre reunirlos de cuando en cuando a todos ellos. No presentarse a la reunión siguiente significaría no aceptar la invitación que les hacía. Les dejaba una semana para pensarlo...

Volvieron todos, menos dos. Se eligió Consejo Generalicio, siendo Don Bosco elegido superior mayor por unanimidad, y se levantó acta de todo. A partir de aquel momento, la Congregación salesiana empezaba a ser una sociedad abierta.

Poco a poco fueron aumentando los que se decidían a formar parte de la nueva Congregación. Y, concretamente, el 14 de mayo de 1862, veintidós de ellos se comprometieron más en firme a observar las Reglas o Constituciones, haciendo voto de pobreza, castidad y obediencia por tres años.

La Congregación obtendrá cierta aprobación diocesana en 1864. Será aprobada en Roma para toda la Iglesia en 1869. Se aceptarán sus Constituciones (importante: aprobar una congregación no supone aprobar sus reglas o constituciones) en 1874. Y, finalmente, en 1884 se le concederá la *exención* de la jurisdicción de los obispos.

La Congregación de las Hijas de María Auxiliadora nacerá en 1872, y la Asociación de Cooperadores, en 1876. En rigor, ambas entidades fueron la consecuencia de la fundación y aprobación de los Salesianos y, de algún modo, su complemento.

Esquemáticamente, así fue efectivamente. Pero nada más imperfecto que un esquema sencillo de una realidad compleja. La fundación de la Congregación salesiana, redondeada con la fundación de las Hijas de María Auxiliadora y de los Cooperadores, fue la empresa más ardua y más prolongada de aquel hombre de empresa, de voluntad y de virtud que fue Don Bosco. En 1874, cuando ya tenía casi todo resuelto, se le escapó

esta frase reveladora: «Si tuviera que empezar, no me sentiría con ánimos».

## **Fundación de la Sociedad de San Francisco de Sales (Salesianos)**

### *El elemento humano*

La revolución de 1848, la propaganda anticlerical y el exceso de libertad reinante habían hecho mella en la espiritualidad del pueblo piamontés. Pocos deseaban ser sacerdotes diocesanos, y religiosos, prácticamente ninguno. Por otra parte, el seminario, de suyo santuario de las vocaciones sacerdotales, hubo de ser clausurado por Fransoni en 1848 ante la desviación política de muchos seminaristas. Para colmo, la ley Rattazzi suprimía en 1855 todas las órdenes y congregaciones contemplativas y en 1866 eran suprimidas todas las demás en Italia sin distinción.

El resultado fue que el clero, aunque mejor preparado y más aceptado por los fieles que al acabar el siglo anterior, disminuyó de un modo alarmante en la segunda mitad del siglo pasado. En la diócesis de Turín, por ejemplo, se ordenaban menos sacerdotes de los que morían. Las consecuencias las sufrían los propios fieles, pues quedaban perjudicados espiritualmente: la fe decaía y perdía su capacidad de influjo.

En este contexto sociopolítico se encontraba Don Bosco por los años cincuenta, cuando ya tenía en marcha tres oratorios y pensaba en perpetuar su obra.

En el año 1850, Don Bosco, sabemos, llevaba efectivamente esas tres obras. No estaba solo naturalmente; le ayudaban unos cuantos sacerdotes y laicos. Pero los lazos que unían a esos sacerdotes y laicos entre sí y Don Bosco no se consideraban de excesiva vinculación: cada cual tenía, a su vez, sus propios compromisos, y, si llegaba el caso, abandonaba, sin más, el grupo.

Pronto se percató Don Bosco de que no podría contar con aquellos colaboradores a la hora de fundar una congregación o lo que fuese: cambiaban constantemente, eran poco dóciles y «algunos —dice Wirth—, por motivos políticos o personales, le guardaban un rencor tenaz». Parece ser que intentó otra solución para asegu-

rar la continuidad de sus oratorios: incorporarse a un instituto religioso ya existente con la condición de que le facilitasen medios y personal; pero tampoco prosperó. La solución, empezó a pensar, estaba en sus propios chicos (ya tenía algunos internos en Valdocco). ¿No había soñado que los corderos se convertirían en pastores?... Y de ahí en concreto arrancó la fundación de la familia salesiana. No podía arrancar de menos.

Así que Don Bosco, a la hora de asegurar el porvenir de su obra, optó por el tercer camino, por el camino más largo. Pero toda prudencia era poca al hacer ese camino. Los chicos de aquel tiempo, sin excluir los mejores de Don Bosco, no querían ni oír hablar de *ser frailes*. «Todo lo que supiese a monasterio —dice Wirth— les arrancaba carcajadas».

Hemos hablado de la hornada en que entraron Rúa y Cagliero; no quedaron de ella más que Rúa y Cagliero. Y aún hubo antes otra hornada de la que no quedó ninguno. De ahí que a los de la segunda se guardase muy mucho Don Bosco de decirles que la *prueba* en cuestión venía a ser un noviciado, y el voto o promesa, algo así como una profesión, porque a lo mejor no hubiese quedado más que Rúa. Cuando en la histórica reunión de 1859 puso Don Bosco las cartas boca arriba de una vez, y les declaró a aquellos veinte que su intención era fundar una congregación religiosa, y les dio una semana de tiempo para que se lo pensaran, sus oyentes cayeron de las nubes al terminar de hablar y salieron de la estancia en un silencio tenso. ¡Si había tenido razón Don Bosco en proceder con cautela! Después, entre ellos, se desataron las lenguas: «¡Don Bosco quería hacerlos frailes!»... El tremendo y robusto Cagliero paseaba, nervioso, horas y horas por los patios del oratorio dando puntapiés a las piedras; al final se decidió de golpe: «¡Fraile o no fraile, me quedo con Don Bosco!»... El atractivo personal del santo, el aura sobrenatural que ya le circundaba, su apostolado generoso y, por descontado, la gracia de Dios ganaron la batalla. El día fijado, como dijimos, volvieron todos, menos dos.

Por fin, en 1862, veintidós jóvenes hacían públicamente votos de pobreza, castidad y obediencia por tres años y se ponían oficial y enteramente a disposición del gran educador. Pero aquella Congregación que en ese

1862 se presentaba como de alguna entidad ya y de no poco porvenir, jurídicamente era algo absolutamente inexistente. Don Bosco ya venía intentando la aprobación por parte de la diócesis, y el arzobispo Fransoni, que estaba desterrado en Lyon, lo veía todo con buenos ojos; pero la curia diocesana ponía dificultades, y cuando murió el arzobispo no había nada resuelto.

### *El aspecto jurídico*

Elemento humano para su Congregación, mejor, para su Sociedad, porque él siempre preferirá llamarla «sociedad», no había de faltarle a Don Bosco, dada la muchedumbre de sus chicos y sus carismas de gran educador. Las peores dificultades las encontró en el terreno jurídico.

Se decidía a fundar una congregación, o lo que fuese, cuando precisamente el Estado atentaba contra todas. Lo que significaba que lo suyo había de ser algo religioso por supuesto, pero sin perder de vista las posibles reacciones de la autoridad civil. A partir de 1855, una congregación como la de los Hermanos de las Escuelas Cristianas hubiese sido la solución, por cuanto que hasta entonces no habían sido suprimidos los religiosos dedicados a la enseñanza. Pero ¿no los suprimirían más adelante? Efectivamente, se les suprimió en 1866. Por lo tanto, ¿no sería mejor una sociedad con votos privados o simple promesa? Pero, si votos, ¿con qué tipo de votos? ¿Con votos de pobreza, castidad y obediencia secretos y obligándose sólo en conciencia, sin efectos públicos para no comprometerse ante la autoridad civil? ¡Estaba claro que había que edificar una congregación nueva con elementos nuevos para eludir la persecución del Estado!... Opina Stella que hasta pudo pasarle a Don Bosco por la cabeza la idea de fundar una sociedad secreta (las sociedades secretas estaban de moda entonces). En cualquier caso, tiempos diferentes habían dado lugar en la historia de la Iglesia a órdenes y congregaciones diferentes (mendicantes, clérigos regulares, congregaciones tridentinas, etc.). Si las ideas liberales habían traído tiempos nuevos, era lógico que se pensara en corporaciones religiosas nuevas. Pero ¿cómo presentar

en la práctica la cosa de cara a la Iglesia, para asegurar su aprobación, y con ello la continuidad, y de cara al Estado, para eludir confiscaciones, persecuciones y supresiones?...

No consta expresamente, pero sí se deduce que estas ideas se agitaban en la mente de Don Bosco por el año 1855, cuando Rattazzi suprimió todas las congregaciones y órdenes *pasivas*. De todos modos, él, Don Bosco, aquel año invitó a hacer *voto secreto* a Don Rúa (voto que no se sabe exactamente en qué consistió), y por lo que toca a la autoridad civil, todo lo que iba comprando y construyendo en torno a Casa Pinardi lo registraba como simple ciudadano para que no se lo confiscaran con leyes anticlericales.

En éstas estaba por lo visto cuando el propio Rattazzi, que lo apreciaba mucho, le dio una solución en 1857. El, Don Bosco —le aconsejó Rattazzi en una audiencia—, tenía que pensar en la continuidad de su obra; pero lo que debía hacer para ello era fundar una sociedad en la que cada miembro conservase sus derechos civiles y se sujetase a las leyes del Estado, pagase los impuestos, etc.: una sociedad de ciudadanos que se reuniesen libremente y viviesen juntos con fines benéficos. ¿Qué Gobierno encontraría inconvenientes en ello? ¿No se respetan e incluso se promueven sociedades de comercio, de industria y de otros tipos parecidos? ¿Por qué había de haber inconvenientes en que se fundasen sociedades educativas?

El consejo de Rattazzi le acabó de aclarar las ideas a Don Bosco. Frasoni, al que, por descontado, tenía al tanto de todo, le animó a seguir adelante y le insinuó la conveniencia de comunicar en persona la iniciativa al propio papa. En febrero de 1858 (primer viaje de Don Bosco) tuvo lugar la audiencia. Tal vez (si no interpreto mal a Stella) hizo ver al papa la posibilidad de asegurar la continuación de las obras de los oratorios procurando que los Salesianos fueran, de cara al Estado, simples ciudadanos, con sus correspondientes derechos y deberes, y, de cara a la Iglesia, una corporación de cristianos ligados al ejercicio de la caridad con votos privados o simples promesas; esto último era algo diferente de las congregaciones religiosas propiamente dichas, que tienen votos públicos; ahora se trataba de aprobar una

asociación religiosa con votos privados, pero de algún modo con efectos públicos. En aquella atrevida proposición estaban en germen nada menos que los *institutos seculares*, que vendrían a la Iglesia ochenta años después.

A Pío IX le convencía lo de la conservación de los derechos civiles, pero no lo tocante a la relación con la Iglesia, pues creía de todo punto necesario que los Salesianos tuviesen votos públicos, jurídicamente reconocidos, ya que tenían que sentirse oficialmente vinculados con sus superiores y, a través de ellos, con el papa y con Dios.

El punto de partida de la redacción de las Constituciones quizás haya que situarlo en 1855, cuando Rúa hizo, el primero, su discutido voto. Desde entonces hasta 1874, en que fueron aprobadas, ¡qué de consultas, y de estudios, y de memorándums del pobre Don Bosco previniendo dificultades y rebatiendo objeciones! ¡No resulta fácil calcularlo!

Sólo entre 1859 y 1874 hubo por lo menos seis redacciones de las Constituciones o Reglas, y el texto de 1874 fue menester editarlo tres veces antes de ser definitivamente aceptado.

Don Bosco no era hombre que cediese a la primera en sus ideas; y, si cedía, milímetro a milímetro. He aquí (si no interpreto mal a Stella) algunas fases de la probable trayectoria de sus planes, explicables por la mucha oposición que encontraba y por tener que adaptarse a las sugerencias de los consultores romanos:

Primero: Plan propuesto a Pío IX en la audiencia de 1858: los Salesianos, simples ciudadanos de cara a la ley civil, y de cara a la Iglesia, con votos privados, pero de algún modo, con efecto público.

Segundo: Los Salesianos, simples ciudadanos ante la ley civil, y ante la Iglesia, cristianos con votos públicos, que cesan por legítima dispensa del propio superior o por el simple abandono de la Congregación.

Tercero: Los Salesianos, simples ciudadanos ante la ley, y ante la Iglesia, cristianos con votos públicos, temporales o perpetuos, a voluntad, fácilmente dispensables por el superior o el obispo.

... Ultimo, según quedó en las Constituciones definitivas de 1874: Los Salesianos ante la ley *conservarán el do-*

*minio radical de sus bienes*, de los que solamente podrán disponer con autorización de sus superiores, y ante la Iglesia serán prácticamente una congregación tridentina con los tres votos clásicos de pobreza, castidad y obediencia y obligación de vida común.

Don Bosco tuvo que ir cediendo en sus ideas acerca de los *Salesianos de cara al Estado y de cara a la Iglesia*. Eran tiempos aquellos de hipersensibilidad ante posibles abusos del clero y de reforzamiento de la autoridad episcopal. El parecer del arzobispo de Turín, Gastaldi, contó mucho en la última fase de la aprobación de las Constituciones, los primeros años de los setenta, por ser el obispo diocesano, y después en la obtención de la exención; y en aquellos tiempos, las relaciones entre Mons. Gastaldi y Don Bosco no eran precisamente óptimas... Y, por lo que toca a la posición de sus religiosos de cara al Estado, aceptar cualquier fórmula que significase entera sujeción a las leyes civiles suponía, por lo menos, un reconocimiento implícito del Gobierno italiano, que se había apoderado de los Estados pontificios: algo que la Iglesia no quería permitir. De otra parte, por entonces eran numerosas las congregaciones de reciente fundación que aspiraban a ser reconocidas pura y simplemente congregaciones tridentinas, cosa que no podía favorecer la aprobación de una congregación de tipo absolutamente nuevo. Poco a poco, pues, por obra de los adversarios y del derecho canónico, se fue operando, «no sin que se diesen momentos delicados y a veces dramáticos» (Stella), la inserción de la Congregación salesiana, de algún modo existente desde 1854, en las estructuras eclesiales.

Don Bosco, santo al fin de cuentas, se conformó. Y acabó por querer a su Congregación como lo había decidido la Iglesia. En las circunstancias vio los retoques que la Providencia hacía a sus propósitos, y cuando en sus últimos años hablaba de tan duro y largo asunto (repetimos que para Don Bosco fue muy doloroso todo aquel proceso), no se expresaba como quien añora o recrimina, sino simplemente como quien recuerda y expone los hechos.

Además de esos dos puntos, que más o menos hemos analizado, de los Salesianos de cara al Estado y de cara a la Iglesia, hubo otros tres más que también dieron mucho juego: el punto de los *salesianos externos*, el punto del *noviciado* y el punto de las *dimisorias*, o derecho a presentar a sujetos que aportase la Congregación para ser ordenados de sacerdotes.

La comisión romana que entendía en la aprobación de las Constituciones debió de saltar en sus asientos cuando en las de 1864 leyeron el siguiente artículo: «Cualquier persona, aun viviendo en el siglo, en su propia casa y en su propia familia, puede pertenecer a la Congregación». Aquello era aceptar la existencia de *irreligiosos externos*! Pues Don Bosco luchó de un modo u otro por esta idea hasta las Constituciones definitivas de 1874, y si al fin cedió, fue porque peligraba la aprobación de todas las Constituciones...

Don Bosco quería que sus futuros salesianos hiciesen el *noviciado* (eso sí, bien atendidos espiritual y moralmente) trabajando en las casas. Y acumulaba razones: su Congregación era una congregación de acción, de trabajo; ninguna manera mejor de hacer la prueba del noviciado que trabajando; él lo venía experimentando desde muchos años atrás y había obtenido magníficos resultados... El noviciado que por fin se aprobó fue el clásico noviciado de otras congregaciones.

Finalmente, en 1884 se consiguieron los *privilegios*. Suponían, entre otras cosas, la *exención* de la jurisdicción episcopal y el derecho a conceder *dimisorias*, es decir, a presentar sujetos de la propia Congregación para el sacerdocio; con lo que, en definitiva, la Congregación adquirió el rango de *exenta*, máxima categoría jurídica que podía pretender.

Digo que estos puntos (de los salesianos externos, del tipo de noviciado y de la exención) dieron también mucha guerra a lo largo del proceso para la aprobación de las Constituciones.

Hay que reconocer que en aquellas circunstancias era absolutamente inviable la totalidad del plan de Don Bosco; pero algunas de sus atrevidas innovaciones en lo tocante a la vida de los religiosos, con la mentalidad de

hoy se nos antojan geniales intuiciones. Y, en todo caso, los religiosos que fundó fueron, hasta cierto punto, un nuevo tipo de religiosos muy adaptados a los tiempos actuales.

### Características del salesiano ideal

Brevemente, *algunas* características del salesiano ideal... Deducidas no solamente de lo que dijo e hizo Don Bosco, sino también de lo que por aquellos tiempos escribieron otros del fenómeno salesiano; porque en los tiempos de Don Bosco hubo quien reflexionó sobre Don Bosco y sus hijos, como Leonori, Belasio, Du Bois, D'Espiney y el que después sería cardenal de Sevilla, Mons. Spínola. Tiene que resultar interesante conocer las características que en un principio se suponían en la Congregación salesiana y en el *salesiano ideal*. Expone-mos, pues, algunas.

La Congregación salesiana ha de reclutar sus elementos, fundamentalmente, en el estrato popular sano. En el siglo anterior, las vocaciones provenían principalmente de la nobleza y de la alta burguesía. A principios del siglo XIX escaseaban ya las vocaciones de ese origen y empezaban a dominar las que procedían de la clase media y de los pequeños terratenientes. Don Bosco, disintiendo completamente de Mons. Dupanloup, defendió que en unos tiempos de democracia, en que el pueblo tomaba papel tan importante, era conveniente que los sacerdotes dedicados al pueblo saliesen del pueblo mismo. Del pueblo había salido él y por los hijos del pueblo quemaba su vida. «Ha llegado el tiempo —escribió— en que... al pueblo le ha de evangelizar el pueblo. Los levitas habrán de ser buscados entre los martillos y las azadas. Así se cumplirán las palabras de David: 'Levanté al pobre de la tierra para colocarlo sobre el trono de los príncipes de su pueblo'»...

El beneficiario principal del apostolado del salesiano ha de ser el pueblo. El salesiano ha de hacerse pueblo con el pueblo: ha de marchar con él, ha de ayudarle a conseguir honestamente las ventajas de la civilización y del progreso (Belasio)...

El salesiano tiene que ser elemento de unión en medio de la sociedad. En medio de una sociedad tan cuar-

teada y dividida por razones políticas, sociales, etc., el salesiano ha de ser de aquellas fuerzas que tienden a superar el enfrentamiento político, la mentalidad de lucha de clases, el estado de ánimo de lucha y triunfos... Don Bosco tomaba partido por el humilde, sí; pero en el sentido humano y cristiano, no en el sentido estrictamente político. Nada más ajeno a Don Bosco que la lucha de clases. Lo suyo era precisamente la conciliación de las clases, y hay que tenerlo muy en cuenta al tratar de entender a sus salesianos y a sus cooperadores. A sus salesianos los quería insertos en el pueblo, pero de alguna manera en la sociedad entera y favoreciendo la armonía entre todos para que se produjera el progreso social en beneficio de todos. Belasio ve a los Salesianos influyendo en las diversas capas de la sociedad y determinando su compenetración, al modo de como Tertuliano veía a los primeros cristianos...

Si el pueblo es trabajador, el salesiano tenía que ser trabajador también, y un gran trabajador. A una sociedad que, por lo que fuese, se había formado la idea de que el *fraile*, el religioso, era una persona ociosa, había que oponerle el ejemplo moderno de un religioso en pleno trabajo y junto al necesitado que trabaja. Esos son los argumentos que entiende el pueblo, insiste mucho Don Bosco: «El día en que el salesiano muera de puro trabajo, será un día grande para la Congregación»...

La Congregación de los salesianos no tiene por qué ser una congregación contemplativa, sino de trabajadores; eso sí, el trabajo hay que convertirlo en oración. Las prácticas de piedad del salesiano son las mismas de los chicos, aumentadas cada día en un cuarto de hora de lectura y en media de meditación; cada mes, en dos conferencias y cuenta de conciencia, y cada año, en unos ejercicios algo más largos que los de los alumnos. Las reflexiones ascéticas de Don Bosco a los salesianos eran las mismas que hacía a sus alumnos; sólo que las motivaba más, porque ser religioso es estar comprometido con votos...

El salesiano tiene que ser austero; Don Bosco le dejó como lema a la Congregación: *Trabajo y templanza*. El era austero hasta lo increíble, porque así lo formaron en su niñez. Una vez, el canónigo Sarto, futuro San Pío X, fue convidado a su mesa, y al salir hubo de entrar en

una fonda para acabar de comer... Mamá Margarita lo formó tan austeramente en esto, que Wirth opina que fue exagerada; pero el caso es que mamá Margarita endureció a sus hijos para toda la vida. Pronto se dio cuenta el santo fundador de que sus hijos no podrían seguir su régimen y les amplió el menú. Pero ahí está el lema que les dejó: *Trabajo y templanza...*

El salesiano tiene que ser casto. Ha de amar entrañablemente a los niños, pero a todos por igual, y si no, a ninguno... Nadie amó más entrañablemente a los jóvenes que Don Bosco, pero nunca se permitió la más mínima libertad. Si a los chicos los quería ángeles, excusado es decir lo que pretendía de sus salesianos. El que no estuviese seguro en su castidad, que no profesara en su Congregación. Su Congregación no era una Congregación de penitentes, sino de educadores en perpetuo peligro junto a la juventud.

El salesiano ha de ser emprendedor. Se ha de atrever con lo que el deber le ponga delante. Emprendedor y polifacético, que es lo mismo que capaz de desempeñar con decisión papeles muy dispares; y de una disponibilidad absoluta; de ahí que insista tanto en la obediencia. Se ve a la legua que Don Bosco quería en sus hijos las cualidades que él mismo tenía...

Un colegio salesiano tenía que ser una familia. Vale la pena insistir más en esto. Ya dijimos que Don Bosco llamaba *casa* a la obra de Valdocco. La palabra tuvo fortuna: «El que se hace salesiano deja una casa y encuentra cien, deja un hermano y encuentra mil».

Etcétera. Creo que quedan apuntadas algunas de las principales características de la Congregación salesiana y del *salesiano ideal* tal como se las imaginaba en tiempos de Don Bosco. Hasta qué punto el *salesiano real* ha respondido a ese *salesiano ideal* a lo largo de más de cien años, es cosa que corresponde decir a la sociedad y a la historia.

Le daba Don Bosco tanta importancia a que el salesiano debe ser un trabajador por antonomasia a favor de los demás, que el fin de la Sociedad salesiana lo formuló en función de la caridad para con el prójimo. El fin de la Sociedad salesiana es, escribió una vez, «perfeccionarse a sí mismos, imitando a nuestro Salvador especialmente en el ejercicio de la caridad para con el pró-

jimo». «Don Bosco —dice Stella— no codifica el fin general de la Congregación salesiana en términos de ministerio, o de apostolado, o de misión, sino en términos de *ejercicio de caridad*, es decir, en clave de la virtud teológica que se manifiesta muy particularmente cuando se atiende al necesitado». Y en cuanto al elemento que ha de causar la unión de los hermanos en una vida común, en el concepto de Don Bosco no es algo que una desde fuera, con acción puramente jurídica, sino desde dentro. Se trata de un como tejido conjuntivo que se adhiere a cada uno y los interrelaciona a todos y que, flexiblemente, hace del todo un solo cuerpo. En fin, que ese elemento unificante no puede ser otra cosa que el amor. Y ello porque sus comunidades no tenían que ser pura yuxtaposición de individuos, sino verdaderas familias, y las familias verdaderas se unen desde dentro por el amor. Al respecto, él gustaba de evocar la unión de los primeros cristianos, que, porque se amaban, eran un solo corazón y un solo espíritu.

Tampoco Don Bosco es un teórico del estado religioso. Tampoco entra en cuestiones como la esencia de la vida religiosa y sus diferencias del estado laical. Lo suyo es, una vez más, la aplicación. Sus autores predilectos fueron San Alfonso y nuestro P. Rodríguez. Y sus ideas más repetidas o de las más repetidas, las expresadas por San Bernardo: en el estado religioso, el hombre vive con mayor pureza, cae más difícilmente; si cae, se levanta más pronto, procede con mayor cautela, cuenta con más ayudas y, al final, muere con más seguridades.

En conjunto, y desde otro punto de vista, creo que Don Bosco ofreció una versión más simplificada del estado de perfección, más hacedera, más fácil. Y las Constituciones de su Congregación resultaron, al fin y pese a todo, de las más sencillas de cuantas rigen las congregaciones tridentinas modernas.

### **Las Hijas de María Auxiliadora (Salesianas)**

Las Hijas de María Auxiliadora, las Salesianas, son la versión femenina del apostolado salesiano y de su espíritu. También las fundó Don Bosco. Pero cuando tenía ya muy adelantada su obra.

En Mornese, otro pueblo del Monferrato piamontés, allá por el 1847, empezó a ejercer su ministerio sacerdotal Don Domingo Pestarino. Celosísimo sacerdote, consiguió erradicar los restos de jansenismo y obtuvo de sus fieles una gran frecuencia de sacramentos. Entre las chicas fundó una especie de cofradía llamada Unión de las Hijas de María Inmaculada, para aquellas que se propusieran llevar una vida cristiana más ejemplar y dedicarse al servicio de la parroquia.

Bajo la dirección del celoso sacerdote, el grupo fue adquiriendo, a lo largo de los años cincuenta, una notable preocupación por la santificación personal y por el bien espiritual del prójimo, sobre todo de las niñas. Don Pestarino debió de conocer a Don Bosco hacia el año 1862; poco después visitaba el oratorio de Valdocco, y quedaba tan encantado, que pidió hacerse salesiano. En 1864, en la última gran excursión otoñal, Don Bosco pasó con sus muchachos por Mornese y tuvo ocasión de ponerse en contacto con aquellas chicas. Don Pestarino se hizo, efectivamente, salesiano, pero siguió ejerciendo su ministerio en aquella parroquia (¿era aquello un *salesiano externo*?), y, a través de él, Don Bosco empezó a influir en las Hijas de la Inmaculada de Mornese. Total, que en 1871, pues que se lo habían pedido muchas y muy importantes personas, Pío IX entre ellas, nuestro biografiado se decidió a hacer por las chicas lo que de tiempo venía haciendo por los chicos, y las *Hijas de la Inmaculada* de Mornese fueron el punto de partida.

Fue curiosa la conducta de Don Bosco en la fundación de las Salesianas. Raramente intervino en persona. La transformación de aquellas jóvenes, pertenecientes a una asociación piadosa de un pueblo, en verdaderas religiosas la hizo Don Bosco a través de Don Pestarino, el cual cumplía puntualmente sus consignas, y más adelante, a la muerte de Don Pestarino en 1874, las gobernó por medio de un *director general*, salesiano naturalmente. Sin embargo, pese a esa aparente ausencia de Don Bosco, a partir del momento en que se tomó la decisión de fundar la rama femenina, su influencia en el grupo de Mornese fue evidente a todas luces, y a él se debió el prodigioso desarrollo que adquirió en poco tiempo. Las salesianas que comenzaban fueron las primeras en darse cuenta de que el alma y la inspiración

del cambio era aquel Don Bosco de Turín con fama de santo. Por otra parte, si bien es cierto que las intervenciones de Don Bosco no ocurrieron muy frecuentemente, también lo es que fueron muy oportunas y muy eficaces, tanto de presencia como por escrito.

A Don Bosco le convenció aquel grupo de chicas. Supo apreciar desde el principio el enorme sacrificio que se imponían al arrostrar la oposición nacida de sus padres y de los habitantes de Mornese, que las preferían como antes: un grupo de mozas al servicio de los vecinos. Vio en ellas a las campesinas de su tierra, vigorosas, trabajadoras, alegres; y no trató de anular ninguna de sus cualidades nativas, sino simplemente de modelarlas en religioso, en estado de perfección. Las quiso como eran y además religiosas. Las veces que les hablaba, lo hacía con comparanzas y apólogos campesinos, amén de mucha unción espiritual.

Para la aprobación de las Reglas o Constituciones no juzgó necesario acudir a Roma, sino que las hizo aprobar por su gran amigo el obispo de Acqui. En la redacción se tuvieron en cuenta las Reglas de otras religiosas, pero eliminando *austeridades*, y en buena parte fueron calcadas de las Constituciones de los Salesianos.

Muy interesante: aquí pudo Don Bosco sacar a flote algunas de sus ideas en punto al tipo de religiosas que quería. Escribía a quien estaba elaborando el texto que lo que buscaba era fundar una congregación femenina en que *sus componentes fueran, de cara a la Iglesia, verdaderas religiosas; pero, de cara a la sociedad civil, libres ciudadanas*. Y, efectivamente, uno de los artículos quedó redactado así: «Las hermanas, al entrar en el Instituto, *conservan los derechos civiles aun después de haber hecho los votos*, mas no podrán administrar los bienes sino en los límites y modos fijados por el superior».

La fundación de las Salesianas es todo un *test* de la importancia de Don Bosco, o mejor, de la eficacia de los hombres de Dios. En poco tiempo, una cofradía de un pueblecito quedó convertida en una gran congregación. En cuanto él tomó cartas en el asunto, acudieron vocaciones a centenares. Solía hacer él mismo, sagazmente, una primera selección, y a las que daba por buenas las enviaba a Mornese. En 1876 (recuérdese que se dieron los primeros pasos en 1869 y que hasta 1872 no se

puede hablar propiamente de *Salesianas*) se fundaron, para empezar, seis comunidades nuevas a la vez. A la muerte de Don Bosco en 1888 tenían 50 casas, un centenar de novicias y casi 400 hermanas. A la vuelta de unos decenios, las Hijas de María Auxiliadora se convertirán en la segunda congregación femenina de la Iglesia. La primera superiora general y cofundadora, una mornesina no de mucha cultura, pero sí de mucha virtud y de un enorme talento práctico: María Mazzarello, proveniente del grupo de Don Pestarino; hoy, Santa María Mazzarello.

### **La tercera rama de la familia salesiana: los Cooperadores**

La tercera gran fundación de Don Bosco son los Cooperadores salesianos.

Desde los tiempos del Refugio se movían alrededor de Don Bosco buen número de personas (sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, ricos y no tan ricos), y algunas de ellas muy sacrificadas y generosas; de ahí que la idea de estructurarlas de alguna manera a todas surgiese en él muy pronto. Ya por el año 1850 parece que intentó algo en serio, pues al grupo de cuantos le ayudaban se atrevió a llamarlo en un sentido amplio, en una súplica a Pío IX, Congregación de San Francisco de Sales. Cuando por el 1864, ante las dificultades que le ponían en Roma, renunció a fundar un instituto secular, o algo parecido, partiendo de sus chicos, lo intentó de alguna manera con aquellos sus colaboradores seculares, imaginándolos formalmente relacionados con la Congregación que llevaba entre manos; y en las Constituciones de aquel año se sacó de la manga el increíble y famoso capítulo de los *salesianos externos*. Diez años estuvo luchando por este dichoso capítulo frente a la correspondiente comisión de la Congregación de Obispos y Regulares, e *in extremis* intentó salvarlo rogando que se admitiera como apéndice; pero al fin hubo de renunciar del todo. «Es una indebida mezcla de lo seglar y lo religioso», dictaminaron.

Cuando volvía de Roma en 1874 con las Constituciones de los Salesianos aprobadas y el fracaso del capítulo

de los *salesianos externos*, se agitaban en su mente mil ideas sobre el apostolado de sus bienhechores. Hasta entonces había fracasado, pero no era hombre, sabemos, que cesara tan fácilmente en sus planes: había que intentar algo nuevo. Dos años estuvo dándoles vueltas en su cabeza a nombres e ideas. ¿Se llamarían Unión de San Francisco de Sales, Asociados a la Congregación de San Francisco de Sales, Unión Cristiana?... ¿Serían una *tercera orden*? Pero las terceras órdenes tenían como fin principal la santificación de los socios, mientras que él pretendía una asociación de laicos que, como sus salesianos, buscasen su perfección, fundamentalmente, haciendo bien al prójimo. Al fin, de un conglomerado de ideas procedentes de los conceptos de salesiano externo, colaborador, bienhechor y tercera orden y del concepto de propagandista católico comprometido bajo la dependencia de la jerarquía salió la figura de *Cooperador salesiano*, cuyo reglamento fue redactado en 1876 y aprobado en el mismo año con un breve de Pío IX.

A diferencia de lo que ocurrió con las Hijas de María Auxiliadora, en cuya fundación y desarrollo actuó normalmente, como hemos dicho, por terceras personas, en lo tocante a la promoción de sus Cooperadores se comprometió personalmente y fue una de sus grandes empresas en los últimos años de su vida. En Italia, en España, en Francia, acudiría a grandes reuniones, meticolosamente preparadas, a dar conferencias a sus Cooperadores.

Según el reglamento de 1876, los Cooperadores salesianos suponen la Congregación salesiana, la cual les confiere una unidad indispensable. Su finalidad es luchar contra el mal, sobre todo ayudando a los salesianos: se ha de luchar al estilo de los primitivos cristianos. Hay que remover los males que puedan perjudicar a la juventud, hay que ayudar a los misioneros. Pero los Cooperadores, antes que nada, tienen que perfeccionarse a sí mismos y, en lo posible, practicar en su estado las virtudes de los religiosos. «Los Cooperadores han de conservar en el mundo el espíritu de la Congregación salesiana», añadirá el Capítulo general de 1877. Don Bosco les da normas prácticas para guiar y nutrir la vida espiritual: vida sencilla, conversaciones honestas, deberes de estado bien cumplidos, ejercicios espirituales

anuales, retiro mensual, frecuencia de sacramentos... Por lo demás, se deduce, las actividades de los Cooperadores en el mundo han de ser, en lo posible, análogas a las de los Salesianos: promover catequesis y ejercicios espirituales, buscar y sostener vocaciones sacerdotales y religiosas, difundir la buena prensa y, sobre todo, trabajar en favor de los jóvenes. Salesianos y Cooperadores, en el fondo, todos son salesianos, porque trabajan con los mismos fines, con los mismos métodos y a las órdenes del mismo superior (el superior mayor de los Salesianos es, por reglamento, el superior mayor de los Cooperadores). Unos Cooperadores se señalarán en un tipo de cooperación y otros en otra, pero, exactamente, no se identifica el cooperador con el simple bienhechor, aunque dar dinero sea una manera de cooperar... Así que Don Bosco tuvo ideas muy claras sobre el apostolado laical.

Pronto Don Bosco pudo conceder el diploma que los acreditaba como tales a millares de cooperadores. Se alistaron algunos de verdadero renombre, como César Cantú, el alemán Mehler, el conde de Chambord, pretendiente borbónico a la corona de Francia, etc. En España tenemos el caso sobresaliente de doña Dorotea de Chopitea, fundadora de las obras salesianas en Barcelona, que va camino de los altares.

En 1878 aparece el *Boletín Salesiano*. Su finalidad principal fue siempre mantener el contacto entre los cooperadores y la Congregación.

Muchos cooperadores actuaron desde el principio como auténticos *salesianos externos*, y Wirth opina que gracias a ellos, a la muerte de Don Bosco, «la acción apostólica de la modesta Congregación salesiana había quedado multiplicada por diez».

El concepto de cooperador fue un tanto empobrecido en algunas partes y casi quedó en *bienhechor*. Pero hoy ha sido debidamente depurado y puesto al día, y un buen número de laicos lo vive como lo concibió Don Bosco y de acuerdo con la doctrina del Vaticano II.

\* \* \*

La obra salesiana adquiere la máxima expansión en el año 1967, si tomamos como criterio el número de salesianos.

Algunos datos estadísticos referentes a este año:

*Congregación de San Francisco de Sales (Salesianos).*—Naciones en que trabajaban: 65. Inspectorías (provincias): 73. Casas o institutos: 1.413. Profesos y novicios: 22.810. Alumnos (estudiantes, artesanos, oratorianos): 670.428.

*Hijas de María Auxiliadora (Salesianas).*—Naciones en que trabajaban: 56. Inspectorías (provincias): 57. Casas o institutos: 1.473. Profesas y novicias: 18.625. Alumnas: 581.351.

A mediados de este siglo, la Congregación de los Salesianos avanzaba de una manera realmente sorprendente. Piénsese que en el decenio 1953-1963 se abrieron un promedio de unas 40 obras nuevas (casas o parroquias) por año, lo que da más de dos obras por cada tres semanas. En cuanto a España, en 1967 había siete noviciados, con un total de 336 novicios; y siete filosofados y tres teologados, que daban, juntamente con los jóvenes salesianos del *trienio práctico*, una totalidad de 1.243 profesos camino del sacerdocio.

Pero la crisis que ha alcanzado a la Iglesia alcanzó a la Congregación salesiana en plena expansión. El frenazo ha sido áspero y doloroso. Según estadísticas correspondientes a 1979, el número de salesianos y novicios ha descendido a 17.267. Los Capítulos generales de 1971 y 1978 han sido una profunda reflexión para estudiar las causas y buscar los remedios, y, gracias a Dios, la crisis se va superando.

En las Hijas de María Auxiliadora no se ha notado tanto la crisis.

En el árbol salesiano hay también otras ramas. Una docena de congregaciones y asociaciones fundadas por obispos y misioneros salesianos. Algunas de verdadera importancia, como las Hijas de los Sagrados Corazones, en Colombia, con más de 350 hermanas, o los Oblatos de Cristo, dedicados a los emigrantes polacos, con más de 200 sacerdotes. Una asociación en pleno auge en estos momentos la constituyen las Voluntarias de Don Bosco, instituto secular con más de 700 asociadas, que pretenden hacer realidad entre las mujeres la idea que tuvo Don Bosco del *salesiano externo*.

## VIII. COMPLETANDO

Habida cuenta de la magnitud de la figura de Don Bosco y de la limitación que nos impone la índole popular de este trabajo, y que nos hemos empeñado en presentar a nuestro biografiado por épocas y aspectos parciales, corremos el riesgo de olvidar facetas importantes concernientes a la totalidad de su vida y su persona. Con este capítulo, más largo de lo que quisiéramos y un poco desordenado por su propia naturaleza, intentamos obviar en lo posible esos inconvenientes. Concretemos, pues, algo más la imagen humana del sacerdote turinés antes de entrar en las últimas fases de su vida y en el estudio somero de su espiritualidad.

### **Don Bosco tenía humor**

Efectivamente tenía buen humor Don Bosco. Sabía sonreír y hacer sonreír. Llegado el caso, ponía sal en su conversación y en su acción.

Buen conversador, en su diálogo destellaba la agudeza. Su memoria portentosa le permitía guardar y traer a cuento regocijantes anécdotas oídas, leídas y vividas. Era un humor el suyo optimista, tempestivo, clerical; ni en su última enfermedad le abandonó.

Y no sólo tenía gracia en la conversación, sino además, digo, en la acción. Cuando el primer gran registro en los años sesenta, como por sueños o por lo que fuese supiese con antelación que se lo iban a practicar, retiró cuidadosamente todo lo que le pudiese comprometer, pero dejó muy cerrado en un armario un envoltorio misterioso. Cuando llegaron hasta él los municipales del registro, después de muchas horas de infructuosa búsqueda tuvieron aquella alegría. Pues eran todas las facturas pendientes de pago... Y las diabluras que hizo al

inocentón del Sr. Cumino con sus juegos de manos en los años de Chieri, él mismo las cuenta en su *Autobiografía*.

### **Carta al tribunal calificador**

Don Bosco tenía una fuerza tremenda, y, llegado el caso, la utilizaba: más de cuatro malandrines quisieron echarle mano, y se arrepintieron. Y, además de fuerza, una gran presencia de ánimo. Situaciones imprevistas y difíciles las supo resolver con una limpieza de película: con una silla, con una amenaza, levantando con fuerza la voz, sustrayendo el arma con habilidad al asesino. De esta su fuerza física se cuentan muchas anécdotas, y, con todo, aunque menos conocida, tal vez sea superior su valentía moral.

En el primer registro, por ejemplo, del que se habló en su debido lugar, mantuvo a la puerta del oratorio de Valdocco a tres abogados de los ministerios y a los correspondientes guardias. Era aquélla su casa, y no entrarían mientras no se presentase orden formal de registro. Y no entraron hasta que la trajeron. Sabía sus derechos de ciudadano, y los invocó siempre que fue preciso. El «apelo a César» de San Pablo, de un modo u otro, se dio muchas veces en Don Bosco.

Al final del tomo 402 de la BAC se puede leer una interesantísima carta de Don Bosco a los organizadores de la Exposición Nacional de Turín, en la que, dijimos, se le había concedido un pabellón para que presentase su labor tipográfica. Pero resulta que por triquiñuelas burocráticas o prevenciones anticlericales no le concedieron el galardón que esperaba. Sin pérdida de tiempo escribía una carta al tribunal calificador en la que, después de enumerar sus méritos en el campo de la tipografía, añadía: «Los motivos expuestos me parecen suficientes para llamar la atención de ese tribunal calificador e inducirlo a un premio no inferior a los que se concedieron a otros expositores cuya producción en cantidad y calidad está por debajo de la mía... Ruego, por tanto, al distinguido tribunal que, valiéndose del jurado de revisión, trate de llegar a un fallo más conforme con el verdadero mérito de los trabajos a los que

acabo de referirme... Espero que se tendrán en cuenta estas observaciones. De lo contrario, renuncio desde ahora a cualquier premio y certificado y pido que ese tribunal curse las correspondientes órdenes al objeto de que no consten en absoluto en la relación destinada a la prensa ni el fallo, ni el premio, ni noticia siquiera de certificado alguno...»

Don Bosco dio muchas lecciones de humildad y mansedumbre, pero también de entereza. «¡Don Bosco es siempre sacerdote!», le recordó el primer ministro Lanza la primera vez que se reunieron para tratar de la provisión de diócesis.

### Las fotografías de Don Bosco

Poseemos muchísimos datos sobre el físico de Don Bosco. Por lo pronto, una descripción oficial de su cuerpo. Efectivamente, leemos en el pasaporte que se sacó para trasladarse a Milán en 1850: *Edad*: treinta y cinco años; *estatura*: 65 pulgadas; *cabellos*: castaño-oscuros; *frente*: mediana; *cejas*: de color castaño; *ojos*: ídem; *rostro*: oval; *tez*: morena...

Pero los mejores datos son, creo yo, los que nos suministran las fotografías. Daguerre ya tenía inventada la primera máquina fotográfica desde 1839. Debe de ser Don Bosco de los primeros santos fotografiados, si es que no el primero. Se conservan muchas fotografías suyas. Sin duda, son muchas más las que se han perdido, porque al final de su vida se le fotografiaba implacablemente. En sus últimos años, algunas de sus fotografías circularon, a modo de estampas, en grandes cantidades.

Parece que en un principio, cura joven todavía, se resistía a posar. ¡Aquello sabía entonces a vanidad por lo visto! Pero al final de su vida dejó hacer. La primera fotografía que se conserva es, a mi entender, una auténtica desgracia. Parece que ha visto al lobo. Y no es propiamente una fotografía, sino un malísimo dibujo a lápiz de su primera fotografía. No sabemos qué dijo de ella, pero seguramente nada bueno, porque en otra ocasión advirtió al fotógrafo que lo sacase guapo, pues no quería exponerse a perder sus amistades...

Hay magníficas fotografías individuales, pero abundan más sus fotografías en grupo. Y no pocas de las que aparecen como individuales proceden de grupos. Ponía dificultades si le querían fotografiar sin chicos.

Sin duda, la fotografía más bella es la que obtuvieron en Martí Codolar (Barcelona) el 3 de mayo de 1886. A distancia media, más de cuarenta figuras (hombres, mujeres, niños). El único natural y sencillo allí, él: todo bondad, presidiendo, sentado, en manteo español. Los demás del grupo, todos y cada uno —todos y cada uno de los niños también, alguno de una ingenuidad encantadora—, se nota que han sido sorprendidos en una actitud de tensión misteriosa... ¡Algo portentoso! La técnica fotográfica captó allí la impresión que produce la cercanía de la santidad.

La fotografía que encabeza el presente volumen es poco vista, pero muy expresiva también. Con bonete español y también sacada en Barcelona por aquellas fechas. Se ve al cura piamontés de pueblo, de manos labradoras, enjuto y fuerte a un tiempo, y dulcemente derribado en un sillón al final de sus días tras casi setenta años de duro bregar.

Don Bosco fotografiado de pie decepciona más bien. Resulta poca cosa. Además de no ser alto, no es nada corpulento. Pero sus fotografías de medio cuerpo impresionan verdaderamente...

Tal vez sea éste el sitio más a propósito para consignar dos cualidades tuyas muy ponderadas por todos los biógrafos: una gran calma y unos ojos vivísimos y penetrantes. La calma era adquirida, pues tenía, más bien, un temperamento bilioso, y en ocasiones se le notó que esa su calma le costaba mucho; pero la alcanzó de joven y la mantuvo a lo largo de su vida. Hablaba despacio. No contestaba sino tras una pausa. Las noticias más alegres y más desagradables las recibía imperturbablemente, lo que no quita que en su momento no se expresase y condujese con energía. En los últimos años, esa calma de Don Bosco alcanzó una maduración y una perfección últimas. Las cámaras fotográficas la captan juntamente con su santidad y su bondad.

En cuanto a su mirada, era amable y temible. «Es que perfora», comentó alguien.

## Un trabajador terrible

Los salesianos, según Don Bosco, tienen que ser unos grandes trabajadores. Entre otras razones porque él lo fue.

Desde luego, si algo se deduce hasta ahora de esta obrita, es eso, que Don Bosco tuvo que ser un terrible trabajador. Pero como este aspecto fue de lo más característico de su persona, por fuerza hay que decir algo expresamente.

Agustín Auffray, en su libro *Un grande educador: San Juan Bosco*, dedica una veintena de páginas a reconstruir un día-tipo de un Don Bosco con sesenta años recién cumplidos. Es una jornada durísima la suya, que empieza a las cuatro y media de la madrugada y termina a las once y media de la noche. Y ya no eran edades aquellas en que pudiese dedicar cada semana una o dos noches enteras a escribir; entre otras cosas, porque se le impedía su vista debilitada. Según Auffray, cien ocupaciones diferentes llenaban un día de Don Bosco: confeccionar niños, responder cartas, atender consultas de sus hijos, recibir audiencia tras audiencia y, a veces, ocuparse en asuntos tan importantes como la redacción del documento: *Urgentes problemas que sólo puede resolver el vicario de Cristo*, que él mismo ha de entregar al papa.

Las confesiones, si eran víspera de fiesta, solían ocuparle diez, doce y hasta dieciocho horas, y, en cuanto a cartas, durante mucho tiempo contestó un promedio de 250 diarias. Y todo sin tomarse un día de descanso: «No se recuerda que haya hecho un día de vacaciones en su vida», declararon en el proceso de canonización. Así de trabajador era Don Bosco.

Pero se ve mejor el trabajo inmenso que desarrolló cuando se observa su vida globalmente. «Da la impresión —afirma Caviglia, uno de los más inteligentes estudiosos del Santo— que en él están trabajando muchas personas a la vez: el educador y el pedagogo, el padre de huérfanos y el acogedor de niños abandonados, el fundador de grandes congregaciones religiosas y el propagador de la devoción a María Auxiliadora, el estructurador de uniones laicales en todo el mundo y el suscitador de la caridad activa, el promotor de las misiones en tierras lejanas y el escritor popular de libros

morales y apologías religiosas, el creador de talleres cristianos y colecciones de libros y el hombre de la beneficencia religiosa y de los negocios humanos de público interés...; y todas estas grandes obras funcionan al mismo tiempo y prosperan, como si cada una tuviese al frente de ella una persona nacida para ella y enteramente dedicada a ella...»

Al morir —basta hojear los periódicos de uno y otro color—, amigos y enemigos quedaron pasmados de lo que había hecho aquel hombre: «Su obra ha sido prodigiosa» (*L'Illustrazione Popolare*); «gigantesca» (*La Patrie*); «enorme», «en máximo grado» (*La Perseveranza*); «fenomenal», «colosal» (*La Farfulla*, el periódico satírico de Roma que tantas veces se metió con Don Bosco)... Pío XI dirá en 1933 que la que desarrolló Don Bosco fue una «actividad de cíclope».

En fin, si algo no se le niega a Don Bosco, es que fue un gran trabajador. Y no simplemente un gran trabajador, sino un gran hombre de empresa. He leído no sé dónde que Santa Teresa era *agresiva*, y tómese el vocablo en su acepción latina original, sin las connotaciones peyorativas que le endosa el diccionario castellano. Pues Don Bosco también: salía de una empresa y se metía en dos.

Tome buena nota el lector de este aspecto de nuestro biografiado.

### De algunos personajes de nuestro libro y dos anécdotas históricas importantes

Luis Comollo murió siendo seminarista en Chieri, en 1839. Era el gran amigo de Don Bosco desde 1834. El primer libro escrito por Don Bosco fue su biografía.

Antonio, el hermanastro, murió en 1849, y José, el hermano, en 1862. Los dos dejaron numerosa descendencia. Por cierto, ningún sobrino o sobrina carnal de Don Bosco se hizo salesiano o salesiana, y lo lamentó él alguna vez: *le hubiera gustado tener entre sus hijos a alguien de su apellido y de su familia*. Eso sí, fueron salesianas tres nietas de José.

Don Cafasso murió en 1860. Don Bosco pronunció y publicó dos oraciones fúnebres en su honor. De ellas se

deduce lo mucho que le apreciaba y lo mucho que le agradecía cuanto le había ayudado en lo espiritual y material.

Monseñor Fransoni murió exactamente en 1862. Desterrado en Lyon. Siempre tuvo fe y confianza en Don Bosco.

La marquesa de Barolo murió en 1864. Mantuvo una amenaza que hizo el día de la ruptura: no entregar en adelante un céntimo a Don Bosco. Dado su carácter, eso era de esperar. Pero, buena mujer al cabo, le hacía llegar sus generosas limosnas por otros conductos: por el teólogo Borel, por Don Cafasso. Está introducida su causa de canonización.

El teólogo Borel, en 1873. Fue en espíritu un auténtico salesiano externo. El día en que Don Bosco volvió de Roma con el decreto de aprobación de la Congregación salesiana, enfermo y todo, se levantó para ir al Oratorio y oír la noticia de labios del propio Don Bosco. Una lápida en la Casa Madre da testimonio de la gratitud de los salesianos al P. *Piccolo*, gran bienhechor de la Congregación en sus orígenes.

Víctor Alasonatti. Un hombre importante, al que sólo hemos aludido una vez de pasada. Entró de sacerdote en 1854, en el oratorio de Valdocco, y murió en 1865. Fue, pues, de los primeros salesianos. Si se calcula que Don Rúa no se ordenó de presbítero hasta 1860 y que ningún otro clérigo había sido hasta entonces ordenado, puede deducirse lo que supuso Don Alasonatti para Don Bosco en el primer internado. Era sencillo, sacrificado, espiritual. Se hizo cargo, durante tan difíciles años, de la contabilidad y de la disciplina de aquel pequeño mundo.

Mamá Margarita murió en 1856. Una anécdota más de la incomparable mujer. Don Bosco, que conocía muy bien a su madre, en cuanto pudo, en los terrenos adquiridos junto a la Casa Pinardi le acotó un rectángulo para que lo plantara de coles, patatas, lechugas, escarolas, etcétera. ¡*El huerto de mamá Margarita!*... Pero por el año 1849, cuando había clima de guerra contra Austria y también los chicos de Don Bosco reñían batallas en cualquier parte, el *huerto de mamá Margarita* fue frente una vez y no quedó hortaliza de provecho. Lo tomó tan a mal la campesina de I Becchi, que, mascullando pala-

bras en piamontés, se presentó a su hijo y le comunicó, sin más, que se volvía a casa. Don Bosco le mostró con la mano el crucifijo, y no hizo falta más... La noche en que agonizaba, madre e hijo padecían indeciblemente al ver el uno el sufrimiento del otro. Don Bosco —se lo pidió ella— hubo de salir de la habitación. No tuvo valor para ver morir a su madre.

Dos anécdotas importantes.

Primera: al final de septiembre de 1870, después de la toma de Roma por las tropas de Víctor Manuel II, Pío IX, aconsejado por gran parte de la corte pontificia, se disponía a abandonar definitivamente la Ciudad Eterna. Pero no quiso hacerlo sin saber antes el parecer de Don Bosco. Y desistió ante la respuesta del Santo, que fue ésta: «El centinela, el ángel de Israel, se quede en su sitio y guarde la roca de Dios y el arca santa». El cardenal Cagliero afirmó varias veces haber sido él quien transcribió la respuesta y la remitió al Santo Padre.

Segunda, relativa a un período del que se hablará algo más adelante: Pío IX morirá el 7 de febrero de 1878 y León XIII será elegido el 20 del mismo mes. Para la celebración del conclave había que asegurarse de la no injerencia del Gobierno italiano y de que respondería del orden público en la plaza de San Pedro. De no comprometerse a ello formalmente, el colegio cardenalicio se reuniría en Viena, o en Venecia, o en Aviñón, o en cualquier otra ciudad... Fue Don Bosco, que estaba entonces en Roma, el encargado de conectar con el Gobierno y de obtener del ministro Crispi las correspondientes promesas.

No hemos hablado expresamente de la devoción de Don Bosco al papa de Roma, porque se infiere también de toda su vida. El servicio al papa y a la Iglesia fue uno de sus grandes principios. La Congregación había sido fundada para estar al servicio de la Iglesia y del papa. ¡*Lo que diga el papa!* Los Salesianos tienen que aceptar en todo momento el parecer y el juicio del papa aun como autor privado... Por otra parte, tanto Pío IX como León XIII tuvieron para con Don Bosco delicadezas inenarrables, y de hecho, si se aprobaron las Constituciones y se obtuvo la *exención*, fue porque en el mo-

mento decisivo se produjo la intervención de Pío IX primero y de León XIII después.

Tampoco hemos dicho casi nada de la Obra de María Auxiliadora, pues fue una obra de Don Bosco a favor de las vocaciones sacerdotales adultas. Consistía en reunir en condiciones especiales y facilitar estudios rápidos a los que tardíamente pensaban en el sacerdocio. La promoción de esta obra, juntamente con la de los Co-operadores, le ocupó a Don Bosco una buena parte de sus últimos años. Por ese camino llevó al sacerdocio a no pocos jóvenes. Entre ellos, a Miguel Unia, heroico apóstol de los leprosos en Colombia, y a Felipe Rinaldi, que sería su tercer sucesor al frente de la Congregación salesiana.

### Más sobre el primer grupo de salesianos

Por formación, el primer grupo de salesianos fue de una homogeneidad insuperable. Y Don Bosco fue el primero en ponerlo de relieve y en destacar sus ventajas. Todos se conocían desde pequeños, y se trataban de *tú*; todos, prácticamente, habían crecido en el primer internado de Valdocco; todos habían sido alumnos de Don Bosco; de todos había sido director, confesor y padre espiritual; había intervenido en la orientación vocacional de todos, y a todos había ganado con su delicadeza, su confianza y sus predilecciones, hasta tal punto que cada uno tenía una secreta razón para creerse, posiblemente, el predilecto entre todos. La *vieja guardia* de Don Bosco era totalmente suya por el origen y por el afecto. Una escisión como la ocurrida al principio de otras órdenes religiosas, fue entre los Salesianos absolutamente impensable, o una sustitución del fundador como superior general. Cuando Don Bosco murió era el superior absolutamente indiscutido e inmensamente amado. Y la solidez que todo ello supuso en la primera generación produjo la solidez de la generación inmediata. Si se filosofa sobre la expansión prodigiosa de la Congregación salesiana, habrá de darse la debida importancia a esta cohesión original.

Y, sin embargo, Don Bosco no atropelló, ni mucho menos, la personalidad nativa de sus primeros hijos

abusando del aprecio que le tenían. El, que tanto influyó en ellos, no se fabricó un troquel para hacerlos a todos iguales; los sacó a todos diferentes. Tenían un denominador común (*salesianos*); pero, por lo demás, cada uno fue siempre cada uno. Don Lasagna, Don Costamagna, Don Berto, Don Viglietti... ¡Qué iguales, salesianamente hablando, y qué diferentes! Y si nos fijamos más concretamente en los tres primeros entre todos los primeros, ¡qué tres tipos tan distintos!: Don Rúa, la ascética; Don Cagliero, el impulso; Don Francesia, la ingenuidad y el romanticismo. Don Bosco los tomó a todos como eran, los retocó un tanto en su modo de ser, les infundió su espíritu y los hizo piedras angulares de su Congregación.

Por necesidad, Don Bosco cargó a sus primeros salesianos de responsabilidades desde muy jóvenes. Don Rúa hubo de ponerse al frente del Oratorio de San Luis a los diecisiete años; muchos fueron directores de colegios antes de los treinta, y, por lo general, con resultados muy positivos; y, cuando hubieron de llevarse a la práctica las Constituciones en la formación del primer Consejo Generalicio, Don Bosco se vio en la precisión de pedir dispensa al papa, porque sólo alguno de sus hijos había cumplido los treinta y cinco años exigidos; y, pese a ello, Don Bosco contó desde el principio con un Consejo verdaderamente eficaz. Por cierto que, al conceder la dispensa para aquellos consejeros por falta de edad, comentó Pío IX con una sonrisa: «He ahí una deficiencia que arregla el tiempo».

Pero insisto: Don Bosco respetaba a sus hijos y sus opiniones sin aprovecharse del amor filial que le profesaban. En las *Memorias biográficas* encontramos afirmaciones como éstas: «Don Bosco, después de dar a los clérigos [en el primer internado] normas generales, les dejaba en libertad de buscar los medios... para que se acostumbrasen a obrar por sí mismos» (MB 5,39; 12,54). «No ataba precisamente las manos a sus subalternos..., sino que les dejaba mucha libertad de acción, dentro, naturalmente, de lo dispuesto por las Constituciones y las directrices generales que les daba» (MB 11,201). Y a la hora de dar el voto en Consejo Generalicio, lo hacían con toda libertad. Hasta se dio

más de una vez que Don Bosco presentara una proposición y votaran todos en contra.

### El «piamontismo» de Don Bosco

Don Bosco quería a su Piamonte; con sus gentes, sus valles y sus montañas. Y a la Casa de Saboya, que concentraba la historia de su Piamonte, y que, a pesar de todos los pesares, acabó por convertirse, como él dio a entender en más de una ocasión, en el elemento más seguro y de fiar de la nueva Italia. Hablaba un piamontés delicioso: su *Autobiografía* y muchas de sus cartas —literatura íntima no destinada a la imprenta— están plagadas de intencionados piamontismos; su *figlioli*, que se le escapaba constantemente al dirigirse a sus salesianos y a sus chicos, no es sino el *fieu* piamontés italianizado.

Teresio Bosco (que nada tiene que ver con nuestro biografiado) y Henri Bosco (escritor francés y pariente lejano de nuestro biografiado) hacen un estudio de su carácter, contrastándolo con la psicología típicamente piamontesa. El piamontés es lento en pensar y responder; lo suyo no es la llamarada repentina; pero, en contrapartida, soporta largamente sin lamentos y posee la capacidad de resistir. El piamontés es sólido y fuerte. Ha nacido *positivo*. Es corajudo, pero sin la temeridad de las cabezas alocadas...

Don Bosco es tal vez el más santo de los piamonteses y el más piamontés de los santos. Y, acaso, el más piamontés de los piamonteses. Pero es el suyo un piamontismo ingenuo, políticamente inofensivo: amor puro a la patria chica.

Gran parte de las fórmulas clásicas de la piedad piamontesa pasaron a la Congregación salesiana y en ella estuvieron vigentes durante casi un siglo. Sería interesante estudiar la influencia de lo piamontés en lo salesiano. A mi juicio, la Congregación salesiana, antes que italiana, es piamontesa.

## «Bonario», «furbo» y hábil

De las infinitas anécdotas que traen las *Memorias biográficas* se infiere que Don Bosco era un tanto *bonachón*. A lo Juan XXIII. Pero tomando lo bueno de esta palabra y dejando lo malo. *Bonario* dicen los italianos, aunque para ellos el vocablo es claramente adjetivo. «Si me las hacéis pequeñas, no os las tomo en cuenta; y, si grandes, os las perdono», decía a sus chicos. Un periódico francés le llamaba *l'abbé Bonhomme*. Esa *bonhomía* se resolvió en una gran bondad en el último tercio de su vida.

Pero, un tanto *bonachón* y todo, era muy inteligente, lo que se dice humanamente *listo*... *Furbo* en italiano. De un golpe de vista se hacía cargo de las personas y de las cosas.

Y, amén de *bonario* y *furbo*, era hábil. Humanamente muy hábil, hablando de tejas abajo. Tenía, según parece y veremos, sus recursos sobrenaturales; pero, por lo que toca a los humanos, los utilizaba a fondo hasta donde le permitía su conciencia. Una de las grandes objeciones en su causa de canonización fue ésta: «Para lograr sus objetivos, Don Bosco se apoyaba mucho en su propia sagacidad, en su iniciativa y su actividad; y utilizaba a fondo todos los medios humanos. Más que apoyarse en Dios, se apoyaba...»

Se daba cuenta, por poner un ejemplo, de que ciertas personas son muy amantes de los títulos honoríficos. ¿Y acaso no premiaba el papa con los pontificios a grandes bienhechores? Pues pactó con el maestro de obras que estaba levantando la gran iglesia de San Juan Evangelista en Turín (una de tantísimas cosas que nos hemos tenido que saltar a lo largo de esta nuestra historia) que, si le ponía gratis todo el pavimento, en mosaico pompeyano, él le obtendría del Santo Padre el título de *cavaliere*. Y los dos cumplieron.

Respetando las leyes, apuraba todas sus posibilidades. Y sabía tratar a los hombres. ¡Tenía don de gentes! En general, se entendió muy bien con las primeras autoridades; con los monarcas reinantes y con ministros como Cavour, Rattazzi, Farini, Lanza, Crispi, etc. Las persecuciones y registros le vinieron a Don Bosco más

bien de personalidades de segundo orden que tal vez siguieran consignas sectarias.

Se ha escrito sobre *La mano izquierda de Dios*. Don Bosco también tenía dos manos.

Cuando manda sus hijos a América, de una manera presenta la empresa a las Congregaciones romanas, de otra a los argentinos y de otra a sus hijos y a sus bienhechores. No iba a hablar de *misiones* a la curia romana, cuando en la Argentina había diócesis y jerarquía perfectamente organizadas. Ni iba a decirles a los argentinos que se proponía convertirlos y civilizarlos. Pero, por otra parte, la palabra *misiones* suscitaba grandes generosidades en sus cooperadores y en sus salesianos; y, después de todo, había allí patagones que civilizar y convertir...

Y en lo de la aprobación de la Congregación y de las Constituciones y en lo de la obtención de la *exención*, hoy se estudian con interés las diversas *opciones* que fue haciendo Don Bosco sobre la marcha. De haberse agarrado tozudamente a la figura del *salesiano externo*, no habrían aprobado la Congregación hasta mediados de este siglo, cuando se abrió jurídicamente el camino a los *institutos seculares*. De haber insistido en la fórmula de los *derechos civiles*, no habría obtenido otra cosa para ella que la categoría de *asociación piadosa*. Y si hubiese propuesto a sus clérigos antes de tiempo su obra como algo independiente del clero diocesano, sólo le habrían seguido unos pocos. Pero, por otra parte, de no haber conseguido la *exención*, su institución habría quedado reducida a un conjunto de entidades diocesanas más o menos diferenciadas y sin unidad suficiente para expandirse como se expandió por toda la Iglesia. En lo que convenía ceder, cedía; pero, si había que perseverar, perseveraba hasta el heroísmo.

Su conducta en los años sesenta, en que defendió los derechos territoriales del papa y consiguió, por otra parte, cierto buen entendimiento con el Gobierno, fue de una habilidad suprema. De ahí que fuese el hombre más indicado de Italia para poner en contacto a aquellos dos poderes.

Ya desde niño dio muestras de esa su habilidad. Al ver que, por más que le daba a la mancha de aceite, no desaparecía, labró a conciencia la vara y, saliendo al

encuentro de su madre, se la puso en las manos para desarmarla.

Pero no quisiera que el lector quedase escandalizado. Toda su inmensa habilidad humana supo utilizarla... a lo santo.

### **Por si no se aclara el lector...**

Temo que alguien no acabe de aclararse sobre la verdadera situación jurídica de Don Bosco y sobre la palabra *clérigos*.

Canónicamente, Don Bosco, hasta los años setenta, fue, simplemente, un cura diocesano; Mons. Fransoni, cuando los sucesos del 48, cerró el seminario por desviación ideológica de muchos seminaristas, y los que perseveraron se refugiaron en varios puntos, en el oratorio de Valdocco, entre otros. Si uno de los chicos de Don Bosco quería ser sacerdote, vestía la sotana como si fuese un seminarista y pasaba a llamarse *clérigo*. Pues bien: a base de *algunos* de estos seminaristas suyos Don Bosco fundó la Congregación salesiana. *Algunos otros*, en cambio, fueron, efectivamente, sacerdotes diocesanos. Y los *clérigos de Don Bosco* acudieron durante muchos años a las clases que durante el día se daban en el seminario como simples seminaristas. Cierta independencia del obispo no se conseguiría hasta los años setenta; y totalmente, hasta 1884, en que se obtuvo de Roma la *exención*.

### **Las «palabritas al oído» y las «buenas noches», dos recursos pedagógicos de Don Bosco**

Tenemos que decir algo *ex professo* de estos dos recursos pedagógicos de Don Bosco.

#### *Las palabritas al oído...*

«Me servía de aquellos recursos —explica en su *Autobiografía*— para buscar la ocasión de insinuar a mis muchachos pensamientos espirituales e invitarles a fre-

cuentar los sacramentos. A unos, con una palabrita al oído les recomendaba más obediencia, más puntualidad...» En los *Consejos a los directores* pone todo un repertorio de estas palabritas o frases. De esa manera llegaba —y quería que se llegase— al individuo en medio de la masa. Don Lemoyne, por su cuenta, se hizo con toda una colección de *palabritas* de Don Bosco.

### Las buenas noches...

Las *inventó* mamá Margarita con uno de los primeros internos de la Casa Pinardi al hacerle un sermoncito, antes de mandarlo a dormir, «sobre la necesidad del trabajo, la honradez y la religión». Don Bosco vio en seguida las infinitas posibilidades pedagógicas del recurso y lo perfeccionó e institucionalizó. Siempre acababa el día de Valdocco en *buenas noches*. Y convenía que todos los colegios salesianos acabasen también en *buenas noches* su jornada. ¡Las *buenas noches* de Don Bosco! «Hechas de realidad —las describe Braidó—, de narraciones, de sueños, de ejemplos, de profecías, de noticias y exhortaciones morales, y hasta de alguna que otra reconvencción si lo exigían las circunstancias». Las *buenas noches* fueron, hasta que murió, la conferencia de prensa diaria de Don Bosco; a veces, con diálogo y todo. Las *buenas noches*, durante más de un siglo, han sido la conferencia de prensa diaria del director del colegio salesiano a su personal y a su alumnado. ¡Donde el director se hacía definitivamente con la casa era en las *buenas noches*! «Son un medio potente de persuasión», dejó escrito él. «La llave maestra de la casa».

Es todo un arte *dar* bien las *buenas noches*. Yo las creo todo un género literario. En el índice de las *Memorias biográficas* se encuentran 294 llamadas a *buenas noches* de Don Bosco; bastantes de ellas se conservan enteras<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Se puede hablar en las *buenas noches* de cualquier cosa, en cualquier tono y hasta con humor, siempre y cuando se extraiga alguna consecuencia formativa. Aunque el tema de un día puede no tener nada que ver con el tema del día anterior y del día siguiente, el conjunto de temas, a la postre, acaba por presentar cierta trabazón. Es este recurso expresivo de grandes posibilidades estéticas, amén de sus posibilidades pedagógicas. En nuestros libros *Filósofa, que algo queda* (Bilbao 1980) y *Existo, luego pienso* (Bilbao 1976) hemos intentado dar categoría literaria a las *buenas noches*.

## Don Bosco y los periódicos

Mejor, *Don Bosco en los periódicos*. Una monografía por escribir. Se ocuparon mucho de Don Bosco los periódicos. Ya que no largos párrafos, y menos largos artículos, insertemos una entrevista que le hizo el reportero del *Journal de Rome*, y que fue publicada el 25 de abril de 1884. No sé por qué, un Don Bosco periodísticamente entrevistado se aproxima mucho a nosotros. El género *entrevista* había sido inventado en 1859 por el americano Horacio Greely.

*Pregunta.*—¿Por qué milagro ha podido usted fundar tantas casas en países del mundo tan diversos?

*Respuesta.*—He podido hacer todo lo que esperaba. Pero ni yo mismo sé cómo. Ha sido la Santísima Virgen, que conoce las necesidades de nuestros tiempos, la que nos ayudó.

*P.*—Pero ¿de qué modo le ayuda?

*R.*—Mire: una vez me escribieron a Turín que hacían falta 20.000 liras para la iglesia que construíamos en Roma. En aquel momento, yo no tenía nada. Puse la carta sobre la pila del agua bendita, elevé una fervorosa oración a la Virgen y me acosté, dejando el asuntito en sus manos. A la mañana siguiente recibo la carta de un desconocido que en resumen me decía: «Había prometido a la Virgen que, si me concedía cierta gracia, daría 20.000 liras para una obra de caridad. Como he recibido la gracia, pongo a su disposición esa cantidad». Otra vez, encontrándome en Francia, recibo la mala noticia de que una de mis casas necesita inmediatamente 70.000 liras para salvarse de un grave riesgo. No viendo allí cómo remediarlo, recurro nuevamente a la oración. Eran las diez de la noche y me iba a acostar, cuando llaman a la puerta de mi habitación. Abro. Y entra un amigo con un grueso paquete en la mano que me dice: «Carísimo Don Bosco, había dejado en mi testamento una cantidad para sus obras. Pero hoy he pensado que para hacer el bien es mejor no esperar a la muerte. Y le traigo corriendo la cantidad. Téngala: 70.000 liras».

*P.*—Esto son milagros. Permítame una indiscreción: ¿ha hecho otros milagros?

*R.*—Yo no he pensado nunca nada más que en cumplir con mi deber. He rezado y he confiado en la Virgen.

P.—¿Querría decirnos cuál es su sistema educativo?

R.—Sencilísimo: dejar a los jóvenes en plena libertad de hacer lo que más les agrada. La clave está en descubrir cuáles son los principios de sus buenas cualidades y luego procurar desarrollarlos. Cada cual hace a gusto lo que sabe que puede hacer. Yo me regulo por este principio y mis alumnos trabajan todos no sólo con actividad, sino con amor; en cuarenta y seis años no he impuesto ni un solo castigo. Y me atrevo a afirmar que mis alumnos me quieren mucho.

P.—¿Cómo ha hecho para hacer llevar sus obras hasta Patagonia y Tierra del Fuego?

R.—Poquito a poco.

P.—¿Qué piensa usted de las condiciones actuales de la Iglesia en Europa, en Italia y en su futuro?

R.—Yo no soy un profeta. Vosotros los periodistas sí que lo sois un poco. Por tanto, a quien hay que preguntar qué va a pasar es a vosotros... Nadie, excepto Dios, sabe el porvenir. Sin embargo, humanamente hablando, es de creer que el futuro será grave. Mis previsiones son muy tristes, pero no tengo ningún miedo. Dios salvará siempre a su Iglesia; y la Virgen, que visiblemente protege el mundo contemporáneo, sabrá hacer surgir sus redentores.

Obsérvese el enfoque sobrenatural de las respuestas de Don Bosco.

## Don Bosco y el dinero

Vimos cómo Don Bosco compraba y vendía y volvía a comprar y a vender terrenos o parte de propiedades allá por los años cincuenta en el entorno de la Casa Pinardi. Y vimos que siempre lo hacía con acierto. Pero no son sus cualidades financieras las que nos interesan ahora, sino su capacidad de pedir. Don Bosco manejó muchos millones de liras de entonces; y todo porque se las dieron y porque supo hacérselas dar. «Don Bosco fue el gran limosnero del siglo XIX», dice Teresio. Don Bosco manejó *miles de millones de pesetas de ahora* (pesetas de 1980), y todas fueron donativos...

Don Bosco se pasó la vida pidiendo: «Siempre necesité de los demás», confesó una vez humildemente a Don Lemoyne.

En sus primeros tiempos de cura predominó —según yo calculo— el sistema de ir por las casas de los ricos; a mediados de su vida apostólica, el de las rifas o loterías; en sus últimos años, aparte de lo que le enviaban espontáneamente por razón de su fama, dominó el sistema de las *conferencias salesianas* a sus cooperadores y bienhechores. Por lo que respeta a este último sistema, nadie podrá saber jamás lo que le dio Francia a Don Bosco. Cuando no podía más de deudas, se iba a Francia, y siempre volvía contento. Una vez se llegó hasta París y otra se vino hasta Barcelona. Ya hablaremos de ello.

Don Bosco tenía su teología del dinero. No es que la expresara ni hiciera tesis sobre el asunto, pero la tenía y la llevaba a efecto. El dinero no es, de suyo, un mal y puede ser honesto. Debidamente empleado, es fuente de muchos beneficios para las almas. ¡El bien que un apóstol puede hacer con el dinero!... Don Bosco, personalmente, era tan desprendido como *il Poverello* de Asís; pero de quitarse, como el de Asís, las ropas ante su obispo, habría sido para venderlas y sacar dinero. El Cottolengo —otro gran santo del Turín del siglo XIX, que mantenía un hospital de miles de enfermos con limosnas que le llegaban sin más, día a día—, en un gesto de confianza en la Providencia, tiró una noche por la ventana las monedas que le habían sobrado en la jornada; Don Bosco se lamentaba de que la fuente en donde bebían sus chicos en el patio no las manase de oro. «San Felipe Neri habría hecho milagros para que no le diesen herencias; Don Bosco, por que se las dejaran», declaró, no sin humor, uno en el proceso de canonización. Don Bosco invirtió ingentes cantidades de dinero en sus apostolados. «¡Necesito tres millones de liras al año!», escribía en 1884 a sus Cooperadores; y el mérito fue de los que se lo entregaron, y de él, que se lo supo buscar.

Las rifas, muchas (porque organizó muchísimas) tenían dimensiones nacionales y no sé si internacionales y suponían toda una complicada organización legal. Hasta el rey y el papa le mandaban objetos que sirvieran de premio, y sus números llegaban a los sitios y a los personajes más insospechados. Su viaje a Roma de 1873 tuvo tres grandes objetivos: obtener de la curia romana

la aprobación de sus Constituciones, tratar con el Gobierno del *placet* para los obispos... y ¡vender números de una rifa que había organizado!

Tenía su estrategia financiera: hacía deudas y... ¡a pagarlas! «El dinero le quemaba en las manos», comenta Stella. Una vez confesó que mal podía faltar a la pobreza si nunca le sobraba un céntimo. «¿Y cómo va usted adelante con tantas empresas entre manos?», le preguntó el presidente del Consejo de Ministros, Lanza, en una ocasión. «Pues como la locomotora —respondió Don Bosco—: haciendo *puf, puf*» (*puf*, en piamontés, significa deuda). Y se le tenía por muy buen pagador. Los periódicos, incluso los del otro signo, solían comentar que la manera de sacar al Estado de agobios financieros era hacer a Don Bosco ministro de Economía. Y Lanza le confesó que hasta se había hecho broma sobre la sugerencia en el Consejo de Ministros.

Dios le había preparado también para este apostolado. En el otoño después del año de Castelnuovo (1831), recordemos que tuvo que ir pidiendo por el vecindario casa por casa para poderse instalar en la pensión de Chieri: uno le daba patatas, otro huevos, otro vino, otro maíz... Y, a punto de ingresar en el seminario, la segunda vuelta: uno le regaló la sotana, otro el manteo, otro el sombrero, otro los zapatos... Y, la verdad, nunca le fue fácil pedir a Don Bosco. Un director de colegio le confesó una vez que pedir le costaba mucho; «¡Si supieras lo que me ha costado a mí!», le replicó él. La primera vez que pidió en plan para sus muchachos, en los tiempos del Refugio Barolo, tuvo que ir al teólogo Borel a preparar secretamente al donante para que el *negocio* resultase...

## Las «limitaciones» de Don Bosco

Los santos tuvieron limitaciones y defectos. *Homines tamen!*: «¡Después de todo, eran hombres!» En rigor, la Iglesia, cuando canoniza a una persona, no propone toda su conducta pura y simplemente a la imitación de los fieles, sino el conjunto de su vida. No todo lo de los santos es imitable, no todos y cada uno de sus actos fueron perfectos. Pero el conjunto de su vida, sí; y, si

hubo defectos, lucharon contra ellos, y, si pecados, se arrepintieron; y las más de las limitaciones a que se vieron sujetos las trajo su condición de hombres.

A nuestro Don Bosco, naturalmente, se le encuentran límites y limitaciones.

Por lo pronto, perdía con mucha facilidad el tren. Y en su correspondencia se tropieza a cada paso con sabrosas equivocaciones: cartas sin fecha, cartas sin firma, cartas sin firma ni fecha, felicitaciones enviadas fuera de tiempo por cambio del día del santo...

Pero además de éstos hubo otros fallos de más culpa. El mismo cuenta en su *Autobiografía* cómo se fue corrigiendo de su excesivo amor a la caza y a los naipes en los tiempos de seminario y de la vanidad que le entraba por su popularidad y sus éxitos y por sus cualidades excepcionales. Y, viejo ya, dijo al final de una conversación con sus íntimos: «Esta noche he hablado demasiado. Me tendré que confesar mañana».

En su gestión como superior no todo fueron aciertos. No acertó obstaculizando la salida de la Congregación a Don Guanella, que quería pasar a la diócesis y fundar una congregación, y salió, y la fundó y hoy está en los altares. Ni acertó en el asunto de los *Concettini*, una entidad religiosa que el papa proyectaba integrar en los Salesianos. Y el pleito grave con el arzobispo Gastaldi habría llegado por cualquier otro camino, pero de hecho hubo alguna imprudencia inicial de Don Bosco.

Nadie acertó en todo. Tampoco Don Bosco.

Otras de sus limitaciones no fueron propiamente desaciertos ni culpas, sino resultado de las circunstancias en que le tocó moverse. Como cualquier mortal, Don Bosco era hijo de su tiempo.

En punto a teoría sobre la elección de estado, dependía de una teología algo predeterminista. Y eran aquellos, tiempos de decadencia litúrgica, de multiplicidad de devociones, de tensiones con los protestantes, de resistencia a cuanto supusiese cualquier tipo de secularización, y, francamente, Don Bosco no fue precisamente precursor de la renovación litúrgica como la entendemos ahora (sus chicos rezaban a coro el rosario durante la misa), ni del ecumenismo, ni del movimiento (sano, se entiende) de secularización. Aunque aun en esto se le sorprenden atisbos geniales. Por ejemplo: en punto de

ecumenismo no sólo fue disminuyendo, digamos, su enemiga contra los protestantes, sino que incluso entre sus Cooperadores admitió al final de sus días a alguno de ellos y hasta algún judío; todo dentro de una amplitud de ideas de cierto sabor actual. Por lo que toca a la liturgia, si bien favoreció la multiplicidad de devociones en el Oratorio, lo cierto es que la piedad de sus hijos era profundamente sacramental, y, en el centro de todo, la santa misa.

Una cuestión muy concreta: Don Bosco y las mujeres. Tal vez tomó precauciones excesivas. Desde joven. Alguien echa de menos una hermana en la familia. En realidad la tuvo, una hermanastra, hermana de Antonio, que murió al día siguiente de nacer. Sin embargo, no se pueden sacar conclusiones *misóginas*, como parece que alguien lo ha intentado. Sus ideas sobre las mujeres y sus peligros son, más o menos, las ideas de los eclesiásticos de su tiempo. Por otra parte, el apostolado que eligió y el barrio de Turín en que se puso a trabajar explican perfectamente que tomase alguna precaución. La Casa Pinardi no estaba habitada por gente precisamente ejemplar por Pascua del 46. Y entre las chicas del Refugio Barolo estaban las llamadas *magdaleninas*. Durante decenios, su obra de Valdocco se vio rodeada de lugares frecuentados por gente *alegre* (?), que él dice en su *Autobiografía*... Y, desde luego, tampoco fue Don Bosco precursor de la educación sexual. Pero su insistencia en el tema de la pureza al hablar a sus hijos tiene explicación por el ambiente circundante que hemos visto, por la fragilidad de la juventud y porque un escándalo moral en el Oratorio en los tiempos de tensión con las autoridades civiles (años sesenta, sobre todo) y eclesiásticas (años setenta) habría comprometido hasta la existencia de su Congregación. Por lo demás, en el trato personal con las señoras era Don Bosco recatado, pero muy en su sitio; con sus grandes bienhechoras por ejemplo, y fueron muchas. Y en el Oratorio, después que mamá Margarita murió, hubo, sucediéndola, toda una serie de *mamás* (la madre de Don Rúa entre ellas), que llegó hasta 1872; junto a la enfermería estaba el *cuarto de las mujeres*; y precisamente en la presencia de mujeres en el Oratorio encuentra Stella un factor positivo, no desdeñable, en la formación de aquel

ambiente de familia a que se llegó en el internado. No fue, pues, misógino Don Bosco.

Otra cosa son, y no propiamente limitaciones de Don Bosco, las inexactitudes sobre su obra y su persona por culpa de terceros.

La figura de Don Bosco «sufrió un fenómeno de engrandecimiento y universalización», dice Stella. Por lo demás, es un fenómeno bastante común a propósito de grandes hombres. Aquellos salesianos, que tan meticulosamente consignaron sus hechos y sus palabras, instintivamente ocultaban sus fallos. «Hoy les estaríamos mucho más reconocidos —comenta Teresio— si, además de los éxitos, nos hubiesen contado las deficiencias y las dudas de aquella grandísima y humanísima figura que fue Don Bosco». Pues, por fuerza de ese fenómeno que decimos de engrandecimiento, lo grande lo agrandaban más aquellos salesianos. Y así se explica que se hiciesen afirmaciones como las siguientes: «*La Historia de Italia* es la obra maestra de Don Bosco»; «Don Bosco fue el iniciador de los oratorios festivos en Turín»; «Don Bosco fue el primer divulgador del sistema decimal en el Piamonte»; «Don Bosco fue el primero en conseguir un contrato formal para un aprendiz»; «Don Bosco fue el fundador del sistema preventivo»... Y ese engrandecimiento empezó en vida suya y continuó después de muerto. Ninguna de las afirmaciones expresadas más arriba resiste un análisis crítico. En el primer tercio de este siglo, ya los salesianos Caviglia y Fascie reaccionaron vivamente contra estas demasías. «Cuando se habla del sistema preventivo, se expresa alguno como si Don Bosco se lo hubiese sacado de la cabeza al modo de como Júpiter se sacó a Minerva —escribe Fascie—; si bien es cierto que, para desengañarse, basta leer las primeras palabras con que él presenta su opúsculo: ‘Dos son los sistemas que en todo tiempo se han utilizado para la educación de la juventud: el preventivo y el represivo’».

El Centro de Estudios Don Bosco de la Universidad salesiana de Roma está depurando la figura de su titular. Las propias *Memorias biográficas* se están sometiendo a revisión, y el primer tomo, el más discutible, extensa y profundamente estudiado por Desramaut, por cierto que quedó bienparado. Alguno ha tachado a

Stella de *desmitificador* y hasta de *desacralizador*; pero el trabajo a que se ha entregado en su voluminosa y concienzuda obra es admirable.

El caso es que la figura de Don Bosco, iluminada con los focos de la crítica, no aparece más pequeña, sino mayor, porque resulta más humana.

### Para terminar este capítulo

Este capítulo, que, como era de temer, además de largo ha resultado un *pot-pourri* de temas, va a tener que acabar en *pot-pourri* puro, porque no me resigno a que se desperdicien ciertos apuntes de mi libreta.

El himno *Andiamo, compagni!* era el canto oficial (?) con que se homenajeaba a Don Bosco el día de su fiesta y se le recibía a la vuelta de sus viajes. Fue compuesto en 1850 por el teólogo Cárpano, uno de aquellos eclesiásticos que le ayudaban los domingos. Es un himno muy italiano: de versos elementales y música con grandiosidades de ópera. El solo está pensado para tenor de muchos alientos. Dice el principio, que sirve de ritornelo: «*Andiamo, compagni; / Don Bosco ci aspetta! / La gioia perfetta / ci desta nel cuor*» (¡Adelante, compañeros; / Don Bosco nos espera! / La alegría perfecta / se agita en el corazón)...

Don Bosco solía vestir una sotana muy pobre y remendada. Pero iba siempre muy limpio y se preciaba de ello...

Los chicos de Don Bosco no banquetaban a diario en el primer internado, desde luego. Pero el pan que se comía era siempre de la mejor calidad. ¡Ordenes de Don Bosco!...

Una virtud muy saliente en Don Bosco fue la gratitud. Resulta hermoso constatar en su *Autobiografía* cómo va consignando los nombres de sus maestros y de sus bienhechores; y en sus escritos señala esa virtud con encomio dondequiera la encuentra: en Miguel Magone, por ejemplo. ¡La gratitud de Don Bosco a sus Cooperadores! Don Bosco se pasó la vida pidiendo y agradeciendo...

Don Bosco era sumamente generoso en las propinas... Hacia 1886, los encargados de la disciplina en el

Oratorio decidieron que hubiese filas. Don Bosco lloró...

Es curiosa la nomenclatura que introduce Don Bosco en su entorno: *inspector*, por provincial; *prefecto*, por ecónomo; *catequista*, por padre espiritual; *Sociedad salesiana*, por Congregación... En lo que puede, saca a flote aquella su idea de fundar un tipo nuevo de religioso que evite el *urto*, que dice él; el *choque* con la autoridad civil. Otra peculiaridad simpatiquísima de su lenguaje es que él hablaba muchas veces de sí mismo como de tercera persona: «Don Bosco dice...»; «Si quieres tener contento a Don Bosco...»; «¿No te gustaría quedarte con Don Bosco?» Y no deja de ser grata la anomalía que con él cometen muchos, y, entre ellos, también todos nosotros; aunque le sepamos santo, como si viviera aún, le llamamos, simplemente, *Don Bosco*...

Otro matiz delicado de su carácter fue una gran sensibilidad espiritual. Ya lo hemos consignado: no pudo resistir la agonía de su madre. Cuando murió el primer interno del Oratorio, lo sintió como si fuese un hijo. Los últimos años se resistía a que se cambiase el órgano viejo por otro nuevo: ¡el viejo había acompañado tantos cantos! Y, a la vuelta una vez de Roma, se encontró con que habían cortado la morera del patio; una morera que había presidido los juegos de los chicos desde los tiempos de la Casa Pinardi; se le saltaron las lágrimas...

Amadei dedica más de 60 páginas a examinar las características de Don Bosco. *Su trato, su mirada, su penetración, su calma, su franqueza, su gratitud, su amabilidad y el don singular de sus sueños*. No insistimos; algo hemos dicho de su calma, y de su gratitud, y de su golpe de vista inteligente. Por lo que toca a su franqueza, un día, al salir de hablar con varios ministros cuando el asunto del *placet*, le confesó a su secretario, Don Berto, que aquellos señores le apreciaban tanto porque les decía con sencillez lo que pensaba de ellos. Una vez, Rattazzi, a mitad de los cincuenta, el de las leyes persecutorias contra los religiosos, le preguntó de frente si lo creía excomulgado. «¡Excelencia —le contestó Don Bosco—, lo tengo bien estudiado; y, pese a que lo siento muchísimo, no le he podido salvar a usted!»...

«El Señor quiso que Don Bosco tuviese que ir a buscar

él mismo las limosnas (a diferencia del Cottolengo) a costa de cualquier sacrificio y humillación. Para ello le había dado una alma emprendedora, activísima, generosa, rica en recursos para llegar al fin; impertérrita en medio de las dificultades, constante y prudente en la elección de los medios oportunos, sin respetos humanos y con un poder amable para vencer los corazones» (Lemoyne).

Don Bosco perteneció a la Arcadia de Roma, formada tradicionalmente por un grupo de distinguidos literatos. Los árcades tenían nombres de pastores. Don Bosco se llamó Clístenes Casiopeo. Su ingreso tuvo lugar el Viernes Santo de 1876 y su discurso versó sobre la pasión de Cristo...

Dos muestras del espíritu *agresivo* y emprendedor de Don Bosco. Pensó en la posibilidad de publicar los Bolandistas (edición crítica del *Acta Sanctorum*, de las vidas de santos, en decenas de tomos) y anduvo en tratos para comprar la *Mole Antonelliana*, que es a Turín, en cierto modo, lo que la Torre Eiffel a París: el edificio representativo de la ciudad...

Y a propósito de *agresivo* (ya dijimos con qué significado), Don Bosco fue, además de agresivo, un hombre de gobierno. Muy trabajador y muy emprendedor, ya está dicho; pero, además, muy organizador y con grandes dotes de mando. Tenemos que detenernos en esta cuestión.

En el índice de las *Memorias biográficas* hay casi un centenar de llamadas a los correspondientes tomos en la palabra *reglamentos*. Don Bosco tenía la manía de reglamentar (de las veces que hubo que redactar las Constituciones o Reglas ya hemos hablado, pero las *Constituciones* no quedan incluidas en el concepto *reglamentos*). A lo largo de las *Memorias biográficas* —por lo tanto, a lo largo de la vida de Don Bosco— nos encontramos con diversos tipos de reglamentos: *Reglamento del oratorio festivo*, *Reglamento del internado*, *Reglamento del «teatrino»*, *Reglamento del comedor*, *Reglamento de las diversas compañías* (cada una de las cinco compañías tenía el suyo), *Reglamento de los Cooperadores*, *Reglamento de los devotos de María Auxiliadora*, etc., y, por supuesto, *Reglamentos de la Sociedad salesiana*, para aplicar las Constituciones.

Cuando se decidía a escribir un reglamento sobre

algo, se hacía con cuantos reglamentos podía sobre algo parecido y redactaba el suyo; y, antes de editarlo, trataba de ponerlo en práctica y lo sometía sobre la marcha a minuciosas correcciones; y entre edición y edición aún lo seguía enriqueciendo con nuevas experiencias.

Y, sin embargo, Don Bosco no era un perfeccionista. Era perfeccionista a la hora de confeccionar los reglamentos, a la hora de aplicarlos era muy humano. Unas frases suyas: «Don Cafasso decía que el bien hay que hacerlo bien, y yo sostenía que, a veces, el bien hay que hacerlo a la buena en medio de tantas miserias humanas»; «Muchos fallaron... buscando lo mejor y no pudieron hacer lo bueno. Lo mejor es enemigo de lo bueno»; «Cuando no se puede hacer todo, hágase lo posible». El principio de que *lo mejor es enemigo de lo bueno* lo invocó muchas veces en su vida. Cuando los contactos con el Gobierno por la cuestión del *placet* para las temporalidades de los obispos, declaraba que no transigiría en lo fundamental, pero que, si no podía obtener lo más, se contentaría con lo menos. Se ve, pues, cuál era la mentalidad de Don Bosco al respecto. Y en la *cuestión romana* (si los piamonteses podían ocupar Roma, etc.), aunque *intransigente en teoría* a favor del papa, era *dúctil en la práctica*. Así pudo entenderse con el papa y el Gobierno y ser su intermediario. Pues estos principios los aplicó Don Bosco también a propósito de los reglamentos.

Pero, ¡ojo!, era tesorero, y a la hora de la verdad no se contentaba con lo menos si podía llegar a lo más. Si realmente convenía llegar a una meta, la alcanzaba; si no por la línea recta, por la curva. Confesó él mismo: «Cuando encuentro una dificultad, hago lo que el caminante que topa con un peñasco en el camino: si no puedo pasar por encima, lo rodeo». Espíritu enormemente práctico, acostumbraba adaptarse a las circunstancias y a las cosas; pero, tenaz y prudente, solía alcanzar sus objetivos: «No le importaba tanto cómo ganar la batalla como que la batalla se ganase», viene a decir Stella. Y, una vez las cosas debidamente en marcha, buscaba resultados; también se le oyó decir: «En asuntos importantes, marchar adelante a la buena es marchar mal». Y al principio de sus fundaciones

tenemos que, si un colegio no acababa de ir bien, lo cerraba sin contemplaciones, y son bastantes los casos. Una vez amenazó con reducir a la mitad el número de alumnos del Oratorio si se hacía necesario. En los primeros tiempos de las Hijas de María Auxiliadora en Mornese, un obispo que fue a predicarles ejercicios quedó escandalizado de lo imperfectamente que andaba todo aquello. «Mis obras —vino a responderle Don Bosco— suelen empezar de cualquier manera, pero acaban por ir bien». En fin, el *fortiter in re et suaviter in modo* de los latinos. Uno que le conoció a fondo manifestaba a Don Lemoyne que Don Bosco había copiado de los bueyes de su tierra «la tranquilidad de carácter y la fuerza y la constancia en el tiro».

Por lo demás, a la hora de la acción tenía capacidad de síntesis y visión de futuro, y era oportuno y resuelto en las decisiones, y sabía infundir fe, seguridad y entusiasmo en los suyos y a su alrededor. ¡Era líder!

*Espigando en Braido* (y extractando): Don Bosco fue un formidable hombre de acción que, asediado por concretos problemas de su tiempo, se dio a la búsqueda de soluciones funcionales, rápidas y efectivas.—Sus instituciones pastorales y educativas no son fruto de una previa programación teórica, sino respuesta inmediata de una mente vivaz y un corazón ardiente ante las exigencias de la vida y la llamada de los hechos.—Los escritos de Don Bosco son parte inseparable de su experiencia personal. Para entenderlos bien hay que confrontarlos entre ellos y con la vida del autor.—Don Bosco fue un incurable realista que practica primero lo que aconseja a los demás.—A casi todo su modo de ser podría aplicársele lo que él mismo, humilde y humorísticamente, se atribuyó respecto a la vida espiritual, en contraste con el fervor religioso de un sacerdote amigo suyo: «Es al revés que yo, que camino como los topos, siempre hundido en tierra».

*Espigando en Stella* (y extractando): Don Bosco, a lo largo del proceso de fundación de la Congregación salesiana, se manifiesta en la plenitud de sus fuerzas espirituales, luchador hasta la audacia, fino calculador, diplomático consumado. Y sabe infundir seguridad y

suscitar fidelidad y entusiasmo.—Los tiempos de Don Bosco son tiempos de desafección, de conmoción de los fundamentos religiosos y tradicionales y de violentos contrastes. Las voces de alerta de Don Bosco expresan la tensión por los males inminentes y reclaman, de consiguiente, urgentes soluciones: ¡hay que salvar a la juventud si no se quieren tiempos peores!—La urgencia del presente le empuja al trabajo sin tregua y a atenerse a lo esencial, a aprovechar las reales posibilidades del momento tanto ambientales como psicológicas.

*Algunas ideas de Stella sobre Don Bosco y la Congregación en la actualidad* (extractando): Hoy, el antiguo entusiasmo por Don Bosco ha quedado un tanto rebajado. No porque sea menor la fe en él y la convicción de que haya sido uno de los más singulares personajes del catolicismo del siglo pasado, sino porque la entusiasta aclamación va siendo sustituida por la atenta reflexión.—Hoy se intenta una presentación histórica de Don Bosco con método científico. Se ha de aplicar a Don Bosco un *estudio genético* por lo que toca a su vida y a sus obras, pues él fue un espíritu eminentemente práctico.—Los Salesianos han atravesado (y todavía no la han superado del todo) una fase aguda de ese fenómeno inherente a todo movimiento organizado: el ansia de fidelidad a la institución original y, por otra parte, la necesidad de adecuarse a las exigencias del ambiente... La sola fidelidad, que, por otra parte, trajo la consolidación de la Congregación, pudo llevar al *fixismo*. Hoy, la exhortación del Vaticano II a la renovación ha influido también benéficamente en la Congregación salesiana...

## La grafología y Don Bosco

Aún vamos a añadir algo a modo de apéndice a este extraño capítulo. El lector verá qué importancia le da al tema. Los grafólogos insisten en que la escritura es un método muy objetivo de investigación de la persona. Alguna razón habrá que darles, porque el interior del hombre hay que deducirlo de sus expresiones, y la letra es un modo muy personal de expresarse.

Girolamo Moretti es el fundador de la grafología italiana. Se ha pasado la vida analizando técnicamente escritos, letras. Ha publicado un libro: *I santi dalla loro scrittura* (Los santos partiendo de su escritura), en que analiza grafológicamente la letra de 63 santos. Traducimos, casi íntegramente, el capítulo dedicado a Don Bosco. Cuando Moretti hacía el estudio no sabía de quién era el manuscrito.

*Inteligencia.*—Cuantitativamente, superior a la media; cualitativamente, productora, no reproductora. Apto para escrutar las almas. Dotado de buena memoria. Hábil para someter las almas y con circunspección para tratarlas. Proclive a la afectividad y al altruismo y preocupado de las exigencias del propio «yo». Con tendencias al arte y a la generosidad, hasta el punto de que el sujeto renuncia fácilmente a su modo de ver.

El sujeto en cuestión intuye y observa con no poca profundidad... Tiene una exposición fácil y a la buena; lacónica, pero no seca, y tan espontánea, que no puede pensarse en otra mejor.

El sujeto en cuestión se siente con alientos para embarcarse en empresas de mucha actividad y de gran radio de acción, cuyos objetivos, si bien pueden ser grandiosos y remotos, él los persigue sin esfuerzo, como a la buena y en apariencia inseguro. Y no está dispuesto a estrellarse con los obstáculos, sino que los rodea; y los vence precisamente cuando parecía que iba a abandonar la empresa...

El sujeto en cuestión tiende a echar mano de todo para alcanzar sus objetivos: de la habilidad para introducirse entre los demás blanda y escurridamente; de su capacidad de encajar reproches, observaciones y críticas; de la originalidad de sus hallazgos; de su tenacidad en la acción. En plena actividad no pierde ni un momento de vista la meta que se propuso, y su carácter, que no parece poseer la fuerza de los hombres de voluntad, resulta que encuentra, en su aparente descuido y debilidad, el medio para hacer eficaz su propósito. En efecto, no atosiga a nadie, pues es de muy amable trato; no pretende acoquinar a nadie con su superioridad y avanza con circunspección titubeante; pero no cesa, de tal suerte que, al final, hasta sus adversarios se ven obligados a dejarle el campo libre.

*Carácter.*—Dadas las cualidades intelectuales del sujeto en cuestión, su carácter queda bien delineado, pero no es fácil de definir.

El carácter, más bien ha de ser clasificado como carácter de *cesión*; es decir, que cede fácilmente, pero tiene también calidades de resistencia y de asalto. Es un carácter que deja correr la cosa para después recoger el fruto de su aparente descuido. Sabe hacerse amigo del adversario, al objeto de conquistarlo en el momento oportuno. Tiene el arte de utilizar lo bueno y lo malo... Aun sus peores adversarios acaban por entregársele, ilusionados con que les deje en paz en lo que a ellos les interesa; pero, cuando se le han entregado, el sujeto en cuestión, que había escondido sus propósitos, se dedica a someterlos a sus planes.

Todo este complejo de características que marcan al sujeto en cuestión se basa en una astucia que puede desembocar en el bien, pero que también puede acarrear mucho mal, dependiendo de las ideas morales del sujeto. Y al sujeto en cuestión no le será fácil ser moralmente bueno, porque para ello habrá de imponerse varias renunciaciones, contra las que se rebelarán sus tendencias innatas: habrá de renunciar del todo a un deseo vivísimo de ser señalado como hombre de acción; habrá de soportar con paciencia a los adversarios y vencer su inclinación a la impaciencia, la cual le llevaría a planear la revancha para confundirlos; revancha para la que está muy dotado.

En resumen: el sujeto en cuestión tiende a ser dominado de una insinceridad tan bien estructurada, que haría de él un hombre capaz de arruinar a una entera generación y de ser uno de aquellos individuos que no tenían que haber nacido.

Hasta aquí Girolamo Moretti.

Resulta muy duro el párrafo final. A análogas conclusiones llega Moretti en otros santos. Muchas de las personas que veneramos en los altares podrían haber sido verdaderos *canallas*, viene a asegurar Moretti. Don Bosco, por lo visto, fue uno de ellos. De ahí el mérito de que llegara a santo y de que enderezara hacia el bien sus peligrosas y extraordinarias virtualidades humanas.

Digo que el lector es muy dueño de dar o no importancia a esta cuestión.

IX. DON BOSCO, UNIVERSAL (1875-1883). DON BOSCO Y LO SOBRENATURAL. DON BOSCO, APOSTOL. DON BOSCO, SANTO

DON BOSCO, UNIVERSAL (1875-1883)

**Se aplican las Constituciones**

La aprobación de las Constituciones en 1874 dio muchos ánimos a Don Bosco y sus hijos. A cuatro años del Vaticano I, en que se había definido la infalibilidad pontificia, Don Bosco las consideró como tocadas, de alguna manera, de esa infalibilidad. Dios, vino a decir al presentarlas a sus hijos, las ha sancionado por medio de su infalible vicario en la tierra. En fin, que en la aprobación de las Constituciones se vio el *visto bueno* del cielo.

Como consecuencia del contenido concreto de esas mismas Constituciones, los Salesianos entraron, a partir del 1874, en una fase de adecuación a las exigencias de una congregación típicamente tridentina. El noviciado, que de años venía haciéndose activamente en las casas, no de golpe, pero sí poco a poco, de acuerdo con una concesión verbal de Pío IX, fue evolucionando hacia las formas tradicionales, y en 1886 ya estaba perfectamente en regla. Cosa parecida ocurrió con el filosofado, que fue a parar al colegio de Valsalice, muy cerca de Turín, donde precisamente Don Bosco estaría enterrado hasta su beatificación en 1929.

Las Constituciones mandaban que cada tres años se celebrase Capítulo general. Cumpliendo, pues, sus disposiciones, se celebraron cuatro en vida de Don Bosco: en 1877, 1880, 1883 y 1886. Salvando distancias, esos cuatro Capítulos generales en vida del fundador fueron

a la Congregación salesiana lo que al cristianismo los cuatro primeros concilios ecuménicos. En ellos se estudiaron temas relativos a la vida común, a la selección y formación de salesianos, a las relaciones con las salesianas, a la administración y economía, al ejercicio de los diversos cargos y a los diversos problemas que se iban presentando a la Congregación en los oratorios, parroquias y colegios propiamente dichos. A su tiempo, se hicieron elecciones y se cubrieron todos los cargos del Consejo Generalicio. Adviértase que don Bosco, por disposición de Pío IX, había sido nombrado superior mayor vitalicio, cuando, en rigor, las Constituciones fijaban una duración en el mandato de sólo doce años.

Un trabajo muy valioso de estos cuatro Capítulos generales fue la redacción de los *Reglamentos* de la Congregación. Los Reglamentos interpretan y aplican las Constituciones. Son, como si dijésemos, lo que los decretos a las leyes. En cada Capítulo general, las discusiones acababan en *deliberaciones* y un Capítulo retocaba las deliberaciones de los anteriores, hasta que todo cuajó en unos *Reglamentos*. Fue una labor ímproba, y se tuvieron siempre delante, y se aprovecharon al máximo, los diversos reglamentos escritos por Don Bosco a lo largo de su vida.

El IV Capítulo general, de 1886, resultó una asamblea verdaderamente imponente. Lo constituyeron el Consejo Generalicio, los provinciales —llamados inspectores—, los directores de las casas y los delegados de las comunidades. Don Bosco quedó impresionado. Para entonces, ya había seis provincias o inspectorías y los Salesianos trabajaban en siete naciones.

Por cierto que en 1884, por sugerencia de León XIII, Don Rúa fue elegido vicario general de Don Bosco, con derecho a sucesión. Por primera vez se pensó con temor en que Don Bosco pudiera desaparecer.

## Los Salesianos, a misiones

Entre tanto, el prestigio de Don Bosco se afirmaba en Italia y fuera de Italia, y la casa de Valdocco era, cada vez más, punto donde convergían muchas miradas y lugar de cita de grandes personalidades católicas. En las

peregrinaciones que desde el centro de Europa se dirigían a Roma, casi era obligación hacer parada en Turín, visitar la obra de Don Bosco y rezar ante el altar de la Auxiliadora. Además, por este tiempo, y esto es lo que nos interesa ahora, es cuando se toma la decisión de mandar misioneros a la Patagonia. Un interesante párrafo de Stella al respecto:

«Por lo que toca a Don Bosco, el creciente número de sus colaboradores y la aprobación conseguida de la Congregación y de las Reglas constituían un estímulo irrefrenable a acometer empresas más arduas y, por lo mismo, de mayor resonancia... La salida de los Salesianos del Piamonte y de Europa ocurrió por la lógica de los hechos».

Don Bosco había querido ser misionero él mismo muchos años atrás. En Chieri, por los tiempos del seminario, y más tarde y más en serio, en Turín, por los tiempos del Colegio Eclesiástico. Pero se lo desaconsejó Don Cafasso. Sin embargo, nunca murió del todo en él la idea. Devoraba los *Anales de la Propagación de la Fe* y sacaba de ellos doctrinas y ejemplos para sus predicaciones populares. No había podido ir él, pero irían sus hijos. En cuanto pudiera, los enviaría... Y en cuanto pudo, los envió. Y, hasta cierto punto, masivamente.

Había llegado a la sospecha, por medio de sus sueños misteriosos, de que el campo de sus primeros misioneros estaba entre los patagones, en la punta de Sudamérica. Se presentó una ocasión en que pudo comprobarlo: Gazzolo, cónsul de la Argentina en Savona, de acuerdo con Mons. Aneiros, arzobispo de Buenos Aires, le pedía unos cuantos salesianos para hacerse cargo del cuidado espiritual de muchos inmigrantes italianos... Y surgió, de paso, la idea de convertir y civilizar a los indios de las pampas.

El plan que se forjó Don Bosco era perfecto. Los Salesianos, en principio, se establecerían en la Argentina entre sus connacionales, con lo que se sentirían como en su propia casa. Después, siguiendo lo que la experiencia había demostrado muy fecundo, fundarían lo más cerca posible de los indios y atraerían a los jóvenes, y, finalmente, por los jóvenes les sería fácil acercarse los adultos... Y hasta pensó en la posibilidad de vocaciones nati-

vas: «Andando el tiempo, los mismos indios evangelizarán a los indios».

El caso es que el 11 de noviembre de 1875 partía la primera expedición, compuesta de seis sacerdotes y cuatro coadjutores. Al frente, el impetuoso Cagliero; de segundo, Fagnano, un ex soldado de Garibaldi.

Tras cuatro años de espera en Buenos Aires y San Nicolás de los Arroyos y de madurar bien los planes, finalmente en 1879, enrolados en una expedición militar mandada por el que había de ser presidente de la Argentina, general Roca, tomaron contacto efectivo con los salvajes. A partir de entonces, todo sería más fácil. Milanesio, uno de los misioneros clásicos, de barba larga y de cabalgadas infinitas sobre las pampas infinitas, mediaría entre el gran cacique Namuncurá y el ejército argentino y se haría la paz. Los indios se convirtieron por millares a la religión y a la civilización.

Cagliero fue ordenado obispo en 1884 y se hizo cargo del Vicariato Apostólico de la parte norte y central de la Patagonia; y Fagnano, como prefecto apostólico, de la parte sur y de lo que queda más abajo del estrecho de Magallanes: la Tierra del Fuego. Así que, a poco de llegar los hijos de Don Bosco a tierras de misiones, se les encomendaba la parte más meridional del cristianismo y de la civilización.

Pero, contra lo previsto, hubo que introducir un cambio importante en los planes. Le pasó aquí a Don Bosco lo que con los oratorios, cuando por fuerza de las circunstancias hubo de virar hacia los colegios. Pues resultó que, cuando llegaren los Salesianos a la Argentina, pensaban, sí, ante todo, en los patagones; pero, una vez allí, se encontraron con que la población blanca los reclamaba también; sobre todo para los suburbios de las grandes ciudades. Y se tuvo que atender a los dos frentes. Sin abandonar, por supuesto, la misión patagónica, buena parte de los salesianos que fueron llegando en expediciones sucesivas se aplicaron a fundar oratorios, colegios, escuelas profesionales y parroquias entre la raza blanca. A la muerte de Don Bosco en 1888, en doce expediciones habían llegado 150 salesianos y 50 salesianas y se había fundado en Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Ecuador.

Es emocionante constatar el clima de epopeya misio-

nera que existía en toda la Congregación por aquellos años. Los misioneros escribían largas cartas en el *Boletín Salesiano*, Don Bosco narraba sueños proféticos sobre el porvenir de sus hijos en América y en todo el mundo, y en los colegios se vivía generosamente la mística de las grandes renunciaciones por Dios y las almas. Consiguientemente, grandes ayudas de los bienhechores y cooperadores y, salidos de los colegios, docenas y docenas de novicios. Así se explica también que, si Don Bosco pedía voluntarios, se le ofreciesen sus salesianos casi en bloque. Después, cuando los expedicionarios llegaban a América pensando en heroicos y románticos apostolados entre salvajes, se encontraban con que los más de ellos tenían que entregarse a los mismos trabajos que habían dejado en Italia; pero se resignaban pronto, porque aquellos descendientes de españoles e italianos correspondían a sus desvelos de una manera admirable.

\* \* \*

En muy pocos años, pues, se pusieron las bases, a un tiempo, de la Congregación salesiana en América y de la Congregación salesiana en el mundo misionero.

Lo que ha podido significar y significa la Congregación salesiana en todas las naciones de Iberoamérica, tal vez venga insinuado por el hecho de que en 1979 pertenecía a esta Congregación una parte importante de su jerarquía católica: 40 obispos, ocho arzobispos y un cardenal: el de Chile.

La Congregación salesiana, por otra parte, es la segunda congregación misionera de la Iglesia, con 2.617 misioneros; las Salesianas, a su vez, tienen 959 misioneras (estadísticas correspondientes a 1967, año de la máxima expansión).

### **Otras fundaciones y otros trabajos de Don Bosco**

Mientras la Congregación se desarrollaba rápidamente en Italia y América del Sur, se iban abriendo también casas en otras naciones de Europa: en Francia (Niza, Marsella, La Crau, Lille), en España (Utrera, 1881; Barcelona [Sarriá], 1884), en Inglaterra y en el Imperio austrohúngaro.

Así que a principios de los ochenta, en el prelude de

su vejez y con no mucha salud por cierto, Don Bosco estaba ocupado en la expansión americana y europea de su Congregación, en la adaptación y consolidación de la misma mediante Capítulos generales y en el desarrollo de los Cooperadores, de las Hijas de María Auxiliadora y de la obra de las vocaciones adultas. Se pueden inferir los problemas pecuniarios que todo ello comportaba, principalmente las expediciones misioneras y el sustento de las casas de formación. Pues bien: por si fueran pocas todas esas preocupaciones económicas, hay que tener en cuenta otra más, y no la más pequeña, sino la mayor: la que echó sobre sus hombros el nuevo papa desde 1878: León XIII. «¡Cómo me pesa!», solía quejarse Don Bosco...

Eran tiempos en que las grandes metrópolis levantaban suntuosos monumentos y templos al Corazón de Jesús. Roma tenía que tener el suyo. ¡Tenía que haber un monumento de todo el mundo cristiano a Cristo en la capital de toda la cristiandad! Lo empezó Pío IX. Pero en el segundo año del pontificado de León XIII, por más que el cardenal vicario pidiera ayuda a todos los obispos del mundo, por falta de medios, justamente si se habían excavado los cimientos. «La solución —le aconsejaron al papa—, que se encargue Don Bosco».

Cuando Don Bosco expuso reglamentariamente la cosa a sus jóvenes salesianos del Consejo Generalicio, votaron todos que no: tal como estaban de deudas, aquello era una temeridad... Don Bosco necesitó todo su ascendiente y toda su paciencia para convencerlos («¡Un deseo del papa es una orden!»), y, ¡oh locura de los hombres de Dios!, se acabó por aceptar la oferta del papa, con la condición de que el templo fuera más grandioso de lo que mostraban los planos y que a su lado se edificase un gran colegio. Pero ¡cómo pesó sobre las espaldas del pobre Don Bosco la obra de Roma al Sagrado Corazón! ¡Murió de ello!

## Los viajes de Don Bosco

No he encontrado escrito importante sobre los viajes de Don Bosco, y, sin embargo, ¡qué interesante sería un estudio monográfico sobre el tema! Según mis cálculos,

en sus primeros tiempos de apostolado, salvo a poblaciones del propio Piamonte, se puede decir que Don Bosco viajó muy poco. En Milán, tan cerca, no estuvo hasta 1850. En Génova, hasta 1857. El primer viaje a Roma no lo hizo hasta 1858, y habían de pasar nueve años antes de que hiciese el segundo. El centro-norte de Italia (Florenca, Venecia, Pisa...) se puede decir que no lo visitó hasta los años sesenta, cuando andaba empeñado en la edificación del templo a María Auxiliadora.

Los viajes a Roma se llevarían las mejores páginas si se publicase una obra sobre los viajes de Don Bosco. El primero, de 1858, tuvo por objeto consultar personalmente a Pío IX sobre la fundación de su Congregación... y ver Roma. Duró casi dos meses. Tres audiencias con el papa para contrastar y retocar ideas y, entre audiencia y audiencia, visitas a la *Ciudad Eterna*: a templos cristianos y ruinas paganas... Don Bosco amó a Roma como es, en su grandeza pagana y cristiana. Don Rúa, su acompañante, todavía *clérigo*, nos dejó un diario detallado de todo.

A partir del segundo viaje, en 1867, las visitas a la capital del catolicismo serían mucho más frecuentes. Pero Don Bosco sólo iría a ver al papa y a resolver graves problemas: el problema de nombramiento de obispos, el problema de las temporalidades de los obispos, el problema de la aprobación de su Congregación, el problema de la aprobación de las Constituciones de su Congregación, el problema de la exención de su Congregación... ¡Veinte veces viajó Don Bosco a Roma! El viaje octavo duró tres meses y medio, y hubo años en que viajó tres veces.

A partir de 1874, sus viajes a Roma se enredan con sus viajes a otras ciudades. Para Don Bosco, viajar a Roma se convirtió en viajar —de ida o de vuelta o de ida y de vuelta— a muchos otros puntos que se encontraban de paso.

El arco de Génova a Marsella, otro capítulo importante en los viajes de Don Bosco, lo recorrió infinidad de veces (64 veces estuvo en Génova), visitando en las ciudades sus colegios y a sus Cooperadores. En una ocasión llegó a Lyon y a Toulouse. En otra, a París, y en otra, a Barcelona.

En 1880, a propósito de un viaje a Roma, bajó hasta Nápoles. .

En las ciudades donde paraba, aprovechando reuniones diligentemente organizadas (*conferencias salesianas*), exponía su obra y propagaba la idea de sus Cooperadores, de las vocaciones adultas, etc. Las reuniones o conferencias terminaban, normalmente, con una colecta, que solía ser muy abundante: colecta para sus colegios, para sus expediciones misioneras, para el templo del Sagrado Corazón de Roma.

Así que la mayor parte de los viajes de Don Bosco se realizaron en los últimos veinte años de su vida.

### **Don Bosco, universal**

Naturalmente, al contacto personal con Don Bosco en sus viajes, el número de cooperadores fue creciendo considerablemente, y, por lo tanto, el número de los bienhechores. Acabó por ser aquello como una reacción en cadena: nuevos cooperadores traían nuevas fundaciones, y nuevas fundaciones, nuevos viajes y nuevos cooperadores.

Los periódicos de todo color se ocupaban cada vez más frecuentemente de Don Bosco y dilataban su fama por toda Europa. En Marsella, en Niza, en Padua, en Roma y en otras partes aparecieron libros sobre su persona y su obra. Fue entonces cuando escribieron los autores que dijimos. En España, Mons. Spínola, futuro cardenal de Sevilla, además de publicar una vida de Don Bosco en 1884, publicó sobre él una serie de artículos muy elogiosos en la revista diocesana de dicha capital, que fueron reproducidos por diversas revistas de Madrid, Barcelona y otras ciudades; con lo que, en 1886, cuando el *cura de Turín* viajó a la capital de Cataluña, en toda la nación se sabía de él.

La obra más importante sobre Don Bosco, por lo menos la que tuvo mejor fortuna, fue la vida publicada en francés por el médico Carlos D'Espiney. Era una vida anecdótica. Apareció en 1881. En el grandioso apostolado del sacerdote turinés veía D'Espiney la mano de Dios. Esa vida fue, en buena parte, la causa del gran triunfo de Don Bosco en París. En menos de cinco años

se tradujo al italiano, al alemán, al español y al portugués, y fue objeto de divulgaciones parciales en húngaro, polaco y ucranio; se puede decir que todos los diarios católicos y las publicaciones religiosas de Europa y América se inspiraron en ella. Además de todo esto, téngase en cuenta que muchos de los obispos que habían acudido a Roma con ocasión del concilio Vaticano I pudieron tener noticias muy directas de Don Bosco y su obra. En definitiva: por los años en que estamos de nuestra biografía, Don Bosco era, sencillamente, un hombre universal. Lo era por sus fundaciones y por su fama personal de pedagogo, taumaturgo y santo.

Morirá en 1888. En los últimos cuatro años de su vida, que nosotros llamaremos su *vejez*, y de los que nos ocuparemos en el último capítulo, seguirá trabajando y viajando, con poca salud física, pero con una admirable lucidez mental. Los grandes de la tierra se lo disputarán (cardenales, obispos, títulos de la nobleza más rancia, economistas, políticos) y el pueblo sencillo acudirá en masa a su paso para recibir su bendición... El último viaje importante de Don Bosco será a Roma, unos meses antes de su muerte, a inaugurar el templo al Sagrado Corazón.

### **Ambiente religioso y sociopolítico de los últimos años de Don Bosco**

Hemos venido relacionando la vida de Don Bosco con su circunstancia histórica. Es forzoso decir algo más al respecto antes de pasar adelante en este penúltimo capítulo del libro.

El fondo religioso y sociopolítico sobre el que hay que colocar los últimos años de Don Bosco no es ya el que hemos insinuado a lo largo de este trabajo. No son ya los años veinte y treinta de la Restauración, ni los cuarenta de la revolución, ni los cincuenta y sesenta de la unificación. Por los años en que Don Bosco envejece, el panorama religioso y sociopolítico es otro.

Por lo que toca al religioso, el católico se ha dado cuenta de que el poder temporal del papa se ha hundido definitivamente y de que, sin embargo, el

prestigio del Papado ha crecido; en consecuencia, se van produciendo reacciones muy positivas. La definición de la infalibilidad pontificia da una gran cohesión a la Iglesia. Ambos cleros, el secular y el regular, olvidan sus rencillas históricas y se unen en torno al representante de Cristo. Decenas y decenas de congregaciones, en respuesta a los tiempos nuevos, acuden a Roma demandando aprobación. En Italia y en toda Europa, los católicos se comprometen en programas de unidad y de acción concreta en sus congresos nacionales. Los italianos se percatan de que la mayoría del pueblo es católico y que no tienen que dejarse ganar, como hasta entonces, por una minoría anticlerical bien organizada. En fin, se va consumando un gran cambio en Italia y en parte del mundo católico. La prodigiosa expansión misionera producida en pocos años aparece como un argumento palpable de que llegan tiempos mejores. Las vocaciones al clero secular vuelven a aumentar y poco a poco el número de ordenaciones supera al de defunciones. En cuanto a las congregaciones religiosas, por poner dos casos, las Hijas de la Caridad alcanzan cotas nunca superadas por congregación femenina alguna en la historia de la Iglesia y los Jesuitas pasan de 5.209 a 11.480 entre 1853 y 1884.

Sobre este fondo religioso, pues, hay que examinar el fenómeno *Don Bosco* en su fase final. Por lo que toca a Italia, llega a opinar Stella que «Don Bosco y los suyos acabaron por encarnar las esperanzas de los católicos italianos, su voluntad de volver a triunfar y su íntima persuasión de que los tiempos tristes serían superados».

También son otras las circunstancias sociopolíticas. Las tensiones capital-trabajador no se han resuelto, ni mucho menos, y a intervalos se agudizan, pero se hacen progresos. El sufragio universal se irá introduciendo paulatinamente; la enseñanza elemental alcanza cada vez a más ciudadanos; el sindicalismo cobra fuerza y se lucha con esperanza, y a veces con éxito, por salarios suficientes y por una jornada laboral razonable. Pese a todo, es cierto, se agudiza la lucha de clases.

Italia, finalmente, se convierte en una de las grandes naciones europeas, y, partiendo de la conquista de Eritrea y Somalia, intenta fraguar un imperio.

Si hemos de creer a sus biógrafos (Lemoyne, Ceria, Amadei), que acumulan enorme número de datos y detalles sobre ello, la vida de Don Bosco estuvo *densamente salpicada* de fenómenos sobrenaturales. Quiero decir salpicada de milagros, profecías, sueños misteriosos, etc. Lo sobrenatural, lo posiblemente sobrenatural (qué sea de todo ello realmente sobrenatural y qué no lo sea, lo habrá de decir una crítica profunda y seria), empieza con el famoso sueño de los nueve años y no acaba hasta su muerte. Sueños misteriosos sobre sí mismo y sueños sobre los demás; multiplicaciones de castañas, de panecillos, de avellanas y de hostias consagradas; profecías sobre su Congregación, sobre personas particulares y sobre acontecimientos mundiales; curaciones, resurrecciones, bilocaciones, intervenciones diabólicas, lectura de conciencias, visión de acontecimientos presentes, pasados y futuros, apariciones como la de su amigo Comollo muerto, ante testigos; y hasta hay un *perro gris*, que no se sabe de dónde viene ni dónde mora y que durante muchos años hace de repente acto de presencia en momentos de peligro de nuestro biografiado.

En Chieri, cuando era estudiante de segunda enseñanza, ya sus compañeros le llamaban *el soñador*, porque soñaba el examen que iba a dar el maestro; y en la revolución del 48 recuérdese que la prensa anticlerical le motejaba, maliciosamente, de *taumaturgo*. Desde luego, entre la muchachada que le seguía por los tiempos de la Casa Moretta y el Prado Filippi existía la convicción de que leía las conciencias y de que era un hombre de Dios. Esta convicción iría creciendo, más firmemente si cabe, en el internado de Valdocco.

Según esos biógrafos, los milagros de curaciones empezaron a producirse en proporciones extraordinarias a partir de la construcción del templo de María Auxiliadora por los años sesenta; a veces, instantáneamente al impartir Don Bosco la bendición de María Auxiliadora.

Hemos afirmado que la vida de Don Bosco está *densamente salpicada* de lo sobrenatural según juicio de esos biógrafos. Si en el resumen de la *Cronología* del

P. Santaeulària se subrayan las expresiones que aluden a fenómenos sobrenaturales, se concluye, por el resultado, que esa expresión es muy apropiada; o si en el índice de las *Memorias biográficas* se examinan las columnas de citas correspondientes a las palabras *profecía* y *sueño*; o en el *Repertorio* de Ciccarelli las tres páginas y media, también de citas, correspondientes a la palabra *milagro*.

Según esto, lo sobrenatural fue casi permanente en Don Bosco. Alguien dijo que en él «lo sobrenatural era natural», esto es, ordinario, de cada día.

Además, téngase en cuenta que ese elemento sobrenatural que decimos no es, por lo que se deduce del contexto de su vida, algo marginal, sino algo decisivo en ella. En los momentos de duda, en los momentos de grandes decisiones, aparece, casi invariablemente, el factor sobrenatural y determinante. Si nos atenemos a lo que dicen esos biógrafos en la vida de Don Bosco: su vocación pedagógica en favor de la juventud necesitada; su vocación sacerdotal; que no se hiciese religioso; que no fuese de joven sacerdote a las misiones; la fijación de su apostolado en el barrio de Valdocco; la elección de la Casa Pinardi como punto de partida de la Casa Madre; las características de la basílica de María Auxiliadora; la fundación de la Congregación salesiana y de las Hijas de María Auxiliadora; el lanzamiento de sus hijos a las misiones de la Patagonia..., todo eso y más fue resultado de moniciones, de un modo u otro, recibidas del cielo.

Algo más por lo que toca a los sueños. Don Bosco, cuando dormía, soñaba muchas veces. Suponemos —es más, hay pruebas sobradas de ello— que en ocasiones soñaría sueños sin ton ni son, como los de cualquier mortal. Pero nos dicen, y nos lo dice el propio Don Bosco, que soñaba también otra clase de sueños, como los de José en Egipto y los de Ezequiel, sueños que tenían relación clara con la realidad. Sueños campesinos y sueños colegiales, sueños sobre sí mismo y sobre los demás, sueños en que veía quiénes iban a morir antes de un año entre sus niños y sueños sobre la marcha de la humanidad y la Iglesia. No pocas de las profecías de Don Bosco son sueños. Una lectura somera de los sueños que conservamos descubre verdaderas series en ellos. Serie sobre su vocación futura; serie sobre la Casa Pinardi y la basílica de María Auxiliadora; serie sobre la

fundación de la Congregación salesiana; serie de sueños misioneros, etc. —un mismo sueño puede, por aspectos distintos, pertenecer a distintas series—. Por ejemplo, según analiza Lemoyne, en la serie de sueños sobre su vocación futura, a los nueve años conoce la especial misión que se le confía; a los dieciséis se le promete que no le faltarán los medios materiales indispensables; a los diecinueve se le da a entender de una manera perentoria que no es libre de rechazar la misión que se le encomienda; a los veintiuno se le descubre claramente cuál es la clase de jóvenes a la que se ha de dedicar; a los veintidós se le anuncia que su apostolado se desarrollará en una gran ciudad, Turín...

Esta gran cuestión provoca tres preguntas importantes: ¿Qué argumentos fehacientes aportan esos biógrafos? ¿Qué pensaba Don Bosco sobre el asunto? ¿Qué opinan de ello los estudiosos actuales? Vayamos por partes.

¿Qué argumentos aportan los primeros y grandes biógrafos de Don Bosco, que trabajaron en la redacción de las *Memorias biográficas*? Pues ellos creen que aportan muchos: además de cantidad de documentos depositados en el archivo de la Congregación —la famosa *Autobiografía* entre otros—, el hecho de haber conocido a gran número de personas que conocieron a Don Bosco y haberlo conocido ellos mismos. En las *Memorias biográficas* citan constantemente a personas que vivían en el momento de publicar los sucesivos tomos y que habrían podido protestar en caso de error. En el proceso canónico se hicieron afirmaciones bajo juramento al respecto, y están de por medio personas muy sensatas y absolutamente dignas de crédito: Don Dalmazzo, Don Cagliero, futuro cardenal; Don Costamagna, futuro obispo; Don Rúa, beatificado; Don Leonardo Murialdo, canonizado... Aparte de que pueda discutirse sobre casos concretos, es absolutamente cierto que en torno a Don Bosco se formó un clima de fe en él y en sus carismas espirituales; primero, en Valdocco y entre sus salesianos; después, entre sus numerosos bienhechores, y, finalmente, entre buena parte del pueblo cristiano relacionado con su obra.

En segundo lugar, ¿qué pensaba Don Bosco sobre el asunto?

Desde luego, creía en lo sobrenatural y que Dios pudiese manifestarse a los hombres. «Si un hombre puede comunicarse con otro —razona en uno de sus escritos—, ¿no va a poder Dios comunicarse con sus criaturas?» Don Bosco creyó que por medio de María Auxiliadora se conseguían *gracias* en torno al templo que estaba construyendo o que había construido (muchas de las cuales, al describirlas, resultan ser milagros). Y creía también que se producían curaciones en torno a su persona; pero él se sentía tranquilo en este caso, pues decía no tener otra parte que la de haber inducido a los demás a la fe y a la oración.

Por lo que toca a las profecías, las hizo a ciencia y conciencia y asumiendo de alguna manera la responsabilidad de hacerlas. Las hacía, y en no pocos casos las ponía por escrito y hasta permitía que las publicaran. Además de profecías de alcance doméstico, particulares o relativas a su Congregación, hizo otras de alcance político internacional: profetizó al rey de Nápoles, expulsado por Garibaldi de su reino, que no volvería a su trono; a Pío IX, que su reinado duraría más que el de San Pedro; al cardenal Pecci, que llegaría a papa (León XIII); a Víctor Manuel II, que morirían varios de su familia si aprobaba las leyes Rattazzi contra las congregaciones religiosas; profetizó la guerra franco-prusiana y la derrota de Napoleón III, y que los piemonteses no entrarían en Roma antes del año 70 y que no se irían después... Habrá que hacer un análisis crítico de todo y estudiar caso por caso, digo, pero desde luego es innegable que había entre los que rodeaban a Don Bosco la convicción de que hacía profecías que se cumplían.

En cuanto a los sueños más o menos proféticos, él mismo acabó por darles importancia, como le ocurrió con el de los nueve años, porque observó que se realizaban. Bastantes los dejó escritos de su puño y letra y otros los corrigió a quienes los copiaran al narrarlos.

A todas luces, Don Bosco se sentía objeto, por parte de Dios, de especiales revelaciones. En más de una ocasión se le vio estremecerse de responsabilidad. En su *Autobiografía* no disimula la presencia oportuna de lo sobrenatural en su vida. Que en la fundación de su Congregación intervino de un modo directo la mano de

Dios, lo dijo de muchos modos y en muchas ocasiones. Algunos ejemplos: «Yo no tengo sólo argumentos probables, sino que tengo argumentos seguros de que es voluntad de Dios que nuestra Sociedad comience y siga». «No dio paso la Congregación sin que algún hecho sobrenatural lo acompañase; no se produjo cambio, o mejora, o ampliación que no fuese precedido por una orden del cielo». Uno de los fines por los que escribió su *Autobiografía* fue, ya lo citamos, para que se viese «cómo Dios condujo todas las cosas en su momento». Por cierto, en una ocasión se le presentó un celoso sacerdote y le comunicó que pensaba fundar una congregación: «¿Ha tenido usted alguna iluminación celestial al respecto?», le preguntó Don Bosco con toda franqueza, y como el sacerdote le contestase negativamente, le desaconsejó la empresa.

Se comprende, pues, que al final de sus días tuviese una fama inmensa de taumaturgo. El se amedrentó ante ello y dejó escrito en su *testamento espiritual*: «Os recomiendo encarecidamente... que no digáis que Don Bosco tuvo gracias especiales o que haya hecho milagros de cualquier modo... Yo no hice otra cosa que rezar y hacer rezar a las almas buenas... Dios y su Madre santísima nos vinieron en ayuda». En una ocasión escribió a sus salesianos de Argentina que no dieran importancia a sus sueños. Pero Don Costamagna, en nombre de todos, contestó en carta a Don Lemoyne: «Diga a Don Bosco que no le obedeceremos. Nosotros, aun haciendo el acto de fe que manda Urbano VIII, aceptamos las visiones de nuestro Padre, quien —no lo olvidaré jamás— me dijo una vez: ‘Entre todas las congregaciones y órdenes religiosas, tal vez sea la nuestra la que ha tenido más Palabra de Dios’. Efectivamente, la fe de los Salesianos en los carismas de su fundador fue, en vida de él, prácticamente unánime; y después, a lo largo del siglo XX, cuando sus misioneros avanzaban por las selvas del Amazonas y el Orinoco, por Africa, Asia y Oceanía, se sentían ejecutores de sus sueños proféticos.

En cuanto a qué pueda opinar un historiador moderno acerca de lo sobrenatural en Don Bosco, he aquí, *extractados*, algunos juicios de Stella, nada sospechoso,

por cierto, de entusiasmarse con afirmaciones no bien documentadas:

— El sueño de los nueve años marcó claramente a Don Bosco; fue un sello divino estampado indeleblemente en su vida. «Condicionó todo el modo de vivir y de pensar de Don Bosco». «¿Y no fue también para mamá Margarita la manifestación de una voluntad superior?... Sólo así se explica su tenacidad en conducir a Juanito hacia el sacerdocio».

— Los sucesivos sueños renovaban, dentro del Oratorio, el aura sobrenatural que envolvía a Don Bosco y su obra.

— Don Bosco, efectivamente, se sentía instrumento de realizaciones divinas.

— «Toda la vida de Don Bosco puede ser considerada como un fenómeno místico, si (en un sentido amplio) por mística se entiende la intervención de inteligencias y fuerzas sobrehumanas. En este sentido, la vida de Don Bosco podía tomarse como uno de los fenómenos místicos más vistosos del siglo XIX».

— Con el andar de los años, todo se ve prodigioso en la vida de Don Bosco, y no sólo por las gracias extraordinarias y las curaciones repentinas, sino también por el éxito de sus obras.

— «En cualquier caso, esto es lo cierto: que lo extraordinario impregnó la religiosidad de Don Bosco y de su entorno y que determinó un tipo de ascética y de acción apostólica. El conjunto de hechos extraordinarios constituye como un núcleo circundado de un maravilloso halo de leyenda; más de una vez, cuando el investigador intenta un análisis, se encuentra ante el umbral de lo insondable».

Entiéndase bien. Los fenómenos sobrenaturales forman todo un entramado en la vida de Don Bosco. De creer a esos sus biógrafos, quizás sea Don Bosco uno de los últimos grandes casos de incidencia de lo sobrenatural en lo humano.

### DON BOSCO, APÓSTOL

Con el personaje *Don Bosco* como protagonista, por lo que hemos ido diciendo hasta ahora pudiera filmarse una estupenda película social.

Pero de no hacerse constar muy claramente que fue, sobre todo y ante todo, un apóstol, no sería verdadera.

Don Bosco fue siempre apóstol ciento por ciento.

La intención apostólica en cuanto hacía se le descubre a Don Bosco desde muy pequeño. El caserío estaba lejos de la iglesia, y costaba, ciertamente, llegarse a ella para ciertas funciones; pues a aquellos niños y a aquellos campesinos que él embobaba con sus habilidades y sus relatos, les hacía rezar buena parte de lo que hubiesen rezado en caso de haber ido a la iglesia, y les repetía, en parte, el sermón que él había oído previamente. Sus artes de saltimbanqui y de narrador precoz no eran sino recursos de apóstol. Y en los años de instituto en Chieri aparece también muy claramente esa su intención apostólica: acaudillaba aquel puñado de chicos de la Sociedad de la Alegría para comprometerlos «a evitar toda conversación y toda acción indigna de un cristiano y a cumplir sus deberes escolásticos y religiosos». Veces hubo que se las vio en desafío con saltimbanquis profesionales porque perjudicaban el horario de iglesia, y con organizadores de bailes por el peligro que había de pecado. Bosco, el simpático estudiante de Chieri, antes de entrar en el seminario actuó como un perfecto apóstol seglar. Todo el prestigio que tenía en la población y entre sus compañeros de estudio, lo ponía en juego, si llegaba el caso, para obtener frutos espirituales.

Y en sus primeros años de sacerdote, con lo elemental que es, de suyo, un oratorio festivo desde el punto de vista de la formación religiosa, pues en definitiva no se trata sino de entretener a los chicos y de que cumplan con la misa dominical, y ¡la importancia que daba a las prácticas de piedad! En su *Autobiografía*, donde se salta tantas cosas, es curioso constatar que pone más o menos completos los horarios del oratorio en el Colegio Eclesiástico, en el Refugio Barolo, en los Molinos Dora, en San Pedro ad Vincula y no digamos en la Casa Pinardi. Pues la parte principal de esos horarios era para las prácticas del cristiano. En el Refugio, por ejemplo, se podía confesar y comulgar, se celebraba la misa, se daba explicación del Evangelio, clase de catecismo e instrucción, y además se impartía la bendición con el Santísimo Sacramento y se rezaban las letanías de la Virgen. En los Molinos Dora se queja de no poder celebrar la misa

ni dar la bendición por la tarde. En el oratorio de Don Bosco, sus chicos, aquellos chicos de la calle, los domingos llevaban una vida de piedad equivalente a la que llevaban los fieles de las parroquias más fervorosas del Piamonte de entonces. Es evidente que Don Bosco se preocupaba mucho de sus almas. Cuando iba con ellos de una parte a otra en busca del sitio definitivo, no era un demagogo con su turba, sino un sacerdote con sus fieles. Hay en su *Autobiografía* una descripción fenomenal al respecto: «Hete aquí que, un domingo después del mes de julio, cargan los chicos con los bancos, reclinatorios y alguna otra cosilla, con luces, cuadros y demás, y, llevando cada uno el objeto de que era capaz, nos fuimos a plantar el cuartel general en el lugar concedido». No era precisamente aquello una manifestación política.

Asentado en la Casa Pinardi y convertida la casa en el primer colegio, el nivel espiritual de sus hijos y, por lo mismo, de sus colaboradores, alcanza cotas admirables. Por lo pronto, del *reglamento del colegio*, las prácticas de piedad eran parte principalísima, y por cierto que las disposiciones escritas no quedaban en letra muerta. Por el 1853 se murmuraba ya en Turín que Don Bosco era demasiado exigente en esto con sus artesanos: misa, rosario y oraciones de la mañana y de la tarde cada día, retiro cada mes, ejercicios espirituales sencillos cada año... Nosotros, con la óptica de ahora, tal vez diéramos la razón a los murmuradores; pero lo que sí queda claro, y en éstas estamos, que lo que movía a Don Bosco en su generosísimo trabajo en pro de los jóvenes era el celo del sacerdote. En 1848 (¡precisamente en 1848!) logró hacer una tanda de ejercicios espirituales cerrados con un grupo de obreros; se demuestra que fue el primero en Italia en llevar a los obreros a ejercicios espirituales.

Y si se analiza cómo organizó Don Bosco su primer internado, se ve claramente que no buscaba hacer de sus alumnos simples cristianos, sino apóstoles y santos. Aquella selección y ascensión, desde las compañías menos exigentes (la de San Luis por ejemplo) hasta llegar a la de la Inmaculada, reflejan un plan premeditado, y por cierto nada disimulado, de sacar el mayor provecho religioso de sus jóvenes. A los congregantes de San Luis les exigía como mínimo el apostolado del buen ejemplo;

pero a los de la Inmaculada, además de una muy intensa piedad, cuidarse expresamente del bien espiritual de sus compañeros. El colmo del optimismo sobrenatural de Don Bosco fue intentar sacar auténticos santos de altar de aquellos sus chicos. «Ser santos es fácil —les decía—. ¡Tenéis que ser santos!» Y lo consiguió. Ahí está Domingo Savio. Y Magone y Besucco alcanzaron una altura envidiable de santidad. Así que ese Juan Bosco, posible protagonista de una película social, les daba un pedazo de pan y oficio a sus jóvenes y les alegraba sus domingos; pero lo primero que buscaba en ellos era la salvación de sus almas y hasta una santidad de altura.

Esta demostración de un talante fundamentalmente apostólico en Don Bosco niño, estudiante y joven sacerdote nos vale para cuanto emprendió en el resto de su vida. No nos es posible analizarla período tras período.

Era un principio suyo muy importante que al joven hay que encauzarlo bien antes de que lo contamine el mal, porque, si el mal toma la delantera al bien, la salvación eterna queda comprometida. Pues en esa teología encuentra explicación, en buena parte, su enorme celo por la juventud.

Así las cosas, podrá deducir el lector la importancia que dio a la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión. En la confesión restaña el alma sus heridas y se precave de otras nuevas. En la comunión se pone en contacto con la sangre purísima y santificadora de Cristo. Los sacramentos dan la gracia; de la gracia depende el grado de cielo...

En aquellos tiempos, en que aún quedaban restos de jansenismo, Don Bosco se alineó activamente de la parte de los que propugnaban la comunión y confesión frecuentes. Fue de los primeros, tal vez el primero, en defender la comunión temprana: *¡A los siete años, en cuanto el niño distinga entre Pan y pan!*; los decretos de Pío X al principio del siglo siguiente le darían la razón.

Por lo que toca a la confesión, fue uno de los más grandes confesores que haya tenido la Iglesia. En el siglo XIX, dice Brocardo, sólo le habrá superado el Cura de Ars, y, en punto a confesión de jóvenes, puede que ninguno. Era paternal, cariñoso, sumamente práctico y concreto y sorprendentemente rápido.

Se explica así la inquina que siempre tuvo al pecado y, más concretamente, lo cerradamente que cargaba contra los escandalosos: «Ayudadme en la guerra contra el pecado», decía expresivamente. «Yo estoy hecho así: cuando veo la ofensa a Dios, no cedo ni aunque tenga un ejército enfrente». En sus *buenas noches*, en sus *sueños*, hay páginas impresionantes sobre el pecado y contra el pecado: arruina las almas, hace inútil la pasión de Cristo, coloca a los hombres al borde de su perdición... Entregado en cuerpo y alma a la salvación de los jóvenes, las tenía contra la impureza, porque la impureza es el pecado que más fácilmente cometen.

Se recordará que en las páginas dedicadas al *Don Bosco, educador*, al hablar de los elementos religiosos de su sistema, nos limitamos a sólo mencionarlos. Será cuestión de decir algo más.

En sus palabras y escritos de formador de jóvenes y en su comportamiento educativo se le encuentra una filosofía pedagógica implícita. Un buen sistema, al educar, ha de utilizar los resortes naturales del joven, sus *intereses*; pues bien: si se tiene alma y hay una eternidad por delante, ningún interés tan digno de tener en cuenta, ni ninguno tan eficaz, como el espiritual, viene a decir Don Bosco. De ahí que llegue a afirmar: «El niño, más que nadie, desea que se le hable de los problemas eternos»... Un sistema que no suponga la religión no puede suscitar esos intereses ni accionar esos resortes; de ahí que Don Bosco basase insistentemente su sistema preventivo en lo religioso...

Abundando en lo anterior: para Don Bosco, la *religiosidad* del alumno no es una pura emoción transitoria, sino una exigencia radical de su condición de hombre, un interés-deber inserto en su propia sustancia humana; por lo tanto, todo sistema educativo auténtico ha de tener muy en cuenta esa religiosidad. Nada de pietismos febles desde luego; pero, si el interés religioso en el alumno es el interés de los intereses, la religión tiene que ser el factor de los factores a la hora de educarlo. Y ese factor religioso tiene que entrar de una manera patente y sin disimulos en la educación, y, por lo mismo, cuanto dice con la gracia santificante y con los medios que de un modo u otro la procuran, como la oración,

los sacramentos, la devoción a la Virgen: todo ello inconcebible en una pedagogía a lo Rousseau. Llegó a decir Don Bosco: «Recordad que el primer método para educar bien es hacer buenas confesiones y comuniones». Y en otra parte: «La frecuente comunión y la misa cotidiana son las columnas que deben regir nuestro edificio educativo». Y en otra: «Hay que decirlo: la devoción a la Virgen es el punto de apoyo de todo fiel cristiano». En fin, que el modo de educar de Don Bosco era un modo religioso, y su filosofía pedagógica, una teología; y que lo que en el fondo pretendía al educar era santificar.

De una vez por todas: que Don Bosco fue, en primer lugar, apóstol, y en segundo término, pedagogo, benefactor social o lo que conviniese. Su acción social y hasta la misma pedagogía, por más que fuese un pedagogo nato, él las entendió, en fin de cuentas, como modo práctico de hacer apostolado, sobre todo a los jóvenes. «El salvarse y salvar a los demás fue la idea matriz de su vida», dice Stella.

Alguna idea más sobre este gran tema de *Don Bosco*, apóstol, suscitador y utilizador de *intereses* espirituales.

Don Bosco, predicador... Sí. De cura joven hizo sus pinitos oratorios. Pero pronto tomó decisiones radicales. El resto de su vida, su oratoria fue sencilla, variada, incorrecta si lo requería el caso, práctica, sugeridora, llena de unción; conmovía y convencía. Como gracia especial, el día de su primera misa pidió a Dios la eficacia de palabra, y la obtuvo; la obtuvo en su predicación a los jóvenes y en su predicación a los fieles por aquellos pueblos del Piamonte; y al final de su vida, en su predicación a sus hijos, a sus bienhechores, a las muchedumbres. Fue siempre un predicador y un orador sencillo, pero de mucho fruto.

Don Bosco, «providencialista»... La política, la historia, la ciencia, todo lo veía Don Bosco en función de eternidad; eso sí, sin amaneramiento alguno y sin desentenderse de la realidad temporal. En la historia (recorremos que escribió tres manuales), más que la anécdota y la filosofía de los hechos buscaba la ejemplaridad. El ve desarrollarse la humanidad de acuerdo con un plan de la Providencia. La contemplación del devenir humano le

lleva a la misma conclusión que la contemplación del orden creado: a la admiración de Dios. Políticamente —defiende Don Bosco—, a una nación, y al mundo, le conviene vivir según la religión... Y por lo que toca a la ciencia, a Don Bosco no le deslumbran los grandes inventos: la máquina de vapor, la fotografía, el telégrafo, etcétera. Ciertamente alguna vez los describe, de paso, con encomio, pero no se emboha ante ellos; simplemente los instrumentaliza en beneficio de su apostolado. Da la impresión de que lo que realmente le ocupa y preocupa no es el hombre y sus conquistas, sino *el hombre*; el hombre en sí, el hombre y sus destinos.

Don Bosco es, pues, el típico *homo religiosus*, que todo lo ve en clave sobrenatural. Por eso, Stella, muy acertadamente, titula su profundo estudio *Don Bosco en la historia de la religiosidad católica*. Pero siempre, insisto, ese Don Bosco ciento por ciento religioso y apóstol, pisando tierra y caminando muy humanamente junto a los jóvenes y los necesitados.

Puede ser que algún lector haya quedado defraudado ante algunas conclusiones sugeridas a lo largo del libro; conclusiones que parecen contrarias a lo que a veces se lee o se oye decir. Resulta que Don Bosco no *inventó* el oratorio festivo, ni las escuelas profesionales, ni propiamente el sistema preventivo, ni la devoción a María Auxiliadora, ni el Contrato Juvenil de Trabajo... Pues no. Uno se documenta y llega a la conclusión de que no. Pero es que aquel hombre tan humano, tan de este mundo y por este mundo, en realidad no quiso inventar nada. Lo que realmente quiso fue arremeter contra el mal y luchar por su propia salvación y la de los otros. Y para ello echó mano de los mejores medios a su alcance y puso a contribución todas sus cualidades personales, que no eran precisamente pocas ni pequeñas: su fuerza, su memoria, su tesón de «buey» piamontés, su sacerdocio por supuesto, su pluma, su pedagogía, todo; su don de gentes y sus dotes de mando; sus revelaciones divinas y sus sabidurías humanas; su mano derecha y su mano izquierda... Eso sí, con su genio, porque era un *verdadero genio* en el terreno de la práctica, lo que tocó, lo llevó a una perfección que nadie podía soñar. Nadie, en efecto, organizó los oratorios festivos como él, ni las

escuelas profesionales como él, ni practicó el sistema preventivo como él...; y si sobre la marcha surgía una idea verdaderamente nueva, como el coadjutor salesiano o el religioso externo, la realizaba si podía, sin importarle otra cosa que la salvación de las almas.

\* \* \*

El verdadero apóstol no sólo hace apostolado, sino también apóstoles. Un primer estudio llevó a la conclusión de que Don Bosco había suscitado la vocación de unos *cinco mil sacerdotes*. No creo que críticamente se pueda aceptar ese número. Pero sí se podrá dejar en la mitad. En tiempo de Don Bosco, en los colegios salesianos se dio una floración realmente magnífica de vocaciones sacerdotales para la Congregación y para las diócesis italianas.

#### DON BOSCO, SANTO

##### **Si le canonizaron, es que Don Bosco fue santo**

Ser apóstol o ser taumaturgo no significa, de suyo, ser santo. Muchos grandes apóstoles que se entregaron generosamente al bien de los demás no alcanzaron esa calidad de vida personal que supone ser santo. Y taumaturgo, hacedor de prodigios, lo es quien Dios quiere, y hasta por personas muy imperfectas puede hacer Dios milagros. Ser santo significa haber practicado heroicamente las virtudes, llevar una vida teologal profunda con un rigor y una perseverancia muy por encima del cristiano ordinario, y haber sido objeto, por parte del Espíritu Santo, de una actuación eficacísima de sus dones.

Pues Don Bosco, afirmamos ahora, además de apóstol y taumaturgo, fue santo.

Sería éste el momento de acumular dichos, hechos y testimonios relacionados con el tema en su larga vida. Sentimos no disponer ni de tiempo ni de espacio para ello. Pero ni hace falta en nuestro caso ese método largo e inductivo (partiendo de muchos datos, llegar a las conclusiones), porque tenemos otro mucho más sen-

cillo y rápido: el deductivo. Si la Iglesia canonizó a Don Bosco, es que fue santo, porque éste es uno de los casos en que la Iglesia es infalible. En rigor, fue la Iglesia la que se tomó ese trabajo de inducción, sometiendo toda la vida de nuestro protagonista, sobre todo sus últimos años, a un minucioso proceso canónico; y como vio sus virtudes exquisitas y además hubo la corroboración de los milagros (necesarios para la beatificación y canonización), infaliblemente lo declaró santo.

A falta de tiempo y espacio, creo que no es ése mal argumento para convencernos de que nuestro Don Bosco poseyó eso que el pueblo cristiano tiene por santidad y que lleva a los hombres a los altares.

### **Don Bosco y el arzobispo Gastaldi**

Así y todo, vamos a dar algunas muestras de que efectivamente fue santo nuestro biografiado.

Por lo pronto, buena parte de la actividad de su vida la desarrolló con no excesiva salud. Era originariamente de fuerte constitución; en caso contrario no tendría explicación que trabajara tanto. Pero es lo cierto que nunca gozó de una salud entera; desde los tiempos del seminario hasta su muerte, siempre le aquejó alguna dolencia importante; dos veces estuvo a la muerte (cuando se instaló en la Casa Pinardi y en 1871) y en sus últimos años era, según expresión de su médico, Albertotti, una *exposición ambulante de enfermedades*. Trabajar tanto en tan malas condiciones debió de ser muy meritorio, concluimos.

Además de esto, «buena parte de su vida se la pasó defendiéndose», afirma Rottolo. Ya vimos los registros a que fue sometido. Aquello sólo fue un botón de muestra. Desde los tiempos del Oratorio en el Colegio Eclesiástico, siempre alguno la tuvo con él. Se defendía con dignidad y nunca en plan de ofender, pero siempre hubo de luchar en defensa de su obra y de su misión. Basta decir que fue objeto de una docena de atentados graves. Si sobrellevó con tanta paciencia, como consta, tantas contrariedades, es que era realmente de una virtud superior.

Pero fue en el *asunto Gastaldi* donde se demostró, de una vez por todas, que fue un santo de verdad.

Monseñor Gastaldi fue arzobispo de Turín desde 1871 hasta 1883. En rigor, fue un gran arzobispo: emprendedor, piadoso, celoso, sabio. Reorganizó a fondo la diócesis de Turín y vitalizó su seminario. Se conservan cartas pastorales suyas realmente admirables.

Pero, aunque en privado se mostraba humilde, generoso y amable, a la hora de ejercer su autoridad era exagerado y muy susceptible y dado a procedimientos expeditivos: a suspensiones canónicas por ejemplo. «Muchas de sus realizaciones —dice Teresio— las consiguió a un altísimo precio humano». En 1878 había en Roma una treintena de pleitos entre Mons. Gastaldi y curas diocesanos suyos.

Con Don Bosco, la cosa habría empezado de cualquier otra manera, pero, de hecho, empezó por una imprudencia de Don Bosco. Insinuó a Mons. Gastaldi, cuando le fue comunicado el nombramiento, que le había sido asignada la archidiócesis de Turín porque él se lo había pedido a Pío IX.

Tiene explicación que Don Bosco se tomase esa libertad: eran, hasta cierto punto, amigos. Gastaldi le había ayudado personalmente en el oratorio en los tiempos de la Casa Moretta y del Prado Filippi y la madre de Mons. Gastaldi había sido, con mamá Margarita, casi otra mamá más en los primeros tiempos de la Casa Pinardi. Y aún hay más: cuando en 1868 pidió Don Bosco cartas laudatorias a los obispos del Piamonte para apoyar en Roma la aprobación de la Congregación salesiana, con mucho, la más laudatoria de todas fue la del obispo de Saluzzo, Mons. Gastaldi. Precisamente pensó Don Bosco en la posibilidad de su traslado a la archidiócesis de Turín a la hora de presentar a Pío IX la famosa lista de episcopables, porque el arzobispo anterior, Ricardi, sucesor de Mons. Fransoni, no veía con buenos ojos que en su diócesis se fundara una congregación no diocesana.

Las relaciones entre el arzobispo y Don Bosco se enturbiaron en seguida. En 1873, por carta, creyendo que con ello mejorarían las cosas, Don Bosco volvió a recordarle que había intervenido en sus nombramientos para obispo de Saluzzo y arzobispo de Turín. Fue su último error. Todo lo demás en adelante sería santidad, y de muchos quilates.

Los periódicos, naturalmente, pronto se hicieron con la gran noticia. Y para los del otro color, todo fue envenenar la situación e intentar ahondar las desavenencias entre el arzobispo de Turín y «el pequeño papa del Piamonte». Para acabar de enredar las cosas aparecieron al respecto dos folletos y un libro en contra del arzobispo en los que nada tenía que ver Don Bosco.

Mons. Gastaldi manifestó a un amigo suyo que no quería se le tomase «por un vicario de Don Bosco»; pero las razones verdaderas hay que encontrarlas en que buscaba una Congregación salesiana en la que él, como obispo, fuese su superior. El fundador se opuso delicadamente: su Congregación había sido aprobada en 1869 por Roma, y era, de consiguiente, para toda la Iglesia. Mons. Gastaldi, con ocasión de la grave enfermedad de Don Bosco entre 1871 y 1872, parece que aspiró a reducirlo a un simple «papá» en el oratorio de Valdocco, sometiendo todos los otros colegios a su autoridad. Con la aprobación de las Constituciones en 1874, ese sometimiento resultó jurídicamente inviable, y, quizás sin que el arzobispo se lo propusiera, acabó por desencadenarse casi una persecución contra los pobres Salesianos y el pobre Don Bosco: reducción de facultades en la predicación y en las celebraciones fuera de los propios colegios, prohibición de invitar a otros prelados a pontificar y confirmar, negación de órdenes a clérigos salesianos, entorpecimiento en el desarrollo de las Hijas de María Auxiliadora, de los Cooperadores y de la obra de las vocaciones adultas, etc.; y, sobre todo, suspensión a Don Bosco y a dos salesianos más de confesar, cosa que canónicamente sólo se puede hacer por faltas muy graves. La suspensión de Don Bosco duró muy poco tiempo, pero la de Don Bonetti, años; y Don Bosco estuvo amenazado de suspensión *ipso facto* durante muchos meses. Examinando imparcialmente la cosa, no había razón suficiente para tomar tales medidas.

Consiguientemente, documentos de acusación y de justificación del arzobispo y documentos de defensa de Don Bosco: documentos de uno y otro signo y de una y otra parte al episcopado piamontés, a las Congregaciones romanas, al mismo papa (Pío IX primero y, a partir de 1878, León XIII).

Ello hizo que en la curia vaticana se formase un

grupo muy hostil a todo lo salesiano. Estaba enfermo de muerte Pío IX y preguntaba insistentemente por Don Bosco, y Don Bosco estaba en Roma y buscaba por todos los medios llegar hasta él, y no hubo manera de que se celebrase la audiencia. Si se tiene en cuenta que durante el arzobispado de Mons. Gastaldi se aprobaron las Constituciones de la Congregación y se tramitó todo lo relativo a la *exención*, y que en semejantes casos el obispo de la diócesis de origen tiene mucho que ver en las decisiones canónicas, se podrá calcular la de dificultades y humillaciones por las que el fundador tuvo que pasar.

En 1881, León XIII nombró una comisión de ocho cardenales que decidiese sobre las divergencias. Sólo dos votaron a favor de Mons. Gastaldi; y de los otros seis, cuatro se manifestaron muy enérgicamente a favor de Don Bosco.

León XIII al principio no veía las cosas del todo claras a favor de la inocencia de Don Bosco. Mons. Alimonda, cardenal de curia, ciento por ciento favorable a los Salesianos, buscó una manera de que el papa se convenciese de la virtud del fundador. Fue él quien le aconsejó que encomendase el templo de Roma al Sagrado Corazón al paciente cura turinés. Don Bosco, por lo que le tocaba, aceptó inmediatamente y sin ninguna condición (le habría de suponer un gasto de ¡millón y medio de liras!). Y aún pudo comprobar León XIII la virtud de Don Bosco con otra prueba más. La comisión de los ocho cardenales había dado la razón a Don Bosco, pero León XIII juzgó que, dado el carácter de Mons. Gastaldi, el modo más práctico de acabar con tan enojoso asunto era que Don Bosco pidiese perdón al arzobispo. Y Don Bosco aceptó. Los jóvenes salesianos del Consejo Generalicio se sublevaban ante aquella solución. Pero era voluntad del papa y se aceptó. Y Don Bosco, siguiendo puntualmente las normas que le enviaron de Roma, pidió perdón a Mons. Gastaldi.

León XIII premiaría muy bien y muy pronto a Don Bosco. Al poco tiempo se concedía la *exención* a los Salesianos, Don Cagliero era ordenado obispo y al morir Mons. Gastaldi en 1883 le sucedía en la sede de Turín el bondadosísimo cardenal Alimonda. Hasta su muerte, nuestro biografiado sería el gran confidente de León XIII, como lo había sido de Pío IX.

En una de aquellas largas charlas de atardecer que se tenían Don Bosco y Don Lemoyne en los inviernos de los ochenta (los ojos le lloraban en seguida a Don Bosco con luz artificial, y ésa fue una de tantas cruces corporales en su vida), el Santo insinuó la conveniencia de destruir toda la documentación relativa al *asunto Gastaldi*. El bueno de Don Lemoyne sacó un pretexto cualquiera y abandonó la habitación: «Tenía miedo de que le diese una orden formal». Realmente habría sido fatal para el proceso de canonización.

El *asunto Gastaldi*, en efecto, fue un hueso duro de roer en dicho proceso. Pero, tras el detenido estudio que se hizo de todo, sirvió para demostrar la auténtica santidad de Don Bosco. Una de las declaraciones más interesantes fue la de la sobrina del arzobispo, que en los tiempos de las desavenencias vivía con su madre en palacio. Lamentaba la conducta de su tío y le echaba buena parte de la culpa a su secretario, el canónigo Chiuso (el cual, por cierto, el día de María Auxiliadora de 1891 se hizo invitar a la comida en Valdocco, y en la sobremesa, en medio de un imponente silencio, se *retractó* de todo el mal que había hecho al pobre fundador de los Salesianos). Añadió la sobrina que Don Bosco acudió varias veces a ella y a su madre para que le ayudasen a salir de tan grave problema y que siempre mostró un gran respeto y una gran caridad para con su tío.

Nuestro santo manifestó a un íntimo que le había costado muchísimo pedir perdón a Mons. Gastaldi, y en varias ocasiones comentó con sus hijos que el Señor había permitido todo aquello por haberse fiado demasiado de sus combinaciones humanas y haber puesto más confianza en los hombres que en Dios. Y, sin embargo, pese a los fallos iniciales, su conducta a lo largo de todo el pleito fue, como se comprobó, verdaderamente admirable y sólo explicable en un hombre de mucha virtud y muchísimo espíritu sobrenatural.

De aquella terrible prueba, que duró trece años, Don Bosco salió santo del todo e irreversiblemente envejecido.

## La santidad de Don Bosco, la mayor originalidad de Don Bosco

Quede, pues, sentado que Don Bosco era santo. Pero, admitido que lo era, su santidad y su canonización, curiosamente, plantean una gran cuestión y hacen patente la mayor, con mucho, de sus muchas y grandes originalidades.

Tenemos dicho que Don Bosco fue un trabajador increíble. De quince a dieciocho horas diarias de trabajo. Un día y otro día. Prácticamente, a lo largo de toda su vida... Pero eso no constituye precisamente un elogio en la vida de un santo. *Nunquam de sanctis viris auditum est!*: «¡Nunca se oyó cosa semejante de ningún santo!», se objetó en el proceso de canonización, y el proceso se paró en seco. De los santos se dijo siempre que rezaron mucho, pero no que trabajaran tanto.

Y su doctrina sobre el trabajo estaba perfectamente de acuerdo con su conducta de gran trabajador. Decía a sus Salesianos: «Trabajo, trabajo y trabajo... Jamás hay que cansarse de trabajar. ¡Cuántas almas se salvarían!» «Trabajar siempre... Este ha de ser el fin del salesiano y su continuo anhelo». «Nosotros no queremos dinero, sino fatigas». «Hemos de buscar trabajos superiores a nuestras fuerzas; así daremos todo el rendimiento posible». «El día que un salesiano muera... de puro trabajo —dejó escrito en su testamento espiritual—, será un día grande en la Congregación salesiana».

Escribe graciosamente Caviglia: «¡El escándalo de un santo! Don Bosco habló mucho más del trabajo que de la oración». Y comenta Brocardo: «Las alabanzas que otros santos dedicaron a la oración, Don Bosco las dedicó al trabajo». Y coherentemente, añado yo, actuó de acuerdo con esas ideas durante toda su vida. Estudiadas las citas bíblicas de Don Bosco en sus casi tres mil cartas, ha resultado que dominan, con mucho, las relacionadas con el trabajo; tiene particular devoción por aquella frase de San Pablo a Timoteo: «Tú, trabaja, haz obra de evangelización».

Pues ante esta panorámica extraña y desconcertante de Don Bosco se plantean estas preguntas: ¿Cuándo rezaba Don Bosco? ¿Cómo pudo santificarse? ¿De dónde

sacó aquella virtud que demostró en el *asunto Gastaldi*? Y la cosa se pone más difícil todavía cuando se sabe que, primero oralmente y después por escrito, obtuvo de Pío IX la dispensa del Breviario.

Pero no está ahí toda la cuestión, porque además resulta que en Don Bosco faltan no pocas de las características clásicas de los santos de altar. «Don Bosco —escribe Nigg— no es de una dignidad estilizada e inaccesible..., no lleva cilicio a la cintura ni mezcla ceniza en su comida. No se flagela ni aconseja a los suyos que se flagelen, no piensa retirarse a un monasterio contemplativo. La *fuga mundi*, la fuga del mundo, le resulta completamente extraña». Por cierto, este aspecto es tan destacado en su conducta, que todos sus biógrafos insisten en él: Don Bosco se encontraba bien moviéndose en medio del mundo.

Por otra parte, nada de complicadas formas de oración. «Habla de ella, de la oración —dice Brocardo—, en términos tan simples y ordinarios, que da la impresión errónea de que ignora la gran tradición sobre la piedad cristiana... Con ocasión de los ejercicios espirituales, la oración es, a la hora de aconsejar, uno de sus temas preferidos; quería, sí, que se rezase, y que se rezase bien, despacio, con naturalidad, pero nunca hacía alusión a las formas más elevadas de oración, como la oración de quietud, la oración de simplicidad, la oración transformante, etc.» Propiamente, no impuso a los suyos ningún método de oración, y él, que innovó en tantas cosas, en punto a oración no innovó nada.

Y aún hay que añadir más. En su larga vida no está claro que hubiese éxtasis, raptos, levitaciones, suspensión de sentidos, etc., que tanto se dieron en otros santos; y si hubo, no hubo mucho. Don Bosco, sí, ya lo hemos dicho, tuvo sueños, hizo milagros, formuló profecías, etc.; pero todas aquellas manifestaciones eran carismas en beneficio de los demás, no situaciones especiales de su alma ni, en sentido estricto, fenómenos místicos o paramísticos.

¿Cómo desentrañar este enigma?

Un poco de teología mística al alcance mío y de los lectores.

Según un modo de pensar de la escuela mística tradi-

cional, sólo puede alcanzar la perfección el hombre de mucha oración y que, además, sea concretamente enriquecido con la oración infusa. Uno, explican los teólogos de esa escuela, cuando reza normalmente, lo hace con la ayuda de Dios desde luego, mas como por su cuenta e iniciativa; pero cuando sobreviene la oración infusa, entonces la iniciativa es de Dios fundamentalmente y el hombre asiente activamente. Dios, de manera divina, actúa eficazísima y misteriosamente sobre la voluntad y la inteligencia del hombre en la oración infusa, y es entonces cuando suelen ocurrir los éxtasis, el levantarse como sin peso desde el suelo; en fin, los fenómenos místicos y paramísticos a que hemos aludido. Según esta doctrina clásica, los progresos que se hacen hacia la perfección en esos momentos son grandes sobremanera, y sin esas intervenciones *extra*, divinas, no hay, prácticamente, modo de llegar a la perfección. De ahí la importancia de la oración y contemplación en el camino de la santificación; de ahí la supremacía del rezo sobre el trabajo y de la vida contemplativa sobre la activa; de ahí que Cristo reconviniese cariñosamente a la hacendosa Marta y alabase a la embelesada María. Sí, la Iglesia ha canonizado a grandes y activísimos apóstoles, pero porque también fueron grandes contemplativos, y más contemplativos que apóstoles. La oración está en el orden de los fines (nuestro destino es contemplar a Dios); las acciones, aun las buenas acciones, son medios nada más; y las acciones son algo que hay que hacer y que se puede santificar, pero, de suyo, algo que estorba a la santificación, porque estorba a la oración.

Digo que así pienso que piensan los de la teología mística tradicional.

Pero resulta que en nuestros tiempos han surgido otros teólogos que no están de acuerdo con esa doctrina tradicional, y ello hace muy al caso en nuestra cuestión. Por lo pronto, no todos los Santos Padres están de acuerdo con la interpretación que suele darse a la escena de Marta y María. San Efrén y San Juan Crisóstomo, por ejemplo, hacen mayor elogio de Marta que de María, porque aquélla demostró un amor más eficaz, ya que, además de sentirse interiormente digamos embelesada, exteriormente le servía al Señor. Por otra parte, para llegar a la perfección sí que hace falta una acción

especial, mística, de Dios; pero puede que haya otra mística además de la mística de la oración; por ejemplo: la *mística de la acción*; puede que Dios actúe también muy eficazmente en el hombre que trabaja y porque trabaja. Lo que pasa es que sólo se ha pensado en la mística contemplativa, porque sólo los místicos contemplativos han contado la acción de Dios en sus almas (y aquí es de obligación mencionar a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz); los apóstoles se han dedicado, fundamentalmente, a trabajar.

Estamos destinados, sí, dicen ahora algunos, a contemplar eternamente a Dios, y de acuerdo que la contemplación es, *per se*, superior a la acción; pero también es cierto que estamos de camino en esta vida y que en ella «la contemplación no tiene la primacía ni el dominio universal que tendrá en el cielo» (De Guibert). ¡Cuántas veces hay que dejar el rezo por acudir a socorrer al prójimo! Lo justo sería decir que, entre contemplación y acción, cada una es primera en su propio orden, subordinadas entrambas a la voluntad de Dios.

Y se afirma que la nueva doctrina no cambia sustancialmente la tradicional: la amplía. No se dice que Dios no pueda actuar místicamente en las almas con la contemplación. Lo que sí se afirma es que puede actuar místicamente también de otras maneras; por ejemplo, con las obras hechas por él, con él y en él. Después de todo, oración y acción, vida activa contemplativa, no son sino dos modalidades de una vida cristiana y participación, por diverso modo, de una misma realidad divina; si con la oración se incorpora el cristiano al *ser* de Dios, con la acción, al *hacer* de Dios; pero, al fin y al cabo, en Dios todo coincide, y esencia y potencia son en él una misma realidad. Por la oración se incorpora el cristiano al reino de Dios que *ya es*; por la acción, al reino de Dios que *todavía no es*, y al que aporta su esfuerzo para que *sea*. El hecho es que hay grandes apóstoles que fueron en ocasiones muy activos y grandes apóstoles que en ocasiones fueron muy contemplativos, y que cabe se den grandes contemplativos de poco apostolado y grandes apóstoles poco dados a la contemplación en sentido estricto, siempre y cuando su actividad sea en función de Dios. Pues este último caso parece ser el de Don Bosco ateniéndonos a los criterios de esa nueva escuela.

Digamos algo, más al detalle, sobre la santidad de Don Bosco, no vaya alguien a tomar el rábano por las hojas.

Primero de todo, Don Bosco rezaba, y mucho. Y muy bien. Aunque nos lo hemos saltado, la primera hora del horario de Don Bosco, estudiado por Agustín Aufray, después de levantarse y antes de dedicarse a grandes negocios, de cinco a seis aproximadamente de la mañana, era para Dios. Y en la mitad de día, de dos a tres, también; por lo menos en sus últimos años. Y en plena jornada era muy frecuente sorprenderlo rezando jaculatorias incluso cuando subía y bajaba escaleras. Y por lo que toca al Breviario, si bien es cierto que obtuvo dispensa de rezarlo, también lo es que siempre que podía lo rezaba, y que si no lo rezaba, lo suplía. En punto a oración, a oración normal del buen cristiano, oración que es diferente de la mística contemplación, los testimonios en el proceso de canonización son muy concluyentes y dejan bien en claro que Don Bosco rezaba antes de la acción, en la acción (jaculatorias) y después de la acción; y que las acciones las hacía por Dios.

Todo y eso por delante, hay que convenir en que, sin ningún género de dudas, en Don Bosco la acción fue de mucha más cuantía que la oración. Pero entendámonos: Don Bosco consiguió dar valor espiritual a la acción como tal, hecha por Dios, y ahí está su auténtica originalidad ascética. No escribió sobre ello, pero eso es exactamente lo que se deduce de su conducta. La acción en Don Bosco fue lugar habitual de su encuentro con Dios. Para Don Bosco, la acción no era un obstáculo, sino un peldaño de santificación. Para él, ese tipo de acción santificada a que nos referimos tenía, de suyo, consistencia espiritual intrínseca, ascéticamente hablando; por lo que no fue tan importante como se suponía la medieval *fuga del mundo* y el recogimiento aislante, ni tan incompatible con la santidad el mundo exterior.

En fin, que Don Bosco encontró modo y manera de sacar directamente jugo espiritual a la oración desde luego, pero también a la acción. Y no sólo a las actividades ministeriales (administrar los sacramentos) y caritativas (enseñar al que no sabe...), sino también a las vulgares y puramente administrativas de cada día. Todas, de acuerdo, envueltas y salpicadas de oración, pero, si

hechas por Dios, buenas independientemente de la oración. Terminando de una vez: para Don Bosco, una actividad honesta cualquiera, con Dios de por medio, no es mala (queremos decir que estorbe la vida espiritual), sino de suyo buena, y, por lo tanto, santificadora. Y así es como se santificó él, terrible trabajador. Su mucho trabajo supo convertirlo en muy grande santidad. Y es que, en definitiva, la santidad se identifica con la caridad. Y el amor a Dios (oración) y al prójimo (acción) se enriquecen mutuamente como actos de una misma virtud. Ha sido Pedro Brocardo el que ha estudiado más a fondo este aspecto de nuestro Santo.

La objeción de «¿Cuándo rezaba Don Bosco?» fue tan fuerte que paró en seco el proceso canónico. Pero se acumularon tantos testimonios y resultó tan claro que era santo, que el proceso se reanudó y Don Bosco fue canonizado.

La originalidad de Don Bosco, la más grande, insisto, de sus originalidades, reside en que él se santificó de este modo cien años antes de que los nuevos maestros de ascética y mística hicieran sus reflexiones teológicas. Cuando otros santos coetáneos seguían santificándose a base de mucha oración por el modo tradicional, como el Cura de Ars, Don Cafasso y Don Murialdo; los tres, santos del siglo XIX, y los dos últimos, amigos personales de Don Bosco.

El tema, lo habrá adivinado el lector, es enormemente importante. Don Bosco demostró, nada más y nada menos, que un hombre eminentemente activo puede santificarse a fondo y escalar los altares. Aunque no fue Don Bosco quien lo demostró, sino Dios, que es quien está detrás de los santos y quien en el momento oportuno hace surgir el santo oportuno. En estos tiempos de actividad y de nervio (el siglo XIX ya es de estos tiempos), en estos siglos de acción, Dios ha demostrado por medio de Don Bosco que el *hombre de acción* puede santificarse en la acción y que, por lo tanto, nadie puede eludir su obligación de santificarse.

\* \* \*

Los últimos años de Don Bosco estuvieron dominados no por su fama de fundador y hombre de acción, sino, con mucho, por su fama de taumaturgo y santo. Y, cosa curiosa, pese a ello, la santidad de Don Bosco, como dice Brocardo, fue la gran sorpresa a lo largo de todo el proceso canónico. Se encontraron con que Don Bosco era mucho más santo de lo que se esperaba. «Me siento dichoso de haberme obligado a estudiar a fondo la vida de Don Bosco —escribía nuestro cardenal Vives y Tutó a Don Rúa—, porque he podido constatar que es un gran santo. Lo he tocado con mis manos». Y el cardenal Salotti, el abogado del diablo, quiero decir el *promotor de la fe* en el proceso, le confesó a Pío X: «Al estudiar el voluminoso proceso de Don Bosco, el interior de su alma me ha impresionado mucho más que el colosalismo de su obra». Y el cardenal Schuster, por cierto gran lector de las *Memorias biográficas*, decía a los salesianos: «Ni vosotros mismos os dais cuenta de las grandes virtudes de Don Bosco y del espíritu que lo animó».

Así que, al final, resultó que ese Don Bosco tan humano, del que tan humanamente hemos venido hablando a lo largo de estas páginas, no sólo era un santo, sino un gran santo.

\* \* \*

El modo de santificarse de Don Bosco es, de alguna manera, el modo de santificarse de sus hijos, y los frutos obtenidos hasta ahora son admirables: tres santos (Don Bosco, María Mazzarello, Domingo Savio), un beato (Don Rúa), cinco venerables y 13 siervos de Dios, amén de haberse incoado la causa de 88 españoles muertos víctimas de la persecución religiosa.

Entre los venerables están Augusto Czartoryski, príncipe heredero de Polonia, y un muchacho de diecinueve años, Ceferino Namuncurá, hijo del último gran cacique de la Patagonia.

Son también de la escuela de santidad de Don Bosco los Beatos Orione y Guanella.



## X. LA VEJEZ DE UN SANTO (1883-1888)

### DON BOSCO EN PARÍS Y BARCELONA

Nos parece oportuno presentar la vejez de Don Bosco por su puro orden cronológico. Por otra parte, si la juventud de Don Bosco no se puede saltar, tampoco su vejez; la vejez de Don Bosco es, por lo menos, tan interesante como su juventud.

Y en lo que queda por escribir, en principio no vamos a hacer nosotros las reflexiones. Suministraremos de buena fuente los oportunos datos y las reflexiones se las hará el lector.

#### **Don Bosco en París**

Por que perciba el lector cómo veía a nuestro biografiado su principal biógrafo, Don Lemoyne, vamos a limitarnos, a propósito del viaje de Don Bosco a París, a resumir la treintena de páginas que dedica a ese tema en el segundo tomo de su conocida vida del Santo. Téngase en cuenta que Don Lemoyne es contemporáneo de los sucesos y que por vocación y por encargo está siempre a punto para tomar nota de cuanto concierne a su Padre y fundador.

A primeros de 1883, Don Bosco sentía que sus fuerzas disminuían. Tenía ya sesenta y ocho años, pero en un arranque juvenil decidió dedicar las que le quedaban, o por lo menos buena parte de ellas, a cumplir el deseo de León XIII de levantar un templo al Sagrado Corazón en Roma.

Juzgó conveniente volver a Francia y llegar esta vez hasta París.

Partió el 31 de enero, cinco años exactos antes de su muerte. Fue pasando por Génova, San Remo, Vallecrosia y Ventimiglia. Al colegio de Vallecrosia le tocó llegar de noche por un camino peligroso; pero apareció el *Gris* (es la última vez que aparecerá el famoso perro) y pudieron llegar sin ningún percance.

En Marsella se repitieron las escenas populares de otras veces, y, al entrar en el seminario, profesores y alumnos se reunieron a su alrededor dándole vivas.

Don Bosco ya estaba en Aviñón a primeros de abril. Cuando llegó era prácticamente un desconocido; pero corrió rápidamente la noticia de su llegada y de quién era, y al día siguiente ya tenía a su lado una muchedumbre (*una gran folla*) de enfermos, ciegos, paralíticos, mudos, tísicos, epilépticos..., deseosos de recibir su bendición. En el momento de partir de la ciudad había tanta gente, que alguien comentó: «Parece una inundación». «Razón de más para marcharse», añadió modestamente Don Bosco.

En Lyon dio la acostumbrada conferencia a los Cooperadores. Se puso en contacto con el Consejo Central de las Obras de la Propagación de la Fe, que tenía en la ciudad su sede oficial, y aprovechó la ocasión para recomendarles las misiones salesianas de la Patagonia. En la visita al santuario de Fourvière le acompañó una *folla inmensa*. Tuvo una conferencia en la Sociedad Geográfica sobre las tierras patagónicas; dio mil detalles concretos; los oyentes, que seguían la disertación con mapas en las manos, estaban admirados. «No quiso decir que los había visto en sueños», comenta Don Lemoyne. Tres años después, dicha Sociedad acuñaría una medalla de oro especial para honrar al ilustre visitante.

En Lyon, según comunicó Don Rúa, ocurrieron, por intervención de Don Bosco, varias *maravillas*. Una de ellas: un muchacho salvó un ojo por haber recibido la bendición de María Auxiliadora... Otra: llegó un primer telegrama, de Berna, pidiendo oraciones por un enfermo grave de neumonía y meningitis; y un segundo telegrama al día siguiente comunicando que estaba gravísimo; Don Bosco hizo rezar, y al tercer día llegó un tercer telegrama: «Está salvado»... Un tercer caso: los

señores Amalrie tenían una hija desahuciada de los médicos; Don Bosco le hizo rezar a la Virgen y la invitó a asistir a su misa al día siguiente; aunque débil, efectivamente asistió... «Estos hechos maravillosos —se leía en la carta de Don Rúa— despertaron tal entusiasmo y veneración por la persona de Don Bosco, que una muchedumbre verdaderamente inmensa le seguía por todas partes».

Don Bosco llegaba a París el día 18 de abril. «Don Bosco —empieza Don Lemoyne— entraba en la gran capital precedido de la fama de taumaturgo y de santo».

Rindió visita al arzobispo de París, cardenal Gibert, al día siguiente de llegar. El arzobispo le propuso hacer una cuestación por las obras salesianas en la monumental iglesia de la Magdalena; allí podría dirigir él, Don Bosco, la palabra a la concurrencia. Don Bosco se excusaba: su francés era tan defectuoso... «París le creará más a usted que a nadie», le aseguró el purpurado.

En seguida dieron noticia de su llegada todos los periódicos de la capital de la nación: *Le Figaro*, *L'Univers*, *La Gazette de France*, *L'Éclairon*, *La Liberté*, *Le Monde*, *Le Pèlerin*, *La France Illustrée*... Eran sus titulares: ha llegado «el hombre de Dios», «el taumaturgo del siglo XIX», «el San Vicente de Paúl italiano».

*L'Univers* escribiría al cabo de unas jornadas: «París está atónita por la conmoción que se ha producido en su seno en torno al humilde sacerdote turinés, el cual, por cierto, nada tiene de particular a los ojos del mundo: viene de una oscura familia y es de apariencia modesta; su voz apenas si alcanza a unos cuantos oyentes; su paso es inseguro, y su vista, débil. ¿Por qué, pues, la gente corre tras él? ¿Por qué, en este momento, la preocupación de la capital es ver y acercarse a Don Bosco?... El aplauso de París es casi unánime y la atracción irresistible que agita a la muchedumbre tiene algo de maravilloso. ¡Es al hombre de Dios a quien la gente dedica ese homenaje! ¡Es al hombre de fe y de oración a quien quiere contemplar la muchedumbre!...» *Le Figaro* le comparaba a Fernando de Lesseps; pero mientras Fernando de Lesseps conseguía grandes ayudas de quienes por la construcción de los canales esperaban grandes

beneficios, Don Bosco las conseguía para sus obras a fondo perdido.

Fueron aquéllos unos días durísimos para Don Bosco. Todos buscaban una mirada suya, un consejo suyo, una bendición suya, que les dedicase siquiera un instante de los suyos. Se levantaba a las cinco y no se acostaba hasta medianoche. Empleado el tiempo debido a la piedad personal, el resto era para la correspondencia, que le llegaba en alarmantes proporciones, y para conceder audiencias. En la organización de éstas se acudió al sistema de tarjetas numeradas; pero pronto el procedimiento fue insuficiente. A Don Rúa, que llegó unos días más tarde a París, no le fue nada difícil encontrarlo: lo localizó por una gran cola que vio en una calle.

Además, Don Bosco pronunció *sermons de charité* en las iglesias más grandes de la ciudad. En Nuestra Señora de las Victorias, dos horas antes ya estaba el recinto lleno. Fue recibido procesionalmente a la puerta. A la salida del gentío, la circulación quedó interrumpida.

En la Magdalena, cuyos alrededores se vieron llenos de lujosas carrozas y cuyo amplio interior fue ocupado por el público con mucho tiempo de anticipación, casi le fue imposible entrar y llegar al púlpito. Y, aunque sólo le oían los que estaban muy cerca, las limosnas, dice Don Lemoyne, fueron muy abundantes.

En San Sulpicio hubieron de abrirle camino a viva fuerza por entre el gentío. La muchedumbre se lanzaba sobre él para besarle la mano. Al terminar el sermón y volver a la sacristía, le presentaban enfermos, ciegos y niños pidiéndole que los bendijera.

En Santa Clotilde, terminado el *sermon de charité*, se puso a dar audiencias. No acababan nunca de pasar... Se determinó: «¡Un minuto cada uno!»; al cabo de un rato: «¿Cuántos quedan?» «Quinientos»... Se determinó de nuevo: «¡Una sola palabra cada uno!»; al cabo de un rato: «¿Cuántos quedan?» «Mil»...

Todos los días que estuvo en París, las audiencias fueron un verdadero problema que no hubo manera de resolver satisfactoriamente, ya las concediese en un punto de la ciudad, ya en otro (Don Bosco, en sus viajes, sacrificándose, dedicaba mucho tiempo a las audiencias).

Don Bosco estaba conmovido por aquel recibimiento increíble. No sabía cómo corresponder: ¡Tantos buenos cristianos allí escuchándole a él!... En los *sermones de caridad* pedía, adoctrinaba, exhortaba: la religión es el único consuelo en medio de las miserias de esa vida; tenían que seguir fieles a la fe y frecuentar los sacramentos; tenían que ser fieles a su tradicional generosidad en favor de las obras buenas; una de las más importantes obras buenas era la educación de la juventud; una buena educación supone una buena juventud, y una buena juventud, una buena sociedad cristiana... Y explicaba los orígenes y fines de sus obras: sin medios se habían hecho grandes cosas, porque la Virgen Auxiliadora le había ayudado. Ellos con sus limosnas contribuirían a la continuidad de sus obras... Y les hablaba del templo al Sagrado Corazón en Roma.

Durante su estancia en la capital de Francia se publicaron dos opúsculos sobre su persona. «A quien propiamente saluda y aclama el pueblo de París no es a Don Bosco, sino a la Providencia —dice el primero, de Léon Aubineau—; nada más sencillo que este sacerdote... No contaremos su vida; es un verdadero tejido de milagros... Los que no crean en milagros, por lo menos no podrán negar este que está a la vista: la obra de Don Bosco». El segundo opúsculo es anónimo, de un *viejo magistrado*. Se fija principalmente en su persona. «Don Bosco tiene sesenta y ocho años. Su figura es delicada. Su paso es vacilante; acaso, por la poca vista que le queda. Su rostro es redondo y de facciones regulares y nobles. Su frente amplia presta a toda su figura un aire franco y benévolo que atrae. Por cierto que no es precisamente su voz, lenta y ronca, y su acento extranjero lo que domina a la masa... La bondad es la característica de ese hombre de Dios».

La estancia en París quedó interrumpida por los viajes a las ciudades de Amiéns y Lille. Se repitieron en ellas las acogidas triunfales y la presencia de la multitud en cuantos actos tomó parte Don Bosco: en misas, conferencias, etc. Y se produjeron también hechos extraordinarios: profetizó a un joven jesuita que curaría y que iría a misiones; a un niño moribundo, que estaría antes de una hora curado; a un joven soldado implicado, sin culpa, en un grave asunto militar, que saldría libre, y las

profecías se cumplirían puntualmente. Le ponen delante a un hidrópico todo hinchado y con pocos días de vida por delante, lo bendice y se desinfla sin más; *la piel le iba grande y parecía un odre vacío*, leemos textualmente. En casas particulares hizo muchos otros milagros. Una mujer de Colombia vio uno de ellos, y de ahí que a la vuelta a su patria trabajase por que fueran los Salesianos...

Dice Don Lemoyne que la fama de los prodigios se difundió hasta tal punto, que el propio Don Bosco juzgó necesario puntualizar en uno de sus sermones de caridad: no era él, era María Auxiliadora la que de ese modo ayudaba a su obra... Y ocurrió que un hombre, al oírle esto, alzándose entre el público, tomó la palabra y dijo: «Un padre de familia tenía a su esposa enferma desde hacía tres años y moribundo a su único hijo. Había llamado a Don Bosco para que los bendijera, y, al día siguiente de la bendición, los dos asistían sanos a su misa». Sí, la Virgen ayudaba a Don Bosco. El padre de familia era el mismo que les hablaba: Portalis, diputado del Parlamento Nacional...

Don Lemoyne insiste mucho en que los periódicos de todo color concedían gran importancia a la presencia de Don Bosco en París. «¡Un santo recorre las calles de la ciudad!», era el titular preferido. «Las multitudes — escribe él, Don Lemoyne— se apresuraban a escuchar a aquel hombre extraordinario que, según decían, hacía milagros y predecía el porvenir». A un punto dedica Don Lemoyne un párrafo épico para resumir el acontecimiento: París, la gran metrópoli, acostumbrada a ver pasar por sus calles a los más grandes personajes sin conmoverse (generales victoriosos, reyes y emperadores), ante la visita de Don Bosco había sido un auténtico mar humano en continuo flujo y reflujo. Es que Don Bosco era un santo, un santo extraordinario...

Don Bosco dejó París el 26 de mayo. Un detalle pintoresco: el portero de la casa donde se alojó se despidió de sus amos porque con las propinas recibidas durante la estancia del Santo ya tenía para ir tirando durante toda la vida... Una de las visitas más ilustres recibidas por Don Bosco en París fue la de Víctor Hugo. Dos veces acudió a verle ocultamente a media noche, y, ante las reflexiones del sacerdote de Turín, en la

segunda dio a entender su fe en lo sobrenatural. La noticia de estas visitas saltaría a la prensa después de la muerte del gran poeta y la familia las negaría rotundamente, pero la documentación salesiana que las prueba es concluyente.

En este resumen nos hemos atenido, repito, a la vida en dos tomos de Don Lemoyne. Las *Memorias biográficas* le dedican, por su parte, 150 páginas; ocho de ellas a las visitas de Víctor Hugo.

### **Don Bosco en Barcelona**

El viaje de Don Bosco a Barcelona tuvo lugar tres años más tarde. En 1886, del 8 de abril al 6 de mayo. El detenido estudio realizado por Ramón Alberdi en *Una ciudad para un santo* nos demuestra que la presencia de Don Bosco en una ciudad no era un acontecimiento superficial, sino que incidía profundamente en el ambiente político-social ciudadano; por lo menos así ocurrió en Barcelona. Siquiera por variar el enfoque y no repetir casi lo mismo que hemos dicho de Don Bosco en París, vamos a considerar la estancia de Don Bosco en la Ciudad Condal desde este otro punto de vista.

Es interesante descubrir a través de la abundante documentación existente, sobre todo de los periódicos de uno y otro signo, las pautas de comportamiento que las diversas clases barcelonesas adoptaron ante la presencia del fundador de los Salesianos: sus reacciones contrapuestas, su aceptación o su rechazo, sus alabanzas o sus burlas, su amor o su odio. Eran tiempos aquellos en que los campos políticos estaban claramente divididos y en los que la prensa podía escribir lo que le viniese en gana. Se encontraba Barcelona entonces en una coyuntura muy interesante, de tensión entre la inquietud y la esperanza. Acababa de sufrir, aún estaba sufriendo, una profunda transformación industrial, y, por lo mismo, social y demográfica por la afluencia de mano de obra.

Sobre este fondo ciudadano destacaba, de un lado, un catolicismo activo —como aquel catolicismo finisecular que vimos en Italia y que dimos por supuesto en Francia y otras naciones—, compuesto, en buena parte, de un

grupo de seculares que sentían su religión y se sacrificaban por ella. Y destacaba, del otro lado, una izquierda virulentamente anticlerical, mordaz y con la pretensión de acaparar como propio todo lo que significase progreso (los otros eran unos «oscurantistas»). Cada una de esas dos porciones de la sociedad tenía su prensa y sus organizaciones, y, a su vez, se subdividía, políticamente, en partidos.

Pues esas dos partes opuestas de Barcelona se ocuparon detenidamente de Don Bosco en las diversas fases de su estancia en la ciudad, a juzgar, repito, por sus órganos de opinión. La prensa favorable a Don Bosco fue: *El Diario de Barcelona*, *El Correo Catalán*, *Revista Popular*, de Sardá y Salvany; *La Hormiga de Oro*, etc. La prensa contraria: *La Esquella de la Torratxa*, *La Vanguardia*, *La Campana de Gràcia*, etc., y, sobre todo, *El Diluvio*.

En los días de permanencia de Don Bosco en la ciudad destacó, por lo que a nuestra historia respecta, lo siguiente: a) Su estancia en los Talleres Salesianos de Sarriá, recién fundados, en los que se alojaba; aquí recibió la visita de lo más granado del catolicismo barcelonés (incluso del obispo, que interrumpió la visita pastoral para darle la bienvenida, y de la familia del gobernador) y aquí de cuando en cuando salía al balcón para bendecir al gentío que se acumulaba fuera en espera de su bendición. b) La devolución de visitas, a lo largo de los días de estancia en la ciudad, al obispo y a los grandes amigos y bienhechores, en cuyas casas celebró misas y a cuyas mesas fue invitado a comer en algunos casos. c) El acto en el que, en sus locales, la Asociación de Católicos Barceloneses le impuso la medalla de oro de socio de honor el día 15 de abril. d) El *solemnísimo acto* de homenaje a Don Bosco y de propaganda de la obra salesiana tenido en la parroquia de Belén el último día del mismo mes. e) La visita a la finca de los Sres. Martí-Codolar con todo el colegio de Sarriá el 3 de mayo. f) Y el día 5 de mayo, víspera de la partida, la visita a la Patrona de Barcelona, Nuestra Señora de la Merced, durante la cual le fue donada la cumbre del Tibidabo para que construyese en ella un templo al Corazón de Jesús... Amén de lo que al respecto se conserva en la prensa, conocemos abundantes detalles y noticias por la crónica que escribió el

salesiano Carlos Vigletti, joven secretario, que acompañó en todo momento al Santo.

Veamos algo de lo que se encuentra en la prensa barcelonesa de aquel entonces: «Tendremos al corriente a nuestros amigos de cuanto sepamos con relación a este suceso, que suceso será, para la *propaganda católica* de este país, la venida del renombrado fundador de los Talleres Salesianos», escribía *Revista Popular* días antes de la llegada de Don Bosco. «Aguardaban en la estación el representante del obispo... numerosas comisiones del clero, de la nobleza, de las asociaciones católicas de esta capital y de la prensa católica y numerosísimo público. Barcelona estaba representada en la estación por todas las clases sociales», escribió *El Correo Catalán* al día siguiente de la llegada.

Los periódicos del otro lado hicieron sonar otras cuerdas: «En el tren de las once y media de la mañana llegó ayer a esta capital el célebre *Dom Bosco*, autor de varios sainetes milagreros que han tenido desgraciado éxito...» (*La Vanguardia*, que entonces se titulaba *periódico liberal*). «Con motivo de la presencia del P. Bosco en los Talleres de Sarriá hubo anteayer en este benéfico establecimiento gran jolgorio... El P. Bosco, después de los festejos, recibió a sus parciales en el recinto del pequeño templo» (*El Diluvio*). Así las cosas en estos periódicos anticlericales, nada extrañará que en sus páginas vayan apareciendo caricaturas más o menos ofensivas, como aquella de *La Campana de Gràcia* que presentaba un Don Bosco gordinflón, por corona de santo una gran moneda de Alfonso XII, y a cuyos pies iban poniendo paquetes de dinero señoronas y señorones con cabezas de burro.

En rigor, en las páginas de la prensa barcelonesa subyacían, al respecto, dos tesis contrarias que iban emergiendo a lo largo de la visita de Don Bosco. El pensamiento digamos de la derecha se puede examinar en sus periódicos y revistas; en el libro escrito por Mons. Spínola, que entonces corría de mano en mano por la ciudad, y en los discursos que se pronunciaron en los actos que hemos enumerado. El pensamiento de esa derecha venía a ser éste: la fe no es enemiga del progreso. Don Bosco, que alienta el avance técnico, es una prueba de ello. Dios no ha muerto, y Don Bosco es el último dato

de que no se olvida del mundo. La Congregación salesiana es cosa de Dios providente. Don Bosco y su obra son un auténtico producto de la misteriosa vitalidad de la Iglesia. Los Talleres Salesianos son solución precisa a un problema grave y evidente. La Iglesia, por medio de los Salesianos, promueve un verdadero humanismo...

La prensa digamos de la izquierda descubría también sus principios: insistía en que la Iglesia es retrógrada y oscurantista. A *El Diluvio* —se leía entre líneas— no le hacía mucha gracia que Don Bosco, ¡un cura!, tuviese algo que ver con las enseñanzas técnicas, porque ello perjudicaba a sus tesis. Y después del solemnísimos acto de la parroquia de Belén en que, según *La Democracia*, «se había honrado a un mortal con honores de santo», los ataques de esa prensa subieron de tono. Se lamentaban de que quienes regalaban dinero a los curas fuesen los mismos que dejaban morir de hambre y de miseria a los obreros (*La Democracia*). Y, según *El Diluvio*, el cura italiano *San Bosco* (sic), después de todo, nada nuevo había traído a la ciudad; ¿es que no existían ya asilos en Barcelona?; ¡a qué abandonar lo nuestro y proteger instituciones extranjeras «nacidas a la sombra de un bonete»! Por otra parte, atacaba *El Diluvio*, demasiados banquetes opíparos, y ese Don Bosco, demasiado generoso con los ricos en audiencias y demasiado tacaño con los pobres... A propósito de Don Bosco se riñó, en efecto, una verdadera polémica, que supuso muchos artículos en los periódicos de uno y otro bando.

Que los Talleres de Don Bosco no fuesen una novedad, no vale tomarlo en cuenta, porque, como sabemos, lo eran por sus métodos, por su espíritu y por sus fines. Pero hay que recoger la acusación de que Don Bosco se movió frecuentemente «aquellos días» entre potentados y gente rica, cosa que no parece honrarle demasiado. Mas tiene explicación el hecho.

El alma de toda la organización fue D.<sup>a</sup> Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, que estaba emparentada con la importante familia Pascual, y ésta, a su vez, con la familia Martí-Codolar; y ambas poderosas familias estaban relacionadas, de un modo u otro, con lo más granado de la burguesía y de la nobleza catalana (los Jover, los Bofarull, los condes de Güell, los marqueses de Comillas...). Los elementos más activos del movimiento ca-

tólico seglar barcelonés pertenecían, por lo general, a esas familias (la Asociación de Católicos Barceloneses); y como decidieran aprovechar la venida y estancia del famoso Don Bosco para demostrar la vitalidad de su movimiento y aumentar su influencia social, resultó que nuestro biografiado se encontró, del principio al final, en medio de gentes de mucha categoría. Por fuerza tuvo que tener detalles con ellos en punto a visitas recibidas y devueltas. Pero no se olvidó de que era sacerdote del pueblo, y atendió lo que pudo al pueblo. Y apareció en todo momento como sacerdote que se acerca al rico para pedirle dinero para el pobre. Y en el acto aquel de la imposición de la medalla de oro dirigió unas palabras a sus anfitriones que muy pocos se habrían atrevido a pronunciar allí y entonces: debéis cuidaros del joven obrero, de su formación cristiana y técnica; si no, al principio os pedirá una limosna, después os la exigirá y, por fin, la hará efectiva con el revólver en la mano... Por otra parte, todos aquellos personajes que se movieron en torno a Don Bosco eran ejemplares cristianamente hablando, y favorecieron muy positivamente al proletariado con sus empresas.

No insistimos en el gentío que acompañó a Don Bosco por todas partes. Sería repetir lo de la visita a París. El tren de Barcelona a Sarriá tuvo que reforzar sus servicios. *El Diluvio* habla de «multitud inmensa». En conjunto, cabe decir que lo de París fue superado por lo de Barcelona, por lo menos en lo tocante a cordialidad y a generosidad de donativos.

Si hemos de creer al cronista Viglietti y a testigos presenciales, lo sobrenatural sopló con fuerza en aquella ocasión alrededor del *sacerdote italiano*. Se habla de una bilocación, trece curaciones (¡doce de ellas a favor de la gente humilde!), dos profecías y un importantísimo sueño sobre el porvenir de las misiones salesianas en el mundo. Entre las profecías estaba la de que en la cumbre del Tibidabo, que se le donó en la basílica de la Merced, se levantaría un gran templo al Corazón de Jesús. Efectivamente, un templo domina hoy desde allí la ciudad de Barcelona.

Como en París, Don Bosco dejó en Barcelona una profunda impresión de santidad.

Una de las razones por las que Don Bosco vino a la capital de Cataluña fue para asentar su obra en España. Los Salesianos habían llegado a Utrera en febrero de 1881 (para conmemorar el centenario de esa venida aparece este libro). En 1884 había sido abierta la segunda casa en Sarriá. A partir del 1886, en que San Juan Bosco visitó la Ciudad Condal, los Salesianos se extendieron pronto por toda la nación. Actualmente hay en España siete inspectorías (provincias) de Salesianos y tres de Salesianas: es la nación del mundo donde más se ha desarrollado la obra de Don Bosco después de Italia.

En Francia, por culpa de las leyes antirreligiosas de final del siglo pasado y principios de éste, el desarrollo no ha sido muy grande. Hay dos inspectorías de Salesianos y dos de Salesianas.

#### LOS ÚLTIMOS VEINTIÚN MESES DE DON BOSCO SEGÚN LAS «MEMORIAS BIOGRÁFICAS»

Vamos a escribir las páginas que nos quedan apoyándonos en las *Memorias biográficas*. Como homenaje a esta obra monumental —quiere decir como homenaje a quienes la redactaron— y también para que se forme una idea el lector de la riqueza que biográficamente suponen. Aunque aprovecharemos, con la *Cronología* de Santaeulària en las manos, cualquier noticia que venga al caso de cualquier tomo, utilizaremos fundamentalmente el decimoctavo.

El tomo decimoctavo fue publicado por Ceria en 1937, a unos cincuenta años de distancia de los sucesos, contando con los materiales acumulados por Lemoyne y otros de otra procedencia; ya hacía tres años que Don Bosco había sido canonizado.

Dado que se acaban las páginas que nos han fijado, tendrá que ser muy esquemática la exposición.

#### **1. Don Bosco, de Barcelona a Turín (del 6 al 16 de mayo de 1886)**

Sale en tren de Barcelona el 6 de mayo por la tarde. Le hacen pasar la noche en Gerona, en la señorial Casa

Carles, honrada otrora por grandes personajes, cuatro reyes entre ellos; habían ido a recibirle a la estación las autoridades religiosas y civiles y numeroso público.

Pasa la frontera el día 7 por Port-Bou y se detiene tres días en Montpellier.

Se aloja en el seminario durante su estancia en la ciudad. Le encuentran muy cansado. La prensa local da la noticia de que se halla entre ellos *le célèbre prêtre italien* y anuncia, de paso, la celebración de varios actos, y en seguida se moviliza la gente.

Los actos resultan muy concurridos durante los tres días y las colectas a favor de las obras salesianas son muy abundantes. En el seminario se le trata con gran veneración. Dedicó muchas horas a conceder audiencias.

Recibe, entre otras personas, a dos sobrinas segundas suyas que llevan el mismo apellido y residen en la población. A una de ellas le confirma en su deseo de hacerse religiosa; en el momento en que Ceria escribía era monja en un departamento del norte.

Le hace un reconocimiento a fondo el Dr. Pombal, celebridad médica de la propia Universidad de Montpellier, quien ya le había examinado dos años antes en Marsella. Entonces, con buen humor, le había dicho a Don Bosco que su salud era un vestido completamente estropeado por exceso de uso; que convenía colgarlo de una percha para que durase algo más; total, que tenía que descansar a toda costa. «Ése es precisamente el único consejo que no puedo aceptar», había respondido Don Bosco. Ahora, el doctor lo encuentra completamente acabado. Asegura que su enfermedad es una total postración de fuerzas y que su mayor milagro era seguir viviendo y trabajando.

Parte para Valence el día 10. De camino, en Tarascón espera y cambia de tren; pero tan pronto corre la noticia en esta ciudad de que aquel sacerdote vestido a la italiana es Don Bosco, la gente se aglomera en la estación. Al llegar a Valence intenta dirigir la palabra a los seminaristas, pero no le es posible de puro cansancio y ha de contentarse con bendecirlos. Tres días en Valence. Conferencia de Don Rúa en la catedral y misa de Don Bosco

al día siguiente, con asistencia masiva de público. Colecta para la iglesia del Sagrado Corazón de Roma. El párroco de la catedral de Valence, que es quien lo acoge en su casa, da un banquete en su honor, al que asiste, entre otros, Dubois, que tenía publicada una de las primeras biografías de Don Bosco.

Del 12 al 15, en Grenoble. Es aquélla la última parada de su vida en una Francia que tanto él ha amado y que tanto le amó a él y le ayudó... Gran multitud en la estación. Don Bosco y los que lo acompañan se encaminan a una iglesia cercana para evitar el gentío, pero la iglesia se llena para cuando llegan. Sale el párroco con todo su clero a recibirle y le pide que bendiga a la feligresía. Se intentó que Don Bosco llegara al púlpito para dirigir la palabra; pero se rompió el cordón de hombres con que lo defendían, y en medio de una multitud frenética, fue estrujado y *flagelado* con rosarios y objetos religiosos. Se le quedaron las manos enrojecidas, y doloridos el rostro y el brazo derecho. Por fin pudo hablar a la multitud...

Los días de Grenoble reside en el seminario. En la ciudad se celebran actos por las mañanas y por las tardes, con intervención de Don Bosco y gran concurso de gente: colectas para el templo de Roma, largas horas de audiencias en tiempos y lugares diversos... Los seminaristas que sirven la comida van haciendo desaparecer los cubiertos y platos usados por Don Bosco. Otros seminaristas, en otros momentos, intentan cortarle a ocultas pedacitos de sotana, pero él los detiene con su mirada intensa; mas, si alguno lo consigue, le perdona con una sonrisa: «¡Tiene usted aquí muchos ladrones!», le dice al rector.

El día 16 de mayo, de madrugada, llega a Valdocco. Gran fiesta: «Andiamo, compagni!...» Pero es una alegría veteada de tristeza: Don Bosco está mucho más encorvado que cuando partió para España.

Las *Memorias biográficas* consignan media docena de hechos extraordinarios en el camino de vuelta de Barcelona a Turín; entre ellos, la curación de la esposa de Pablo Lamache, uno de los siete fundadores, con Ozanam, de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

## 2. Del 16 de mayo de 1886 a enero de 1887

### *Ultimos días de mayo de 1886*

El 24, fiesta de María Auxiliadora... El 23, la víspera, domingo, resulta todo tan solemne, con dos pontificales y con tanta gente, que parece el día de la fiesta. Don Bosco, por falta de fuerzas, tiene que desistir de dar la *conferencia salesiana* a los Cooperadores. El 24, gran pontifical en la iglesia de María Auxiliadora, con asistencia del cardenal Alimonda. A lo largo del día, venerando el cuadro de la Virgen, muchos miles de personas más que otros años.

El día 25, en una importante reunión del Consejo Generalicio, se estudia una propuesta oficiosa del ministro de Asuntos Exteriores de Italia para fundar en El Cairo: hay muchos italianos allí... Don Bosco aconseja tomar despacio el asunto: no se ha de confiar en simples promesas de políticos, que pueden caer de un momento a otro.

Cooperadores: Don Bosco opina por aquellos días que conviene favorecer el ingreso de gente influyente. No acabará el mes de mayo sin que sean invitados a dar su nombre todos los obispos de Italia que no lo hayan hecho.

El día 30, *El Diario de Barcelona* da cuenta de haberse levantado una capillita provisional al Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo.

El día 31 sale la convocatoria del IV Capítulo general.

### *Junio de 1886 (esquemáticamente)*

Siente molestias respiratorias, pero no pierde su buen humor. Exclama en broma: «¡Ya pudieran encontrarme un fabricante de fuelles! Necesito dos».—En La Spezia, la Sociedad Católica de Obreros celebra, en el Colegio salesiano, la bendición de su bandera. Comenta Ceria en el tomo XVII de las *Memorias biográficas*: «Las asociaciones católicas obreras de Italia ven en Don Bosco un abanderado; si en una ciudad se funda un colegio salesiano, instalen en él su centro»... El acto de La Spezia terminó dando grandes vivas al papa, al rey y a Don

Bosco.—El 24 se celebra la onomástica de Don Bosco. Ha mejorado su salud. Asisten al banquete familiar importantes invitados. Uno que no se esperaba: el presidente de la República del Perú para pedir que los salesianos se establezcan en su patria. En la velada-homenaje de la víspera, Don Lemoyne protagonizó el número más emocionante del programa: entregó a Don Bosco el primer ejemplar de un libro que acababa de imprimir: *Vida de mamá Margarita*. Don Bosco se conmovió profundamente. Por aquellos días le llegaron muchas cartas de América felicitándole con cariño.—El 25 se trata en el Consejo Generalicio de las posibilidades de fundar en Madrid. El 29 preside el banquete de la Unión Católica Obrera del barrio. Cada vez impresiona más a todos la santidad de Don Bosco y su bondad.

*Julio-agosto de 1886 (esquemáticamente)*

Visita del príncipe Ladislao Czartoryski, pretendiente de la corona de Polonia, con su hijo mayor, Augusto. Augusto desea hacerse salesiano; el padre se opone. Ya se habían visto con Don Bosco en París.—Por aquellos días, Don Rúa escribe al ministro Silvela sobre las condiciones para fundar en Madrid.—El día 11 de julio, fiesta de los antiguos alumnos seculares. El día 15, de los antiguos alumnos sacerdotes. Las *Memorias biográficas* recogen los dos parlamentos de Don Bosco a la hora del brindis.—Del 15 de julio al 13 de agosto, Don Bosco lo pasa en Pinerolo, tierra muy saludable, invitado por el obispo. Le sentó muy bien la estancia, y, al verse mejorado, se dedicó a escribir cartas y más cartas: a amigos, a bienhechores, a sus hijos de América, a personajes de la curia romana, a la Asociación de Obreros Católicos de Bérgamo, etc. Algunas de esas cartas son realmente largas.—El 17 de julio, el rey Humberto, sucesor de Víctor Manuel II, hace en Génova un caluroso elogio de los Salesianos.

El 15 de agosto se celebra el cumpleaños de Don Bosco (al día siguiente cumplirá los setenta y uno). Acudió el cardenal Alimonda a felicitarle y se estuvo con él dos horas. Por la tarde, velada-homenaje y reparto de premios. A la mitad, impensadamente, llegado

de la Argentina, aparece Don Lasagna. Al final de la velada, el gran misionero los tendrá tensamente atentos a todos contando las andanzas de los Salesianos por América, y asegura que el mismo día en que recibiera una copia del sueño misionero de Barcelona, en el que Don Bosco había visto que sus hijos fundarían en muchas naciones y concretamente en Chile, le habían hecho una llamada telefónica invitándole a fundar en aquella nación...

#### *IV Capítulo general*

Se reúne en los primeros días de septiembre de este año de 1886 (en su sitio ya hablamos de él). Por la mala salud de Don Bosco, preside ordinariamente Don Rúa. Cuando Don Bosco asiste, deja hablar libremente y al final da su propia opinión: los Reglamentos no sean prolijos. Si no hay necesidad, no se pongan reglas. Procédase paternalmente... No le gusta la palabra *novicio*; mejor, *adscrito*... Lamenta que de América sólo pueda estar como representante Don Lasagna. La asamblea capitular, por unanimidad, le da facultades para introducir cualquier cambio de personas en los cargos elegidos y para añadir, quitar o modificar lo que juzgue conveniente en las resoluciones tomadas. El lo da todo por bien hecho.

#### *Viaje a Milán*

Del 11 al 14 de este mes de septiembre. Se lo vienen pidiendo insistentemente los Cooperadores de aquella ciudad, sin advertir, insiste Ceria, que Don Bosco no está para viajes. Lo hace por ellos, y también por gratitud al arzobispo Calabiana, quien, siendo obispo de Casale Monferrato, le ha ayudado mucho en la fundación de sus obras. Desde la llegada, como en París y Barcelona, gran multitud de gente; mas, a diferencia de París y Barcelona, una multitud de gente que se mueve alrededor de Don Bosco no en silencio, sino entre vivas y aclamaciones. Da pena verlo tan encorvado. Pero llaman la atención su sonrisa, la viveza de sus ojos y la plenitud de sus facultades mentales.

La *conferencia salesiana* la tiene Don Lasagna. Habla a más de 8.000 oyentes —César Cantú entre ellos— de las actividades de los salesianos de América, del bien que está haciendo entre los emigrantes italianos. La prensa de la ciudad, y aun de toda Italia, se ocupa largamente de la presencia en Milán del sacerdote turinés. Un periódico de la cáscara amarga aprovecha la ocasión para sacar sus peores registros: «Es ese Don Bosco uno de los más activos y más inteligentes propagandistas del clericalismo», dejó escrito entre otras lindezas.

### *Undécima expedición a América*

La undécima expedición a América, la penúltima en vida de Don Bosco, parte el 2 de diciembre de este año. La componen seis salesianas y 26 salesianos. Tres profesores trienales, además, ya habían embarcado en la misma dirección unos meses antes.

Había sido preparada con mucha antelación. Se había enviado una larga carta circular en cinco lenguas a los príncipes y ministros de las naciones de Europa y a los directores de los periódicos más importantes, fuesen de las tendencias que fuesen; incluso al sha de Persia y al emperador de China. Buscaba Don Bosco, por este procedimiento tan suyo, medios económicos y hacer propaganda de su obra. Los medios económicos le fueron llegando muy generosamente, y la propaganda, de un modo u otro, también la consiguió, porque, de los periódicos, unos atacaban la circular y otros la comentaban, con lo que, de cualquier manera, casi todos la publicaron. Para el día de la despedida hizo imprimir 4.000 invitaciones, que se repartieron entre los cooperadores de Turín y su entorno. El acto fue muy solemne; en la iglesia de María Auxiliadora, naturalmente. La homilía la pronunció Don Lasagna y actuó de celebrante el cardenal Alimonda; pero todos los ojos estaban puestos en aquel cura viejecito y santo que se había situado junto al altar *in cornu evangelii*. Los abrazos de despedida a hijos que no vería más fueron conmovedores... Ceria dice que Don Bosco celebraba con mucha solemnidad estas despedidas de misioneros para que resonaran en la prensa y sirviesen de propaganda de la

idea; entonces las misiones no tenían aún el ambiente popular de nuestro tiempo.

A propósito de las misiones de la Patagonia, Ceria les dedica muchas páginas de este tomo XVIII, así como a las naciones de América en que trabajaban o iban a trabajar los Salesianos. Una parte de esta expedición irá al Brasil; Don Bosco se carteaba con la familia imperial y el emperador se había dignado visitar la casa salesiana de São Paulo.

Don Bosco no sólo se esforzaba en allegar fondos para hacer frente a los gastos del viaje de sus misioneros, sino que además, a tanta distancia, se preocupaba de sus problemas económicos cotidianos. «Don Lasagna —les escribe esta vez— no va con las manos vacías». En una reunión del Consejo Generalicio declaró por aquel entonces que la Providencia mandaba dinero para Europa y para América, y que en América, llegado el caso, podían hacer deudas; pero había que esforzarse en llevar bien la contabilidad... A este punto, Ceria cuenta que los salesianos de América no tuvieron más remedio alguna vez que pedir préstamos con cargo a Don Bosco. Los bancos americanos aceptaban sin preocuparse de pedir el visto bueno de la Casa Madre de Turín y las letras de cambio al respecto eran aceptadas después, con gran extrañeza de quienes las poseían, aunque hubiesen vencido o por olvido no hubiesen sido protestadas. «El nombre de Don Bosco es oro», dice Ceria que argumentaban los de los bancos americanos, y, añade que Don Sala, ecónomo general de la Congregación, declaró en el proceso de canonización que cosa parecida ocurría en todos los bancos de Europa.

*Otras noticias de estos últimos meses de 1886 (esquemáticamente)*

*La Croix*, de París, pregunta un día telegráficamente si es verdad que Don Bosco ha muerto; Don Bosco mismo responde que no, y *L'Unità Cattolica* tiene que desautorizar categóricamente los rumores que corren.—Don Bosco recibe 53 profesiones de nuevos salesianos. En esta ocasión, y con motivo de los ejercicios espirituales de los componentes del IV Capítulo general, hace a sus

hijos consideraciones que suponen una gran madurez espiritual.—Por consejo de los médicos sale frecuentemente a pasear en coche, salidas que aprovecha para visitar a sus bienhechores y amigos.

De acuerdo con las normas de Roma hay que proceder a independizar el noviciado de las otras casas. Se elige para ello un edificio en un pueblecito llamado Foglizzo. Asiste Don Bosco e impone la sotana a más de un centenar de jóvenes.—Pasa mucho tiempo en su cuarto sumido en oración, pero sigue confesando a los chicos mayores del internado. Le insisten que lo deje, porque se fatiga mucho. Y él responde: «Si ni siquiera los confieso; ¿qué otra cosa puedo hacer por ellos? Tengo prometido a Dios que hasta mi último respiro ha de ser para los jóvenes».—Un día le pregunta, sin más, a Don Trione, catequista del Oratorio y fogoso orador, si le gustaría hacer milagros. ¡Vaya si le gustaría! Don Bosco se pone muy serio: «Si tuvieses este privilegio —le dice—, llorando le pedirías a Dios que te lo quitase».

Ultimo día de diciembre, después de cenar. Acaba el año 1886. Los casi 800 habitantes del Oratorio saben que Don Bosco apenas se sostiene y que esta vez ya no bajará a la iglesia para despedir el año. Espontáneamente, se van congregando al pie de su ventana y empiezan a cantar: «Andiano, compagni; / Don Bosco ci aspetta! / La gioia perfetta / ci desta nel cuor». El pobre viejo, sostenido por dos sacerdotes, aparece allá arriba conmovido y les desea a todos un feliz año nuevo con la bendición de Dios y de María Auxiliadora...

Hechos extraordinarios consignados en las *Memorias biográficas* desde la mitad de mayo. Una quincena. Vaticinó a Don Lasagna que sería el segundo obispo salesiano. En cuanto a sueños, Ceria afirma que después del de Barcelona no tuvo ninguno realmente importante.

### **3. 1887: vigésimo y último viaje a Roma. Consagración del templo al Sagrado Corazón**

Comprenderá el lector que nos dejamos sin mencionar muchas de las cosas que consignan las *Memorias biográficas*. Por tomar un mes cualquiera de los que han

pasado, mayo de 1886, en la *Cronología* de Santaeulària sólo hay tres días de los que no se tenga noticia alguna, cuando de otros se conservan varias.

Los primeros meses de 1887 se encontraba Don Bosco realmente delicado de salud. Si salía de casa, era sólo alguna que otra vez, por mandato de los médicos, para dar un paseo en coche. Pasaba horas y horas en su cuarto sumido en meditación y dedicado a sus rezos. Tenía largas charlas con Don Lemoyne. Pero, pese a su mala salud, también trabajaba a su modo sus buenos ratos: asistía a las reuniones del Consejo Generalicio, seguía concediendo audiencias, recibía millares de cartas, y muchas las contestaba no por sus secretarios, sino personalmente. En algunas de ellas aparecen posdatas tan emotivas y conmovedoras como ésta: «Ya perdonaré mi mala letra, pues estoy enfermo, viejo y medio ciego». En una ocasión estuvo de visita M. Olive, gran cooperador francés, el cual, habiendo de escribir a su esposa, le preguntó a Don Bosco si quería le pusiese algo de su parte: «Dígale —le encargó él— que Don Bosco está hecho un vago».

A primeros de abril tuvo que dejar de celebrar misa y perdía el habla a ratos; sin embargo, empezó a disponerlo todo para su vigésimo viaje a Roma, a la inauguración del templo al Sagrado Corazón de Jesús. Demostró tener todo un plan.

En el viaje, en efecto, se procedió por etapas, según lo dispuesto. Viajó en tren; siempre fue tratado con deferencia por la Compañía, pues el director general de Ferrocarriles había cursado las órdenes oportunas. Pasó tres días en Génova, dos en La Spezia, dos en Florencia, uno en Arezzo, etc.; el 30 de abril por la tarde estaba en Roma. Las jornadas de Génova, La Spezia y Florencia fueron verdaderamente agotadoras: visitas, audiencias, presidencia de conferencias a cooperadores, etc., en medio siempre de gran cantidad de público. Impensadamente había mejorado bastante de salud. En Arezzo, el obispo destinó para él la estancia donde había dormido Pío VII cuando volvió del destierro de Napoleón; no la habían usado desde entonces.

El papa lo recibió la víspera de la consagración del templo. León XIII se había preocupado mucho, anteriormente, de la salud de Don Bosco. «Su vida pertenece

a la Iglesia», le había dicho la última vez que se vieron en 1884. Esta vez lo trata con amabilidad desusada. Lo sienta a su lado y, por si tiene frío, le pone sobre los hombros una capa de armiño que le acaban de regalar por razón de su jubileo sacerdotal. Don Bosco está profundamente emocionado. «Ya soy viejo, Santo Padre —le dice—; tengo setenta y dos años y éste es mi último viaje... Después de recibir vuestra bendición, no me queda más que cantar el *Nunc dimittis*». Al pasar por los pasillos del Palacio Apostólico, los guardias suizos se cuadran como ante un jefe de Estado. El les reconviene cariñosamente: «¡Pero si no soy un rey! Sólo soy un pobre cura jorobado». En la entrevista trataron, naturalmente, de muchos temas; a fondo, de la Congregación y del *porvenir de la Iglesia*. Increíblemente, en los días de Roma gozó Don Bosco de una salud excepcional, lo que le permitió conceder muchas audiencias. Pasó por su despacho lo más granado de la nobleza romana y le honraron con su visita los cardenales más influyentes: Mazzella, Rampolla, Bertolini, Laurenti...

La consagración del templo el día 14 de mayo resultó solemnísima, y fue seguida de cinco días de pontificales, conferencias en varios idiomas y actos diversos. La prensa, aun la menos amiga, opinó que era un templo digno de Roma. La *schola cantorum* del Oratorio de Turín tuvo actuaciones memorables.

El día 16 ocurrió algo digno de particular recordación. Don Bosco celebró la misa en el altar de María Auxiliadora. La interrumpió muchas veces presa de extraña emoción. Al volver a la sacristía, casi llevado en vilo por el gentío que asistía al acto, él mismo explicó la causa: se había acordado intensamente del sueño de los nueve años: «A su tiempo lo comprenderás», le había dicho la Señora del sueño. Ahora lo acababa de comprender todo...

Se hace referencia en las *Memorias biográficas*, en lo tocante a la visita de Roma y al viaje de ida y vuelta, a otra media docena de hechos extraordinarios. En la comida del día de la consagración del templo, en la sobremesa, ante todos los invitados, Don Bosco mismo narró una curación ocurrida el día anterior.

Una cuestión interesante que apunta Ceria a esta altura del tomo decimoctavo. En Arezzo, a una gran

bienhechora que le había preguntado qué tenía que hacer para salvarse, le había respondido Don Bosco que debía quedarse como Job. Una persona presente objetó que tal vez se mostraba excesivamente duro con ella, pues era muy generosa. El le replicó que «a los ricos nadie se atreve a decirles la verdad». Y Ceria comenta que Don Bosco fue siempre con sus cooperadores muy exigente en lo concerniente a la limosna, precisamente porque los amaba, y quería salvarlos a toda costa.

#### 4. 1887: del 20 de mayo al 20 de diciembre

Para abreviar más, seleccionamos de la *Cronología* de Santaeulària.

##### *Mayo*

- 20.—Llega a Turín al atardecer, de vuelta de Roma.  
23.—El duque de Norfolk, uno de los seculares más representativos del catolicismo inglés, pasa por el Oratorio y mantiene una larga conversación con Don Bosco.  
24.—Fiesta de María Auxiliadora. Más gentío que nunca. Varias *gracias* (curaciones) de la Virgen.

##### *Junio*

- 24.—Se celebra la última onomástica de Don Bosco.

##### *Julio*

- 4.—Don Bosco se traslada a Lanzo, por prescripción médica, para huir del calor de Turín.  
11.—El embajador de Colombia en Roma escribe a Don Bosco para tratar de una fundación en aquel país.  
21.—Los Salesianos llegan a Puntarenas.

## Agosto

- 11.—Fiesta en Turín de los Antiguos Alumnos sacerdotes. Don Bosco desde Lanzo les manda un telegrama.
- 13.—Fiesta en Turín de los Antiguos Alumnos seglares. Don Bosco desde Lanzo les manda un telegrama.—Una hija de María Auxiliadora dice haber encontrado a Don Bosco en éxtasis.
- 15.—Se debilita la salud de Don Bosco.
- 19.—Don Bosco se traslada de Lanzo a Valsállice.
- 21.—Don Bosco felicita al papa telegráficamente por razón de su onomástica (San Joaquín).

## Septiembre

- 20.—Londres. El *Catholic Press* dice que a Londres llegará Don Dalmazzo enviado por Don Bosco, y no Don Bosco mismo, como muchos han hecho correr.

## Octubre

- 2.—Don Bosco regresa de Valsállice a Turín.
- 11.—Turín. Un señor francés que sufría alienación mental cura tras oír la misa de Don Bosco.
- 13.—Por el Oratorio pasan frecuentemente franceses que van hacia Roma con ocasión del jubileo sacerdotal de León XIII. En este día del mes de octubre llegó a Turín, en dos trenes, una peregrinación de casi mil obreros católicos del norte de Francia, dirigida por el célebre León Harmel. Habían anunciado que deseaban ver a Don Bosco. Don Bosco, no pudiendo atenderlos en el Oratorio por ser tantos, hizo un esfuerzo y acudió al restaurante donde comían; como no tenía casi voz, no pudo hablarles a todos; les habló Don Rúa. Al final, uno a uno fueron pasando los obreros delante de Don Bosco y recibiendo una medalla de María Auxiliadora y una palabrita.
- 15.—Llegan a Trento los Salesianos.

- 20.—Don Bosco hace un esfuerzo supremo y se traslada a Foglizzo para imponer la sotana a 94 novicios.
- 26.—Reunión del Consejo Generalicio. El ecónomo general informa sobre las deudas pendientes por la edificación del templo de Roma.

### *Noviembre*

- 4.—Ultima circular de Don Bosco a sus cooperadores pidiéndoles para sus misioneros.
- 14.—Tres salesianos salen para fundar en Londres.
- 24.—En la iglesia de María Auxiliadora, Don Bosco impone la sotana salesiana al príncipe Czartoryski de Polonia.
- 26.—En Cannes, el emperador del Brasil manifiesta deseos de conocer a Don Bosco.

### *Diciembre*

- 4.—Habla a Don Cerrutti sobre la marcha del Oratorio; conviene que haya una sola caja...
- 6.—Don Bosco, muy acabado, asiste en la iglesia de María Auxiliadora a la despedida de la duodécima expedición de salesianos a América. Van a fundar en el Ecuador.
- 7.—Llega Mons. Cagliero de Argentina acompañado de tres distinguidos católicos chilenos. Don Cagliero viene de parte de todos los salesianos de América a asistir al padre en sus últimos momentos. Los tres chilenos, a conocer personalmente a Don Bosco y a estudiar la obra salesiana en su propio terreno.
- 11.—Con ayuda de Mons. Cagliero, Don Bosco vendimia la parra que sube hasta su ventana y manda las uvas, como signo de gratitud, a sus mejores cooperadores.
- 16.—En su último paseo recita autores clásicos.—Quiere probarle a un joven sacerdote que aún tiene fuerza, le aprieta la mano y éste deja escapar un grito de dolor. Por estos días recita versos

piamonteses a su espinazo y a sus piernas: «¡Pobrecitos! Ya por poco tiempo aguantaréis mi peso»...

- 17.—Las fuerzas empiezan a abandonarle definitivamente.
- 19.—Ultima vez que escribe Don Bosco: una serie de pensamientos, en estampas, para sus bienhechores.
- 20.—Ultima audiencia particular concedida por Don Bosco.
- 21.—Don Bosco se pone definitivamente en cama.—Manda a su secretario que le registre la sotana y vacíe el portamonedas si hay algo en él; quiere morir sin un céntimo.

## 5. El fin

*Il fine.* Así titulan las *Memorias biográficas* el correspondiente capítulo.

Una observación primero: la entrada en la Congregación del príncipe Augusto Czartoryski (que, ante las dificultades que le ponía Don Bosco, contó con el apoyo del papa León XIII, y que para ello tuvo que renunciar a sus derechos a la corona de Polonia) produjo un gran movimiento de polacos hacia la Congregación salesiana. Como detalle, el cardenal Hlond, primado de Polonia en los tiempos de Hitler, era salesiano. Augusto moriría joven.

Finalmente, Don Bosco se puso en cama el 21 de diciembre para no levantarse más. Su estado de salud pasaría por tres fases a partir de entonces. Entre el 20 y el 31 de diciembre de 1887 estuvo a punto de morir; del 1 al 20 de enero de 1888 experimentó una alentadora mejoría dentro de la gravedad, y del 20 al 31 de ese mes de enero fue acabándose.

Si en los largos meses que había pasado en su habitación, sentado horas y horas en un sofá o en una silla de ruedas, había dado muestras de santidad, en los cuarenta días de cama fue mucho más admirable su conducta. Una gran calma, un enfoque espiritual de todo, una paciencia infinita ante el dolor, un amor sin límites a Dios, a Jesucristo, a María Auxiliadora y al

papa... Por lo que respecta a la paciencia, se dieron cuenta de que tenía una excrescencia en una vértebra, que a lo largo de la vida debió de producirle muchas molestias; nadie lo sabía; fue operado. Por otra parte, seguía con sus detalles de buen humor.

Y la vida también tenía sus detalles de humor con él. Durante la crisis del 20 al 31 de diciembre le iban llegando miles y miles de cartas de todo el mundo deseándole buenas Navidades. Durante la mejoría experimentada del 1 al 20 de enero, miles de cartas se condolían por la crisis de Navidad, y durante la crisis final, en miles de cartas se felicitaban con la mejoría de la fase anterior.

La prensa siguió atentamente el curso de la enfermedad y, en general, con auténtico respeto. Sólo la *Gazzetta* osó aventurar la hipótesis de que todo aquello fuese un montaje para recaudar fondos. *Le Figaro* mandó expresamente a un periodista para que se enterase en persona. *L'Unità* y otros muchos periódicos de Italia y de Europa publicaban diariamente el parte médico. En Barcelona, para atender a los que se interesaban por el desarrollo de la enfermedad, se organizaron tres centros de información. En Roma, los príncipes romanos y los cardenales querían estar continuamente informados, y el propio León XIII mandaba todos los días a una persona que le trajese noticias seguras.

La mejoría de la primera quincena de enero la empleó —¡siempre el hombre práctico!— en dejar en claro no pocos asuntos de la Congregación. Le dolía la deuda pendiente por razón de la iglesia del Sagrado Corazón de Roma (350.000 liras): había prometido morir sin dejar ninguna deuda a sus hijos... Don Rúa declarará en el proceso de canonización que después de la muerte de Don Bosco afluyeron tantas limosnas, aun de las partes más impensadas del mundo, que se saldó la deuda en menos de un año.

En enero de 1888 se intensificaron las peregrinaciones de Centroeuropa a Roma por el jubileo sacerdotal de León XIII. Así se explica que pasaran por el Oratorio de Turín, para interesarse personalmente por la salud de Don Bosco, peregrinos franceses, suizos, belgas, ingleses, alemanes y personajes tan importantes como el duque de Norfolk (segunda vez), el arzobispo de Mali-

nas, primado de Bélgica; el cardenal de París, etc.

Del 20 al 31 de enero, el estado de salud de nuestro enfermo se fue degradando inexorablemente. Se le paralizó toda la parte derecha y a partir del 27 sólo tenía ratos de alguna lucidez. Deliraba, y su tema eran los chicos. Cuando volvía en sí, afloraba en sus labios su subconsciencia: *Os espero en el paraíso... Decidles a los chicos que los espero en el paraíso... María, Mater gratiae... In manus tuas, Domine... Diligite inimicos vestros...*

Su última, o una de sus últimas expresiones, fue ésta: *Fatevi amare* (Haceos amar).

El día 30 había perdido casi totalmente el sentido. Una columna formada por chicos y religiosos de Valdocco y de los colegios salesianos vecinos fue pasando lentamente por su habitación y besando aquella mano caída que tantas veces les había bendecido. Se le aplicaron todos los auxilios espirituales. Al atardecer, un telegrama: Los salesianos de la duodécima expedición a América habían llegado al Ecuador. Pareció entenderlo...

Y el día 31 de enero de 1888, en medio de un grupo de sus hijos, entre los que estaban Mons. Cagliero y Don Rúa, a las cuatro y media de la mañana, mientras las campanas de la iglesia de María Auxiliadora tocaban al *Angelus*, entregaba su alma a Dios.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «DON  
BOSCO CIENT AÑOS DESPUES», DE LA BIBLIOTE-  
CA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DIA 25 DE  
MARZO DE 1981, FESTIVIDAD DE LA  
ANUNCIACION DEL SEÑOR, EN  
EDIME, S. A., POLIGONO INDUS-  
TRIAL ARROYOMOLINOS, 1,  
MOSTOLES, MADRID.

*LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI*

